

100 años de El Universal
José Narro Robles
Juan Ramón de la Fuente

Leonardo Curzio
Rossana Fuentes Berain
Jorge Islas
Adriana Malvido
Federico Reyes Heróles

Miguel León-Portilla
Lázaro Cárdenas

Elena Poniatowska
Fotografías de Bernardo Aja

Ida Vitale
Poemas

Felipe Garrido
Vicente Quirarte
Sobre Ida Vitale

Luis de Tavira
Conversación con los clásicos

Gonzalo Celorio
90 años de Margit Frenk

Margo Glantz
Brian Nissen

Hugo Gutiérrez Vega
Poema

Sergio García Ramírez
Crimen y castigo bajo
el Porfiriato

Andrea Ali
Beatriz Espejo
David Martín del Campo
Narrativa

Jaime Labastida
Tres académicos

Reportaje gráfico
Sebastian



José Narro Robles
Rector

Ignacio Solares
Director

Mauricio Molina
Editor

Geney Beltrán
Sandra Heiras
Guillermo Vega
Jefes de redacción

CONSEJO EDITORIAL

Roger Bartra
Rosa Beltrán
Juan Ramón de la Fuente
Hernán Lara Zavala
Álvaro Matute
Vicente Quirarte

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 140 | OCTUBRE 2015

EDICIÓN Y PRODUCCIÓN

Coordinación general: Carmen Uriarte y Francisco Noriega
Diseño gráfico: Rafael Olvera Albavera
Redacción: Edgar Esquivel, Rafael Luna
Corrección: Helena Díaz Page y Ricardo Muñoz
Relaciones públicas: Silvia Mora

Edición y producción: Anturios Digital
Impresión: Impresos Vacha

Portada y reportaje gráfico: Sebastian, interpretación digital Matías Carbajal

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794
Fax: 5550 5800 ext. 119
Suscripciones: 5550 5801 ext. 216
Correo electrónico: reunimex@unam.mx
www.revistadelauniversidad.unam.mx
Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón,
01030, México, D.F.

La responsabilidad de los artículos publicados en la **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto. Certificado de licitud de título núm. 2801 y certificado de licitud de contenido núm. 1797. La **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 112-86.

EDITORIAL	3
LIBERTAD DE EXPRESIÓN Y DEMOCRACIA José Narro Robles	6
FIESTA DE IDEAS Juan Ramón de la Fuente	9
¿LOS PERIÓDICOS HAN MUERTO? ¡VIVA EL PERIODISMO! Federico Reyes Heróles	11
ÉTICA Y TRANSPARENCIA EN EL PERIODISMO Jorge Islas	13
PERIODISMO Y NUEVAS TECNOLOGÍAS Rossana Fuentes Beráin	16
PERIODISMO Y CULTURA Adriana Malvido	19
COMUNICACIÓN Y POLÍTICA EN LA ERA DIGITAL Leonardo Curzio	22
LÁZARO CÁRDENAS. SUS GRANDES MERECEMIENTOS Miguel León-Portilla	25
EL AMOR QUE YA SE FUE Elena Poniatowska	30
POEMAS Ida Vitale	33
IDA VITALE, FIEL A SU NOMBRE Vicente Quirarte	35
DE BORGES A VITALE Felipe Garrido	37
NIÑO EN LA ARENA Hugo Gutiérrez Vega	39
LOS CLÁSICOS EN LA CNT. CONVERSACIÓN VIVA Luis de Tavira	40
NUESTROS RELOJES Beatriz Espejo	44
SEBASTIAN. GEOMETRÍAS DE LA CIENCIA Y EL ARTE José Gordon	46
REPORTAJE GRÁFICO Sebastian	49
MARGIT FRENK. NOVENTA AÑOS Gonzalo Celorio	57
TRES ACADÉMICOS Jaime Labastida	62
CRIMEN Y CASTIGO BAJO EL PORFIRIATO Sergio García Ramírez	67
BRIAN NISSEN. LA OBSCENIDAD SIN CULPA Margo Glantz	75
FRAGMENTO DE NOVELA. LAS PERSONAS DE MI CIUDAD Andrea Ali	79
VIDA EN ROSA David Martín del Campo	84
RESEÑAS Y NOTAS	91
LUZ AURORA PIMENTEL. A CINCUENTA AÑOS LUZ Aline Pettersson	92
VICISITUDES DE UN HISTORIADOR NOVATO Alvaro Matute	94
TERESA: LA TOMA DE LA PALABRA José Ramón Enriquez	95
GANDHI Y LA SEXUALIDAD Ignacio Solares	96
GARCÍA MÁRQUEZ Y LA POESÍA David Huerta	98
INSOMNIO, EL LÍMITE Sergio González Rodríguez	100
ANTES Adolfo Castañón	102
CONRAD: LOS ÚLTIMOS MOMENTOS Christopher Domínguez Michael	103
BYUNG-CHUL HAN: FILOSOFÍA PARA LA EDAD DEL CAOS Mauricio Molina	104
ESCUCHAR, LEER, SOÑAR Pablo Espinosa	106
GESTOS: ¿“LÁGRIMAS EN LA LLUVIA”? José de la Colina	109
TONI MORRISON, LETRAS CON ALMA Edgar Esquivel	110
BREVE INVENCION DE BENJAMÍN BARAJAS. HERIDAS CON FLECHAS ENVENENADAS Guillermo Vega Zaragoza	111

...GRANDESMAYESTROS
UNAM.MX



Mujeres que escriben

La Coordinación de Difusión Cultural,
invita al curso que impartirá la
Dra. Sara Sefchovich

5, 12, 19 y 26 de noviembre de 2015,
de 17 a 19 horas

SALA CARLOS CHÁVEZ
Centro Cultural Universitario

Informes e inscripciones: Secretaría de Extensión / CDC, 10 a 18 horas
5622 7070 y 5622 6605 • grandesmaestros@unam.mx
Cuota de recuperación: \$1,000* • **CUPO LIMITADO**

Se otorgará constancia de participación con 100% de asistencia.
*Descuento especial para estudiantes y académicos de cualquier institución educativa,
ex alumnos, trabajadores de la UNAM y jubilados con credencial vigente.




www.grandesmaestros.unam.mx
www.descargacultura.unam.mx



6° Festival de Tango

Lo desconocido de Libertad Lamarque
23-25 octubre 2015

MÚSICA • CHARLAS • CLÍNICAS • DANZA • CINE • GASTRONOMÍA

Bosque de Chapultepec. Primera sección
Acceso peatonal por Paseo de la Reforma,
puerta principal del Zoológico.

Auditorio y Chapultepec



www.casadelago.unam.mx
Casa del Lago @casadelago

CASA DEL LAGO
JUAN JOSÉ ARRIOLA
arte • medio ambiente
UNAM




RAFAEL SOLANA
Mil nombres propios
En las planas de *El Universal*

RAFAEL SOLANA
Tres puntos cardinales
poesía novela teatro
Selección y prólogo de Claudio R. Delgado

De venta en librerías

Mil nombres propios contiene el total de las publicaciones que el autor realizó para el periódico *El Universal* de 1929 hasta 1992. Dentro de estos artículos es posible vislumbrar una constante construcción de la vida artística y literaria que se gestó durante más de seis décadas en México y que permite el enriquecimiento del lector al acercarlo a la producción cultural de nuestro país durante ese periodo.

Tres puntos cardinales. Poesía, novela, teatro, compilación a cargo de Claudio Delgado, es un conjunto de los textos más representativos y algunos desconocidos de Rafael Solana, ofrece tres puntos de referencia para acercarse a los textos: poesía, novela y teatro.

Letras sin Fronteras
www.fondodeculturaeconomica.com



@FCMexico Fondo de Cultura Económica fcemexico Fondo de Cultura Económica FCE México

Para la salud de una sociedad democrática, pocas instancias

son más vitales que los exponentes de la prensa. Por eso, se ha vuelto una deriva preocupante el creciente acoso y persecución de periodistas en México, un fenómeno que constituye una amenaza contra las libertades básicas de la sociedad. En este contexto, es de celebrar que uno de los diarios principales de Latinoamérica, *El Universal*, surgido en la Ciudad de México en 1916, esté por llegar a su primer siglo de existencia. Como inicio de las conmemoraciones por su centenario, el “Gran Diario de México”, como es conocido el periódico fundado por Félix Palavicini, organizó un Encuentro Internacional de Periodismo en el Centro Cultural Universitario, Tlatelolco, los pasados 10 y 11 de septiembre, en coordinación con la UNAM y The Aspen Institute. Con un cartel de representantes de primer nivel en los ámbitos nacional e internacional, y con la presencia del rector de nuestra *alma mater*, José Narro Robles, y del coordinador del Seminario de Estudios sobre la Globalidad, Juan Ramón de la Fuente, el encuentro fue un foro de discusión y análisis sobre el presente y el futuro de una de las profesiones más riesgosas y más necesarias para la encrucijada actual de México.

La reciente concesión del Premio Internacional Alfonso Reyes a la poeta uruguaya Ida Vitale es la oportunidad para que Vicente Quirarte y Felipe Garrido tracen en sendos ensayos la cartografía exegética que nos permita adentrarnos en el singular orbe creativo de la escritora, por cierto, muy cercana a la experiencia literaria mexicana, y de quien reproducimos textos líricos de fina y emotiva vivacidad.

Uno de los conocedores más reputados de las civilizaciones antiguas de Mesoamérica, Miguel León-Portilla, ha recibido el Premio Amalia Solórzano de Cárdenas en agosto pasado, ocasión en la que el autor de *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* desmenuzó las trascendentes hazañas sociales y políticas del presidente Lázaro Cárdenas.

Dos de nuestras mayores escritoras ofrecen itinerarios ensayísticos por las artes visuales. Elena Poniatowska hace un recorrido por el universo de la vieja aristocracia porfiriana que se ha dedicado a recuperar el joven fotógrafo español Bernardo Aja de Maruri. Margo Glantz, por su parte, explora las audacias del artista británico Brian Nissen, a partir de la publicación de su obra *Farándula*.

El director de la Compañía Nacional de Teatro, Luis de Tavira, explica la pervivencia de la literatura clásica en el escenario: ¿de qué manera cada época regresa y reinterpreta el rico arsenal de palabras y personajes que legaron las mentes más brillantes del pasado?

Cuatro estudiosos e investigadores de notable trayectoria ven examinadas sus aportaciones a distintos campos de la cultura y el conocimiento. Por un lado, Gonzalo Celorio esboza el perfil filológico y universitario de Margit Frenk, quien ha alcanzado las nueve décadas de existencia dedicada con pasión a la literatura española de los Siglos de Oro. Por otra parte, Jaime Labastida da la bienvenida a tres nuevos miembros honorarios de la Academia Mexicana de la Lengua: la filósofa Juliana González, el historiador Jean Meyer y el biólogo José Sarukhán, ex rector de nuestra Universidad.

Complementa nuestra entrega de este mes un erudito ensayo de Sergio García Ramírez sobre la ciencia jurídica durante el Porfiriato, textos de creación de Beatriz Espejo, Hugo Gutiérrez Vega y David Martín del Campo, así como acercamientos de Mauricio Molina a la obra filosófica del sorprendente pensador coreano-alemán Byung-Chul Han, y de Guillermo Vega Zaragoza a la poco difundida producción aforística del autor mexicano Benjamín Barajas. Nuestro reportaje gráfico está dedicado a la obra reciente del artista chihuahuense Sebastian, con un ensayo introductorio de José Gordon.



Conferencia Internacional sobre Bibliotecas Universitarias

Biblioteca: Tecnología y Conocimiento

Del 28
al 30
de octubre
de 2015

Auditorio Alfonso Caso

Ciudad Universitaria,
C.P. 04510,
México, D.F.



unam
donde se construye el
futuro



A LA VANGUARDIA DEL CONOCIMIENTO Y DE LA INFORMACIÓN

Para celebrar el **Día Mundial de la Animación**,
Radio UNAM y la Facultad de Artes y Diseño (FAD) convocan al

6° CONCURSO de CORTOMETRAJE ANIMADO

Bases:

- 1) Para participar deberá presentarse una animación de tema libre realizada después de octubre de 2014, con una duración no menor a los 60 segundos.
- 2) El trabajo se recibirá en las instalaciones de Radio UNAM, en la Subdirección de Extensión Cultural. Deberá venir dentro de un sobre rotulado con un seudónimo, junto con cinco copias igualmente rotuladas en formato DVD-Video; a partir de la publicación de la presente convocatoria y hasta el día 16 de octubre de 2015, en horario laboral de 11:00 a 15:00 hrs. y de 17:00 a 19:00 hrs. En sobre anexo y rotulado con el mismo seudónimo, se deberá entregar una hoja con los datos del concursante (nombre, dirección, teléfono y correo electrónico de contacto).

Consulta las bases completas en
www.radiounam.unam.mx

INFORMES:

Radio UNAM, Subdirección de Extensión Cultural. Adolfo Prieto
133, Col. Del Valle. Tel 5623 3272



laboratorio de literaturas
textuales y otras materialidades

UNIVERSO
DE LETRAS

Cátedra Extraordinaria José Emilio Pacheco FOMENTO A LA LECTURA

Coloquio Internacional
Tejiendo Diversidad
7, 8 y 9 de octubre
Auditorio del MUAC

Simposio Internacional
**Máquinas de la inminencia:
estéticas de la
literatura electrónica**
8 y 9 de octubre
Sala Carlos Chávez

www.universodeletras.unam.mx

Cien años de *El Universal*

Encuentro de Periodismo

Ofrecemos en el siguiente expediente un acercamiento a las principales líneas de fuerzas que cruzaron las distintas mesas de discusión del Encuentro Internacional de Periodismo organizado en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la Ciudad de México por el periódico El Universal —publicación central del diarismo mexicano que el próximo año alcanzará su centenario—, The Aspen Institute y la UNAM. Este congreso fue un festín de las ideas, la oportunidad de hacer un alto momentáneo para revisar y revalorar desde la perspectiva latinoamericana los desafíos y posibilidades que el “cuarto poder” enfrenta en el siglo XXI.

Abrimos con las reflexiones que José Narro Robles, rector de nuestra Universidad, presentó en la ceremonia inaugural del simposio; en ellas se refirió a los peligros y retrocesos que conoce una sociedad democrática en la que se coarte la libertad de prensa. También incluimos un texto de Juan Ramón de la Fuente, ex rector de la UNAM, quien formula algunas de las principales aportaciones de las distintas mesas realizadas.

En este congreso, realizado el 10 y 11 de septiembre pasados, participaron con sus ideas personalidades de la letra diaria en la escena internacional como Fernando Savater, Nélida Piñon y Manuel Castells, así como exponentes de los cambios que han introducido las nuevas tecnologías: Lino Cattaruzzi, de Google, Luis Arvizu, de Yahoo, y Daniel Berkerman, de Microsoft, al lado de notables habitantes de la redacción en distintos medios mexicanos, como la propia Elena Poniatowska, Juan Villoro, María Amparo Casas, Leonardo Curzio, Rossana Fuentes Beráin, Jorge Islas, Adriana Malvido, Jacqueline Peschard, Federico Reyes Heróles, Héctor de Mauleón y Francisco Valdés Ugalde e Ignacio Solares.

Libertad de expresión y democracia

José Narro Robles

Antes que nada, una sincera y cordial felicitación a todos los que han hecho posible que el periódico *El Universal* llegue, el próximo año, a su centenario, y que lo haga con una gran presencia nacional. Se trata de un diario con una extraordinaria trayectoria y un porvenir estimulante. Felicito al licenciado Juan Francisco Ealy Ortiz, quien desde 1969, durante los últimos 46 años, ha dirigido este diario. A él le agradezco que me haya invitado a participar en esta reunión. En especial un reconocimiento para todos los reporteros, directivos, articulistas y trabajadores que en varias generaciones le han dado vida a este importante medio de comunicación.

Gracias, por otra parte, a los intelectuales, pensadores y expertos que habrán de intervenir hoy y mañana en este Encuentro Internacional.

Iniciar, dirigir y mantener una empresa implica tomar riesgos. Un diario es una empresa tal y como describe este término el diccionario de la Academia de la Lengua: una acción que entraña dificultad y cuya ejecución requiere dedicación y esfuerzo. Seguramente así lo entendió Félix F. Palavicini cuando fundó esta publicación. Así lo han concebido, seguramente, todos los que a lo largo de un siglo se han dedicado a transmitir hechos y opiniones, a informar y a expresar con libertad sus ideas, juicios y valoraciones.

Ángel Gabilondo sostiene que “cada vez deberían importarnos más menos cosas”; sin duda, la libertad es una de ellas. Se trata del derecho fundamental del ser humano, pero también es una condición humana por excelencia. Fernando Savater, uno de los 18 intelectuales que participan en este Encuentro, nos ha recordado la afirmación de Sartre en el sentido de que “Los seres

humanos estamos condenados a la libertad”.¹ No se puede estar en desacuerdo con esta afirmación. Los seres humanos necesitamos ser libres. La libertad es inherente a nuestra condición como personas. Sólo en libertad florece lo mejor de los individuos y las colectividades.

Sé bien que hay muchas maneras de entender lo que es la libertad; sin embargo, yo prefiero el concepto que se incluye en la Declaración Universal de los Derechos Humanos que señala que: “La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no cause perjuicio al otro”. Bajo este principio, creo yo de alcance universal, la libertad se expresa de muy diversas maneras y en distintos ámbitos.

La libertad, como todas las cosas valiosas, debe cultivarse día a día, cuidarse, honrarse y, si es el caso, debe defenderse ante cualquier intento autoritario, ante cualquier amenaza. La libertad es un derecho humano fundamental y como tal también es un ideal que no siempre se alcanza plenamente, que siempre tiene algún desafío y que no florece ante las carencias primordiales.

Por ello, coincidí una vez más con Fernando Savater cuando señala que la libertad enfrenta dos grandes enemigos: la ignorancia y la miseria.² Los individuos sin acceso a la educación, por lo menos la básica, son más vulnerables ante decisiones ajenas, son más suscepti-

¹ Fernando Savater en “El abismo de la libertad. Una entrevista con Fernando Savater”, por Rafael Pérez Gay, *Nexos*, febrero de 2013.

² Fernando Savater, “Reflexiones sobre la libertad”, palabras pronunciadas ante la Red Libertad de Argentina al recibir el Premio Libertad, revista *Perspectiva*, número 5: http://www.revistaperspectiva.com/archivos/revista/No%205/11_reflexiones.pdf. La revista es editada por el Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olózaga (ICP) en Colombia; cuenta con recursos del International Republican Institute (IRI) y del Center for International Private Enterprise (CIPE).

bles a que se les impongan las resoluciones de otros. Su capacidad de exigir sus derechos es menor, y menor es también su capacidad de participar en igualdad de condiciones en la sociedad.

De igual manera, la miseria restringe a la persona, acota sus perspectivas del mundo y de sí mismo, limita el alcance de sus acciones y determinaciones. Lamentablemente, con frecuencia la miseria y la ignorancia van de la mano. Se trata de dos caras de la misma moneda.

En nuestro país falta mucho por hacer al respecto; por ejemplo, el rezago educativo es enorme, como lo demuestra el hecho de que casi 32 millones de personas de 15 años y más estén en esa condición. De ellos cerca de cinco millones no saben leer y ni escribir, casi diez millones no han terminado la educación primaria y 17 millones más no han concluido la secundaria. La cifra es enorme y supera incluso el número de personas que actualmente cursan la educación básica, que es de poco menos de 26 millones. A manera de resumen puede decirse que en el país uno de cada seis mexicanos de 15 años y más no concluyeron la educación elemental o incluso son analfabetos.

Con respecto a la pobreza, baste recordar que según el Coneval en 2014 en el país se registraron 55 millones de pobres, 46 por ciento de la población total, de los cuales 11.4 millones viven en condiciones de pobreza extrema.³ Desafortunadamente, en México contamos con grandes núcleos de población que sufren desigualdad económica, social y de oportunidades. Entre ellos

están los grupos vulnerables de siempre: los indígenas, las mujeres y los jóvenes.

En la actualidad, lamentablemente en todo el mundo, México incluido, muchos seres humanos, sobre todo mujeres y menores de edad, viven en situación prácticamente de esclavitud. Su libertad se ve limitada por situaciones que, por increíble que parezca, todavía se registran en pleno siglo XXI. Me refiero a la trata de personas, a la explotación laboral o sexual, a los migrantes sin derechos o al caso de los menores desprotegidos. Según la Organización Internacional del Trabajo, se estima que casi 21 millones de personas en el mundo son víctimas de trabajo forzoso o de trata para la explotación laboral y sexual.⁴

Por otra parte, la sociedad en que vivimos enfrenta una crisis de valores laicos que afecta el desarrollo de la democracia, el avance de las naciones y la solución de los problemas de siempre. Mientras el sistema de valores predominante califique el éxito en razón de la acumulación de dinero y bienes materiales, la sociedad seguirá en el camino equivocado. Esto tiene peores consecuencias en un país como el nuestro, donde predomina la desigualdad, porque genera entre los que menos tienen sentimientos negativos que los llevan a buscar la manera fácil de conseguir eso que se valora como éxito.

Confieso que soy uno de los que consideran que la violencia que sacude algunas zonas del país, que afecta de manera directa el ejercicio del periodismo, también está relacionada con esa crisis de valores y con una edu-

³ Coneval, Anexo Estadístico de Pobreza en México, Anexo Estadístico 2014. <http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/Medición/Pobreza%202014/Anexo-estadístico-pobreza-2014.asp>

⁴ ONU, página de Internet Día Mundial contra la Trata: 30 de junio, en <http://www.un.org/es/events/humantrafficking/>. Visitada el primero de septiembre de 2015.



Juan Francisco Ealy Jr., Miguel Ángel Mancera, José Narro Robles, Juan Francisco Ealy Ortiz y Miguel Alemán Velasco

cación deficiente. Me parece que, junto con otras instancias de la sociedad como la familia y el propio sistema educativo, los medios de comunicación tienen un compromiso ineludible con la promoción y el reforzamiento de los valores cívicos, tales como la libertad, la igualdad, la democracia, la honestidad, la solidaridad, el diálogo, la lealtad, el respeto y la tolerancia. Debemos transmitir que cuando se tienen resueltas las necesidades fundamentales, estos valores brindan más satisfacción y felicidad que la acumulación de bienes materiales.

En el momento en que el hombre se comunica, condición ineludible para la existencia de la sociedad, ejerce su libertad de expresión. Libertad que, por cierto, es una de las condiciones inescapables de la democracia. La libertad de expresión es esencial para el ser humano. Todos tenemos derecho a pensar y a decir lo que pensamos. Se trata de una capacidad humana que debe ejercerse sin restricción.

La única censura que al respecto puede aceptarse es la que uno mismo se impone, en particular cuando se puede ofender, lastimar o afectar a alguien sin contar con argumentos o pruebas que permitan sustentar lo dicho. En todo caso, conviene aceptar que en el ejercicio de la libertad de expresión es mejor la abundancia que la merma.

Hoy día, lamentablemente, el periodismo se ha convertido en una profesión riesgosa. Cuando pareciera que la libertad de expresión, establecida en nuestra Constitución Política, es un tema irrefutable, resulta inaceptable que algunos periodistas sean asesinados para acallar sus voces, para anular sus opiniones, para eliminar su libertad de expresión pero también para disminuir la nuestra. Es evidente que el ejercicio de la comunicación enfrenta obstáculos, asedios y por supuesto violencia.

El autoritarismo de cualquier signo y procedencia es uno de los principales enemigos de la libertad de expresión, ya que lo mismo genera miedo que puede silenciar voces y conciencias. El autoritarismo puede hacerse presente al interior de las familias, de los propios medios y de las instituciones. La lucha contra este mal y en favor de la libertad nunca termina.

Sin embargo, se debe tener presente que todo derecho se acompaña de responsabilidades. Al ejercer el derecho a la libertad de expresión debemos ser responsables de lo que decimos. Debemos informarnos, investigar para estar seguros de que lo que expresamos es cierto. Debemos pensarlo bien para no decir algo sin fundamento, simplemente por la conveniencia o por el deseo de lastimar a otros.

Señoras y señores:

El mundo que nos tocó vivir está lleno de paradojas. Los abismos que lo caracterizan lo retratan. Junto al desperdicio coexiste la carencia, frente al progreso se refleja el atraso. En el mismo vagón viajan el pensamiento más elaborado y la injusticia más primitiva. En la misma

morada habita el humanismo más refinado y la condición humana depredadora que amenaza la propia existencia de la vida en el planeta. Nos exigimos democracia en lo local y se tolera la tiranía de los grandes corporativos financieros que actúan con dureza y sin sensibilidad, a su antojo y sin regulación alguna, para decidir la marcha del mundo.

Ha llegado el momento de hacer un alto en el camino, de hacerlo para revisar la travesía realizada, pero también para estar seguros del destino al que nos dirigimos. Resulta imposible proseguir con el lastre acumulado a lo largo de los siglos, reflejado en los grandes males de siempre de la sociedad: la pobreza, la ignorancia, la injusticia, la corrupción y la impunidad, las enfermedades prevenibles, la desnutrición y el hambre, la carencia de servicios fundamentales. Somos muchos los que sostenemos que para cambiar hay que hacerlo ya y en la doble dimensión de lo individual y lo colectivo.

En lo individual mediante la educación. Se requiere de más y mejores sistemas. Es verdad que la educación no tiene todas las respuestas, pero también lo es que sin educación no hay respuesta alguna a los grandes temas. En lo colectivo la lucha será todavía más difícil. Lo será porque lo que debe cambiar es el modelo de desarrollo humano que se ha seguido y los valores que le acompañan. Lo será, porque los intereses para no cambiar son monumentales.

Tanto las instituciones de educación como los medios de comunicación tienen la obligación de luchar contra la ignorancia, contra el autoritarismo y contra el deterioro de los valores cívicos y laicos. Al respecto de todo lo señalado, hago una paráfrasis de un pensamiento de José Carlos Mariátegui y sostengo: “La utopía mueve al hombre, sin ella su existencia no tiene ningún sentido”. Construyamos a partir de este encuentro nuestra propia utopía.

Por todo lo anterior, reitero mi felicitación a *El Universal* por aprovechar la celebración de sus cien años de existencia, para organizar este encuentro en el que se sumarán autoridad moral, inteligencia y experiencia para combatir estos y otros enemigos de la libertad de expresión. Los medios de comunicación son clave para la construcción de una sociedad más activa, mejor informada y por ello más crítica y proclive a expresar y defender su pluralidad.

Por ello, los medios de comunicación tendrán que acelerar el cambio y generar mecanismos de autorregulación con valores compartidos. Los medios con frecuencia son estructuras privadas pero de interés público. Ellos, ustedes, tienen una gran oportunidad. Deseo que próximamente, al celebrar el sesquicentenario de *El Universal*, las cosas sean diferentes. ¡Que así sea! ¡Cuánto antes, mejor!

Muchas gracias.

Fiesta de ideas

Juan Ramón de la Fuente*

El periódico *El Universal* inició la celebración de su primer centenario de una forma tan exitosa como inusitada: con una fiesta de ideas. Fue un concierto de voces disím-bolas, todas inteligentes, que acudieron a una convocatoria que llamó a la unidad en la pluralidad, con una agenda abierta y diversa, para asomarse al futuro del periodismo y al periodismo del futuro.

En el Centro Cultural Universitario de Tlatelolco, durante dos días, se habló —sin olvidar el pasado— de los retos que están por venir, de la necesidad que tenemos todos de un periodismo renovado como parte de una sociedad abierta, de una cultura democrática irrenunciable. De un periodismo cada vez más sustentado en la investigación y en la tecnología, pero que no renuncie a la narrativa ni a la claridad, ni a indagar sobre asuntos que no parezcan noticia. Un periodismo ético, que se autorregule con rigor, con transparencia, para cumplir sin cortapisas con la delicada tarea de erguirse, efectivamente, en contrapeso del poder.

Aquí estuvieron, puntuales, quienes colaboran cotidianamente en diversos medios impresos, nacionales e internacionales: Fernando Savater (*El País*), Juan Villoro (*Reforma*) y Federico Reyes Heróles (*Excélsior*); Adriana Malvido (*Milenio*), María Amparo Casar (*Excélsior*) y Elena Poniatowska (*La Jornada*) junto con Manuel Castells y Nélida Piñón. Pero también estuvieron algunas plumas habituales en el casi centenario *Universal*: Jacqueline Peschard, Rossana Fuentes Beráin, Jorge Islas, Ignacio Solares, Héctor de Mauleón, Francisco Valdés Ugalde y Leonardo Curzio. No es común en México ver a quienes escriben en distintos medios participar en un mismo foro hablando de su propio oficio: el periodismo. Seguro ayudó el que todos ellos son académicos, y muy buenos por cierto. Pero el hecho es que no es un ejercicio común.

El elenco se enriqueció con la participación de los directivos para México de Google, Yahoo y Prodigy MSN: Lino Cattaruzzi, Luis Arvizu y Daniel Bekerman. Sus for-

mas innovadoras y su capacidad de comunicar resultaron un complemento formidable y un interesante contraste a las reflexiones y propuestas más experimentadas.

Las que siguen son algunas de las ideas que fueron y vinieron a lo largo de la fiesta, sobre todo por su naturaleza polémica, tanto en las presentaciones formales como en las discusiones informales, así como en los recesos y en las comidas. Fueron muchos los autores citados: desde Voltaire y Diderot, hasta Quevedo y Gracián, pero también Jefferson, Chesterton, Sartori, Popper y Umberto Eco. Tampoco faltaron los nuestros: Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez (quien dijo que no era nuestro) y Octavio Paz; Carlos Monsiváis, Rosario Castellanos y José Emilio Pacheco, entre otros. Todos los mencionados y muchos más contribuyeron a formular las ideas, con frecuencia controvertidas, que dieron contenido excepcional a la fiesta. Agrupo arbitrariamente una selección de las mismas en cinco apartados, sólo para dejar registradas un puñado de las muchas que merecen compartirse.

POLÍTICA

- En una democracia todos somos políticos.
- El periodismo es instrumento formador de ciudadanos.
- Los periódicos son interlocutores entre sociedad y gobierno.
- Es preferible tener periódicos sin gobierno que gobiernos sin periódicos.
- Hay que exigirle a los medios como le exigimos a los políticos.
- Antes a los periodistas incómodos los exiliaban, ahora los eliminan.

* Es profesor titular C en la UNAM, donde ha sido Coordinador de la Investigación Científica, director de la Facultad de Medicina y rector. Actualmente coordina el Seminario de Estudios sobre la Globalidad.



Juan Ramón de la Fuente y Elena Poniatowska durante el Encuentro Internacional de Periodismo

- “Bienvenidos al lugar donde se ha perdido la esperanza” (no es la entrada al *Infierno* de Dante), sino un simple cruce de frontera mexicana.

ÉTICA

- El periodismo no puede basarse en mentiras, aunque algunas pudieran ser dignas de ser verdades.
- No todas las opiniones son respetables; las que son respetables son las personas.
- El periodismo, como la ciencia, tiene ante todo un compromiso con la verdad.
- El periodismo debe ceñirse al farragoso trámite de la realidad.

ERA DIGITAL

- Lo bueno breve, dos veces bueno. ¡Viva el twitter!
- Mientras unos analizan el efecto de la pantalla, otros transmiten en multipantallas.

- Un tercio de la población mundial está conectada a la Red.
- Un joven se conecta a través de un teléfono inteligente, en promedio, más de cien veces al día.
- La mayoría de quienes ven televisión están usando simultáneamente su celular para alguna otra cosa.
- Antes faltaba información, había que ir a buscarla; ahora hay que aprender a discriminarla.
- El exceso de datos puede generar un cortocircuito informativo.
- Las redes sociales son idóneas para expresar indignación, para sancionar colectivamente.
- Las redes han creado un caudal de ciudadanos periodistas, pero también de periodistas ciudadanos.
- Lo más leído en Internet son los artículos publicados por los principales periódicos y las opiniones que estos a su vez generan.
- Antes la pregunta era cuánto tardabas en vender un millón de servicios; ahora la pregunta es cuántos millones de servicios vendes al día.

CULTURA

- Una buena nota periodística la puedes disfrutar por el adverbio o por el punto y coma.
- Se necesita un periodismo que vuelva a apostar por los lectores.
- El periodismo también es la posibilidad de lo disperso, así nació la *Enciclopedia*.
- ¿Dónde quedó la tradición lectora de los periodistas?
- La cultura, a través del deseo, se vuelve carnal.
- En el arte, lo que importan son los escrúpulos estéticos, no los escrúpulos morales.

OFICIO

- Noticia es algo que alguien quiere que no se sepa.
- Si abres un buen periódico, terminas leyendo sobre asuntos interesantes que no estabas buscando.
- La claridad es cortesía de filósofos, médicos y periodistas.
- La realidad se conoce gracias a las opiniones contrarias que aparecen en los periódicos.
- Los puntos de vista distintos no bastan; se requieren también variaciones de la realidad.
- El escrito periodístico es el más conectado con la realidad pero también con la oralidad.
- Hoy los periódicos tienen más lectores que nunca pero también menos recursos que nunca.
- La figura maestra de la prensa es el reportero.
- ¿Han muerto los periódicos? ¡Viva el periodismo!

¿Los periódicos han muerto? ¡Viva el periodismo!

Federico Reyes Heróles

El filósofo español Fernando Savater fue directo al corazón de la actividad. El periodismo está ahí para provocar el enfrentamiento de ideas, de concepciones del mundo. El ciudadano debe tener la oportunidad de alimentar sus anhelos personales, sociales, políticos, a partir de esa sana confrontación que nutre a todas las democracias. No es casual, por ejemplo, que la independencia de Estados Unidos haya cruzado por expresiones periodísticas. El periodista debe tener un marco ético en el cual encuadrar las notas. No sólo se trata de retratar los hechos sino de tener coordinadas axiológi-

cas que ordenen la discusión. De ahí la charla derivó en el riesgo de relativizar los hechos.

Savater fue enfático en señalar que, para lograr ese encuadre, se debe tener “filtro profesional”, no cualquiera tiene esa preparación —la del periodista— para capturar los hechos y asignarles un contexto. En ese sentido los blogs y las redes sociales son expresiones útiles e interesantes pero carecen de ese “filtro” profesional. El periodismo se convierte así en una actividad de denuncia sistemática y sustentada. Esa actividad es imprescindible para contar con auténticos “guar-



Juan Villoro, Fernando Savater y Federico Reyes Heróles

dianes de la cordura” que señalen los desvaríos de las sociedades.

Un asunto en el cual coincidieron los participantes es en el hecho de que leer un periódico con secciones y materiales muy diversos, desde cuestiones internacionales, economía o deportes, es una actividad que instruye. Eso ocurre por el inevitable encuentro con informaciones que no estaban en la mira del lector. Savater puso como ejemplo su pasión por las carreras de caballos que lo llevan a revisar la sección deportiva y allí se topa con otras noticias que le informan. Se llegó así a la discusión de cierto grado de azar que ronda a la vida y que puede ser muy enriquecedor. Por ejemplo, cuando se entra a una librería por un libro determinado, lo más probable es que el comprador salga del lugar con otros títulos de cuya existencia no sabía. Lo mismo sucede al chef que visita un mercado por la mañana y, a partir de lo que encuentra, decide qué servir. Juan Villoro introdujo el concepto de “periodismo de tentación”, esos materiales que no nos eran necesarios pero que nutren nuestras vidas.

Villoro retomó la absurda discusión sobre los llamados “intelectuales mediáticos”. Con humor y profundidad resaltó cómo la lectura, ese encuentro del lector con hechos y autores desconocidos, es un momento esencial en la construcción de la individualidad. Esa individualidad es parte esencial de la modernidad. El novelista llamó la atención sobre el riesgo de la sobreinformación, esa condición en la cual el ciudadano, el lector, el radioescucha, el televidente se entera de inmediato de una noticia a la cual difícilmente puede dar

la importancia debida sin un análisis que recaer en los periodistas. La mesa coincidió en que todo nuevo “utensilio”, como los que arroja la era digital, supone un cambio en las formas de actuar del ser humano.

Pero ello no quiere decir que todo lo existente desaparezca. Se pusieron varios ejemplos de lecturas catastróficas, de funerales adelantados que resultaron falsos. Savater recordó los pronósticos surgidos con la invención del teléfono, en el sentido de que destruiría las relaciones humanas. Se pronosticó la desaparición de la novela y hoy goza de cabal salud. El periodismo podrá enfrentar la necesidad de cambiar sus formas de presentación, pero como actividad seguirá siendo imprescindible. Otra vertiente de la charla tuvo como eje el concepto de “tiempo real” que no deja de ser un contrasentido, pues ¿cuál es el tiempo irreal?

Con las nuevas tecnologías, los retos de la vida cotidiana se multiplican pues las nuevas generaciones están creciendo con la idea de la multiplicidad del estar, es decir, no sólo es el *multitasking*—tener varias actividades de manera simultánea—, sino el deseo de estar en diferentes sitios a la vez. La charla introdujo el tema de la distracción y Savater recordó cómo el asunto es viejo: san Ambrosio leía en voz baja, contra las costumbres de la época, precisamente para no dar oportunidad a que lo interrumpieran con preguntas. Finalmente, la charla abordó la riqueza y las limitaciones de lo que se llamó “las instantáneas”. Esas imágenes que pueden salir de un teléfono inteligente y transmitir un relámpago informativo pero que nunca darán una lectura cabal de los hechos. Otro motivo para creer en la larga vida del periodismo.



© Javier Narváez

Ética y transparencia en el periodismo

Jorge Islas

En ocasión del inicio de actividades con las que habrá de festejar su primer centenario como medio informativo, *El Universal*, en conjunto con la UNAM y The Aspen Institute México, llevó a cabo en el Centro Cultural Tlatelolco los días 10 y 11 de septiembre un encuentro internacional de periodismo con el fin de reflexionar sobre los diversos retos y temas de agenda prospectiva que tienen los medios de comunicación en el futuro inmediato, para cumplir con su misión de informar veraz y oportunamente sobre los principales acontecimientos locales, nacionales e internacionales que impactan en la sociedad. Nuevos retos para informar en tiempo real, noticias que son parte de un mundo global e interconectado por nuevas tecnologías.

Es importante señalar que este evento fue atípico y por ello relevante, dado que las tres instituciones convocantes decidieron impulsar una discusión de temas periodísticos que fuera antes que nada incluyente y plural, con el propósito de generar una reflexión que refleje el mosaico de la diversidad informativa y editorial de las múltiples voces y expresiones que hay en diferentes medios de comunicación nacional e internacional de habla hispana con el que se informan principalmente los lectores mexicanos. Es claro que en algunos momentos es importante buscar espacios de convergencia para tratar asuntos en común que tienen un alto impacto en el interés público. La competencia debe seguir siendo com-

petencia, pero hay agendas que nadie por sí mismo las puede construir, y menos cuando hay tentaciones claras que buscan regresiones de un sistema que pensamos extinto.

De los diversos rubros que se discutieron, tuve la oportunidad de moderar la mesa que analizó el tema de la ética periodística y la transparencia, la cual tuvo como expositoras a dos prestigiadas universitarias y especialistas en temas de transparencia y combate a la corrupción: las doctoras María Amparo Casar y Jacqueline Peschard, ambas analistas y editorialistas en medios de comunicación.

En las expresiones y posiciones que cada una de las panelistas fijó hubo una clara coincidencia, en donde se reconoce a los medios de comunicación como agentes relevantes que han contribuido en el proceso de la transición política de México a la democracia. Y creo que nadie pondría en duda esta afirmación, aun y con todos los vicios e inercias negativas que mantienen algunos medios de comunicación en lo que podríamos interpretar como relaciones indebidas entre medios y el poder público. No obstante, en una balanza de valoraciones objetivas, al día de hoy contamos con medios más libres y con mayor pluralidad de los que existían en un sistema político autoritario y no democrático.

Para la doctora María Amparo Casar, los efectos positivos de tener medios más independientes dieron como



Jacqueline Peschard, María Amparo Casar y Jorge Islas

consecuencia que estos se convirtieran en un contrapeso social para criticar, denunciar y descubrir el ejercicio indebido del poder público, las malas actuaciones de quienes actúan al margen de la ley cuando deberían ser los primeros responsables en cumplir con la legalidad ejemplarmente.

Y, en efecto, los medios de comunicación independientes, al ejercer un periodismo de investigación o bien de opinión crítica, se convierten no sólo en una fuente de información para el interés público, también hacen las veces de un contrapeso social frente al poder, que funciona como un medio de control que eventualmente inhibe el comportamiento indebido de los detentadores del poder, que ejercen en nuestro nombre y con el dinero público un mandato de representación popular.

En algunos casos, estos mecanismos periodísticos han sido más eficaces para controlar el abuso del poder, que los propios medios institucionales que prevén las constituciones para sancionar al servidor público de que se trate. En la perspectiva internacional, hay ejemplos paradigmáticos que ilustran estas acciones, como fue el caso Watergate en el año de 1972 en Estados Unidos, en donde una investigación periodística de Carl Bernstein y Bob Woodward, de *The Washington Post*, tuvo como consecuencia la renuncia del presidente Richard Nixon. En tiempos recientes, encontramos el asunto del ex presidente de Guatemala, Otto Pérez Molina, que actualmente enfrenta un juicio sin libertad, por posibles actos de corrupción.

En el caso mexicano, sea por información de los medios o bien por las redes sociales, también se han hecho descubrimientos y reflexiones que nos permiten identificar comportamientos y acciones ilegales del poder público. En un sistema no democrático sería impensa-

ble tener acceso a determinada información que es producto de una investigación independiente, por la sencilla razón de que esta es controlada y manipulada por el Estado. De hecho, la información está monopolizada por medios del Estado y, en general, los contenidos que fluyen hacia la opinión pública son preponderantemente de carácter propagandístico. Corea del Norte, China, Cuba y Venezuela son ejemplos presentes en donde se exaltan estas características mediáticas.

Para la doctora Casar, hay aspectos positivos de los medios de comunicación que deben ser defendidos para defender a nuestra incipiente democracia; no obstante, también identifica algunos síndromes, vicios o dilemas del periodismo que es ejercido en nuestras democracias, que deben ser resueltos oportuna y apropiadamente, como es el caso del espionaje periodístico, que no respeta frontera alguna de la vida privada, el guionismo periodístico, que es utilizado para hacer historias montadas a gusto de las audiencias, el cuentista o plagio del periodismo, que inventa o se roba sin dar crédito alguno notas de otros medios o colegas, el sensacionalismo periodístico que incita a generar audiencias por medio de notas que exageran las cosas, restando objetividad a la información, el periodismo de lo políticamente correcto, que busca únicamente el aplauso fácil, así como una campaña de elogios para recibir premios y distinciones inmerecidas, el periodismo que hace justicia en los medios, sin esperar a que las instancias legalmente constituidas resuelvan conforme a lo que la ley mandata en tiempo y forma, y otros vicios que hacen que el ejercicio periodístico pierda credibilidad.

¿Cómo resolver estos males? La doctora Casar sugiere pensar en una alternativa mixta entre códigos de autorregulación ética y cierta regulación del Estado.

En lo personal, defiendo la idea de que sean básicamente códigos de autorregulación ética los medios que sean creados para limitar y sancionar eventuales abusos en la práctica profesional del periodismo. Esta es la ruta que han seguido principalmente las democracias consolidadas, para hacer valer los derechos y principios que se desprenden de las libertades de expresión y de información. En una democracia como la nuestra, de reciente cuño, la tentación por controlar la información puede ser mayor que la vocación por respetar nuestras libertades fundamentales. Hay democracias que tienen siete siglos de trabajar en estos temas, y siguen manteniendo la misma posición por la autorregulación, antes que por la regulación. Por ello, creo que el reto que tenemos en nuestro periodismo es cómo hacer para que los instrumentos de autorregulación ética sean observados y respetados por el gremio de los periodistas. Yo contesto que con el impulso de una nueva cultura de autocontrol, de un compromiso ético entre periodistas, en donde sea sancionado por sus propios pares el profesional de la información que abusa de sus responsabilidades. Por fortuna, hay diversos modelos de códigos que pueden ser moldeados a las prácticas y principios editoriales de cada medio, con el fin de establecer una base mínima de acciones no permitidas, que pueden ser objeto de sanción en caso de contravenir los principios que todos aceptan respetar al formar parte de una casa informativa. Hasta el día de hoy esa ha sido la ruta que han seguido los medios de información más prestigiados. No veo por qué debamos cambiar algo que ha dado resultados, sobre todo para respetar el sano equilibrio entre un derecho y una obligación.

Por supuesto que hay otros temas, que están claramente regulados en la ley por el código civil, que deben permanecer cuando una persona presumiblemente es afectada en sus derechos de privacidad y reputación como consecuencia de una información imprecisa o inexistente. Es un derecho elemental, pero no hay una intervención del Estado para hacer funciones de censor.

Por su parte, la doctora Peschard sostiene que una de las contribuciones más importantes que han tenido los medios de comunicación en favor de la democracia mexicana ha sido por medio del ejercicio del derecho a la libertad de expresión y de acceso a la información, que en buena medida está sustentado en los derechos que reconoce el artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Hay un mejor periodismo y en consecuencia una mejor información para el público, porque hay más libertad para expresar los diversos contenidos, pero también porque los medios son beneficiarios de nuevas herramientas legales que garantizan el acceso a la información pública y la transparencia. En este contexto, se fortale-

ce el periodismo de investigación, que hace las veces de un vigilante del poder público.

Con mejores contenidos, también se fortalece el derecho al voto, porque se informa al ciudadano sobre determinados temas de la agenda pública para que haga conciencia de la importancia que tiene su voto, el que de manera pacífica, responsable y activa determina la conformación del poder público e, indirectamente, la correlación de fuerzas de representación entre los poderes ejecutivo y legislativo.

Este hecho ha repercutido positivamente en nuestra democracia, dado que desde el año de 1997 ningún partido político ha logrado obtener por sí mismo una mayoría parlamentaria, por lo que todos los acuerdos entre los poderes públicos y hacia adentro del propio parlamento han requerido de consensos, de discusión y de negociación entre las diversas fuerzas políticas. Eventualmente el voto informado provocó que nuestra pluralidad incite al diálogo y nunca más a la imposición avalada por una mayoría hegemónica.

Es cierto lo que dicen María Amparo Casar y Jacqueline Peschard: al buscar la verdad objetiva de los acontecimientos políticos, los medios son un contrapeso o un vigilante social, necesario e indispensable para domesticar al poder arbitrario, al poder que corrompe y que abusa de su condición para obtener beneficios privados e ilegales. Pero también cumplen con otra misión que, incluso, pudiera ser aun más importante en un sistema democrático, en donde el pueblo es el legítimo depositario de la soberanía, de la voluntad general para decidir quién debe de gobernar en nuestro nombre y con nuestro dinero.

Los medios también contribuyen a construir ciudadanía al ser las fuentes de información con la que nos enteramos del quehacer gubernamental, de los excesos y de los abusos de quien debe ser el primer obligado en cumplir con la ley. Gracias a este ejercicio de información, el ciudadano cuenta con elementos mínimos para poder deliberar y eventualmente para decidir el rumbo y conformación de nuevos gobiernos en los distintos niveles: municipal, estatal y federal.

El derecho al voto queda limitado si el elector no cuenta con información relevante que le pueda dar una idea hacia dónde debe dirigir su voluntad electiva, y también para evitar las dádivas del poderoso que busca cooptar y manipular.

Con buenas prácticas periodísticas y también con medidas de control ético, los medios están llamados para ofrecer el contenido que hace posible que la democracia sea de todos y no de unos cuantos. Esperemos que con los mecanismos adecuados, estén a la altura de las expectativas y deberes con los que justifica su ejercicio cotidiano: la búsqueda de la verdad para ejercer a plenitud nuestra libertad.

Periodismo y nuevas tecnologías

Rossana Fuentes Beráin

Empiezo con una confesión personal: “soy una migrante digital”. Sí, la primera computadora que usé fue cuando estudiaba la maestría fuera del país, después de haber cursado, orgullosamente, la licenciatura de comunicación de masas en una universidad pública nacional. Soy, pues, de la generación “bisagra”, aquellos que vemos el teléfono celular en promedio unas cien veces al día pero no 150, como “los nativos digitales”. Sé, por tanto, a diferencia de ellos, que la televisión no es una pantalla táctil y que no puedo activarla con el dedo... y claro que sigo, y seguiré, leyendo periódicos y revistas en papel.

En el Encuentro Internacional de Periodismo celebrado en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, en la Ciudad de México, el licenciado Juan Francisco Ealy Ortiz, quien prácticamente ha dirigido “el gran diario de México” la mitad de su vida, habló de “tradición y de innovación” y específicamente platicó con el ex rector de la UNAM, el doctor Juan Ramón de la Fuente, para que se incluyera una mesa que me tocó el privilegio de moderar, en la que directores de empresas de tecnología con destacadas actividades a nivel global y desde luego en nuestro país, participaran para presentar al público, en su mayoría universitarios, un tema clásico del siglo XXI: el periodismo y las nuevas tecnologías.

Lino Cattaruzzi (Google), Luis Arvizu (Yahoo) y Daniel Bekerman (Microsoft) nos llevaron al GYM —ojo con el acrónimo del nombre de sus compañías—: así llamaré a ese universo de los tecnólogos presentes en el evento, ese gimnasio, si me permiten traducir el acrónimo al castellano, poblado de plataformas basadas en algoritmos donde el periodista se convierte en “generador de contenidos” y el lector en “usuario”.

Ese espacio no me es desconocido. A finales del año 2000, después de haber pasado ya por un par de décadas de trabajo en varias redacciones de medios mexicanos, abrí mi primera incursión empresarial en Internet: se llamó *contenidolatino.com*. La quebré. Ser empresario y, más, ser empresario de medios en México, como lo son los dos “Juan Franciscos”, Ortiz y Lanz Duret, es una labor durísima, durísima; no me cabe duda de que en ese contexto este centenario cobra aun mayor lustre.

Yo incursioné tímidamente y no duré más de dos añitos; acabé regresando a su redacción, la de los Ealy, y trabajé en ella algunos años hasta que en 2014 volví a aventurarme a emprender ahora a través de un laboratorio (www.mexicomedialabS21.com) en el universo de los ceros y los unos que configuran el lenguaje digital.

Es por lo segundo, mi reincidencia en lo digital que, después de las pláticas magistrales de los escritores Fernando Savater y Juan Villoro, de las reflexiones basadas en el dominio de la lengua, y de escuchar la riqueza de los conceptos de Jorge Islas, María Amparo Casar y Jacqueline Peschard, yo decidí pedirle a Lino, Daniel y Luis que hablaran como hablan los tecnólogos: con imágenes, con *clicks*: del control remoto de la computadora.

El programa de TV UNAM y las memorias del Encuentro Internacional de Periodismo cuentan con sus presentaciones íntegras, pero ofrezco aquí un par de láminas que me parecen referenciales, así como mi propia síntesis y versión personal, de cómo fue que se estructuró la mesa a partir de algunas líneas provocadoras para que, con las herramientas que le son propias: el dominio del Power Point y las cifras y las imágenes, abordáramos en conjunto el papel de los editores, los



Luis Arvizu, Lino Cattaruzzi, Daniel Bekerman y Rossana Fuentes Beráin

periodistas y los lectores en el universo de la comunicación del siglo XXI.

Para empezar, déjenme volver a la idea de que lo que yo estudié, comunicación de masas, fue enterrada por los tres, Cattaruzzi, Bekerman y Arvizu, nomás comenzaron a conversar, porque ellos no hablan nunca de “las masas” sino de los individuos, de aquel que llaman “usuario”.

Y para el cual, coinciden, hay que “personalizar” la información a través del uso de sus motores de búsqueda que pueden perfilar, a través de fórmulas matemáticas —algoritmos, les llaman—, una serie de instrucciones secuenciales que lleva a cabo una computadora en la que la consulta de información deja datos que se traducen en información del perfil del “usuario”, con la suma de los cuales eventualmente se construye suficiente capacidad para que cuando ese individuo vuelva a conectarse se presente frente a él la información que la máquina decida es de su predilección. Es decir, no más información masiva, sino tiros de precisión.

Los escucho y me pregunto hipotéticamente qué pasaría con mi abuelo en Saltillo y mi abuelo en el Distrito Federal la mañana del domingo primero de octubre de 1916 en la que vio la luz por primera vez la versión física de *El Universal* con el encabezado “La Administración de Justicia Se Restablece en la República”. El del norte —faltaba más, comerciante— puede que haya estado interesado marginalmente por la cercanía del suyo con el rancho de Venustiano Carranza; el abuelo del centro, más poeta y más artista, probablemente no se habría enterado de nada si en lugar de contar entonces con la versión de papel de *El Universal* a través de las plataformas tecnológicas se hubieran realizado sus perfiles a partir de su actividad en la computadora.

Por eso, aun en digital yo prefiero entrar —que me perdonen mis invitados— a leer los diarios directamente y no en la selección que ellos hacen para mí, por-

que lo que puede hacer el portal digital público más grande de México, *eluniversal.com.mx*, en este centenario, es dejarme tranquilamente leer la nota principal del día, no la nota principal para mí, sino la nota que unos profesionales llamados periodistas trabajaron con cuidado y apego a los valores de veracidad y credibilidad. Por eso en el Encuentro Internacional de Periodismo se habló de tradición e innovación.

De hecho, cada vez que se consulta la información de *El Universal* desde un teléfono móvil se genera en Bucareli 8 una operación para servir al lector (*usuario* le llaman los del GYM) y aliviarlo de su “nomofobia”, la nueva palabra que nos regaló Cattaruzzi, quien nos la explicó como la “fobia a vivir lejos del celular”.

“Ya no vamos *online*, vivimos *online*”, agregó Lino, quien explicó que Google ha repartido 10 mil millones de dólares a sus “socios editores” en el mundo, y aunque eso está muy bien porque hasta hace poco no estaban compartiendo ni ellos ni Facebook un céntimo de sus ganancias con los generadores originales del contenido, así y todo nadie puede negar que las plataformas de distribución son y serán un elemento extremadamente disruptivo para los modelos de negocio en el que los periódicos se basaron hace cien años cuando nació *El Universal* en un esquema más propio de la Revolución industrial que en los de la revolución digital.

Ese: el modelo de negocio, es el gran reto para la convivencia armónica entre el periodismo y las tecnologías, porque, efectivamente como lo compartió Bekerman, Microsoft decidió “ya no generar contenidos propios” desde mediados de 2014, y sí hacer acuerdos con los diarios para distribuir los suyos y compartir ganancias, igual que Google.

Ojo: son ganancias. Por cierto, aunque los tecnólogos las plantean en términos de porcentajes, estos pueden ser y son generosos (70 para el diario, 30 para la pla-



Luis Arvizu, Lino Cattaruzzi y Daniel Bekerman

taforma), lo cierto es que no sustituyen con los centavos devengados en conjunto los pesos perdidos en lo individual al comprobarse año tras año que muchos anunciantes se alejan de las ediciones impresas.

No es de sorprender, pues, que cuando pregunté a Bekerman lo que a su juicio podía compartir con los estudiantes presentes en el evento como un aprendizaje de vida respecto al “periodismo y las nuevas tecnologías”, su respuesta fuera: “que aprendan a escribir código”...

No es la primera vez que oigo esa reflexión, y desde mi supina ignorancia de los lenguajes de cómputo, pienso inmediatamente que esa es la fácil, y que lo más difícil será que esos administradores e ingenieros aprendan a escribir en prosa periodística —de poesía ni hablamos—, pero, bueno, lo cierto es que no me queda duda de que el periodismo del siglo XXI pasa por los equipos multidisciplinarios: los de periodistas con conocimiento de tecnología, de tecnólogos con conocimientos de periodismo y de diseñadores y de publicistas y de tantos más, pero siempre trabajando juntos. Ese lobo estepario, ese periodista que se iba y hacía una cobertura y regresaba y escribía y casi no quería que le editaran su texto y nunca quería hablar con los del lado oscuro de la luna, con “los del negocio”, que me tocó ver todavía en alguna redacción, es un lobo que está en proceso de extinción...

El desafío de la comunicación en la era digital es que muchos trabajan para uno, pero ese uno es, lo señaló Arvizu con su entrañable acento norteno, ese uno es ¡cada vez menos numeroso! Cuando menos en el inicio no (cuando los agregas), pero eso es verdad para los grandes públicos: “los millones que veían el último episodio de una serie popular de televisión ya no están, hoy hay un público fragmentado”. Es un público de uno, señaló.

Son los intereses particulares los que hoy prevalecen en lo que los tecnólogos se plantean como comunicación

porque los algoritmos de sus plataformas de Internet —que resuelven unos problemas y crean otros, como: ¿dónde va a quedar la aldea pública, la agenda nacional?— funcionan cada vez que se da un *clic* y su modelo de negocio depende de eso de que la máquina al conectarme reconozca mi identidad, mi IP, y me mande únicamente la información geolocalizada de mi espacio físico.

Es claro que, migrantes o nativos digitales, en la faz de la tierra convivimos cuatro generaciones, y cada una de ellas necesita comprender que hay que buscar espacios comunes.

Las computadoras no lo son, y los celulares menos, según lo experimentamos en el evento mismo, pero los periódicos impresos son eso: un espacio común donde, como comentó con su deliciosa sabiduría la escritora Nélida Piñón, en otra de las mesas del evento, “nos encontramos con un periodismo que nos aporta la capacidad de legitimar la vida común”. ¿Qué leo yo que tú leas igual, en el mismo lugar, de la misma página, en el mismo día, para que podamos conversar?

Sí, siempre hay que pensar en el lector/usuario, pero no hay que claudicar nunca de la tarea de que alguien —y no sólo una máquina— le entienda, pueda iniciar una conversación inteligente, con él o ella y así dos seres humanos, o muchos, un equipo de hacedores de periodismo e idealmente muchos más lectores que uno, se mezclen en el maravilloso descubrimiento compartido de algún elemento particular de la realidad, sea esta *on* u *offline*...

A riesgo de que me llamen *ludita*—aquellos que durante la Revolución industrial se peleaban con las máquinas que desplazaban a los artesanos—, yo sigo románticamente pensando que es mejor, para mí cuando menos, beneficiarme del periodismo de calidad que hace un ser humano y, lo siento, pero sentada en la Plaza de las Tres Culturas sostengo con convicción que ningún algoritmo, ninguna “máquina azul”, a mi juicio, otra vez, ha sido capaz de narrar los acontecimientos de *La noche de Tlatelolco* como lo hizo Elenita Poniatowska, que nos dice que su tía, Pita Amor, la llamaba “pinche periodista”.

Ni la ácida crítica de esa, la poeta de la “tinta americana”, a su joven sobrina, me hace pensar por un momento, en ese escenario rodeada de ingenieros y administradores, que equivoqué el camino respecto a dedicar mi vida a la comunicación masiva y el periodismo.

Sí, a mí como a los del GYM—Google, Yahoo y Microsoft—, me interesan los usuarios y los algoritmos, pero les llamo *lectores*, pensando en los cien años pasados del diario *El Universal* igual que en los cien que espero les sigan. Creo que habrá que encontrar cómo mantener la esencia de lo que se ha hecho y se tendrá que seguir haciendo en el fondo: contar historias para que las lean, me da lo mismo la plataforma, líquida o sólida.

Eso para mí es “el periodismo y las nuevas tecnologías”.

Periodismo y cultura

Adriana Malvido

Después de escuchar a Nélida Piñon y a Elena Poniatowska, algo nos queda claro. Y es que todos somos aprendices. En el Salón Juárez sólo se oye la respiración de un público joven que escucha y mira cómo un espacio cualquiera se convierte, gracias a la magia de la palabra, en oráculo donde la sabiduría se hace memoria, se viste de historias, le da vida al conocimiento y a la experiencia y nos invita a repensar el periodismo como expresión cultural y a concebir la cultura como hija de la imaginación.

Nélida Piñon descubre la cortina del escenario para revelarnos la poderosa influencia de la prensa en su vida, de la labor didáctica que ejerció la lectura cotidiana del periódico en la niña brasileña, descendiente de gallegos, fascinada desde pequeña con el espíritu aventurero de los reporteros y de Simbad el marino. “Aquí viene la vida”, pensaba mientras abría las páginas del diario como una manera de inaugurar el mundo. “Era una obertura extraordinaria”, aquello tenía plasma, sangre, historias y narrativas que la vinculaban con la existencia de otros, pero también con su entorno porque “las familias están dentro del periódico, quienes somos está ahí adentro, cada noticia corresponde a un grupo social”.

Gracias al periódico, dice, ha entendido lo que pasa en su país y en el mundo. La capacidad del periodismo para crear mitos, héroes y personalidades le fascina. Los necesitamos “porque uno es insuficiente, nuestra familia es insuficiente, tenemos que abarcar todas las instancias humanas, sólo así nos damos cuenta de que somos múltiples. Me encanta que se hable de las mujeres como figuras proteicas, que viene de Proteo, capaz de asumir todas las formas humanas, hombre y mujer, la vegetal y la mineral, para poder mirar al mundo a través de un horizonte extenso, casi irresponsable, por su diversidad. Y la prensa te ayuda a ver todo eso”.

La autora de *La república de los sueños* se pregunta: “¿Cómo se puede vivir sin las noticias, sin las intrigas, sin el conocimiento, aun sin el disenso?”. Para Nélida,

las primeras señales de vida cada mañana son el café y el periódico; sin embargo, “hoy veo una prensa muy aséptica, casi burocratizada, que dejó aparte la pasión y el sentido del drama que están en la naturaleza humana. Somos seres teatrales, dramáticos, y cuando nos enfrentamos con una creación tan aséptica, nos sentimos expulsados de la proposición estética. Ni la literatura ni el periodismo deberían hacer expurgos, porque la vida proviene del caos y el caos es de una riqueza extraordinaria”.

Elena Poniatowska nos devuelve a la proposición estética cuando evoca presencias de un periodismo cultural a la altura del arte.

En primer lugar, José Emilio Pacheco: “Nos puso la poesía en las manos, la platicó para que pudiéramos decirlo en la calle, en el aula, en la manifestación, junto a ella acomodó, como si fuera lo más fácil del mundo, los grandes temas de la muerte, de la vida, del viaje y del conocimiento al traducir a Beckett y a Marcel Schwob, a Oscar Wilde y *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot, a Apollinaire y a los griegos”. La autora de *Tinísima* duda de que algún periodismo cultural del continente supere la gran lección de los *Inventarios* de JEP que, como ella, todos deseamos que sean recogidos en un libro.

Poniatowska destaca el lugar de Rosario Castellanos, como crítica literaria, en el periodismo cultural. Porque además de ser un icono de las letras mexicanas, divulgó la obra de autores como Simone Weil, Jane Austen, las hermanas Brontë, Marguerite Yourcenar, Simone de Beauvoir, Clarice Lispector, Nélida Piñon... y envió sus artículos cada semana hasta el último día de su vida, el 7 de agosto de 1974, desde Tel Aviv, Israel.

El siguiente es Ryszard Kapuściński, autor de *Ébano* —esa deslumbrante mezcla de reportaje y arte— y, entre otros libros, del imprescindible *Los cínicos no sirven para este oficio*. Por su talento como escritor y la ética con la que ejerció el trabajo reporteril, se le conoce como “el mejor periodista del siglo xx”. Elena cita lo que el polaco

Lo que sigue levanta una ovación: “No puedo ni pensar en lo que haría Monsiváis ahora al ver la desaparición de 43 muchachos normalistas en Ayotzina-pa, pero puedo imaginar su dolor y su indignación ante la mentira, la corrupción y la total ineptitud de un gobierno que supuestamente se había comprometido con los padres de familia. De lo que sí tengo absoluta certeza es que encararía la desaparición forzada de miles de mexicanos y desenmascararía las mentiras que hoy nos agobian”.

En su libro de ensayos *Aprendiz de Homero*, Piñón incluye el texto “Arquímedes, el buen reportero”, personaje real sobre el que se extiende en el diálogo porque conocerlo desde muy joven fue definitivo en su vida y en su decisión de estudiar periodismo aunque supiera, desde siempre, que sería escritora. Porque, cuenta, gracias a él supo que estudiar letras “no me iba a dar la porción mágica y misteriosa de la vida, porque lo veía desesperado en la calle como con un sentimiento de culpa por no haber contado la historia que la vida requería, como si estuviera en falta con la vida. Él no tenía vida propia



Nélida Piñón y Elena Poniatowska



Nélida Piñón, Elena Poniatowska y Adriana Malvido

sino la vida que la gente le delegaba. Iba y buscaba abrir ventanas y gavetas de la casa ajena para descubrir lo que me parecía extraordinario”, y aunque la literatura hace lo mismo, “el lenguaje periodístico está más conectado con la oralidad, que siempre ha sido una pasión en mi vida”. Hoy, advierte, hace falta renovar el repertorio imaginativo de la narrativa periodística, describir esas instancias mágicas llamadas sentimientos, las inestabilidades emocionales...

En ese tono, Elena Poniatowska —que siempre está registrando la vida en su libreta y su grabadora— recuerda a Gabriel García Márquez, cuya inmensa novela *Cien años de soledad* no sólo “la reivindicación de toda América Latina, sino resultado de años y años de trabajo como reportero”. Sus obras, afirma, son un inmenso reportaje. Y por eso “es importantísimo no maltratar al periodismo ni a los reporteros que a diario dan una enorme lección de humildad”. De pronto, Elena cambia de voz para imitar a Pita Amor que le decía: “¡No te compares con tu tía de lava, no te compares a tu tía de fuego, yo soy la dueña de la tinta americana y tú, una pinche periodista!”.

Un periódico, dice, te da cosas inesperadas. Su propia pieza, “De noche vienes”, la escribió a partir de una historia que atrapó entre las páginas de la prensa. Es más, “a mí el periodismo me ha dado todo lo que soy, me ha dado mi país...”.

Para concluir, Nélida Piñón lee un texto recién escrito para México: “La cultura, hija de la imaginación”.

El silencio en la sala persiste, su voz envuelve cuando dice que “a lo largo de milenios, [la cultura] superó cada hora, acumuló saberes e intrigas, con los cuales propició argumentos que validasen el arte y el humanismo, en cuanto nos atraía con la promesa del misterio capaz de vencer los umbrales del mundo”.

Intento un resumen: Los saberes del mundo están a nuestro alcance. Tiene patente cultural todo lo que gira en torno de las múltiples maneras del hombre de inventar lo cotidiano. La cultura presta servicios indistintamente a todos los pueblos, a todas las clases, a todos los tiempos, las civilizaciones habidas. Lo cierto es que acciona las actividades creativas que enlazan a la humanidad. Un libro que llega traducido al regazo de un lector extranjero, ávido por la narrativa, transfigura la estética humana. Esta puede disolver divergencias, facilitar reconciliaciones, multiplicar el repertorio de las ideas y de los hechos. Este arte que viaja puede ser también un arma mortífera cuando coloniza al vecino, menosprecia sus saberes. Con todo, el arte es la mejor parte del corazón humano.

La cultura está presente siempre, aun sin ser vista, pero no es amena ni sinónimo de felicidad. “Sin embargo, no obstante la corona de espinas que adorna santos y pecadores, la cultura es la alegría de los hombres. La alegría que lustra la humanidad”.

De esa alegría se impregnó el Salón Juárez la mañana en que Elena Poniatowska y Nélida Piñón nos recordaron que somos eternos aprendices y que para modernizar al mundo hay que abrazar la sabiduría.

Comunicación y política en la era digital

Leonardo Curzio

El Encuentro Internacional de Periodismo, celebrado en el venerable recinto de Tlatelolco los pasados 10 y 11 de septiembre, tuvo como primer objetivo abrir las celebraciones del centenario de *El Universal*. Ese fue el marco para convocar a un muy saludable debate sobre la problemática que hoy viven los medios de comunicación e identificar los retos que la nueva realidad y el cambio tecnológico nos van imponiendo a todos. El encuentro convocó a exponentes de diferentes generaciones, lo cual permitió obtener frutos en dos campos fundamentales. El primero, recordar que algunos dilemas no son tan nuevos como creemos (Ignacio Solares aludía al dilema de la carta y el telegrama) y que ese presentismo de las jóvenes generaciones que tiende a ubicar el presente como algo inédito y desconcertante no está siempre bien fundamentado. Aprender de la historia y de la experiencia es elemental para no convertirnos en los Monsieur Jourdain del debate periodístico contemporáneo. Además, nos permitió constatar que no existe correlación entre la edad y las inercias. Preclaros personajes, con una impresionante carrera a sus espaldas, demostraron que en eso de la modernidad y los retos, su capacidad de entender y problematizar se mueve tan rápido como los modernos *geeks*.

La problemática que atañe a los medios en este siglo XXI se discutió desde diferentes disciplinas y experiencias profesionales. Se pudo escuchar y ver desde el periodista químicamente puro hasta el intelectual que rara vez ha visto una redacción, en una enriquecedora charla. Esta combinación de perspectivas y vivencias le dio profundidad a la conversación. La convocatoria conjunta de *El Universal*, la UNAM y The Aspen Institute se hizo

bajo premisas que no son habituales en el debate de los medios, que, por protagonismo o simple descuido, tienden a darse de forma fragmentaria. En esta oportunidad la convocatoria fue incluyente, pues no se centró en los colaboradores de la propia casa organizadora, sino que se amplió a plumas distinguidas de otros medios de comunicación. Articulistas como Federico Reyes Heróles, Juan Villoro o la misma Elena Poniatowska, por hablar solamente de los mexicanos, celebraron la disposición a interactuar e incorporar sus puntos de vista. Fue también una convocatoria plural, ya que diferentes sensibilidades políticas y cosmovisiones discutieron con comodidad en Tlatelolco y, finalmente, lo más notable e innovador en un país poco acostumbrado a dialogar, fue una irrefutable voluntad de escuchar. Ratifico aquello que hace algunos años apuntaba Michel Crozier en el sentido de que la crisis de la inteligencia tiene como origen el bloqueo del aparato auditivo. Cuando te niegas a escuchar a los demás, partes de dos supuestos que inhiben el despliegue de la razón pública. El primero es la delirante creencia de que la verdad la posee uno y su complemento (y consecuencia) es que los demás no tienen nada relevante que aportar. Parece una obviedad, pero no lo es. Es un aporte cualitativo a la forma en que discutimos en México y abre fructíferas perspectivas para nuevos encuentros que profundicen en alguno de los capítulos temáticos abordados en este encuentro. No faltaron algunas interminables filípicas en primera persona del singular, pero el ánimo de todas las mesas fue escuchar con atención y con genuino ánimo de aprender. De todas las mesas y su deslumbrante temática he aislado algunos asuntos que me parecen centrales y que

enuncio como nudos problemáticos más que como debates concluidos.

El primero de ellos es el impacto que la revolución digital ha tenido en los medios de comunicación y en particular en la prensa escrita. Nadie escapa a los efectos de esta revolución y sólo puedo afirmar que hay tres grandes consensos entre aquellos que hoy hacen el periodismo día a día y aquellos que estudian su evolución. El primero es que muy pronto habrá tantos dispositivos móviles con acceso a Internet como habitantes hay en el planeta. El segundo es que es imposible determinar con precisión qué nuevas posibilidades nos ofrecerá la tecnología que avanza de forma vertiginosa y que en una década más puede llevarnos a prácticas de comunicación que hoy ni siquiera imaginamos. El tercero es que la capacidad de programar (es decir, generar contenido) por cada vez más actores no cesará de crecer en los próximos años. En la medida en que la banda ancha se amplíe, más y más ciudadanos podrán subir videos cada vez más complejos y pesados a la Red desde sus dispositivos móviles; una aplicación como Periscope, que hoy permite la transmisión en directo desde un móvil, abrirá más posibilidades a una sociedad que depende cada vez menos de los medios para generar contenidos y compartirlos con otros usuarios. Aquí encaja un desafío colosal que consiste en que, además de ser programadores, los ciudadanos pueden convertirse también en conmutadores; en otras palabras, tienen la posibilidad de conectar unas redes con otras con independencia de lo que los gobiernos o los medios de comunicación tradicionales dispongan.

Este punto, todavía poco entendido, supone un desafío inmediato y de mediano alcance para los medios

de comunicación. Durante siglos los periódicos tuvieron el enorme poder de determinar los temas de interés público e incluso de establecer el conjunto de actores autorizados (voces influyentes) para desahogar una temática y ofrecer a la sociedad alternativas a sus dilemas. De esta manera, las opciones de qué hacer, por ejemplo, con la contaminación en la ciudad o con el modelo de desarrollo económico, por citar un par de asuntos, eran encuadradas o enmarcadas por los editorialistas o articulistas que tenían acceso a los medios, o por los actores a los que los propios medios entrevistaban para tomar su parecer. Hoy, detrás de cada tuitero, hay un comentócrata que emite opiniones sobre aquello que le interesa y enlazándose a los *hashtags* puede desarrollar conversaciones que nada tienen que ver con el gran cauce establecido por el poder y los medios de comunicación tradicionales. Hay, pues, un desplazamiento del “cuasi monopolio” de la programación de contenidos a la existencia de multiprogramadores cada vez más activos y participativos que tienden a autoorganizarse sin considerar prioritario pasar por las grandes avenidas de los medios de comunicación. No es fácil para algunos aceptar esa realidad, pero no por ella es menos cierta. Para los medios es prioritario establecer una interacción virtuosa entre sus lectores o audiencias, que hoy no solamente consumen información, sino que ayudan a generarla y tienen la posibilidad de entrar con mayor fuerza que nunca en el debate público.

Una inquietud que rondaba como fantasma por todas las mesas era si ante estas nuevas realidades había que decretar la muerte del periodismo en su concepción tradicional. La respuesta rotunda a la pregunta “¿ha muerto el periodismo?” fue un rotundo no. El periodismo, como



© Javier Navarro

Manuel Castells, Francisco Valdés Ugalde y Leonardo Curzio

profesión, tiene que expresarse por todas las vías que la revolución tecnológica ofrezca y en muchos sentidos deberá generar notas que se adapten a los nuevos soportes, pero la esencia de su labor permanece inalterada: generar contenidos útiles para hacer válido y vigente el derecho constitucional a la información. El periodismo tiene todavía muchas páginas que escribir como “espía ciudadano” que denuncie la concentración indebida de poder y haga públicas las componendas corruptas de los grupos de poder económico y político. En América Latina es particularmente importante la denuncia del funesto vínculo entre crimen organizado y clase política.

La vitalidad del periodismo profesional no está pues en duda y está claro que convivirá por muchos años con el creciente “periodismo ciudadano” que facilitan la tecnología y las redes sociales, pero lo que no está tan claro es la viabilidad económica de los proyectos periodísticos que cultiven el trabajo independiente y de calidad. El dilema que plantea la revolución digital y la expansión de Internet es que los periódicos hoy tienen más lectores que nunca, pero paradójicamente tienen menos ingresos para retribuir decorosamente a los profesionales que empeñan su tiempo en realizar investigación relevante. Y eso no es un tema menor. La crisis que viven algunas de las casas editoriales más importantes del planeta no se puede pasar por alto. En consecuencia, es prioritario para los trabajadores y dueños de los medios, en primera instancia, pensar en un modelo de negocios que garantice ahora y en el futuro cercano la posibilidad de mantener la independencia editorial. En una segunda instancia, todavía sin contornos definidos, este es un problema de los derechos de las audiencias o de los públicos lectores: tener información de calidad. En el modelo clásico los lectores sufragaban conscientemente a su periódico al pagar el importe del ejemplar o la suscripción. En estos tiempos, apostar por cobrar por los contenidos en Internet no es una opción ganadora, pero la pregunta de fondo permanece. ¿Cómo puede sufragarse una propuesta periodística independiente sin lectores (o anunciantes) que la fondeen y le den viabilidad?

El dilema no ha sido resuelto ni en México ni en otras partes del mundo, y en la exploración de alternativas se corre el riesgo de perder audiencias o peor aun perder el sentido original de nuestro trabajo. El primero de los riesgos es optar por el camino simplón de apostar por reconvertirnos a la industria del entretenimiento y desarrollar conceptos, como el “infoentretenimiento”, que puedan ser fácilmente comercializables. El deslizamiento no es inocuo. Por la vía de la trivialización se va perdiendo la esencia de lo que antaño se llamaba la “prensa seria”. De esta manera, las noticias o los reportajes de fondo dan paso a la llamada información de “color”, anecdótica y efímera. El fotoperiodismo de fondo, pieza fundamental para las portadas de los diarios y las pági-

nas web, cede espacio para la estereotipada fotografía de la modelo casi desnuda que hoy es asidua en muchos diarios. Apostar a la insostenible levedad del ser hará más espectacular la portada o la página, pero en el mediano plazo vaciará de contenido a los cabeceras de diarios que caigan en esa tentación, como ha ocurrido ya con muchos semanarios que sucumbieron a la tentación de la espectacularidad y descuidaron sus aportaciones de fondo. Pan para lo inmediato y hambre para el futuro.

Otro dilema de gran calado es la apuesta por un periodismo no de tendencia (que es lo tradicional y esperable en los grandes diarios y proyectos periodísticos) sino de justificación de un proyecto político. Como ocurre con la propuesta de Fox News, el esquema de negocio no es informar con un principio de equilibrio y objetividad sobre lo que ocurre en Estados Unidos y el mundo, sino corroborar los prejuicios que un grupo determinado de la sociedad tiene. En otras palabras, garantizar a un público predispuesto un flujo constante de contenidos que confirmen por todas las vías sus concepciones. Si están convencidos de que Barack Obama es un comunista, no importa lo lejano que esa creencia pueda estar de la realidad, el medio ofrece contenidos distorsionados y portavoces que lo sostienen y que reafirman lo que se quiere oír. Una práctica, en suma, que envilece el periodismo, empobrece la deliberación pública y radicaliza a sectores de la opinión pública. Optar por ese periodismo de “conformidad acústica”, es decir: “sólo oigo aquello que reafirma mis creencias”, es como inocular un veneno de efecto retardado a la cultura del pluralismo.

Para terminar, una palabra sobre la responsabilidad de los medios en la confección de la agenda pública y el fortalecimiento de la democracia. Sin medios independientes y vigorosos las democracias están en riesgo. Y no sólo por su carácter equilibrador en términos de la denuncia de abusos, fiscalizador del buen uso de los recursos públicos y gran cancerbero de las libertades. Los medios cumplen una función central en la organización del debate público. A pesar del creciente protagonismo de las redes sociales y el periodismo ciudadano, los medios tradicionales conservan una enorme capacidad de hacer (o no hacer) públicos ciertos temas. Tienen también una enorme fuerza (o liderazgo) para definir las opciones de política que tiene una comunidad en un momento determinado y no es cosa menor. Los medios siguen siendo un espacio fundamental para ordenar y dar profundidad al debate público y en consecuencia son un pilar del sistema democrático. El deterioro de la confianza ciudadana en las instituciones también se refleja en los medios y por ello es prioritario que asuman como tarea impostergable, con rigor y profesionalismo, el ejercicio de su libertad e independencia, porque en el siglo XXI, como en el XIX, la libertad de pensamiento y expresión es la madre de todas las libertades. **U**

Lázaro Cárdenas

Sus grandes merecimientos

Miguel León-Portilla

La mayor autoridad en los estudios de la cultura náhuatl, el doctor Miguel León-Portilla, recibió el Premio Amalia Solórzano de Cárdenas el 17 de agosto de 2015 en la Ciudad de México. En esta oportunidad, el autor de Visión de los vencidos recordó los enormes merecimientos del general Lázaro Cárdenas, tanto durante su presidencia como en el resto de su vida pública.

Antes que nada quiero agradecer al presidente de la Fundación Lázaro Cárdenas y Amalia Solórzano de Cárdenas el otorgamiento de esta presea que mucho me honra. Muchas, muchas gracias.

Voy ahora a hacer una breve recordación de los que considero más relevantes merecimientos del presidente Lázaro Cárdenas del Río. Evocaré primero los años de su juventud cuando participó activamente en la Revolución mexicana y pudo conocer lugares, algunos de ellos muy apartados de Jijilpan, en Michoacán, su tierra natal. Aludiré al menos a un episodio en particular al que volveré luego porque me parece significativo en su vida.

Por órdenes superiores en su calidad de militar, tuvo que actuar en la que se conoció como la Guerra del Yaqui, la que había estallado como una rebelión de ese pueblo bravo y aguerrido en defensa de sus tierras. En esas circunstancias el joven Lázaro Cárdenas se vio obligado a actuar en contra de los alzados.

Lázaro Cárdenas del Río a los 39 años de edad asumió la presidencia de México en 1934. Entre esa fecha y la de la promulgación de la Constitución Federal de la República Mexicana en 1917, habían transcurrido 17 años. Fue ese un lapso de inestabilidad con siete presi-

dentes, dos de los cuales perdieron la vida asesinados. Lázaro Cárdenas hizo sentir entonces a la nación mexicana que él asumía el poder para el que había sido elegido con toda la responsabilidad y conciencia de lo que ello significaba. Quienes habían sido los tres últimos presidentes, Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, popularmente habían recibido el calificativo de “presidentes peleles”. Detrás de ellos había un hombre fuerte al que se le adjudicaba otro epíteto, el de “Jefe Máximo de la Revolución”, Plutarco Elías Calles. Como se percatara Cárdenas de que este pretendía continuar ejerciendo su predominio, tomó una decisión difícil pero radical. Una mañana envió a casa del Jefe Máximo una pequeña fuerza con la orden de que se dispusiera a salir del país en la inteligencia de que su pasaporte y la entrada en Estados Unidos habían sido ya previamente arreglados. De esta forma, sin violencia alguna, Cárdenas afirmó su propia autoridad en el ejercicio de su gobierno.

Me fijaré enseguida en cinco puntos principales de lo que fue su ejercicio como presidente. Antes, sin embargo, no dejaré de mencionar que, asumiendo en plenitud sus responsabilidades, continuó la labor iniciada

por algunos de sus predecesores, entre otras cosas, en la construcción de carreteras que mejoraran las comunicaciones en el país, en la construcción de presas que favorecieran la agricultura y aun en algo que puede parecer de menor importancia pero que tiene un significado cultural muy importante, en la protección de la naturaleza al establecer un buen número de parques nacionales en diversos lugares del país.

Constante preocupación suya fueron los pueblos indígenas con los que había tenido diversas formas de contacto en los tiempos de la Revolución. Quiso entonces devolverles las tierras que ancestralmente les habían pertenecido. Dentro del plan sexenal con el que concibió el ejercicio de su gobierno emprendió una amplia reforma agraria. Oyó a numerosos grupos de campesinos indígenas. Pruebas fehacientes de ello se conservan en los archivos, incluso en la Fototeca Nacional, en buen número de fotografías en que aparece Cárdenas recibiendo comisiones de indígenas, no pocas sino muchas veces, en el recinto del Palacio Nacional.

Millones de hectáreas tituló Cárdenas a comunidades indígenas. En cuanto a los yaquis, a los que se había visto obligado a hacer frente en su rebelión, se acercó a

ellos y les reconoció por escrito la titularidad comunal de sus tierras y los derechos a sus aguas para irrigarlas. De este modo puso término a la Guerra del Yaqui.

A esto precisamente alude él en sus *Apuntes* o *Memorias* publicadas años más tarde por la UNAM. De enorme interés es lo que ahí expresa, pues pone de manifiesto que se interesó a fondo por la problemática de ese grupo en el que perduran muchos de los atributos positivos de esos pueblos que han sufrido por siglos la marginación y la pobreza extrema. Para valorar lo que fue la actitud de Cárdenas en relación con los pueblos originarios nada mejor que acercarse a sus *Apuntes*.

Lázaro Cárdenas propició la creación del Consejo de Lenguas Indígenas, la del Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas. Y, ya al fin de su mandato, propició el primer Congreso Indigenista Interamericano reunido en la ciudad de Pátzcuaro, del que nació, entre otras cosas, el Instituto Indigenista Interamericano. En torno a este habrían de surgir otros institutos nacionales en los países que se afiliaron. En México una pléyade de antropólogos, sociólogos y lingüistas participaron en la gran empresa concebida por Cárdenas. Mencionaré al menos los nombres de algunos: Manuel Gamio, Al-



Lázaro Cárdenas con los niños de Morelia

fonso Caso, Julio de la Fuente, Gonzalo Aguirre Beltrán, Alfonso Villa Rojas, Mauricio Swadesh, a sabiendas de que estoy omitiendo los nombres de otros. El indigenismo de Lázaro Cárdenas irradió desde entonces su ideario en el ámbito de América Latina.

En otro campo muy distinto, relacionado estrechamente con la política exterior de México, Cárdenas asumió una postura que alcanzó resonancia en el ámbito internacional. Al ocurrir la invasión de Etiopía por el gobierno de Mussolini en Italia, Cárdenas la condenó públicamente en la Liga de las Naciones. Al producirse más tarde la invasión de Austria por las fuerzas hitlerianas, asimismo hizo pública denuncia y condenación de ese hecho.

Pero todavía fue más importante su postura en el caso de la Guerra Civil española que estalló en 1936. Cárdenas, que había visto con gran simpatía el surgimiento de la nueva república española, consideró que la rebelión iniciada por Francisco Franco atentaba abiertamente contra la legitimidad de tal forma de gobierno, el republicano elegido libremente por el pueblo español. Proporcionó entonces a la república todo el apoyo a su alcance. De ello habla también con cierta amplitud en sus *Apuntes*, donde hace referencia a las armas que proporcionó al gobierno de la república española y las gestiones en algunos países para la obtención de otros recursos militares en varios países.

Al terminar esa guerra con la injerencia de los gobiernos de Alemania e Italia y con la derrota de la legitimidad, Cárdenas prestó su auxilio a miles de españoles que habían tenido que salir de su patria para salvar sus vidas de represalias y amenaza de muerte. Muchos de ellos habían entrado en territorio francés controlado por el gobierno en Vichy y con el antiguo mariscal Pétain, persona de extrema derecha que pretendió evitar así la total ocupación de su país haciendo concesiones al régimen nazi de Alemania.

Lázaro Cárdenas instruyó a los diplomáticos mexicanos que aún permanecían en ese territorio, en particular a quien tenía el rango de cónsul general de México, el profesor Gilberto Bosques, a que prestara todo el auxilio posible a esos españoles. Para ello aprobó el alquiler de dos castillos en donde debían asilarse, liberándolos de los campos de concentración donde los tenía confinados el gobierno de Francia. El profesor Bosques cumplió a cabalidad con su encargo. Logró después que muchos miles de esos españoles se embarcaran con rumbo a México en calidad de asilados y pudo también atender a centenares de judíos que si hubieran continuado en Europa habrían sido hacinados en campos de concentración de la Alemania nazi y habrían perdido ahí sus vidas.

Esta página en la actuación de Lázaro Cárdenas tiene un profundo sentido humanitario que ha sido reconocido incluso en ámbitos internacionales.

De este modo, tal vez sin proponérselo formalmente, Cárdenas atendió en su gobierno a los descendientes de los dos pueblos de cuya fusión proviene mayoritariamente el ser del México moderno: sus pueblos originarios, los indígenas y los españoles.

Respecto de estos últimos llegó él a escribir en sus *Memorias*: “había yo querido traer por lo menos a 500,000 españoles, con quienes en México de diversas formas estamos muy entreverados”. Los submarinos alemanes que, declarada ya la Segunda Guerra Mundial, infestaban el Océano Atlántico, le impidieron realizar ese propósito que quedó limitado a cerca de 25 mil personas que llegaron a México y que más tarde lograron que otros, no pocos paisanos, vinieran a establecerse en nuestro país. Entre ellos había varios miles de intelectuales y artistas. España perdía entonces una gran parte de su intelectualidad y lo que España perdió, México lo ganó. Y en menor grado puede decirse también que, al abrir sus puertas a inmigrantes judíos perseguidos por el nazismo, atrajo a artistas e intelectuales.

A partir de tales acciones con honda significación diplomática, el prestigio de México se acrecentó en el ámbito internacional. Desde entonces la voz de México comenzó a escucharse en los grandes foros. Era oída y respetada y tan sólo en tiempos recientes ese prestigio comenzó a perderse, pues ha habido gobiernos que asumieron posturas diferentes, lo que ha sido en verdad muy lamentable.

Un tercer campo en el que la acción de Cárdenas se hizo sentir fue el de la nacionalización del petróleo. Había estallado un conflicto laboral en las compañías petroleras principalmente norteamericanas, inglesas y holandesas, que motivó una huelga por parte de sus trabajadores. El conflicto se sometió a la Suprema Corte de Justicia, la cual dio la razón a ellos. En ese contexto Cárdenas decretó la expropiación de los recursos que pertenecían primordialmente a la nación mexicana como lo preveía ya la Constitución Federal de 1917. El pueblo supo escuchar entonces a Lázaro Cárdenas. Muchas fueron las manifestaciones de apoyo e incluso gente sencilla le ofreció pequeños recursos, sus joyas y aun aves de corral para contribuir con la venta de todo eso al pago de la deuda petrolera.

Volviendo a sus *Apuntes*, encontramos que quiso él consignar con detalle cómo se llevó a cabo la expropiación. Entre otras cosas señala cómo contó con asesoramiento jurídico de personas como Eduardo Suárez, Raúl Castellanos, Antonio Villalobos, Enrique Calderón, Efraín Buenrostro y Manuel Santillán, algunos de ellos parte de su gabinete.

El prestigio internacional de Cárdenas y el interno de él en México crecieron cada vez más. La significación del petróleo ha sido primordial para México.

La baja internacional de los precios del petróleo en el mundo entero, orquestada seguramente por fuerzas ocultas, ha demostrado la importancia que tiene ese recurso natural para la economía mexicana. Y ojalá que las amenazas que se ciernen en torno a la explotación del petróleo no minen lo que fue el gran logro de Lázaro Cárdenas. Si eso ocurriera, ello sería sumamente grave para nuestro país.

Fundación de instituciones es el cuarto campo en que se dejaron sentir el pensamiento y la acción de Cárdenas. A él se debió la creación del Instituto Politécnico Nacional, donde se han formado centenares de miles de profesionales que contribuyen al desarrollo de México. Y también creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia para realizar investigaciones y salvaguardar el rico patrimonio cultural de nuestro país. Este, integrado por miles de sitios con monumentos arqueológicos, testimonio de la grandeza de la civilización prehispánica y también por miles de edificaciones del periodo colonial y de la época independiente, ha estudiado, protegido y restaurado, en muchos casos, nuestro gran legado de cultura. Hoy en día el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con ramas en todos los estados del país, con numerosos museos tanto en la capital como regionales y comunitarios, con su Escuela Nacional de Antropología e Historia, es de importancia primordial para México. Ciertamente Cárdenas tuvo asimismo convicción profunda de la trascendental importancia de la educación en el desarrollo integral de un país. Citaré aquí textualmente sus palabras en sus *Apuntes*: “Los pueblos que carecen de cultura viven siempre en la miseria”.

A un quinto y último campo de su actuación atenderé ahora. Me refiero al empeño de Cárdenas por desarrollar y unir plenamente a México los antiguos territorios federales de lo que hoy son los dos estados de Baja California y el de Quintana Roo en la península de Yucatán. En cuanto a este último recordaré que Cárdenas le restituyó su carácter de territorio federal que había sido suprimido y dio pasos para su vinculación con el resto del país.

Respecto de Baja California, más amplia e intensa fue su actividad. Al entregar el poder presidencial a su sucesor, Manuel Ávila Camacho, puso en sus manos un sobre. Entre otras cosas le decía en él que era extremadamente importante continuar el proceso de su vinculación terrestre con la línea férrea que había comenzado él a construir pero que se había interrumpido como consecuencia de la guerra mundial. Y enfatizaba asimismo la necesidad de fomentar la población mexicana en esa vasta península.

Declarada la Segunda Guerra Mundial y concluido ya su mandato presidencial, Cárdenas recibió el encargo de la defensa de México a lo largo de sus siete mil

kilómetros de litorales en el Océano Pacífico. Significó esto que la Baja California entraba plenamente en el campo de su atención.

En ese contexto ocurrió un hecho de considerable gravedad. El día 7 de diciembre de 1941 se concentraron a lo largo de la línea divisoria tropas norteamericanas con artillería y otros implementos bélicos. Informado de esto quien era gobernador del territorio norte de la Baja California, el general Luis Felipe Rico, hizo saber de esto al general Cárdenas. Éste tomó entonces la decisión de trasladarse a la península, ya que en Ensenada había establecido un cuartel general.

Escribe Cárdenas en sus *Apuntes* que concertó entonces con suma urgencia una serie de entrevistas con el general John L. DeWitt, comandante de esas fuerzas norteamericanas. Las conferencias se llevaron a cabo a lo largo de tres sesiones, dos en el antiguo casino de Agua Caliente y otra en la comandancia estadounidense en San Diego. En esas conversaciones el general Cárdenas hizo saber al general DeWitt que México se oponía rotundamente a la entrada de tropas estadounidenses que pretendieran cruzar la línea para establecer bases en diversos puntos de la Baja California. Ante la insistencia del norteamericano, Cárdenas le manifestó que México tenía elementos para patrullar sobre todo con aviones la península e impedir así un eventual ataque japonés.

La conclusión fue que México no aceptó intervención alguna de Estados Unidos, lo que obligó al comandante estadounidense a ordenar el retiro de las fuerzas bajo su mando. De este modo la Baja California se salvó de que en ella se establecieran bases que hubieran sido a la larga, como en el caso de Cuba, una serie de Guantánamos que se quedarían para siempre.

En otro contexto, los programas concebidos por Cárdenas para unir a la península con el resto de México y su poblamiento alcanzaron el éxito. Gracias a la expropiación, ordenada por Cárdenas, de las tierras de la Colorado Riverland Corporation, se establecieron cerca de la frontera con los Estados Unidos muchos miles de mexicanos que hasta hoy cultivan las tierras del valle de Mexicali y fue en tiempos del presidente Miguel Alemán cuando se concluyó la construcción del ferrocarril Sonora-Baja California que unió definitivamente por tierra a la península con el macizo continental.

Más tarde, los transbordadores que cruzan el Mar de Cortés, así como la transportación aérea han hecho realidad lo concebido por Cárdenas: unir a la península con la nación mexicana.

Otras muchas cosas podría recordar en lo que fue la actuación presidencial de Lázaro Cárdenas del Río, joven que comenzó a gobernar como presidente de México con sólo 39 años de edad. Pienso que con lo que he expresado nadie podrá dudar de que fue él un parteaguas en la historia del siglo xx de nuestro país. Un hombre que sirvió

a México con entrega total. Podría evocar otras actuaciones de él como la que significó su apoyo a Cuba a la que se trasladó personalmente cuando se vio amenazada por una nueva invasión promovida por Estados Unidos.

Hombre que consagró su existencia a México, continuó sirviéndolo y así asumió importantes encargos como los de vocal ejecutivo de la Siderúrgica “Las Truchas”, en las inmediaciones del Río Balsas y las de las comisiones de la Cuenca del Tepalcatepec y del mismo Río Balsas. En la actualidad el puerto cercano que ostenta su nombre y que es uno de los más importantes en nuestro litoral en el Océano Pacífico recuerda otra de sus importantes acciones.

Prefiero terminar con una evocación de quien, estoy seguro, fue para él grande apoyo moral, su esposa, doña Amalia Solórzano de Cárdenas. De ella, a quien tuvimos, mi mujer y yo, el honor y el gusto de conocer personalmente, en vez de hacer un simple elogio, traeré a

la memoria las palabras que expresa la *Biblia* acerca de la que aparece en ella como “la mujer fuerte”. Entre otras cosas, se dice ahí acerca de ella, que es ella un tesoro extremadamente valioso, que es siempre el apoyo de su marido, que por las noches su lámpara de aceite se mantendrá encendida varias horas porque estará preparando, cociendo y bordando la ropa de este, la que se pondrá cuando asista a las reuniones públicas bien vestido y así se le respete aun más. Como podrá confirmarlo el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, estos elogios bien los merece doña Amalia. A ella, con cuyo nombre recibo ahora esta distinción, quiero evocarla así con admiración.

A todos ustedes y, en especial al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, agradezco la presea que recibo, al doctor Adolfo Gilly y al rector de nuestra Universidad Nacional, doctor José Narro Robles, por sus palabras generosas y a todos ustedes por la atención que han tenido al escucharme, gracias, muchas gracias. **U**



Cárdenas, leyendo el decreto de la expropiación petrolera, 18 de marzo de 1938

El amor que ya se fue

Elena Poniatowska

El fotógrafo español Bernardo Aja de Maruri ha desarrollado una exitosa y joven trayectoria, en la que destaca su exposición Entremuros, donde retrató las formas y pautas de la vieja aristocracia criolla de Lima, Perú. Ahora, Aja de Maruri se ha planteado un proyecto de recuperación de las viejas familias porfirianas de la Ciudad de México.

¿Por qué se interesó Bernardo Aja de Maruri por los Trescientos y algunos más? Supongo que lo atrajeron porque nadan contra la corriente y como los salmones hacen un esfuerzo inaudito para remontar el río y vencer a esa tromba de agua que se les viene encima dispuesta a aniquilarlos. Bernardo Aja tomó fotos desde los catorce años cuando sus padres en Santander le regalaron una camarita y consignó en blanco y negro los días y las horas de su familia, captó a su hermana regando un rosal y finalmente a los 18 años voló de España al Santa Mónica College, cerca de Los Ángeles para seguir en la fotografía.

Sorprende que un joven como Bernardo Aja de Maruri, nacido apenas en 1973, se apasione por la antigua aristocracia mexicana hoy poco visible de tan desfalleciente. También sorprende enterarse de que durante más de dos años fue el fotógrafo personal de Alberto Fujimori en Perú y durante más tiempo aún el fotógrafo de la Casa Real española en Madrid. A pesar de su juventud ha expuesto su *Entremuros* en Sotheby's, en Guadalajara, en Nuevo Laredo, en el Museo Tlatelolco, en la bienal de Florencia, en la Fundación Reina de España, en la Complutense en Madrid y en Lisboa. En Lima, Bernardo se enamoró de una peruana con la que vivió felizmente casado ocho años. Quizá fueron esos

ocho años los que acendrarón su amor por América Latina porque a los cuarenta se mudó a México, un país “de mucha efervescencia” en el que se hizo de dos grandes amigos, Guillermo Tovar de Teresa, quien murió en 2013 y nos privó de su sabiduría y su asombrosa erudición, y Diego Ibarra Corcuera, escritor y propietario de la hacienda Estipac, en el estado de Jalisco.

Tovar de Teresa, quien resultó más sabio y más seductor que todos los sabios con quienes se codeaba, murió absurdamente a los 58 años y la foto que Bernardo Aja le tomó en uno de los espejos de su casa congela para siempre lo que fue.

Las haciendas son la prueba más contundente de la alcurnia de la “gente bien”. Los Torres Adalid fueron dueños de la hacienda de Ometusco y la de Espejel en los llanos de Apan y la de San Buenaventura con su comedor para cien personas. Los Bernal remozaron La Gavia como también lo hizo Eduardo Iturbide con Pastejé al convertirla en la ganadería que produjo a uno de los toros de lidia más nobles de la historia de la tauromaquía, Tanguito. Jaltipa perteneció a la familia Garamendi y José María Rincón Gallardo, marqués de Guadalupe, cuidó de Ciénega de Rincón y de La Troje, mientras que Alfonso Rincón Gallardo, duque de Regla, de Ciénega de Mata. Antonio Cortina y Goribar iba con fre-

cuencia a supervisar sus tierras en torno a La Noria. Felipe Iturbe Idaroff pasaba largas temporadas en La Llave, en Querétaro, y Emmanuel Amor se distinguió en Morelos por ser un hacendado que trató mejor que ningún otro a sus peones en su hacienda de San Gabriel (como lo confirma el historiador John Womack). Emiliano Zapata fue caballerango de Emmanuel Amor, de Pablo Escandón y amansó los caballos de otras haciendas de Morelos como la del yerno de don Porfirio, Ignacio de la Torre, que apareció en aquella célebre fotografía de los 41 que juntos a la par unidos festejaban su preferencia sexual.

En 1956, Carlos González López Negrete, el duque de Otranto, publicó un grueso libro forrado de terciopelo carmesí, *El registro de los trescientos*, que se imprimió en la editorial Stylo en la calle de Durango 90. Doy la dirección porque la colonia Juárez y la colonia Roma eran porfirianas, las de la aristocracia de ex hacendados y de la “gente decente” o “gente conocida”, que vivía en calles con nombres de ciudades europeas: Génova, Niza, Berlín, Liverpool, Hamburgo, que años más tarde habrían de transformarse en la alivianada Zona Rosa de los *happenings* de José Luis Cuevas y Carlos Monsiváis, hoy de capa caída.

Dedicadas a la atención de su hogar y a la esmerada educación de sus hijos, las Mier, las Cortina, las De Iturbe, las Ortiz de la Huerta, las Fernández del Valle, las Escandón, las Arrigunaga, las Riba, las Rincón Gallardo, las Corcuera, las Martínez del Río, las Romero de Terreros, “de reconocido señorío y donaire”, formaban la élite capitalina culta y virtuosa, de “proverbial elegancia y buen gusto” que sabían recibir en sus casas traídas directamente de París. En Francia, sus casas con mansarda y aleros para la nieve se habrían llamado *hôtels particuliers* por sus dimensiones y su entrada trasera destinada al “servicio”; en México eran réplicas de Bellas Artes con sus mármoles de Carrara y su telón de Tiffany único en el mundo.

En ellas vivían en la cúspide de la nobleza y de las buenas maneras los Mier y los Cortina, los Arozarena y los De la Barra, los Landa y los Buch, los Riba y los Supervielle, los Arrigunaga y los Martínez del Río, los Villamil y los Sánchez Navarro, los Escandón y los Rule y sólo trescientos más entre quienes se contaban doña María Cristina Gavito de Jáuregui, condesa de Altamira, duquesa de Atrisco de Sessa, sucesora de la marquesa de Pico de Velasco.

Las damas de la aristocracia mexicana tenían un exquisito gusto para la elección de ropa y alhajas que sólo



© Bernardo Aja



rivalizaba con sus muebles de Boule y de Chippendale y la nobleza de sus costumbres que revelaban ante todo su espíritu cristiano. En su recámara era fácil ver al lado del immaculado lecho matrimonial un *prie-dieu* en espera de sus rodillas y sus oraciones.

En Puebla de los Ángeles, las esposas de los Caballeros de la Orden de Guadalupe, así como las de los Caballeros de Colón, solían prepararle a su cónyuge, el viernes en la noche, una taza de chocolate caliente (que también acostumbraban beber despacito prelados y sacristanes) para incitarlos a caer en la blancura de las sábanas bordadas con sus iniciales:

No es por vicio
ni es por fornicio
es por hacer un hijo
en tu santo servicio.

Manuel Campero, marqués del Apartado, gran autoridad en caballos, emparentado con los más antiguos y prestigiados títulos de Castilla, destacó por sus virtudes y porque los jefes de familia tenían hasta ocho y nueve hijos a quienes enviaba a Stonyhurst, Inglaterra, para educarlos en “los principios de un hogar cristiano sobre bases de moralidad y trabajo”.

Ninguno destacó tanto como don Pedro Corcuera y Palomar, quien además de su mujer, Guadalupe Mier de Corcuera, tenía su palco en el exclusivo Jockey Club y su mesa, año tras año, en el Maxim’s en París, además de Le Chapelet en Biarritz en la que pasaron temporadas el sha de Irán y la *poor little rich girl*, apodo de Barbara Hutton, la de las *five and ten cents stores*. Corcuera construyó frente a El Caballito uno de los primeros rasca-cielos de 124 metros de alto que para nuestro estupor se derrumbó el mismo momento que el Ángel de la Independencia en el terremoto de 7.7 grados Richter en 1957.

Muy cerca, en la avenida Juárez, se mantuvo incólume el edificio Aztlán de don José Yves Limantour, secretario de Hacienda del porfiriato y padre de May, apodada la Señorita Tostón porque los domingos asistía al Jockey y apostaba en todas las quinielas una única moneda de cincuenta centavos.

Doña Conchita Cabrera de Armida fundó la Orden del Espíritu Santo y resultó tan santa que optó por inventar una estrambótica lista de pecados para tener algo que confesar. Vivió en la calle de Francisco Sosa, en la que ahora es la Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, muy cerca de la casa de Cortés en la que, para nuestra desgracia, murió Octavio Paz.

Bernardo Aja se inclinó por los Trescientos y algunos más, los de ayer, cuando por su propia juventud y apostura habría sido lógico que escogiera a las “niñas bien” que hoy se retratan en tanga en las secciones de sociales del *Reforma*, *Excelsior* y *El Universal*. Nunca fotografió a los viejos aristócratas en su momento más desafortunado. A diferencia de José Guadalupe Posada, que abría mandíbulas y dislocaba huesos y canillas, Bernardo Aja los tomó con cariño cuidando sus herencias emotivas, los objetos que los enjaularon como a canarios o periquitos de Australia, los retratos de sus antepasados ahorcados para siempre en la pared, sus muebles entrañables por apolillados y tuertos, sus sillas de pera y manzana con tres patas, sus sábanas agujereadas, sus vajillas incompletas como su propia vida a la que le faltó un plato, una cuchara, una tacita de porcelana.

La atmósfera de las fotos es la de la decencia, la de los reflejos de pasadas grandezas, la tatarabuela que fue dama de la emperatriz Carlota, la de las dulces ilusiones de un vals que ya se bailó y del que sólo quedaron los candiles apagados.

Y sobre todo es la de la ironía. **U**

Poemas

Ida Vitale

LA PALABRA

Expectantes palabras,
fabulosas en sí,
promesas de sentidos posibles,
airosas,
aéreas,
airadas,
ariadnas.

Un breve error
las vuelve ornamentales.
Su indescriptible exactitud
nos borra.

MARIPOSAS

Altas,
en el poco cielo de la calle,
juegan dos mariposas amarillas,
crean sobre el seriado semáforo
un imprevisto espacio,
luz libre hacia lo alto,
luz que nadie ha mirado,
a nada obliga.

Proponen la distracción terrestre,
llaman hacia un paraje
—¿paralogismo o paraíso— donde
sin duda volveríamos
a merecer un cielo,
mariposas.

Zoon Politikon

*Il n'y a de paix qu'au-dessus des
serpents de la terre*
MAX JACOB

Quisieras escribir al margen de combustiones
y escalofríos,
malezas que ametrallan
y testimonios del fracaso de toda magia,
remediando azogues roídos

para que del otro lado del espejo se llegue
a los jardines sin tormenta ni astucia
donde el té circular y los amigos íntimos
lejanos.

Quisieras convertir los pantanos
en manantiales de limpio berro,
izar la historia,
red reptante donde tropiezas
y te cubres de presagios amoratados.

Pero sigues por arenales de sofocación hasta ningún fin,
a vararte en el horror prometido.

La espalda, triste signo,
acata tablas dictadas
entre truenos y violencia.

Quisieras estar naciendo en edad de razón.

DE LA POCA MEMORIA

¿Cómo perdí el desmenuzado caballo
en las provincias sueltas?

La palpitante vaca, ciudadana escanciada,
cola festiva y moscas, toda su espuma blanca
febril y con perfume, resistiéndome ingrata,
¿se fue por los caminos?

La moneda de bronce del breve rey de Italia,
¿volvió a la tierra en años de luces discontinuas?

¿Cuándo el mar, el primero, acumuló color
y me lo trajo, llagado del clamor de las gaviotas,
al pie del tren de paja y viento y oro
y palidez de invierno derrotada?

Pasaban cerca flechas de lo asombroso, al blanco.
¿Quién me tensaba el arco?

¿Aquel turquesa azul, dónde dejó
su caja rústica, su mariposa abierta? Sin color,
sin dulzura, sin viento, un derrotado gris
adelanta banderas de estado de tiniebla.

Cuentas al tiempo, cuántas, tan inútiles
y qué inservibles ábacos manejo.

Poemas leídos por la autora en la ceremonia de entrega del Premio Internacional Alfonso Reyes, el 31 de agosto de 2015, en la Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey, N. L., incluidos en el libro preparado especialmente para la ocasión, en edición no venal y seleccionados por Minerva Margarita Villarreal, directora de la Capilla Alfonsina.

Ida Vitale, fiel a su nombre

Vicente Quirarte

El pasado 31 de agosto, en la ciudad de Monterrey, Ida Vitale recibió el Premio Internacional Alfonso Reyes en el Palacio de Gobierno de Nuevo León. Uruguaya de nacimiento, mexicana por vocación, su poesía, sus traducciones y ensayos la hacen parte esencial de nuestra cultura escrita. El galardón concedido anualmente por la Sociedad Internacional Alfonsina se honra con su nombre, como lo desarrollan en sus textos Felipe Garrido y Vicente Quirarte, quienes en la ceremonia citada hicieron uso de la palabra.

Un premio literario pertenece a todos. Toca las fibras de cada uno que intenta hacer del lenguaje objeto central de su existencia. El gozo es aún mayor cuando el premio se concede a la poesía, demostración de que los vocablos esenciales vulneran la armadura de la indiferencia, la ignorancia y la acumulación desmedida. La poeta Ida Vitale nos congrega de manera unánime porque en sus poemas breves, ceñidos y absolutos consuma el milagro de que el lenguaje sea nuestro patrimonio mayor.

Llegada a México a causa de la intolerancia que puede devenir en pesadilla, Ida se convirtió junto con su compañero de viaje, el también poeta Enrique Fierro, en una presencia imprescindible, necesaria y fructífera. El estudiante que aún no se acercaba a los poemas de Ida Vitale tuvo oportunidad de disfrutar sus luces al leer sus traducciones de libros fundacionales de Gaston Bachelard. Quien los trasladaba a nuestra lengua era una poeta, consciente de la responsabilidad de cada frase, cada concepto, cada iluminación. A su sabia entrega se debe igualmente la transcreación del libro de Mario Praz, esencial para comprender el Romanticismo como una gran transformación de la conciencia que halló en Ida

Vitale cauce para seguir ejerciendo la libertad de pensamiento y el continuo aprendizaje como una forma de expresarlo. Bajo el título *El ABC de Byobu*, Ida Vitale ha ensamblado una voz y un personaje perteneciente tanto a la estirpe del *monsieur Teste* de Paul Valéry como a la de los personajes lúcidamente alucinados de Italo Calvino.

Amar es combatir, dijo para siempre Octavio Paz, quien supo comprender y apreciar desde el primer instante el talento y la sensibilidad de Ida Vitale. Su poesía es una rebelión constante contra el silencio. Cualquier poeta la intenta. No todos triunfan, y menos con una poesía donde la resistencia es tan callada como tenaz, tan presente como evasiva de la alta voz. Ida combate con pertinacia y agudeza. Acudo a sus palabras:

Magia sobre las ruinas

como anillo secreto.

El silencio, el exilio:

astucias negativas.

Pero que el silencio

se adscriba a la palabra.



Ida Vitale

Cuando el poeta ejerce la prosa, corre el peligro de acercarse a un lirismo prescindible de su obra en verso. No es el caso de Ida Vitale. Bajo el título *Léxico de afinidades*, construyó uno de los libros imprescindibles de nuestra lengua. Retrato de poeta con el mundo que la rodea, indagación de los misterios a través de la memoria personal, el ensayo breve, el poema en prosa, el aforismo, el verso recortado, sus palabras no son retórica sino sustancia pura. Su inventario del mundo ilumina y transforma su propia búsqueda, su curiosidad nunca satisfecha.

Se ha repetido varias veces lo que el propio Alfonso Reyes dijo de sí al autonombrarse “hijo menor de la palabra”. El poeta escribe con escasos y elegidos elementos. Como dijo otro clásico, pone las mejores palabras en el mejor orden posible. Esa labor de Ida Vitale la ha llevado a desnudar cada vez más el lenguaje y, con esa pureza, contribuir a dignificarlo y enriquecerlo. Lo demuestran poemas tan escuetos como rotundos de su libro *Mella y criba*, al mismo tiempo una poética de su trabajo total: la realidad nos desgasta de manera implacable; la palabra limpia de impurezas pero deja un obstáculo que al no dejarnos respirar a plenitud nos obliga a volver a intentar la aventura de transformar lo sentido en palabras cuya obligación es no permitir que se las lleve el viento.

En una página de su *Oración del 9 de febrero*, Alfonso Reyes evoca uno de sus viajes a esta ciudad, a la que ha llegado de noche. Continúa: “Al despertar a la mañana siguiente... ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza como si costara un esfuerzo volver a empezar la

vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio”. Un ser en apariencia tan alegre como el citado Byobu de Ida Vitale también tiene esos instantes de zozobra y acude a dos armas poderosas para vencer al enemigo agazapado: la lectura que fortalece y el humor que blindo. Ambos la mantienen en su poderosa actividad, e Ida Vitale llega hasta nosotros para renovar los plenos poderes de la palabra. Todo retrato es una profesión de fe. El que externa del poeta Álvaro Mutis puede ser el de ella misma: “Bienaventurados hay que dan vida con su espíritu a un mundo que sin ellos no existiría y sacan de esa capacidad su mayor fascinación”.

Ida Vitale. El nombre bajo el cual firmó sus primeras palabras la signó para siempre. Imposible no ser poeta ni mantener la lealtad a semejantes enunciados. Ida es un nombre de origen alemán proveniente de la antigua raíz *idh*, que significa *trabajo*. *Vitale* es confirmación de la contagiosa energía que la poeta nos brinda a todos. En el momento en que se hace entrega de este premio, el Taller Ditoria monta, plomo a plomo, letra a letra, las palabras de Ida Vitale. Celebremos la aparición de su libro inédito en una imprenta que se enorgullece de practicar el arte de la tipografía, así como Ida Vitale nos concede el orgullo de practicar el oficio de hacer más puras las palabras de la tribu. Su lealtad a la poesía, su lucha por mantener la armonía entre las palabras y las cosas la han hecho para fortuna nuestra, milagrosamente longeva.

Montevideo. Palabra que aparece de manera intermitente en la poesía de Ida Vitale, siempre como realidad latente, herida abierta en digno silencio. “Una ciudad es un lenguaje con sus diferentes niveles. Existe un lenguaje profundo, por eso mismo secreto e intransmisible de uno a otro ser, que sólo se ejercita entre la urbe y cada uno de ellos. De ahí que haya en realidad tantos lenguajes como habitantes hay. Después está el otro, el superficial, que por serlo se expresa mejor en una superficie, en los muros”. Hoy que Ida Vitale se encuentra en esta ciudad de Monterrey, me complace que le dé la bienvenida secreta esa otra ciudad, la de los muros que no son superficiales sino buscan penetrar la piel del otro. “Por favor, lea poesía”, pregona uno de los muros a la entrada de esta ciudad, obra de alguno de los comandos o del propio poeta regiomontano Armando Alanís, que lleva la palabra a los muros y hace del verso latigüeante el recordatorio de la plenitud a la que debemos aspirar.

Gracias demos a Ida Vitale por hermanar a nuestras urbes, por hacerlas, como quería otro poeta iluminado —qué auténtico poeta no lo es— espléndidas ciudades a las que entraremos armados de una ardiente paciencia. Gracias demos a la existencia de Ida Vitale por su lección de vida y de creación, en ella una sola y ejemplar actividad.

De Borges a Vitale

Felipe Garrido

En 1973, Ida Vitale cumplió 42 años; había publicado trece libros. Ocho de ensayos: el primero, *Arte simple*, de 1937, aparecido en su Montevideo natal, y siete más sobre escritores —Antonio Machado, Cervantes, Basso Maglio, Manuel Bandeira, Cecilia Meireles, Carlos Drummond de Andrade, Jorge de Lima, Juana de Ibarbourou—. Y cinco de poesía, a partir de *La luz de esta memoria*, de 1949.

En aquel año de 1973, un golpe militar forzó a Ida Vitale a buscar refugio fuera de su país y la trajo a México, donde fue maestra y traductora y, entre otros sitios, encontró espacio para publicar en el diario *unomásuno*, del que fue uno de los fundadores, y en la revista *Vuelta*, que dirigía Octavio Paz.

La experiencia del exilio y los diez años que pasó en México fueron decisivos para la maduración de su escritura; le dieron una visión de la vida singular: “ilusos, / soñamos / el futuro”, dice Ida. Y luego: “El corazón soslaya lo probable, / la soledad como una / cuerda inútil / se mece / suave / entre la blanca noche”. “Toda dirección vuela en el aire y muere en tierra. / El camino es un pájaro en jaula, aterrado”. Y, sobre todo, “Hueca columna altísima, la vida. / Pero a ras de tierra, dentro —como en un nido oscuro una paloma—, la esperanza”.

Un año antes de que Ida Vitale saliera de su tierra, en 1972, fue fundada en México la Sociedad Alfonsina Internacional, la SAI, por el crítico literario y periodista Francisco Zendejas, y por su esposa, Alicia, con el propósito de fomentar el estudio y la difusión de la obra, los intereses intelectuales y las enseñanzas de Alfonso Reyes.

Para contribuir a este propósito, desde su fundación, la SAI organiza cada año el Premio Internacional Alfonso Reyes. En un principio, al amparo de la presidencia de la República, y luego, por unos años —1996-1999—, tan sin recursos que hubo que suspenderlo. Hoy en día

su solidez está garantizada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Instituto Nacional de Bellas Artes; por el gobierno del estado de Nuevo León, a través de Conarte; por la Universidad Autónoma de Nuevo León, la Universidad de Monterrey, la Universidad Regiomontana y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey —está claro que las instancias educativas de Nuevo León toman a don Alfonso y lo alzan por encima de nuestras cabezas, tremolante y apacible, dispuesto a trabajar siempre en favor de la concordia que, en sus palabras, es una forma superior de la sabiduría.

Diecisiete años antes de que fuera instituido el Premio Internacional Alfonso Reyes, Francisco y Alicia Zendejas ya habían creado el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores, del cual, una vez instituida, se hizo cargo también la SAI —hoy, junto con el Conaculta, a través del INBA.

En la historia de la SAI —60 años de Premio Villaurrutia, 47 de Premio Reyes—, tan importante como Francisco Zendejas ha sido Alicia, su viuda, por tantos años su consejera y cómplice. Alicia se encuentra enferma y no pudo acompañarnos. Su ausencia pesa en esta ceremonia. Quien está aquí es su hijo Francisco, a quien le pido que le haga llegar nuestro cariño y nuestro ferviente deseo de que pronto esté bien.

De acuerdo con las bases de la primera convocatoria del Premio Internacional Alfonso Reyes, el autor que recibiera el galardón debía tener un reconocimiento universal por su obra, y haberse ocupado de México en el ámbito de las humanidades; es decir, de las expresiones culturales cuyo tema central es la experiencia de los seres humanos, como las letras, las artes, la historia, la antropología... Otro de los requisitos era que hubiese tenido una relación personal con Alfonso Reyes. En la actualidad, esta segunda condición ya no es imperativa, pero sí se exige que el premio se confiera a personalidades que conozcan y hayan difundido la obra de Re-



yes, y que cuenten con una trayectoria en las humanidades de alguna manera similar a la suya.

Es muy gratificante comprobar el rigor con que la Sociedad Alfonsina Internacional y, hoy en día, el INBA, el Conarte, la UANL, la UR, la Udem y el ITESM han aplicado estos criterios a lo largo de muchos años. La manera más directa y elocuente de resaltarlo es, simplemente, dar la lista de los galardonados con el Premio Internacional Alfonso Reyes:

1973 Jorge Luis Borges, 1974 Marcel Bataillon, 1975 Alejo Carpentier, 1976 André Malraux, 1977 Jorge Guillén, 1978 James W. Robb, 1979 Carlos Fuentes, 1980 Ernesto Mejía Sánchez, 1981 Jacques Soustelle, 1982 José Luis Martínez, 1983 Paulette Patout, 1984 Rubén Bonifaz Nuño, 1985 Octavio Paz, 1986 Alí Chumacero, 1987 Gutierre Tibón, 1988 Ramón Xirau, 1989 Laurette Séjourné, 1990 Adolfo Bioy Casares, 1991 Andrés Henestrosa, 1992 Arnaldo Orfila Reynal, 1993 Joaquín Díez-Canedo, 1994 Germán Arciniegas, 1995 Juan José Arreola. De 1996 a 1999 no se entregó. 2000 Arturo Uslar Pietri, 2001 Miguel León-Portilla, 2002 Rafael Gutiérrez Girardot, 2003 Harold Bloom, 2004 José Emilio Pacheco, 2005 Antônio Cândido, 2006 Margit Frenk, 2007 George Steiner, 2008 Ernesto de la Peña, 2009 Alfonso Rangel Guerra, 2010 Mario Vargas Llosa, 2011 Eduardo Lizalde, 2012 Ignacio Bosque, 2013 Fernando del Paso, 2014 Ida Vitale.

No hay mejor prueba del buen trabajo realizado en este año por las instituciones convocantes que ver con

qué felicidad y justicia el nombre de Ida Vitale encaja en esta lista ejemplar por la enorme estatura de cada uno de los personajes que la forman.

Para cerrar este círculo, recuerdo otro poema de Ida Vitale, que misteriosamente apunta hacia el futuro, sobre el primero de los galardonados con el Premio Internacional Alfonso Reyes:

En el bosque de Borges es oscuro
lo claro, lo negro guarda el blanco,
el blanco que es lo múltiple y el solo
color solar, hasta el aciago negro
que el alma infausta reconoce como
la ausencia en penas de la luz interna.

Miró la mezquindad pasar, la fuerza,
calmo de lealtades y paciencias.
Anduvo laberintos, pensó espejos,
zahires, bibliotecas infinitas,
quieto en un centro de sabiduría
velocísimamente movedido.

De otros caminos, de ninguna patria,
de dioses poderosos y olvidados
fue la memoria donde renaciesen.
Veneró comprendiendo y fue distinto
del eco y del troquel de lo ya dicho.
Nada en él muere, si comenzamos. **u**

Texto leído en la entrega del Premio Internacional Alfonso Reyes a Ida Vitale, el 31 de agosto de 2015, en la Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey, N. L.

Niño en la arena

Hugo Gutiérrez Vega

Esa mañana
tu madre te vistió
con especial cuidado
como para el primer día de escuela
pero te fuiste a otra parte.

Veo tu cuerpecito tendido en la playa
tus botitas lustradas
el pantalón y la playera
sin una sola arruga.

Ahí en la arena
pareces dormido
pero no lo estás.
Estás muerto.
Te has ido
porque este mundo
de fronteras y garrotes
no te merecía.

Te ves tan tranquilo
pequeño niño en la arena.
Estás dormido
¡Vive Dios!
Dormido...

Los clásicos en la CNT

Conversación viva

Luis de Tavira

Francisco de Quevedo definió el placer de la lectura de los clásicos como una “conversación viva con las almas que la muerte ausenta”. En el caso de las artes escénicas, la pervivencia de las grandes obras de la literatura universal significa entender la cultura como un diálogo permanente, señala el director de la Compañía Nacional de Teatro.

La cultura es la conversación que nos sostiene. Sin ella no habría identidades ni aquellas idealidades de cuya realización se trata el transcurrir humano a través de los tiempos y los espacios.

En el sustento de esa conversación hallaron los hombres el fundamento de su esperanza: la consistencia de su devenir como cambio.

En la articulación sostenida y cambiante de esa conversación, lo humano se descubrió a sí mismo como acontecimiento y un buen día se reunió en torno al mirador de un escenario para contemplar su acontecer y construirse a sí mismo espectador de su existencia como drama.

En su elogio a los libros, Quevedo resaltaba el privilegio de realizar en ellos “una conversación viva con las grandes almas que la muerte ausenta...”. Sin embargo, en esa prodigiosa forma de ser conversación, la cultura recurre a una extraña intermediación. Es, a fin de cuentas, telecomunicación y su condición sólo resulta acontecimiento vivo en la experiencia del lector.

El teatro aspira a mucho más. Es pura interlocución entre el espectador y el personaje en el radical aquí y ahora de su comparecencia viva. La escena sucede en tiempo presente y en ella el pasado sólo puede experimentarse como actualidad, tanto como la actualidad se

debate en su intempestividad, ya sea como actualidad de la pérdida o como pérdida de actualidad. En suma, vivencia dramática de la realidad como cambio.

El cambio sucede en la conciencia de esa interlocución como actualidad y vida de la cultura y desde ahí desafía a la realidad como necesidad de cambio. Es poema, es ficción; *poiesis* nombra a la capacidad de dotar de ser a lo que no lo tenía. La ficción no es la realidad ciertamente. Sin embargo, puede llegar a ser la verdad sobre la realidad, que esta no tiene. Así, por ejemplo, Esquilo en *La Orestíada* formuló la democracia como la idea que podría liberar a los hombres del cerco fatal de la venganza, años antes de que Pericles consolidara la polis democrática. Sin embargo, cuando un espectador de hoy asiste a una función cabal de *Los persas* de Esquilo y escucha el desgarrador lamento de Jerjes, no se conmueve ante el preciso pormenor que narró Herodoto. Se cimbra ante el propio dolor de sus derrotas cotidianas o se asombra ante la impredecible caída de otro imperio distinto.

Desde el origen, la contemplación del acontecer humano ha tramado la respectividad indisoluble entre el teatro y la historia. Sobre ella reflexionó con sutileza Aristóteles en *Poética*; ahí reconoció no sin asombro la superioridad del drama sobre la historia en la aventura

del conocimiento sobre lo humano, cuando afirmó que mientras la historia intenta precisar con exactitud lo que alguna vez sucedió, el drama revela la esencia oculta de lo que ocurre siempre.

La materia prima del teatro son el mito y la historia. El objeto de la historia es el drama humano y sus enigmas.

Sin embargo, la elucidación de esta respectividad nunca será unánime ni definitiva porque pertenece a la dinámica misma de la historicidad y de la dramaticidad de la cultura como vida y como conciencia histórica.

Pensar el teatro, arte siempre de hoy, será todas las veces del pensar su discutibilidad. Pensar la historia será siempre la inacabada y apasionante historiografía de la historia de la historia y será asistir a la incesante confrontación de las representaciones históricas con las realidades que representan y que el historiador sólo puede captar a través de lo que llama documentos.

Su experiencia sucede en otro tiempo. Como ha dicho Le Goff, el tiempo histórico encuentra, a un nivel sofisticado, el antiguo tiempo de la memoria, que atraviesa la historia y la alimenta.

Como el pensar sobre el teatro, también el pensar sobre la historia se trama de múltiples paradojas.

Hegel hablaba de la necesidad de liberar la conciencia del “fardo de la historia”; es decir, de la necesidad de una ciencia capaz de alcanzar una liberación del pasado.

Desde otra perspectiva, Piaget afirma que en la gnosología del niño “comprender el tiempo significa liberarse del presente”.

Sin embargo, el tiempo de la historia no es el de la psicología ni el de la filosofía. En cualquier caso, la confrontación entre pasado y presente no es un dato natural, es creación.

La comprensión del pasado consiste en discernir el presente, tanto como sólo se alcanza el pasado a partir del presente.

Desde la antropología histórica, la historia sólo puede ser una ciencia del cambio y de la explicación del cambio. Desde la poética, el drama es, ante todo, el arte de la peripecia.

Por un inusitado derrotero, Lévi-Strauss desemboca en la dramaticidad de lo histórico cuando afirma: “No sé a qué llaman una ciencia de la historia. Me bastaría decir simplemente historia y que la historia simplemente es algo de lo que no podemos prescindir porque esta historia nos pone constantemente ante fenómenos irreducibles...”.

Ricoeur va más lejos: “La historia no es historia sino en la medida en que ella no accede ni al discurso absoluto ni a la singularidad absoluta, en la medida en que su sentido se mantiene confuso, mezclado... La historia es esencialmente equívoca, en el sentido de que es virtualmente eventualidad y virtualmente estructural. Es el reino de lo inexacto. Quiere ser objetiva y no pue-



La prueba de las promesas, Compañía Nacional de Teatro



El círculo de la cal, Compañía Nacional de Teatro

de serlo. Quiere hacer revivir y sólo puede reconstruir. Quiere convertir a las cosas en contemporáneas, pero al mismo tiempo tiene que restituir la distancia y la profundidad de la lejanía histórica”.

Marc Bloch proponía definir a la historia como “la ciencia de los hombres en el tiempo”.

Si corresponde al teatro el poético propósito de inventar la actualidad de nuestro mundo, la historia, que es el relato de las diversas invenciones humanas, habrá de ser la provocación de una interlocución viva en la que la sustancia histórica de las obras del pasado alcance la apropiación contemporánea de aquella herencia genealógica que nos explica.

La Compañía Nacional de Teatro de México actualmente está constituida por un elenco estable de cincuenta actores y actrices, subdivididos en cinco categorías que representan la diversidad de trayectorias generacionales, así como la pluralidad de registros interpretativos que lo constituyen como un instrumento colectivo dúctil y capaz de construir un repertorio concebido como el discurso destinado a la formación del potencial espectador nacional.

El espectador del teatro no puede suponerse, debe formarse y sólo puede formarlo el disfrute estable y cre-

ciente de la interlocución con un repertorio concebido como discurso plural, diverso y progresivo.

El espectador del teatro no puede confundirse con el consumidor anónimo del mercado de eventos que ha destruido el tejido comunitario de los partícipes de las tradiciones.

En nuestros días, el teatro como hecho social enfrenta una paradoja que exige replantear el sentido de las relaciones entre el teatro y la sociedad. Hoy en día el espectador ya no es el público. En el impulso de su incesante metamorfosis, el teatro sobrevive a las transformaciones sociales que lo determinan. Así, decimos que no puede haber teatro sin espectador, pero resulta necesario precisar que no siempre el espectador ha sido el público. Hubo momentos del devenir cultural en los que el iniciado original de la fiesta escénica se convirtió en todos los que podían participar; apareció el público que son todos los diversos y reunidos; una reunión que precede a la conformación social. Lope de Vega no era español, él inventó España. Al formular el triunfo de su “Arte Nuevo”, afirmó que él hacía teatro para todos: los labradores, los académicos, los cortesanos, los mercaderes, las monjas y los hortelanos, es decir, el público como el todo social. Pero la sociedad se divide en clases, castas, clanes, parroquias, gremios, que a su vez se subdividen en los grupos y los subgrupos de las identidades diversas. El público se vertió en los públicos y el teatro fue los teatros.

La actualidad entraña un desafío decisivo y único en la genealogía de esa sobrevivencia espiritual que ha conservado al teatro hasta nuestros días. El desafío implica una paradoja. El teatro de hoy ha de sustraerse del público para sobrevivir, porque hoy el público se ha

transformado en la cifra unidimensional del consumidor del mercado y del proceso industrial que lo alimenta. La categoría de aquellos públicos se ha deformado en la masa consumidora de la superproducción industrial. Por el contrario, el teatro ha sido siempre el arte de la personificación y habrá de excluirse del mercado para reencontrar al espectador del que depende su subsistencia artística: la persona, que es oposición radical a la masa despersonalizada.

En el supermercado industrial en el que se ha convertido el mundo, se producen algunos satisfactores vitales, muchos satisfactores imaginarios, pero sobre todo, muchos desechos. El mundo se ha convertido en una inmensa fábrica de basura. La televisión y el cine como industria del espectáculo se comportan de la misma manera: poco esparcimiento, poco conocimiento, mucha publicidad, muchas imágenes estetizadoras del mercado, pero sobre todo basura.

Las sociedades del capitalismo salvaje se han denigrado al extremo de producir ciudadanos desechables. El teatro, arte milenario, hecho a mano, alérgico a la industria, adquiere un valor cuya significación nunca tuvo más fuerza: la de ser arte de la persona, reunión de la comunidad cálida de lo humano, interlocución sostenida que transforma a los hombres al convertirlos en los espectadores de su propio acontecer y construir así la conciencia, la sociedad como sociedad humanizada.

La estabilidad que propicia el desarrollo artístico de este renovado elenco hace también posible la construcción de un repertorio entendido como discurso para un espectador que se forma en el ejercicio sostenido de una interlocución viva y diversa.

© CNT / Sergio Carrón Irua



A soldier in every son, Compañía Nacional de Teatro

Repertorio como discurso nombra aquí lo que en el pasado refería a las tradiciones que, enfrentadas dialécticamente a las vanguardias, han generado la fecunda animación del movimiento teatral.

Hoy en día, el repertorio de esta compañía está integrado por cincuenta espectáculos que al paso de los años van verificando diversas temporadas, giras, en un desarrollo creciente de maduración artística. Así han conseguido llegar a audiencias cada vez más amplias, hasta un número de representaciones nunca antes alcanzado en nuestro teatro reciente.

La articulación del repertorio obedece también a múltiples interlocuciones. Orientado por tres criterios rectores de programación, su construcción convoca a los creadores diversos del teatro nacional, cuya participación integra en la convergencia del repertorio, diversas estéticas y hermenéuticas representativas de la diversidad generacional del teatro mexicano. En la construcción de los cincuenta espectáculos que forman el repertorio han colaborado 35 directores de escena; 27 mexicanos, tres españoles, dos colombianos, una inglesa, un canadiense y un japonés.

Los criterios rectores de un repertorio que se propone plural y diverso que se integra en tres dimensiones o categorías: el patrimonio universal, la dramaturgia mexicana y las teatralidades emergentes. La convergencia de estas dimensiones aspira a ser comprendida en la interlocución interna de su articulación como discurso. Se pretende así un diálogo sostenido entre la dimensión universal y la nacional, la tradición histórica y la emergencia de la actualidad.

La consideración del llamado teatro de los clásicos es la que integra lo que se ha preferido nombrar como *patrimonio universal* del teatro. Aquí el nombre implica más un giro conceptual que simplemente terminológico, porque más allá de la concepción de Winckelmann que acuñó el término en el contexto de su teoría sobre la obra de arte incuestionable como paradigma imitable, se intenta una aproximación dinámica y distinta a aquello que el término clásico quiere referir y es aquí el conjunto de obras cuya interlocución histórica, reciente o antigua, ha alcanzado la condición que otorga su reconocimiento como patrimonio universal. Interlocución que supone confrontación de tiempos, concepciones, visiones, lenguas, culturas, estilos, gustos, contextos y constelaciones políticas. Una interlocución cuyo ejercicio consiste justamente en el proceso de apropiación de lo que se reconoce como herencia que nos alcanza y sobrepasa como cultura viva y en movimiento.

Así, lo que llamamos clásico se entiende aquí como aquello que aún no ha terminado de decir lo que en su momento comenzó a decir, lo que a través de la historia ha llegado a nosotros para comunicarnos algo que sólo

podrá comunicarnos si nosotros hacemos algo para dejarnos decir lo que sólo a nosotros puede decirnos en la zozobra de nuestra actualidad.

Así podemos decir que si ha podido afirmarse que las obras maestras aparecen cada cien años, también es cierto que cada día se cumplen cien años.

Más que una condición de la obra de arte, lo clásico es una categoría del conocimiento del interlocutor de la obra de arte. Así, algo es clásico porque resulta clásico para alguien. Todos los días nacen nuevos clásicos, pero sólo lo serán si alcanzan la confluencia del torrente caudaloso de las tradiciones, es decir, del discurso.

Según esta concepción el repertorio de esta compañía ha alcanzado la integración de 18 espectáculos considerados como patrimonio universal del teatro que dialogan con 23 puestas en escena de la dramaturgia mexicana y nueve montajes de las corrientes emergentes de la teatralidad.

En todos los casos el tratamiento escénico se ha sometido a un proceso de dramaturgia que suscita la interlocución histórica a través de diversas metodologías de exégesis y hermenéutica. Nunca ha pretendido una ilusoria postura arqueologizante que negaría la vitalidad de la interlocución teatral.

En algunos casos los tratamientos dramatúrgicos se han propuesto una interlocución interna de las teatralidades que han venido configurando su tradición. En el montaje de Carlos Corona de *La prueba de las promesas* dialogan el original Juan Ruiz de Alarcón y su secuela en *La ilusión cósmica* de Corneille. En *A Soldier in Every Son* de Luis Mario Moncada, coproducción con la Royal Shakespeare Company, convergen *El Rey Juan* de Shakespeare con las crónicas prehispánicas sobre la Triple Alianza. En *El círculo de cal* la adecuación brechtiana de la parábola china a la revolución agraria soviética se traslada a la rebelión de los purépechas para salvar los bosques de Michoacán. En el *Proyecto Coriolano*, tres directores de distintas generaciones, David Olguín, Martín Acosta y Alberto Villarreal, poseedores de diferentes estéticas, articulan con un mismo elenco y una misma concepción escenográfica el montaje de tres *Coriolanos* que discuten entre sí —Shakespeare, Brecht, Grass— a partir de las narraciones de Plutarco sobre los conflictos de la *civitas* genealógica, para suscitar una interlocución apasionante sobre el dilema de la política que se debate trágicamente entre la civilidad y la barbarie, de cuyo desenlace depende el fundamento de la aspiración democrática.

La cultura es la conversación que nos sostiene. No es la suma de eventos aislados, ni la superproducción de espectáculos inconexos que se ofrecen en el mercado del turismo y del esparcimiento.

La cultura construye la conciencia de lo que somos en la incesante interlocución con lo otro. **U**

Nuestros relojes

Beatriz Espejo

Dos personas, en su juventud, se conocen y se atraen. Sin embargo, a pesar de las palabras, las citas y las miradas, nunca coinciden los tiempos que marca el reloj de cada una... Luego de viajes, distancias y reencuentros, cuando ya la tristeza, las pérdidas y el duelo se cruzan en el camino íntimo de cada uno, el hombre cae en el abismo vivo de una enfermedad que está signada por el olvido.

Para mi amigo, el artista Gelsen Gas, que mientras lo guiaba una luz amarilla fue besado por Dios, el viernes 17 de julio de 2015

Nuestros relojes nunca marcaron la misma hora. Hubo un campanazo en que lo conocí vestida de negro por la muerte de mi padre llegando a la Casa del Lago para buscar consuelo, acompañada de Juan José. Lo vi pasar. Manejaba en sentido contrario y me pareció muy bello. Al poco rato estaba parado junto a la ventanilla del coche que me conducía y acababa de estacionarse y me entregó un poema. El primer verso lo escribió con uno de sus juegos retóricos que tanto le gustaron, “No es feíta, si es Beíta...”. Esto te pertenece, dijo con su risa de anuncio. De la sorpresa pasé a corresponderle la sonrisa. Quizás aún guardo ese texto en una caja de tesoros clausurada. No lo sé. Guardo la memoria de los verdes árboles suntuosos del camino y la tarde templada de septiembre en que mi corazón sufría. Declinaba el sol y Arreola esperaba sobre el primer escalón de la entrada como salvaguardando sus dominios. Desde entonces nos vimos con frecuencia. Era la época en que mamá padecía hondas y agresivas depresiones. Lo corrió varias veces de mi casa. ¿Trece tal vez? Siempre volvía pero después el número cabalístico hizo su efecto y no regresó. Yo dirigía la revista *El Rehilete*. Publiqué en sus páginas una incipiente prosa breve pretendiendo impresionarlo. No

lo impresioné; sin embargo lo felicitaba el 2 de agosto, día de su santo, Ángel. De pronto me preguntó cuál era mi color favorito. El morado. Pintó su coche de morado y Arreola dijo que de tan feo daba vergüenza ocuparlo. Yo me mantuve callada y orgullosa sin dar pie a comentarios. En realidad nunca caminamos ni para atrás ni para adelante. En esa época la revista *Caballero* publicó un extenso artículo nombrándolo el *playboy* del año. Se veía espléndido en su saco azul marino y sus pantalones beige mirando la cámara entre impertinente y contento; pero nuestros relojes no marcaban el mismo tiempo. Repentinamente preguntó si podía llevar a su madre para presentarle a la mía que empezaba a recuperarse y planeó una cena magnífica. Pensé que pediría mi mano. No fue así. Conversamos trivialidades y olvidamos cosas trascendentes. Luego me hice novia de un arquitecto. Jamás fue una relación profunda. Preferí viajar a Estados Unidos para dar clases en Monterey Peninsula College y aprender el inglés que pierdo y cada vez hablo más mal. Regresé comprometida con un joven abogado. Lo dejé apenas pude; sólo importaba que nuestros relojes continuaban sin sonar a la vez y nuestras relaciones se extendieron por meses y los meses se volvieron años. Él

era tan apuesto como siempre. Las mujeres lo acosaban y se dejaba acosar. De pronto anunció que cerraría en mi honor el Foro de los Hermanos Castro, un lugar de moda por aquel entonces. Acepté encantada. Nos encontraríamos antes en una fiesta del Camino Real. Llegué con mi mejor ropa y mis mejores aretes; pero nuestros relojes permanecían descompuestos. Esa noche conocí a mi primer marido y, quizá me equivoco, fue un flechazo a primera vista. Al poco tiempo Él me dijo: “Estás enamorada”. “¿Cómo lo sabes?”. “Porque pasaste junto a mí y no me viste”. ¿Sería verdad? El caso es que hace unas semanas me llamó Tomás Parra para decirme que Gelsen se hallaba sumido en la existencia sin existencia del Alzheimer. Cuando lo llamaban por teléfono no entendía quién le hablaba. Lo había rescatado su hermano. Después me marcó un primo, otro amigo y otro más. Yo pasaba nuevamente por un terrible duelo y aun así me atreví a telefonarle. Contestó enseguida diciéndome que era un lujo hablar conmigo, preguntó por mi hijo y por las cosas que escribo, aseguró que mandó comprar el nuevo libro y que no se perdía ningún número de la *Revista de la Universidad de México*. Entonces imaginé que me habían engañado y Él estaba normal. Quise conversar. Le confesé que me dio su número mi primo. No recordaba su nombre ni del amigo segundo ni del tercero a pesar de que habían tenido estrechas relaciones durante cuarenta años. Le pregunté si iba al cine. Repuso que no lo programaba. Le pregunté si estaba viviendo cerca de mi casa para visitarlo. No sabía dónde vivía yo ni dónde Él. Nuestros relojes seguían sin marcar la misma hora. Beatriz, me dijo antes de despedirnos, es como siempre un lujo hablar contigo. **u**



Sebastian

Geometrías de la ciencia y el arte

José Gordon

1

A principios del siglo xx, un niño juega en la casa de su tío con unos cubos que le ayudan a imaginar un mundo con más dimensiones de las que observamos. Se trata de un material que acompañó a un libro de Charles Hinton, titulado *Una nueva era del pensamiento* (1888). La editorial londinense Swan Sonnenschein hizo un verdadero libro-objeto. El texto planteaba el problema de una geometría que se mueve en una cuarta dimensión. Para visualizar esa posibilidad, Hinton creó una serie de 81 cubos de diferentes colores que facilitarían esa aventura. Con esos cubos jugaba un niño que se llamaba Jorge Luis Borges, el escritor que imaginó el Aleph, una geometría indescriptible. Borges la compara con una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, es como un ángel de cuatro caras que a un tiempo se dirige al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur. En ese “objeto conjetural” se percibe simultáneamente todo lo que existe, cada cosa se puede ver desde todos los puntos de vista.

2

A finales del siglo xx, mi sobrino juega fascinado con un cubo de plástico flexible y transformable llamado *Leonardo*⁴. El número cuatro alude a la cuarta dimensión. Es un cubo que, al abrir sus caras de distintos co-

lores, se convierte en una escultura en movimiento que trasmuta sus formas de una manera maravillosa. Cada giro ofrece una distinta lectura en la que participa activamente el espectador. El autor es el artista plástico Sebastian. Me dice que el cubo es como un poema en donde cada palabra puede tener varios sentidos: “Así es como trato a la escultura. Veo los ritmos por todas partes, por los 360 grados. Es como hacer un buen poema. Se acomoda el armado. No hay una nota ni de más ni de menos. El discurso misteriosamente se completa”. Se abre a múltiples dimensiones. El deseo de Sebastian: ir más allá de la geometría euclidiana. Los científicos y los artistas imaginan lo imposible. Einstein se atreve a soñar que la fuerza de la gravedad, en cuerpos del tamaño del Sol, retuerce el vacío a su alrededor de una manera imperceptible a los sentidos. En el espacio curvo las líneas paralelas pueden llegar a besarse. Sebastian, como artista, también se atreve a soñar con geometrías que van más allá de los sentidos.

3

En el mundo de lo más pequeño, la ciencia propone teorías en donde se habla de espacios de múltiples dimensiones. Sebastian trata de traducir al mundo sensorial la forma y geometría de las matemáticas más abstractas. En ese camino, explora —en figuras de bronce— ondulaciones, formas cilíndricas, cónicas, esferas y nudos

que evocan movimientos del espíritu y de las simetrías no visibles de la naturaleza. Su imaginación se nutre de las teorías más audaces de la física moderna que proponen que los componentes fundamentales de la materia son unas cuerdas de energía inconcebiblemente pequeñas, cuyas diferentes modalidades de vibración subyacen en todo lo que ocurre en el universo. Esta teoría unifica las leyes que operan en el macrocosmos (la relatividad general) con las que funcionan en lo más pequeño (la mecánica cuántica). El modelo de las supercuerdas propone una descripción del mundo que se presta a las metáforas musicales. El físico Michio Kaku dice que las matemáticas de esta herramienta conceptual producen una imagen coherente e integradora de la naturaleza, similar a la de una cuerda de violín que explica o “unifica” todos los tonos musicales y reglas de armonía en un solo marco: las diferentes notas musicales surgen de una sola cuerda resonando en diferentes frecuencias. Los tonos creados por la cuerda vibrante no son más básicos uno que otro. Lo que es fundamental es el hecho de que un solo concepto (las cuerdas vibrantes) puede explicar las leyes de la armonía. El doctor Kaku señala que la respuesta a la vieja pregunta sobre qué es la materia, podría ser: “las diferentes modalidades vibratorias de las cuerdas [...], la ‘música’ creada por las cuerdas es la materia misma”.

4

Sebastian juega con esa música abstracta. La moldea en formas y nudos que rotan, giran, se transforman. Las esculturas metálicas muestran sus entrañas desde distintas perspectivas. Si giramos el ángulo, aparece una dimensión oculta que tiene forma de estrella, volvemos a girar y surge un nudo imposible, una rotación más sigue abriendo otras dimensiones. En estos territorios se mueve la exploración plástica de Sebastian. ¿Pueden ser evocaciones pertinentes del mundo abstracto que describe la ciencia?

5

El investigador mexicano Gerardo Herrera —coordinador del equipo mexicano que realiza estudios de vanguardia en el colisionador de partículas, en Ginebra, Suiza— señala que el trabajo poético “puede decir lo que los físicos delinean con precisión en ecuaciones y símbolos”. Desde esta perspectiva, el trabajo plástico de Sebastian —más allá del estudio de las matemáticas y la geometría que supone y asume— tiene que estar tocado por una mirada poética. Esa exclamación de asombro del arte ante la belleza del hiperespacio es lo que está detrás de la poética de las esculturas de Sebastian.



Sebastian, *Cuántica irreversible*

La íntima realidad de las cosas, dice Gerardo Herrera, “no se deja asir con facilidad si no es con la versatilidad de las matemáticas”. Sin embargo, la poesía (verbal, musical o visual) tiene también la capacidad de penetrar el asombro, de llegar a la exclamación ante lo que observamos o imaginamos.

6

En ese camino, Sebastian se adentra en la esencia de los objetos. Eso lo acerca al arte japonés, en donde ya no se ve la figura sino la esencia de la figura; eso lo aproxima a disciplinas científicas como las matemáticas y la geometría, la topología y la cristalografía. Le apasiona la abstracción que explora la física cuántica y la red invisible del espacio-tiempo. En esa búsqueda podemos apreciar cómo sus trazos en lápiz juegan con formas apenas insinuadas y que poco a poco se van manifestando, adquieren la densidad y concreción de la materia, de una escultura. Son presentimientos de las simetrías ocultas que finalmente se expresan en el mundo aparente a los

sentidos. ¿Puede un artista alcanzar ese lenguaje de la naturaleza? ¿Puede visualizarlo?

7

¿Cómo se ve un arquetipo, una forma abstracta antes de que encarne? En este territorio de armonías se mueve Sebastian. En un proceso que resuena con ideas de matemáticos como Roger Penrose, descubre la belleza de paisajes internos con geometrías de múltiples dimensiones que apenas sugieren los cuerpos concretos en los que desembocarán. Imagina curvas, ovoides, esferas, nudos, supercuerdas, geometrías no euclidianas, geometrías imposibles que pone a jugar en una danza resonante en el espacio mental del espectador. Ese espacio en donde también podrá imaginar cómo un niño —nacido en Camargo, Chihuahua, en el desierto cultural de ese pequeño poblado— hizo de los cromos que aparecían en las cajitas de cerillos La Central, sus primeros libros de historia del arte. Ese niño ya jugaba con unos cubos invisibles que le abrían nuevas dimensiones.

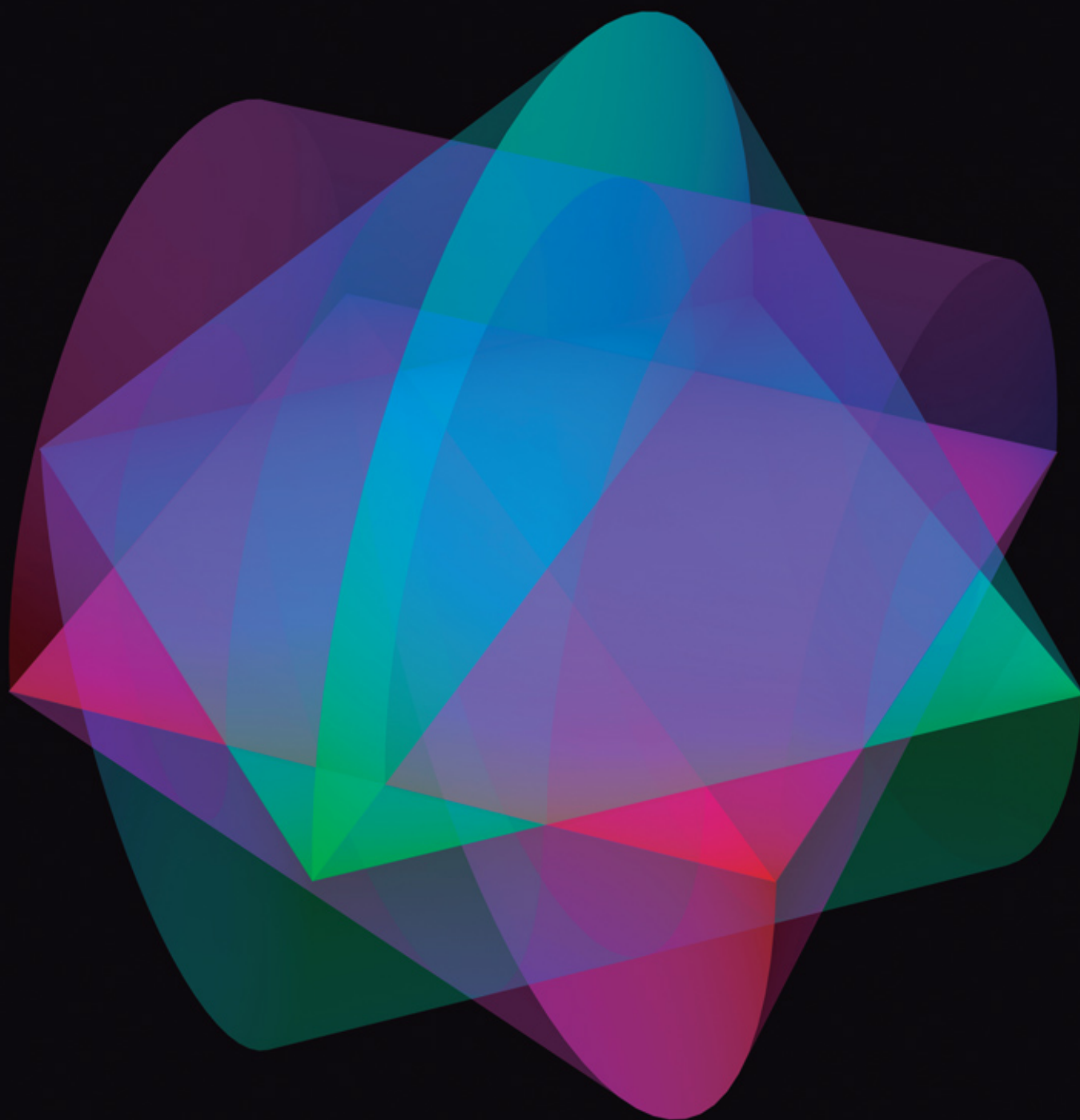


Sebastian, *Inversa*



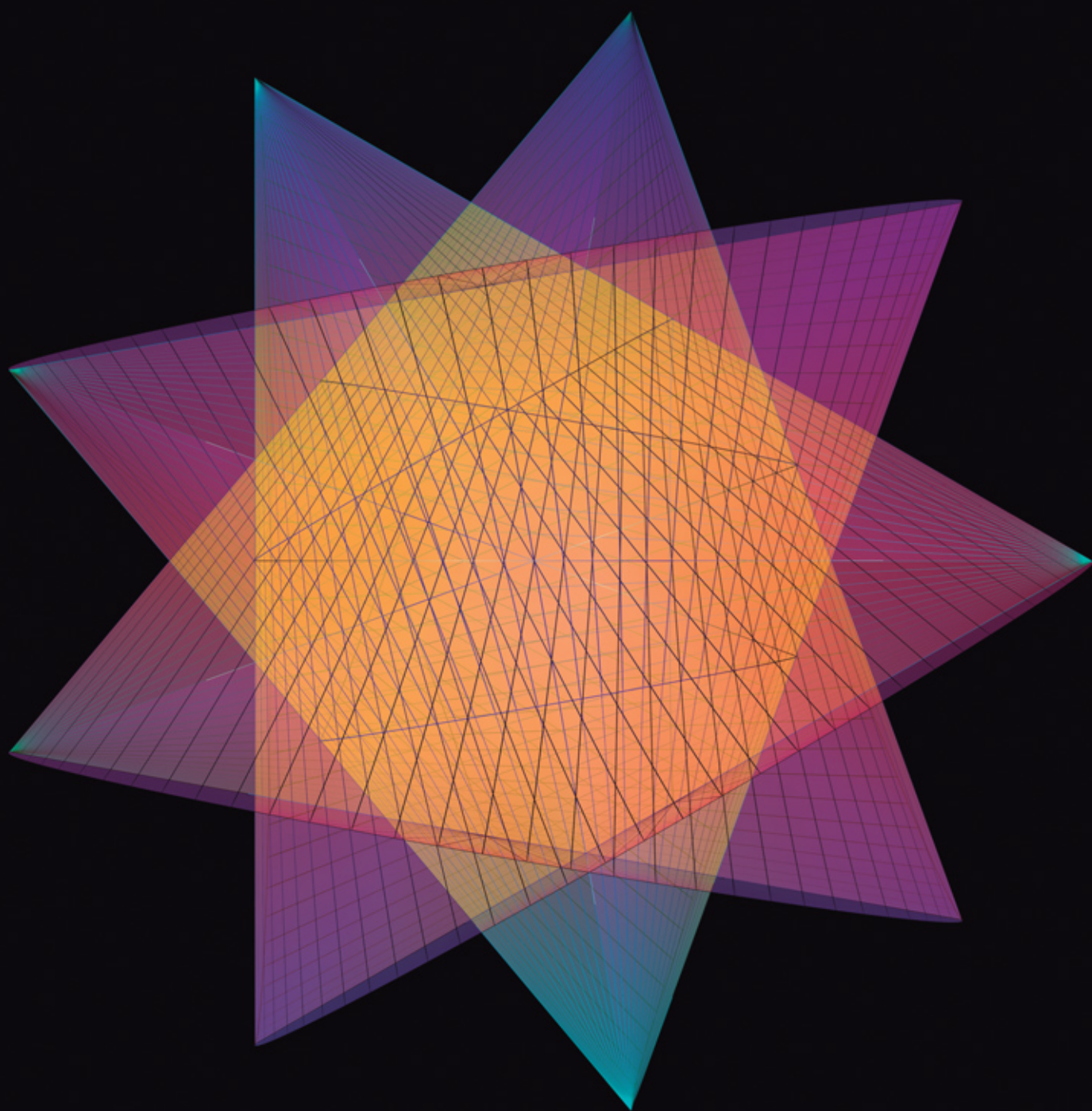
Sebastian
Interpretación digital

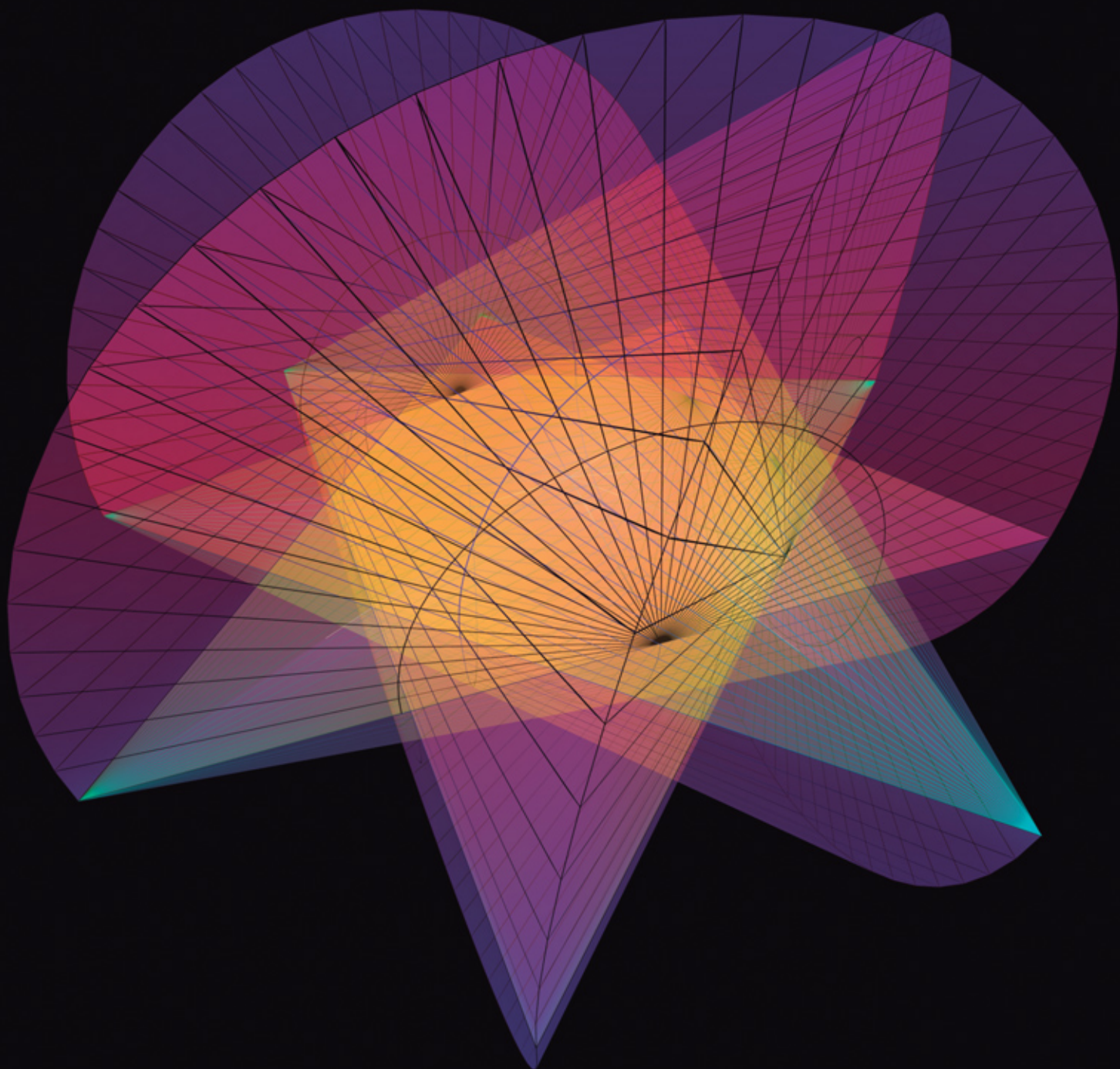


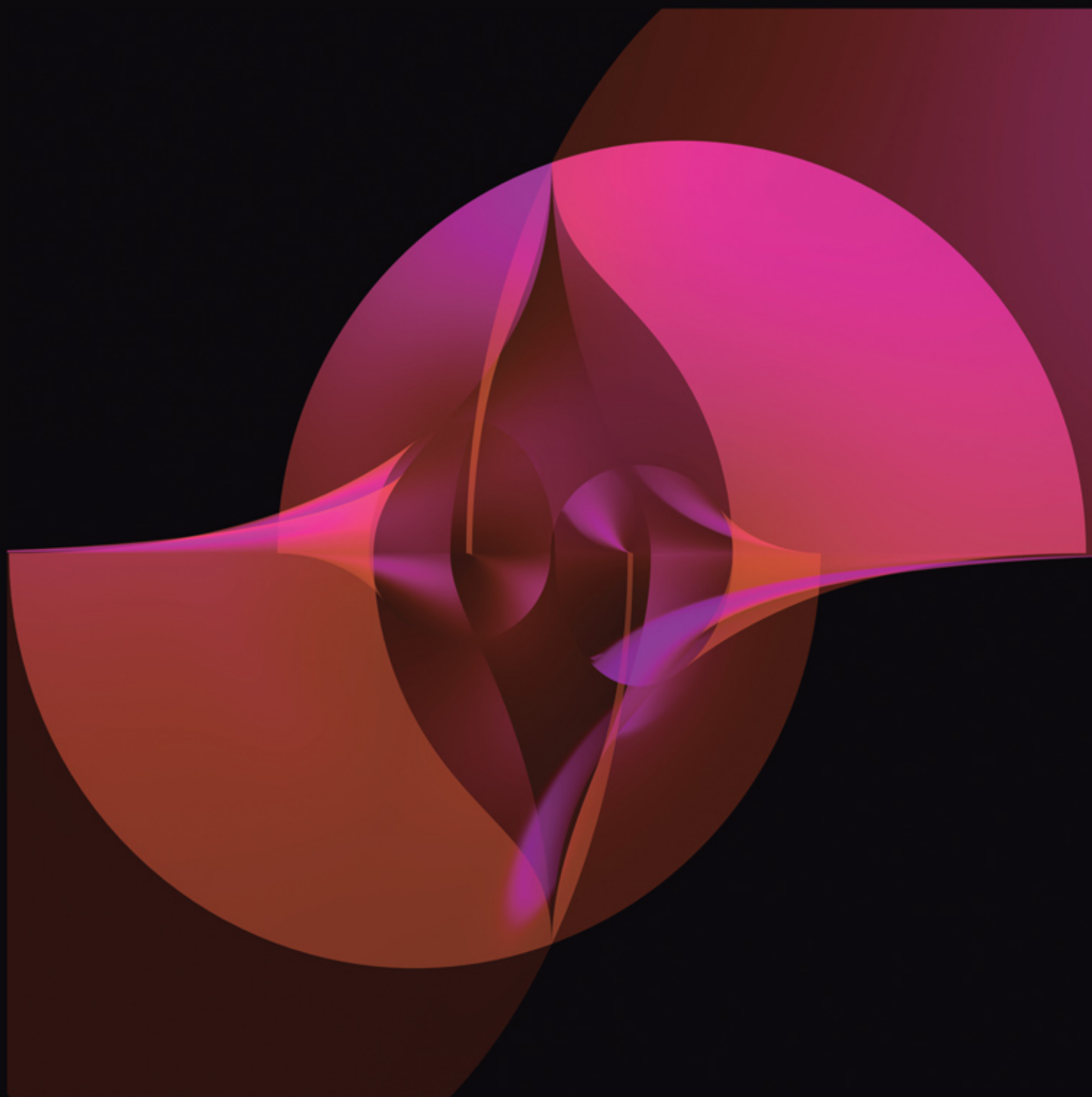












Margit Frenk

Noventa años

Gonzalo Celorio

Gonzalo Celorio dibuja un retrato literario de Margit Frenk, gran estudiosa de la lírica popular mexicana y académica rigurosa y concentrada que ha llegado a las nueve décadas de vida. El autor de El metal y la escoria hace una revisión en primera persona que lo lleva a rememorar las confluencias con Frenk en instituciones como El Colegio de México y la Academia Mexicana de la Lengua.

Voz dulce, modulada a través de los años en la práctica del canto, que fluye de una sonrisa asidua; ojos claros, como los que invocó Gutierre de Cetina en su célebre madrigal, y serenos también, sí, pero siempre alertas, siempre interrogantes y algunas veces, pocas, indignados y hasta enfurecidos.

El timbre y la mirada fue lo primero que percibí de Margit Frenk cuando la conocí hace casi cincuenta años en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, sito entonces en el cuarto piso del edificio número 125 de la calle de Guanajuato en la colonia Roma de la ciudad de México, que años más tarde habría de devastar el terremoto de 1985. Yo había entrado a trabajar en esa selectiva y prestigiosa institución como *picapedrero*, que tal era el nombre con el que Juan M. Lope Blanch designaba a quienes ocupábamos el estamento más bajo del escalafón académico, jóvenes ayudantes de investigación que hacíamos fichas bibliográficas, sacábamos libros de la biblioteca por encargo y muchas veces cumplíamos funciones secretariales: mecanografiar una carta, redactar un oficio, contestar el teléfono y hasta servir, ¿por qué no?, una taza de café a alguno de nuestros mayores.

Margit entonces dirigía los trabajos del *Cancionero Folklórico de México* en una de las dos salas de juntas con que contaba el Centro, la que estaba a mano derecha según se salía del elevador. La veo rodeada de sus colaboradoras, sólo mujeres —por lo menos en mi recuerdo—, volcadas todas reverencialmente sobre unos ficheros sagrados, dispuestos en el centro de la mesa, en los que se iban atesorando las miles de estrofas de las canciones recogidas en todas las regiones del país a lo largo de los años. Cada copla estaba ataviada, en su ficha respectiva, con la indumentaria filológica del caso: la fuente, el lugar de procedencia, la fecha de recolección, el nombre del autor (cuando no era anónimo, como en la inmensa mayoría de los casos) y, sobre todo, sus variantes, que podían ser muy numerosas. Puedo imaginarme la complejidad para determinar los criterios de clasificación de esos materiales volátiles: si por su título o por sus primeros versos o por el nombre de su autor, cuando lo había; si por su procedencia o por su cronología; si por su estructura métrica o estrófica o por su temática —coplas del amor feliz, coplas del amor contrariado, coplas del desamor— o por todos ellos imbricados, cuando todavía no se contaba con el auxilio de



Paciencia Ontañón, Juan M. Lope Blanch, Augusto Monterroso, Ernesto Mejía Sánchez, José Pascual Buxó, Antonio Alatorre y Margit Frenk, 1958

las computadoras y era por tanto punto menos que imposible relacionar unas categorías con otras y establecer referencias cruzadas, como al final se puede hacer, milagrosamente, al consultar la obra publicada. El *Cancionero* fue un trabajo hecho a mano. Y observa un rigor y un cuidado que yo entonces sólo había conocido en las ediciones de Clásicos Castellanos que publicaba la editorial Espasa Calpe, en las que descubrí que una nota al pie de página no necesariamente era, según lo decía quejosamente el poeta cubano Eliseo Diego, como una llamada telefónica en la noche de bodas, sino la explicación pertinente que iluminaba el texto, que lo desentrañaba, que lo ponía en contexto. ¡Qué maravilla tener al alcance de la mano —mejor de la vista y muchas veces también del recuerdo de la música, de la tonadita— ese corpus portentoso de nuestra expresión lírica popular, tan respetuosamente tratada en él, tan sabiamente estudiada, tan amorosamente atendida! ¡Cómo no alegrarse y tomarle prestada a Margit su sonrisa ante las más de sesenta versiones distintas del *Cielito lindo* —la más mexicana de nuestras canciones populares, la más futbolera también, que se refiere, sin embargo, a la Sierra Morena que se alza entre la Meseta Castellana y Andalucía, de donde vienen bajando unos mexicanísimos ojitos negros!

Una obra de semejante envergadura no se hizo obviamente de la noche a la mañana. Se había iniciado años atrás y, cuando yo conocí a Margit y a sus colaboradoras, todavía habría de transcurrir una década entera para que llegara a su fin con la publicación del último tomo de los cinco que la integran. Pero aun así, no sería más que una etapa de una larga carrera dedicada al estudio de la lírica popular hispánica a la que Margit ha consagra-

do su vida, junto con el estudio de la literatura española de los Siglos de Oro, particularmente de *El Quijote*.

Aun antes de acometer el proyecto de este cancionero mexicano, Margit había empezado a configurar, a principios de la década de los cincuenta, el *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, que publicó la editorial Castalia de Madrid en 1987, después de treinta y cinco años de trabajo sostenido. Un precioso repositorio de “los poemitas populares y de tipo popular no narrativos, que se cantaban o decían antiguamente en la península ibérica, según se conservaron en varios centenares de fuentes manuscritas e impresas”, como define la propia autora su objeto de estudio. Pero una vez publicada esta obra magna, siguieron apareciendo —profusos, incontenibles, insoslayables— más y más “poemitas”, hasta que Margit se vio precisada a dar a la imprenta, doce años más tarde, un *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*, que enriquece el anterior con una tercera parte añadida y que fue publicado en 2003, en dos gruesos volúmenes, bajo el triple sello editorial de la UNAM, El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica. Y sigue la mata dando, pues Margit no cesa en su empeño de recopilar las expresiones líricas populares de nuestra lengua y hoy por hoy, a sus noventa años de edad, está por concluir la edición del *Cancionero poético* de Gaspar Fernández, maestro de capilla en Puebla, que contiene, según nos ha informado, más de trescientas canciones.

Si Ramón Menéndez Pidal se preciaba de haber sido la persona en el mundo que más romances había escuchado, me atrevo a asegurar que Margit es la persona que más poemas líricos populares ha conocido, y lo ha hecho con tal placer, con tal entrega, con tal capacidad

de absorción, que no resultan incomprensibles ni gratuitos su sonrisa, su jovialidad y su inmenso patrimonio poético. Da la impresión de que puede pellizcar ese corpus al azar, por cualquier parte, para hacer un estudio sesudo del tema que la suerte le depare, como el que motivó su delicioso discurso de ingreso en la Academia Mexicana en 1993, que tuvo por título *Charlas de pájaros o Las aves en la poesía folklórica mexicana*.

Ahora que hablo de la larga data de las investigaciones de Margit, me viene a la memoria que hace algunos años, cuando la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, entonces dirigida por José Moreno de Alba, me asignó la tarea de editar un boletín informativo mensual que diera cuenta de las actividades que desempeñaba la institución, llegó a mis manos una fotografía tomada en 1958, que publiqué en el número correspondiente a noviembre de 1983. En ella aparecen, sentados alrededor de una mesa de trabajo atiborrada de libros y papeles —y salpicada también de ceniceros y cajetillas de cigarrillos, a la usanza de los tiempos—, Paciencia Ontañón, Juan M. Lope Blanch, Augusto Monterroso, Ernesto Mejía Sánchez, José Pascual Buxó, Antonio Alatorre y Margit Frenk. Todos escuchan a Lope, quien lee, con un mohín mordaz, una papeleta cuyo contenido ignoramos, pero que suscita la aquiescencia de Buxó, la placidez de Monterroso y el interés pícaro de Alatorre. Los únicos que ven a la cámara son Mejía Sánchez, con cierto aire ausente, y Margit, que está en la reunión, efectivamente, pero también y al mismo tiempo, está en otra parte, en su propio mundo, por más que parezca que la cámara la distrae. Es como si hubiese proyectado en esa foto —acaso sólo en mi imaginación— la doble condición de su persona y de su quehacer académico: el silencio y la voz, a los que dedica uno de sus libros más bellos y brillantes, titulado precisamente *Entre la voz y el silencio*: por un lado, la lectura sigilosa, el trabajo reflexivo, la escritura solitaria, que tantos frutos le haría cosechar, como los cuarenta y cuatro estudios que componen su libro *Poesía popular hispánica* o los *Cuatro ensayos sobre el Quijote*, y, por otro, sus trabajos colegiados, como coordinadora de grandes proyectos de investigación, tal el ya citado *Cancionero folklórico de México*; como directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM; como profesora lo mismo en El Colegio que en la Facultad de Filosofía y Letras —adonde sigue asistiendo miércoles a miércoles a dirigir su seminario—; como directora que fue de la revista *Literatura mexicana* y como directora que es de la *Revista de Literaturas Populares*; como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y participante de su Comisión de Consultas.

Para mi pena, Margit nunca fue mi maestra en el aula. Yo no hice mis estudios en El Colegio de México

(aunque me haya desempeñado ahí primero como *picapedrero* y muchos años después como profesor), sino en la Universidad Nacional, y no me dediqué a la literatura española peninsular, sino a la literatura hispanoamericana. Pero fuera del aula vaya que he sido su alumno, acaso sin que ella se haya dado cabal cuenta de su magisterio.

En los primeros años de la década de los setenta, varios investigadores y profesores de El Colegio de México fuimos invitados por la Secretaría de Educación Pública a colaborar en la redacción de los libros de texto gratuitos del área de *Español*. La responsabilidad era grave, y el cumplimiento de la tarea, urgente e implacable. Pasamos noches enteras en el arduo empeño de poner al alcance de la comprensión infantil los conocimientos lingüísticos y literarios básicos, y morigerando hasta donde fuera posible el discurso técnico de los pedagogos. Recuerdo a Antonio Alatorre, impuesto a escribir, como lo hizo, un elogio al libro para los alumnos del sexto grado; a Jorge Ibargüengoitia, que nos entregó un cuento desenfadado —“Los puercos de Nicolás Mangana”— sobre el malogrado hábito del ahorro, y a la propia Margit, que escribió un cuentito delicioso, que se llama “El tren que camina al revés”, en el que le confiere a la imaginación infantil soberanía sobre la realidad. Pero más allá de estos divertimentos, Margit fue capaz de poner en un lenguaje claro y diáfano, como su mirada y su voz, los rudimentos de la lengua y la literatura para hacerlos accesibles a los niños de primaria. Y es que si de algo goza la escritura de Margit, quizá como influjo de la expresión lírica popular en la que ha abrevado, es de claridad y sencillez, aun cuando aplica en sus estudios más sesudos y eruditos los complejos e intrincados saberes de la filología. No sucumbe nunca a los tecnicismos gratuitos ni a la terminología pedante ni al aparato pretencioso. Vaya que hay sabiduría en su discurso. Y conocimiento técnico. Y capacidad crítica. Pero Margit, para decirlo con palabras de Gaston Bachelard, nunca “explica la flor por el fertilizante”. Pues bien, armada de tijeras y *durex*, en tiempos —ya se sabe— preelectrónicos, cortando y pegando, tachando y escribiendo al margen, fue configurando la versión final de esos libros de texto que habrían de publicarse en tiradas millonarias y distribuirse a lo largo y a lo ancho del país. Seguramente no se dio cuenta de su magisterio, pero ella me enseñó en esos tiempos, con los instrumentos más domésticos y rudimentarios, que eran los únicos de los que entonces disponíamos, el difícil arte de la edición textual.

Después de aquellos años de El Colegio de México y de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, me restringí a ver a Margit de manera fortuita en los pasillos de la Facultad, donde con más frecuencia que a ella me encontraba a su madre, de quien Margit heredó la mirada clara y la sonrisa permanente. Trabé



Margit Frenk

amistad con Mariana Frenk-Westheim en los últimos años de su vida, que fueron muchos, cuando ella trabajaba, siempre de buen humor y con entusiasmo quinceañero, tanto en el Colegio de Letras Alemanas de la Facultad como en el Museo Nacional de Arte Moderno. Varias veces fui a cenar a su departamento del emblemático Edificio Basurto, donde acogía a sus invitados con una rara combinación de lujo y sencillez: los manteles bien podrían ser de Brujas; las copas, de Bohemia; la vajilla, de Sèvres, pero lo que prevalecía era una amigabilidad cálida, próxima, *contlapache* —si se me permite un mexicanismo digno de quien fue la traductora de *Pedro Páramo* al alemán—, en una atmósfera en la que sus aforismos, como lo visualizó Carmen Parra, se resolvían en mariposas. Si traigo a colación a Mariana Frenk en este homenaje a Margit no sólo es por el ejemplo de entereza y longevidad que le legó a su hija, sino porque la propia Margit editó y prologó amorosamente las obras de su madre, que el Fondo de Cultura Económica publicó bajo el título misceláneo de *Aforismos, cuentos y otras aventuras*.

Pero volví a encontrarme con Margit, y a partir de entonces de manera constante, hace veinte años, en 1995, cuando fui elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, donde ella obviamente ya ocupaba su sitio. La presencia asidua de Margit Frenk en la Academia renueva jueves a jueves el espíritu de esa corporación que nació hace 140 años con el doble propósito de mantener la unidad de la lengua española y al mismo tiempo de estudiar y hacer valer las peculiaridades que adopta en nuestro país. Quién mejor que ella para velar por esos propósitos aparentemente disyuntivos y sin em-

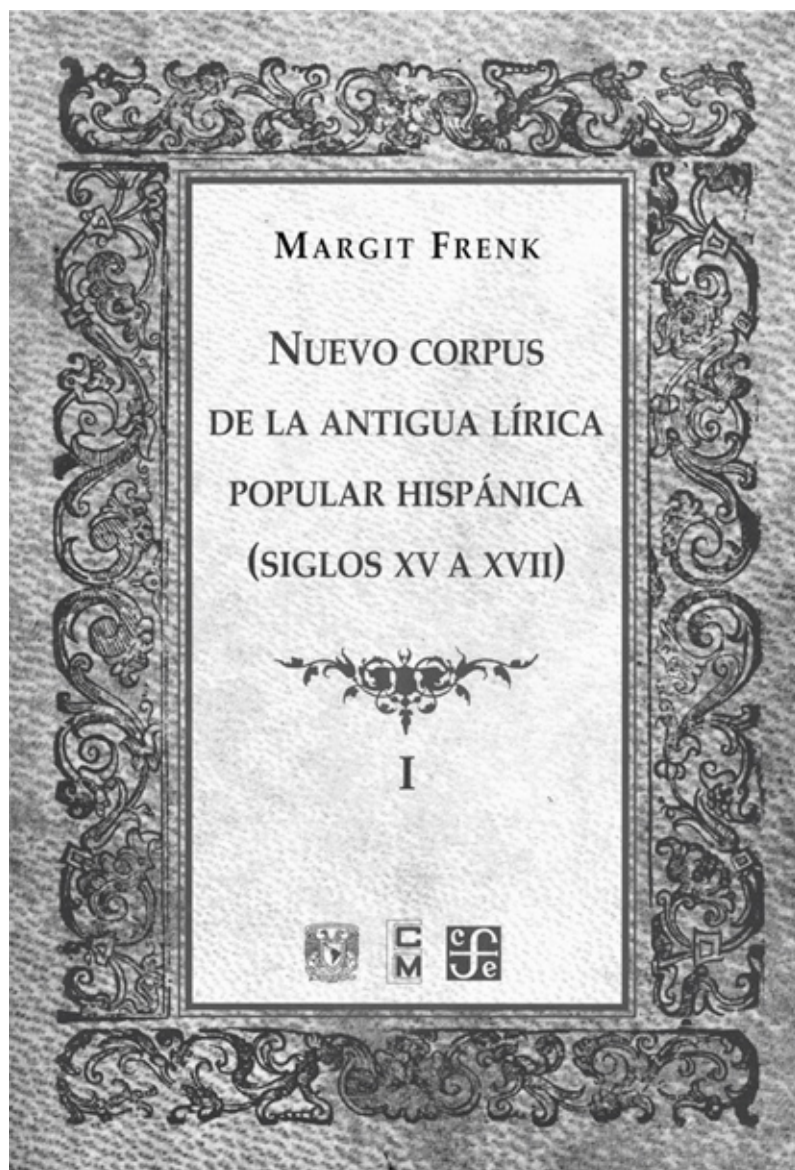
bargo complementarios. Porque si de algo sabe Margit —y vaya que sabe— es de la evolución de la lengua española desde la baja Edad Media hasta los Siglos de Oro, y de las modificaciones que sufrió, a partir de finales del siglo xv, en sus travesías trasatlánticas. Y si a algo es sensible —y vaya que es sensible— es a las particularidades propias del español de México frente al español europeo y al español general, sobre todo en lo que se refiere a las variantes de carácter popular, que han sido su principal objeto de estudio a lo largo de la vida.

La Academia Mexicana de la Lengua trabaja de dos maneras distintas: en sesiones plenarias cada quince días, y en comisiones, semanalmente. En cada una de las sesiones plenarias se cumple la saludable práctica de que un académico, por turno, lea un trabajo de su autoría. El mayor privilegio de quienes formamos parte de la corporación es oír cada dos semanas a nuestros colegas, de viva voz, como primicia o como experimentación, la lectura de un texto inédito o en proceso. Las lecturas que Margit ha presentado en la Academia han sido prodigiosas. Recuerdo en particular dos, por fortuna ya publicadas, más allá de las *Memorias de la Academia*, en las diversas recopilaciones de sus estudios. Una de ellas está dedicada a la oposición entre la lectura en público y la lectura en silencio, a la que ya hice referencia páginas atrás, y que fue recogida con el título de “El lector silencioso” en el volumen *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*. En este ensayo, Margit discierne sobre el tránsito que va de la lectura en público, ejecutada para ser escuchada por un determinado auditorio, y la lectura personal, silenciosa, recogida, destinada al provecho propio de quien la ejerce. Borges con-

fesaba su gusto por la tipografía del siglo XVIII. He advertido que en las obras de esa centuria, al final de cada página, fuera de caja, se adelanta la sílaba con la que comienza la página siguiente, supongo que para que el lector no pierda el hilo de la lectura en el cambio de página. ¿Será que todavía en el siglo XVIII la lectura en voz alta era una práctica habitual? La otra comparecencia de Margit en una sesión plenaria que quiero recordar ahora, se refiere a la sentencia tan admirable como irrefutable, “¿Don Quijote murió cuerdo!”, que se decía con signos de admiración, asumiendo acaso aquella idea de Salvador de Madariaga, que advertía en los personajes protagónicos de la novela de Cervantes un doble y recíproco proceso, el de la *quijotización* de Sancho y el de la *sanchificación* de don Quijote. Margit no deja de admirarse del aserto, pero permuta los signos de admiración por los de interrogación, y se pregunta: “Don quijote ¿murió cuerdo?”. No responde a la pregunta que ella misma se formula; o al menos no lo hace de manera tajante y unívoca, pero el solo hecho de plantearla y explicarla a la luz de la narratología moderna, la vuelven afín a Cervantes, que, en opinión de Margit, deja abierta la posibilidad de que su personaje haya recobrado o no la cordura. Margit nos presenta así la imagen de un Cervantes que sonríe, sin enseñar del todo sus pocos dientes molencos, pero sonríe al fin y nos guiña un ojo; un Cervantes que transgrede su propia iconografía tradicional, que se ha empeñado en presentarnos al mayor escritor de nuestra lengua engolado (nunca mejor dicho) y solemne, como predispuesto a presidir las sesiones públicas tanto de la Real Academia Española como de la Academia Mexicana de la Lengua.

Decía que la Academia también sesiona en comisiones. Margit trabaja en la de Consultas, de la que yo también formo parte. En este pequeño cuerpo colegiado, un grupo de académicos nos damos a la tarea de responder a las decenas de consultas que llegan mensualmente a la institución. Contamos para ello con el concurso de tres gramáticas —Norohella Huerta, Axel Hernández y Georgina Barraza Carbajal (además de la editora Martha Bremauntz, que tanto ha trabajado en la edición de la obra de Margit, y de varios asistentes)—, que nos presentan borradores de posibles respuestas a las preguntas que no son de obvia resolución y que merece la pena que discutamos en grupo. Cada uno de nosotros recibe con anticipación estos borradores de respuesta para estudiarlos y comentarlos el día de la sesión. Margit nunca falta a las sesiones. Ahí está siempre. Con su tarea hecha, a pesar de las dificultades que la mácula le ha infligido en la vista. Y dice lo que tiene que decir. A veces el ceño se le frunce, pero no se le empaña la mirada ni se le demuda la sonrisa. Maestra al fin y hasta el fin, quita de las respuestas lo que sobra. O añade lo que falta. Todos aprendemos de ella.

Para terminar estas palabras que ya se han extendido demasiado aunque tan cortas se han quedado, quiero referirme a una práctica que Margit sigue y que la pinta tal cual es. Margit misma, la académica numeraria, la participante asidua y propositiva de la Comisión de Consultas, la conocedora de la lírica popular de lengua española y de la literatura de los Siglos de Oro, la reconocida cervantista, la investigadora emérita de la UNAM, la acreedora a tantos doctorados honoris causa, la recipiendaria del Premio Nacional de Ciencias y Artes y del que lleva el nombre de Marcelino Menéndez y Pelayo y la que ha prestado su propio nombre a otro premio que otorga la Asociación Lira Mínima... es, también, nuestra consultante. Sí, con gran modestia, periódicamente nos envía preguntas sobre tal o cual poema del siglo XV o del XVI, que por lo general involucra algún tema de orden religioso, que ella, a pesar de su formación académica, acaso no comprenda bien a bien por su falta de formación cristiana y particularmente católica. ¿Puede haber un mejor ejemplo de espíritu académico —me pregunto— que quien, poseyendo las más altas calificaciones para responder, tenga la humildad de preguntar? **U**



Tres académicos

Jaime Labastida

El pasado 13 de agosto tuvo lugar la ceremonia de ingreso de tres nuevos miembros honorarios a la Academia Mexicana de la Lengua: Juliana González, Jean Meyer y José Sarukhán. La filosofía, la historia y la biología se ven representadas en la trayectoria de estos tres pensadores e investigadores que han hecho aportaciones de enorme valor a la cultura mexicana.

La ceremonia que tiene lugar esta noche en la Academia Mexicana de la Lengua es, por muchos conceptos, insólita, sin duda alguna. Por primera ocasión en nuestra historia, nada corta por cierto, se produce el hecho de que rindan su discurso de ingreso, el mismo día, tres personas. Los tres de primer nivel, los tres inmersos en actividades diferentes: una es filósofa, otro es historiador, el tercero es un biólogo, un hombre de ciencia. Y los tres lo hacen en su calidad de miembros honorarios.

Lo anterior denota, de entrada, el carácter amplio, plural, multidisciplinario, de nuestra institución: todo cuanto guarde relación con la dimensión más profunda del ser humano, digo, con la palabra, con el λόγος (razón y lenguaje a un mismo tiempo), tiene cabida en nuestra Academia.

La AML tiene 36 miembros de número y 36 correspondientes en el interior de la República y en el extranjero. Pero sólo cinco miembros honorarios. ¿Qué significa esto? ¿Por qué? Cada uno de esos cinco miembros honorarios podría también, no cabe duda, serlo de número. Lo impide, acaso, su exceso de trabajo, el que realicen sus actividades fuera del país o el que estén ausentes de modo constante. Sin embargo, la institución estima de todo punto necesario que formen parte de

ella. En fechas recientes han sido miembros honorarios de la AML (me limito a mencionar unos cuantos nombres, todos mexicanos): Antonio Alatorre, Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco y Luis Villoro, lingüista y crítico el primero, poeta y ensayista el segundo, narrador y ensayista el tercero, narrador y poeta el cuarto, filósofo el finalmente mencionado. Todos, escritores de primer rango, cuya presencia en la AML nos era imprescindible. Y su ausencia, un vacío de dimensiones insondables. Además de los tres ilustres académicos que han rendido su discurso de ingreso la noche de hoy, forman parte de esta nómina, escasa y selecta, don Pablo González Casanova, un sociólogo, y don Sergio Fernández, un narrador.

Doña Juliana González es una filósofa rigurosa y audaz, al propio tiempo. Se ha desempeñado como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en donde, además, ha ocupado su dirección. No puedo ni debo omitir un dato personal estricto: doña Juliana González forma parte de la generación universitaria a la que yo pertenezco, una generación que se ha mantenido fiel a sus intereses filosóficos. Fuimos poco más de treinta los alumnos inscritos en la FFL el año de 1957. Añado que el número de mi matrícula universitaria de-

nota, con claridad, la cantidad tan escasa de estudiantes que había en la UNAM en aquel año: 575514 (o sea, que fui el alumno 5,514 inscrito el año de 1957 en el nivel de licenciatura). Pero aquel alud de jóvenes interesados en las arduas cuestiones filosóficas hizo que Luis Villoro, uno de nuestros mejores profesores, asombrado ante ese número, que consideró excesivo, dijera: *¡Pero qué va a hacer México con tantos filósofos!*

No sé qué hizo México con tantos filósofos. Lo que sí sé es qué hicieron estos filósofos con México: dedicarse a trabajar de manera seria, profesional, rigurosa y constante, en su oficio. Doña Juliana González ha trabajado, pues, intensamente, en asuntos de ética y metafísica, no en balde fue una de las alumnas más brillantes y fieles del maestro insigne que respondía al nombre de Eduardo Nicol. Del maestro Nicol escuché, el primer día de la primera clase que recibí en la FFL (la clase era la de presocráticos), una lección de vida, un ejemplo de rigor profesional, que jamás he podido olvidar. Al término de aquella clase (cada una de ellas, una conferencia perfecta), alguno de los compañeros pidió al profesor que nos indicara cuál sería el libro de texto que habíamos de leer (¡pero qué expresión más horrible, un libro de texto!). Nicol respondió con presteza: *aquí no habrá ningún libro de texto; hay que leer a los autores mismos y arrojarlos al agua; el que sepa nadar, añadiré, llegará a la orilla; el que no pueda hacerlo, se ahogará.* Creo recordar que doña Juliana González se hallaba en ese pequeño salón y que, al igual que yo, recibió el impacto profundo, de ética profesional, de rigor académico, audacia e innovación, que nos legó Nicol.

Doña Juliana González se ha desempeñado como maestra e investigadora en dos grandes áreas: la filosofía griega, por una parte, la ética, lo dije ya, por otra. No puedo examinar, en este breve espacio, todos los aspectos de la tarea filosófica de doña Juliana González. Lo que debo decir es que, por lo que a la ética corresponde, ha señalado que la ética está anclada en la libertad. Frente a la ética estrictamente formal de Kant, doña Juliana subraya que la libertad no está opuesta a la necesidad, sino que es su otro extremo, imprescindible. *No hay ética sin libertad*, establece: la conducta ética implica una elección y así la conciencia libre se autodetermina. ¿Qué clase de ética propone doña Juliana González? Copérnico arrojó la Tierra hacia los cielos, la arrancó de sus raíces y la convirtió en un planeta más. Galileo destruyó, a su vez, y no sólo con el telescopio, sino también al postular la ley de la inercia, ese movimiento constante en línea recta, la bóveda celeste. Poco a poco, el avance de la ciencia y de la filosofía ha desplazado a los dioses del sitio inmóvil que ocupaban: desaparecieron del espacio no menos que de la conciencia. Pascal ya no es capaz de escuchar, como Pitágoras, *la música de las esferas celestes*; por el contrario, a Pascal le *aterra*

el silencio eterno de los espacios infinitos. ¿Qué clase de ética podrá ser la que carezca del fundamento anterior, una Tierra sólida, un dios omnipotente?

En el caso de la ética y la libertad que le es intrínseca, ¿qué hacer? *Si Dios no existiera*, dice Fiodor Mijailovich Dostoievsky en *Los hermanos Karamazov*, *todo estaría permitido.* ¿Se puede concebir una ética carente del fácil asidero de un dios? Si dios no existiera (si dios hubiera muerto), ¿todo estaría permitido? La ausencia de dios en la conciencia de los hombres, ¿conduce a la negación, a la muerte? ¿Se puede concebir una ética sin dios? ¿Una ética sin dios, diferente sin embargo a la ética desgarrada que propone el existencialismo de Sartre, inmerso en la angustia y en la muerte? He aquí el grave problema de la ética contemporánea: ¿cuál es el límite de mi libertad? ¿*Todo* está permitido? La respuesta que ofrece doña Juliana González se desplaza en este horizonte. Hay un límite, una frontera, que la libertad del hombre no puede traspasar, haya o no haya dios, existan o no existan dioses: el límite lo traza la conciencia propia. La base de la ética es la libertad: esta es la condición ontológica del hombre y el pilar de la ética de Juliana González.



Juliana González

Se trata, no puedo omitir decirlo, de una ética optimista, que pone el acento en la posibilidad de la realización personal, al propio tiempo que de la colectiva. No puede haber ética sino en compañía de los Otros. Para doña Juliana González, como para Nicol y para Platón, no puede haber una ética racional, apoyada en la razón (en el λόγος que es a un mismo tiempo palabra) sin el vínculo más estrecho con el amor, con el ἔρως. De aquí deriva doña Juliana una ética contraria a la que postula el existencialismo sartreano, no menos que a la ética del sufrimiento. Doña Juliana subraya que son la vida, la salud, el amor, la felicidad, a la vez el medio y el fin de la ética. Por tal causa, de manera necesaria, esas reflexiones la llevaron hacia la ética médica y la bioética, espacio donde se ha convertido en voz autorizada.

En su discurso, doña Juliana González dice que ha cobrado “conciencia de la indisoluble relación que hay, en el presente, entre los grandes problemas éticos y los extraordinarios logros que, desde la mitad del siglo pasado hasta el presente” nos ofrecen “las ciencias de la vida y la bioética”. Se trata, pues, de una filósofa que ha anclado su pensamiento y su reflexión en la vida moderna. Por esto, asume que la teoría de la evolución es trascendental para la ética contemporánea.

Por su parte, el historiador Jean Meyer, que ha hecho de México su segunda patria, ha desarrollado una investigación de primera magnitud sobre hechos que la historiografía oficial, de modo deliberado, soslayaba: son hechos que avergüenzan a la conciencia nacional. Fue así que, muy joven, en un país que apenas empezaba a conocer (pero también a amar), Jean Meyer investigó la llamada Guerra Cristera, herida dolorosa, incomprendida en muchos aspectos. Su manuscrito original tenía mil 600 cuartillas; convertido en libro, se despliega por más de mil cien páginas (y en tres volúmenes). Al publicarlo, en 1973, Meyer tenía 31 años: era un joven francés, por completo desconocido, tanto en México como en Francia. El tema que abordaba, lo dice él mismo, era *tabú* y, para colmo, lo publicó una editorial, Siglo XXI, que tenía fama de publicar libros de orientación contraria a la que Meyer le daba a su texto. Sin embargo, el libro, que recibió un nombre de resonancia épica (alude a la *Iliada*, qué duda cabe), fue recibido con gran respeto por los historiadores mexicanos, ya que mostraba una investigación audaz, prolija, en muchos aspectos abrumadora. El libro, afirma Meyer, lo transformó.

Cada uno, dice Don Quijote, *es hijo de sus obras*. A su vez, don Jean Meyer señala que “ha sido engendrado por la Cristiada —tan es así que vive en México y es mexicano”. Lo dice en la “Advertencia” a la decimo-cuarta edición, de 1994. Esa confesión no le fue suficiente, sin embargo: diez años más tarde, en 2004, escribió un nuevo texto, que tituló *Pro domo mea*: La

Cristiada *a la distancia*, en el que reconoce lo mucho que ha cambiado la perspectiva histórica sobre el fenómeno cristero que, de haber sido satanizado, ha pasado a convertirse en una especie de lucha popular contra todas las agresiones del poder. Dice Meyer: “de guardia blanca de los hacendados malditos, de asesinos de los santos maestros de la escuela socialista, los Cristeros pasarían a ser los hermanos de todos los guerrilleros del mundo”. Y escribe esta frase, lapidaria: “No merecían tanta abominación ayer, tampoco les corresponde semejante gloria hoy”. Me gustaría subrayar que el libro de Jean Meyer rompió un paradigma y nos obligó a valorar los aspectos ocultos, malditos, de la Revolución mexicana, considerada casi un monolito de mármol, una masa sólida de bronce.

El indudable mexicano que es don Jean Meyer conserva, sin embargo, una raíz francesa y ha escrito otro libro ejemplar, en el que también se aparta de los lugares comunes, que no son pocos, de la historiografía oficial: *Yo, el francés*, cuyo subtítulo es *La intervención en primera persona*. Se trata de una serie de biografías y relatos, desde ángulos personales, de oficiales y soldados que formaron el cuerpo expedicionario francés, que invadió y ocupó nuestro país en el siglo XIX. Los textos son, no cabe duda, fascinantes: muestran facetas de carácter íntimo en el curso de esa guerra: desmitifican el supuesto heroísmo de los combatientes y exhiben, en no pocos casos, las crueldades que realizaron. Debo señalar otro texto: *Le livre de mon père ou une suite européenne*. En él se revela la raíz alsaciana, francesa por lo tanto, de don Jean Meyer. Es un libro de amor filial y de vínculo profundo con esa *región en vilo* que es la Alsacia (que un día amanece renana, alemana, y otro día francesa).

En su discurso, don Jean Meyer plantea la oposición entre la universalidad y la nación. No desdeña ni la una ni la otra. Es más, en tanto que acepta la enseñanza de don Luis González, también reclama para sí el orgullo de pertenecer a la *patria chica*, la *matria*, término caro a don Luis: de ahí, en Meyer, su raíz alsaciana que no lo aleja, empero, ni de la nación ni de la comunidad internacional.

Don José Sarukhán es el mayor, el más importante de todos los darwinistas mexicanos. Aclaro: no es darwinista en el sentido de que sostenga, sin cambios, las tesis del gran hombre de ciencia que fue Charles Darwin. Lo es en el sentido radical en que lo es todo biólogo comprometido con la ciencia, hoy. Sarukhán advierte, así, el carácter decisivo de la revolución darwiniana, aquello que nadie puede soslayar: cuánto y de qué manera las tesis de Darwin destruyeron paradigmas y provocaron una de las transformaciones mentales más profundas y permanentes de las que se guarde memoria. Darwin, el hombre, y su libro, *El origen de las especies*, dice don José Sarukhán, revolucionaron la ciencia y el pen-



José Sarukhán

samiento. Asegura José Sarukhán: “ninguna obra científica ha igualado la repercusión de la obra de Darwin en la ciencia, la política, la religión o la filosofía”. He aquí el nudo de la cuestión: asumir la revolución darwiniana es adoptar un compromiso total con la ciencia. No hay ni puede haber, en el mundo contemporáneo, ningún hombre de ciencia (mejor aun: no puede haber ningún hombre, simple y llanamente), que no arranque de las tesis darwinistas para ampliar el espacio inagotable del conocimiento. Ser darwinista es la condición primera, insoslayable, para ser hoy hombre de ciencia. En ese sentido radical, don José Sarukhán es un hombre de ciencia moderno, riguroso y honesto.

Lo anterior no significa, de ningún modo, que Sarukhán acepte todas y cada una de las tesis de Darwin, lo digo de nuevo. Si la revolución lograda por Darwin marca un hito, un antes y un después en la historia no sólo de la ciencia sino de la conciencia humana, no significa que sus tesis se sostengan, intactas. Por tal razón, hoy se habla de neodarwinismo, de la síntesis entre las tesis originales de Darwin y las aportaciones de la ciencia contemporánea. José Sarukhán es consciente de los aportes de Darwin y, al propio tiempo, de sus limitaciones. Así, Sarukhán subraya que Darwin no conoció las leyes de la herencia establecidas por Gregor Mendel, mientras que de ellas se vale la moderna teoría de la evolución. Tampoco, es obvio, pudo conocer la genética actual ni la biología molecular. Es lo que ocurre en todas las ciencias: nuevos y decisivos aportes ensanchan los límites de la teoría inicial. Sin embargo, los avances siguen la ruta originalmente trazada por su precursor.

En un libro ameno y preciso, *Las musas de Darwin*, Sarukhán pone en relieve las contribuciones hechas por el autor de *El origen de las especies* e indaga, a un mismo tiempo, por las fuentes de que se alimenta: vienen de

múltiples disciplinas y son producto de diversos autores, entre otros, Charles Lyell en geología, Thomas Robert Malthus en economía política... Sarukhán destaca, por supuesto, el impacto que a Darwin le produjo la lectura de las teorías demográficas de Malthus. Advierte que la ciencia es de carácter interdisciplinario y se nutre de toda clase de materias. En este caso, la teoría de la evolución recibió un influjo decisivo de una ciencia que era, por entonces, una novedad: la economía política, ciencia de la macroeconomía (de modo más específico aun, de la naciente demografía). De esas ciencias, Darwin dedujo tesis fundamentales: la lucha por la existencia; el dato, insoslayable, de que las especies producen un número superfluo de descendientes: sobreviven los más aptos. Esto genera, por necesidad, la variedad de los individuos, razón por la cual aquellos que se adaptan mejor a las condiciones del medio son los que finalmente sobreviven: ellos transmiten los caracteres que adquieren a su progenie.

El impacto que estas tesis produjeron fue inmediato: el hombre se consideró, a partir de ese momento, uno más de los productos de la incesante evolución de las especies. Sin duda, es el producto más alto del proceso evolutivo, pero guarda, con toda humildad, los estigmas de sus antepasados en cada una de sus células. El ser humano no sólo es una síntesis específica de gases y minerales, sino que también ha heredado la capacidad de adaptación que tienen las especies anteriores, desde los protozoarios hasta el hombre. En este aspecto, don José Sarukhán es consciente del vínculo que existe entre azar y necesidad. Por tal razón, subraya que la ciencia contemporánea es una ciencia de la probabilidad y no de la certeza absoluta.

Don José Sarukhán muestra, en *Las musas de Darwin*, todo aquello que este científico obtuvo al asimi-

lar las teorías de sus contemporáneos. Narra igualmente el trabajo de campo que realizó, a lo largo de los casi cinco años que duró el viaje del Beagle. Debo añadir que el libro de don José Sarukhán es mucho más que esto. Es un relato de la vida de Charles Darwin (tanto la dedicada a la ciencia como la de su entorno íntimo, donde destacan su esposa, Lyell, Huxley, Wallace, muchos más).

La trayectoria de don José Sarukhán no se limita a sus aportaciones directas a la investigación científica. Por igual ha desempeñado, se sabe bien, con rectitud y sabiduría, el cargo más honroso a que pueda aspirar todo universitario: fue rector de nuestra máxima Casa de Estudios en dos periodos sucesivos. Por si lo anterior aún fuera poco, a su empeño se debe la creación de un organismo intersecretarial que protege la fauna y la flora de nuestro país: la Comisión para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio), que se dedica a la conservación y el desarrollo de la biodiversidad nacional, rica, como pocas, en el planeta. Don José Sarukhán ha podido desplegar allí, en toda su amplitud, sus indudables dotes de ecólogo.

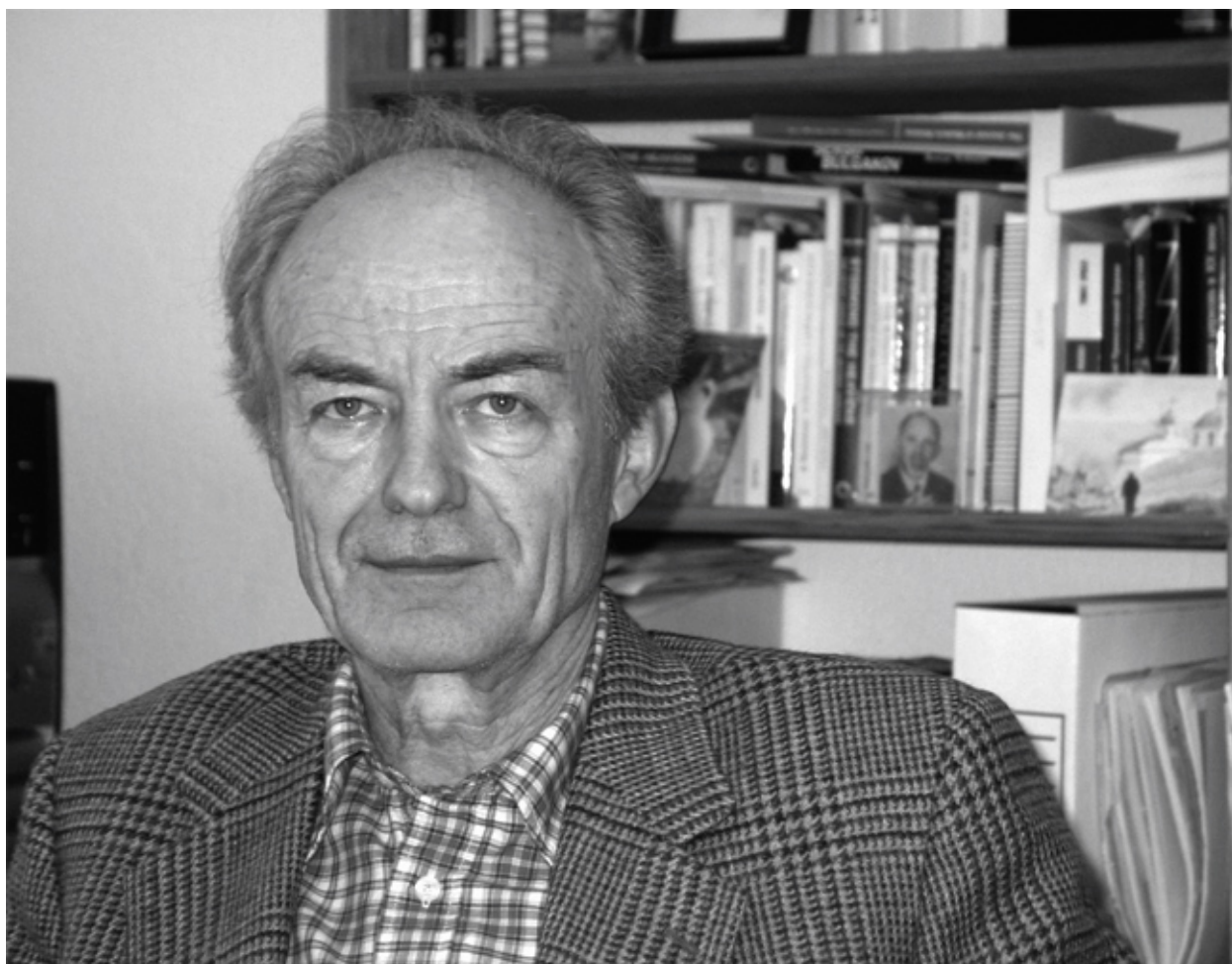
Hoy, don José Sarukhán ha puesto el énfasis en el hecho de que, a diferencia de los primates y los homínidos de los que indudablemente descendemos, nuestra especie, la especie llamada *homo sapiens sapiens*, posee un instrumento específico: el lenguaje, acaso la octava

transición central del proceso evolutivo, que se apoya en el desarrollo de nuestro cerebro y que es capaz de transmitir, de una generación a otra, la experiencia acumulada por nuestra especie en el curso de los millones de años que lleva de habitar nuestro planeta.

Permítaseme finalizar estas palabras diciendo que, además de su amor por Darwin, don José Sarukhán ha mostrado su amor por otras investigaciones sobre la fauna y la flora de nuestro país. Ama los códices *Badiano* y *Florentino*, la obra del protomédico de Felipe II, Francisco Hernández; conoce la Real Expedición Botánica a Nueva España, dirigida por Martín de Sessé y José Mariano Mociño; no olvida las aportaciones de Alexander von Humboldt. Añado que, en buena medida, comparto con él esos amores, tanto así que, a sus instancias se debe que la magna exposición sobre Darwin, que coordinó él mismo y que tuvo lugar en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, en 2014, contó con una sala dedicada a la expedición de Sessé y Mociño, apoyada en textos cuya publicación pude coordinar, lo que agradezco desde lo más hondo de mi corazón.

En nombre de todos los miembros de la AML, queridos amigos doña Juliana González, don Jean Meyer y don José Sarukhán, les doy la más cordial bienvenida a su nueva morada académica. Los recibimos con los brazos abiertos.

Muchas felicidades y muchas gracias. **U**



Jean Meyer

Crimen y castigo bajo el Porfiriato

Sergio García Ramírez

El 2 de julio pasado se cumplió una centuria del fallecimiento de Porfirio Díaz, el general que gobernó México por más de 30 años. La ocasión ha sido propicia para nuevos balances y revisiones en torno de las luces y sombras de su dictadura. En esta vena, ¿cuáles fueron los avances y deudas de la gestión política del polémico caudillo en el terreno del derecho penal?

Porfirio Díaz falleció en París hace un siglo. He aquí, pues, un nuevo centenario para los mexicanos memoriosos. Y también para los previsores. El recuerdo fluye sin estrépito en varias tribunas de la nación, mientras se observan, desde trincheras enfrentadas, quienes rechazan la conmemoración y quienes la quisieran más clamorosa, altisonante, reivindicadora.

Sobran los temas dignos de recordación sobre el largo periodo de nuestra historia cubierto por la figura de uno de sus grandes protagonistas, presidente y dictador a lo largo de treinta años. Comenzó como general Díaz y concluyó como don Porfirio, pero no faltaron quienes lo nombraran *Perfidio*. Los tres tienen su efigie en el panteón de México. Sus restos se hallan en el cementerio de Montparnasse, aunque también se ha dicho que reposan en la iglesia de La Soledad, en Oaxaca, donde los habría depositado, sigilosamente, doña Carmen Romero Rubio.

Aquí me referiré a la “cuestión penal” bajo el Porfiriato. Mi comentario se encierra entre el momento en

que Díaz ascendió al trono y compareció ante el Congreso el primero de abril de 1877, y aquel en que lo hizo por última vez, el primero de abril de 1911, ya en el tiempo de la Revolución y con un pie en el Ypiranga. Ocasionalmente aludiré al intervalo de don Manuel González, que pagó el precio de su presidencia a quien podía cobrarlo: Díaz, su “mejor amigo”. Por cierto, llegada la hora final de Díaz, junto a su lecho veló Fernando González, hijo de don Manuel.

Dice Enrique Krauze que cuando Díaz arribó a la Presidencia de la República —una república incierta y turbulenta— “tocaba a su fin la era del progreso político” —la era de Juárez— y llamaba “a la puerta la era desigual y paradójica del progreso material: la era de Díaz”. Esto mismo se advierte, de alguna manera, en la “cuestión penal”.

Si miramos la geografía de la historia —valga la expresión— nuestro personaje se localiza entre el restaurador de la República, a cuya etapa debemos notables avances en la legislación penal —a la cabeza, el Código

Penal de 1871—, y los autores de la Revolución —que es otra suerte de restauración republicana—, promotores de una vuelta de 180 grados en la normativa sobre los delitos, los delincuentes y las penas.

Para describir la cuestión penal bajo el Porfiriato, con sus vastas implicaciones, quizá bastaría el testimonio del propio Díaz en la famosa entrevista que concedió a James Creelman, aparecida en el *Pearson's Magazine* en marzo de 1908. Entonces Creelman lo calificó como “guía y héroe del México moderno”. El augusto personaje se refirió al empleo que su gobierno hizo del aparato penal; el aparato, dijo, que no se confina en la ley, sino se despliega en los hechos de gobierno.

Leamos la confesión de Díaz:

Empezamos castigando el robo con pena de muerte y apresurando la ejecución de los culpables en las horas siguientes de haber sido aprehendidos y condenados. Ordenamos que donde quiera que los cables telegráficos fueran cortados y el jefe del distrito no lograra capturar al criminal, él debería sufrir el castigo; y en el caso de que el corte ocurriera en una plantación, el propietario, por no haber tomado medidas preventivas, debería ser colgado en el poste de telégrafo más cercano. No olvide usted —señala a Creelman el “guía y héroe del México moderno”— que éstas eran órdenes militares.

Éramos duros —prosigue Díaz en la entrevista, que tiene aire de testamento—. Algunas veces, hasta la crueldad. Pero todo esto era necesario para la vida y el progreso de la nación. Si hubo crueldad, los resultados la han justificado con creces (...) Fue mejor derramar un poco de sangre, para que mucha sangre se salvara. La que se derramó era sangre mala, la que se salvó, buena.

He ahí la conclusión a la que pudo llegar el hombre facultado para ponderar la calidad de la sangre —una potestad autoconferida, no faltaba más—, y actuar en consecuencia.

No podemos refugiarnos en las palabras de la ley para medir la obra jurídica de un gobierno que condujo sus pasos entre el pan y el palo, “maiceando” o matando “en caliente”, para invocar la consigna —malavenida con la ideología penal de aquel siglo— que figuró en el telegrama a Luis Mier y Terán. Abundan las lecciones sobre la distancia entre los dichos y los hechos: la pura y dura realidad, en el punto donde se enfrentan el Leviatán hobbesiano con su máxima pujanza, y el ligero ciudadano con etiqueta de infractor. Ese punto es la justicia penal.

Emilio Rabasa hizo ver el abismo entre la Carta del 57 —vigente a lo largo del Porfiriato— y la realidad política. Con aquella no se podía gobernar. Y el hombre de Tuxtepec gobernó *praeter legem* o *contra legem*. Lo hizo según su vocación, su pretensión y —orteguianamen-

te— su circunstancia. Y para ello tuvo a la mano todos los medios de poder que necesitaba; uno de ellos fue el aparato represivo, legal y metalegal. Juntos, configuran el verdadero sistema penal.

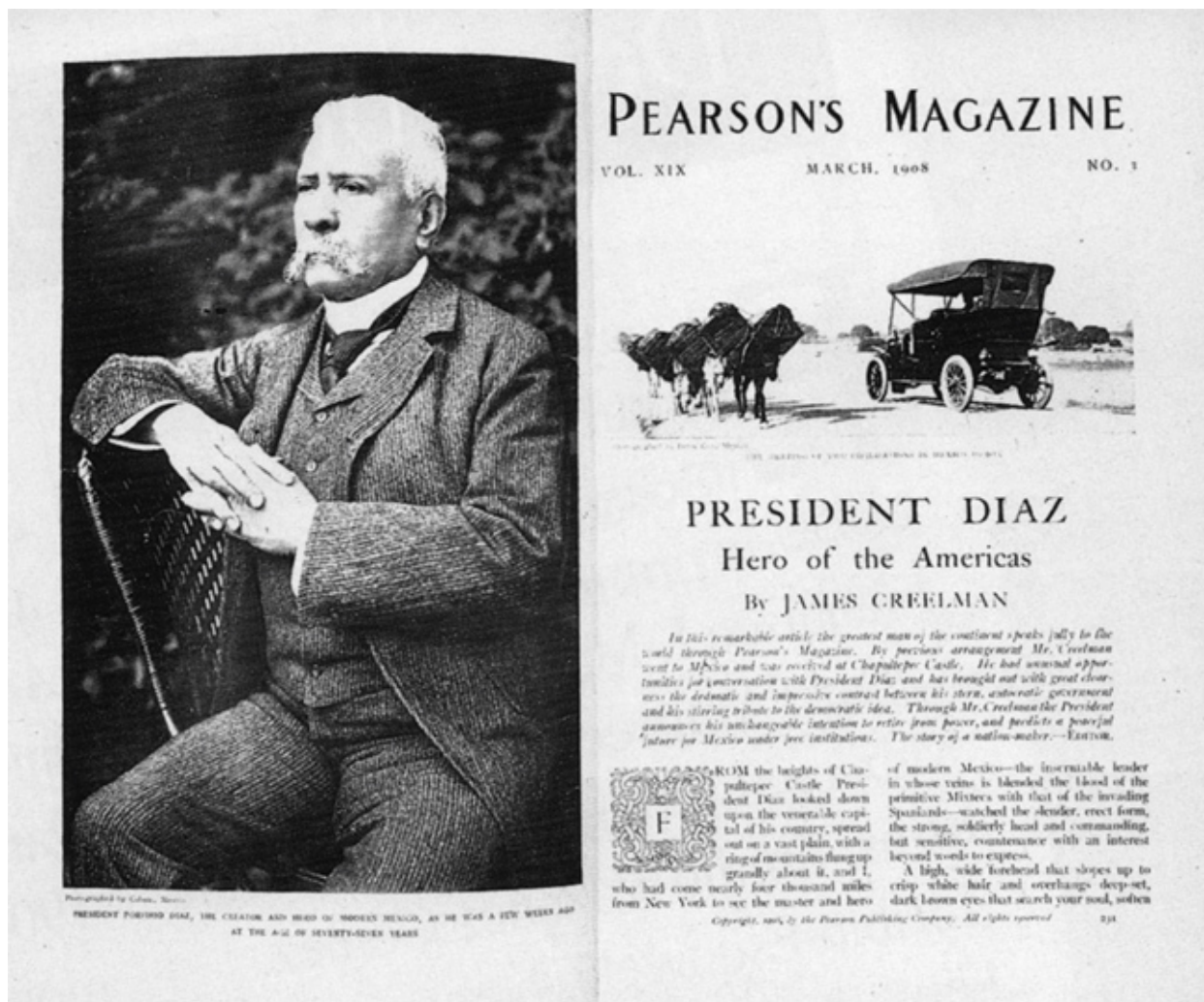
Entre los devotos del régimen hubo penalistas notables, que trabajaron con Díaz. Lo hicieron con devoción, para ellos y para él: por ejemplo, los “científicos” Miguel y Pablo Macedo. Miguel fue un “caudillo” de los penalistas de su época; Pablo, también comprometido en tareas de legislación penal, era director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia cuando el dictador inauguró el nuevo edificio de este plantel, el 5 de febrero de 1908. De otros notables dan cuenta John Kenneth Turner y Luis Cabrera, con lujo de detalles.

Ricardo Rodríguez, procesalista penalista muy consultado, tuvo el tino de dedicar su obra más socorrida, *El procedimiento penal en México*, como “homenaje de respeto y de gratitud al eminente hombre de Estado que hoy rige los destinos de mi patria: al Sr. General Porfirio Díaz”, espíritu que ha llevado “a nuestras leyes el contingente de sus luces y de su buena voluntad”.

Quienes presidieron el Congreso cuando el ejecutivo rindió los informes de ley ponderaron las excelencias del presidente y le aseguraron su solidaridad. Valga como botón de muestra el discurso de Gabriel Mancera al responder a Díaz, el 16 de septiembre de 1906: “del mensaje a que acabáis de dar lectura se desprende que el país guarda un estado no sólo satisfactorio sino hasta envidiable [...] Como flor bis-anual [*sic*], vuestros discursos inaugurales abren sus pétalos con perfecta regularidad en este recinto para difundir su aroma por todos los ámbitos de la República y más allá de los montes, de los ríos y de los mares que limitan nuestro suelo”. El orador clamó con euforia: “¡Que la Nación agradecida os de el merecido premio!”. Al tiempo, don Gabriel.

Pero hubo otras opiniones. Turner dejó testimonios del aparato penal del Porfiriato, al que ya me referí en las “confesiones” de Díaz a Creelman: la ley fuga, la policía secreta, los rurales, la obsecuencia de los funcionarios, Belem —sede de “abusos y crímenes” que sería imposible narrar “sin traspasar los límites de la decencia”, señaló José María Andrade—, San Juan de Ulúa, Valle Nacional y Yucatán. Todo cuenta en el arsenal punitivo, *de jure* y *de facto*.

Luis Cabrera —instalado como Blas Urrea— refirió vida y milagros de los abogados que accedieron al poder y lo disfrutaron a través de jugosos contratos y amistosos tribunales. Cuando analizó el cambio de gabinete de Díaz en 1911, en una acción desesperada para remontar la ola que ahogaba al dictador, Cabrera resumió: “La administración de justicia es tal vez en México el ramo más desastrosamente atendido y constituye el problema más delicado de cuantos se presentan en la actualidad”. La imagen de la justicia había llegado a tal punto



Pearson's Magazine, entrevista a Porfirio Díaz por James Creelman, 1908

que el Constituyente de 1916-1917, cuyos integrantes algo sabían de esa justicia, suprimió expresamente las secretarías de Instrucción Pública y Bellas Artes, y de Justicia. Aquella fue reanimada, con otro horizonte, por José Vasconcelos. La segunda no ha podido resucitar.

En el discurso porfiriano tuvieron espacio las consideraciones sobre la seguridad pública en progreso, la criminalidad en retirada, los factores del delito —entre ellos, los de carácter moral, mucho más que los de origen social o económico—, el esmero legislativo penal del régimen —creador de doctas comisiones y emisor de normas prudentes— y los proyectos humanizadores de las penas.

A menudo expresó el gobierno su preocupación por disponer de una estadística criminal que pusiera de manifiesto la tendencia y el ritmo de la delincuencia. Díaz saludó esa estadística, que “viene a desvanecer la preocupación general de que ha aumentado la criminalidad, puesto que de los datos oficiales reunidos aparece que en realidad no son los delincuentes los que han aumentado, sino el servicio de la policía judicial, que en su

constante mejoramiento ha multiplicado las manifestaciones de represión y de castigo”.

El presidente mencionó desarreglos y delitos de varia naturaleza, que pueden comunicarse en el subterráneo de la vida social. Y se refirió a la ejecución sumaria de bandoleros, al enjuiciamiento formal de “ladrones rateros” y al etnocidio de los antiguos mexicanos: el castigo inagotable a indios yaquis —treinta años de guerra implacable, que colmó los bolsillos de altos funcionarios— e indios mayas. Los yaquis prefirieron ser suicidas antes que transportados. Los mayas quedaron finalmente limitados a “huir y guarecerse en los bosques”, en “grupos errantes, sin iniciativa ya para combatir”, refirió el presidente el 16 de septiembre de 1902. Bien por la paz.

En la relación de acontecimientos que interesan a nuestro tema figuran las incursiones en la región fronteriza del norte, cometidas por bárbaros, salvajes, merodeadores, gavillas, bandidos, bandoleros, ladrones y abigeos. Toda la batería, minuciosamente identificada. Cobra sentido la expresión de Lucien Biart: la República mexicana “se compone de sacerdotes, militares, abogados, bandidos y de la nación propiamente dicha”.

Sin embargo, el gobernante —tanto Díaz como González— no cesaba de ponderar la firmeza de la seguri-



Penal de Lecumberri, Ciudad de México

dad pública, la eficiencia de la policía, el desempeño de los tribunales: cada quien en su sitio, merced a las medidas de legislación, justicia y gobierno.

En la relación de temas violentos también figuran, por supuesto, los vientos revolucionarios, de los que Díaz da cuenta en sus últimos mensajes al Congreso, en septiembre de 1910 y abril de 1911. En este texto terminal emergieron las siluetas —pero no los nombres— de quienes ya habían tomado el camino de la historia: la familia Serdán, Flores Magón y sus acompañantes, Madero y los suyos. Díaz no advertía, como tampoco Luis XVI, que el gobierno no se hallaba en medio de un motín, sino en la víspera de una revolución.

Pasajero hacia los Campos Elíseos, el dictador pudo informar al Congreso de la Unión —acaso sin inmutarse— de ciertos acontecimientos. Hubo alteraciones de la paz en Yucatán; la rebelión fue sometida y tres cabecillas fueron ejecutados. Se sofocó una revuelta en Puebla, pero el alzamiento se ha extendido a Chihuahua, Sonora y Durango. Surgieron “algunas gavillas sin color político”, animadas “por el espíritu de bandidaje”. En Baja California se registraron acciones de bandas comunistas y núcleos filibusteros americanos con el fantástico proyecto de “formar una República socialista”. Por ello el Ejecutivo inició la suspensión de garantías en 1911. Una medida que fue instrumento de gobierno durante tres décadas y que de poco serviría en los últimos meses.

“Han soltado las bestias salvajes”, dijo Díaz al salir de Veracruz, cargando el hecho en la cuenta de Madero. La liberación de las bestias tuvo consecuencias. Tocó a Carranza reconocerlas ante el Congreso: la victoria de la causa popular —dijo el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista en 1917— fue seguida por “hechos

significativos conforme a nuestras leyes históricas”, entre ellos la “aparición del bandolerismo”.

La legislación penal-constitucional y la penal ordinaria que heredó el general Díaz cuando subió al trono, seguía siendo en amplia medida —aunque decreciente— un conjunto de normas dispersas heredadas de la etapa colonial. El rezago legislativo prevaleció en la primera parte del siglo XIX en un país atareado en construir instituciones políticas para encauzar la flamante soberanía, más que en revisar estructuras judiciales del orden común. En el primer tercio del siglo, Gómez Farías habló de la “suma necesidad de [llevar a cabo] la reforma de este ramo, no por leyes aisladas, sino por códigos completos”. Obviamente, abundaron las exigencias de actualización y, sobre todo, de mexicanización del orden jurídico en la República emergente, que ya no era Nueva España.

La “ideología penal” de la era porfirista no viajó con un solo rumbo. Hubo fuertes corrientes liberales, que militaban a favor de las soluciones clásicas —como las denominó el criminólogo italiano Enrico Ferri, muy leído por los penalistas mexicanos—, y también las hubo de corte positivista, con énfasis en la etiología social o biológica del crimen. Aquí espigaron los “científicos”, con gran fruición.

Fueron escasas las reformas de materia penal a la Constitución de 1857 en el periodo presidencial de Díaz: poco más de media docena. Asombrémonos de esta moderación, en contraste con el torrente que nos ha caído encima en los primeros años del siglo XXI.

En los años sesenta del XIX comenzó la indispensable codificación. El mérito precursor corresponde al jurista veracruzano Fernando J. Corona, autor principal de los primeros códigos que hubo en la República, en 1869. Antes del advenimiento de Díaz se colmó el vacío en materia penal sustantiva para el Distrito Federal, el Territorio de la Baja California y la Federación, merced al código formado por la comisión que presidió Antonio Martínez de Castro, ministro de justicia del presidente Juárez. Se trató de un ordenamiento de corte clásico, fiel a las ideas penales de su tiempo. Pero no se atrevió a abolir la pena de muerte; lo impidió —pese al parecer abolicionista de la mayoría de los integrantes de la comisión— la convicción retencionista del propio Martínez de Castro y la decisiva opinión de Juárez.

Cuando se formó este código —cuya vigencia cruzó, con reformas secundarias, toda la etapa presidencial de Díaz—, la comisión urgió a que se expidiera un código de procedimientos y otro de ejecución de la pena privativa de libertad. Correspondería al gobierno de Díaz colmar el déficit procesal e intentar otro tanto en materia de ejecución, a través de ordenamientos secundarios.

El celebrado Código de Martínez de Castro, sobre el que se proyectaba el pensamiento político liberal, que había relevado a la arbitrariedad —observó José María Lozano—, se mantuvo en pie contra viento y marea. En la tribuna del Congreso, Díaz mismo ponderó sus excelencias, calificándolo como “monumento de la legislación patria”. No parecía necesario relevarlo, sino retocar. De ahí que el régimen fuese cauteloso ante la propuesta de revisar el sistema de prisión instituido en 1871. La cautela prevaleció por respeto al “monumento” y porque las reformas no se hallaban “bien justificadas por la experiencia”. Inmediatamente respondió el presidente del Congreso: la discreción del ejecutivo en la revisión del Código Penal “merecerá de cierto, el aplauso de cuantos piensen que es por todos conceptos peligroso retocar incesantemente la legislación, persiguiendo novedades no experimentadas o ajenas ensayadas”. Buen consejo para legisladores de todos los tiempos.

Para el ajuste posible servirían los trabajos de revisión que iniciaron en 1903, se prolongaron hasta 1912 —ya muy tarde para Díaz—, motivaron anuncios optimistas tanto de aquel como del presidente León de la Barra, que vaticinó la conclusión del proyecto en 1911, y finalmente quedaron recogidos —y sepultados— en sendos volúmenes editados por la Secretaría de Justicia. La comisión a cargo de esta revisión estuvo presidida por Miguel Macedo. Lo acompañaron “científicos” y allegados al grupo poderoso: Manuel Olivera Toro, Victoriano Pimentel, Jesús M. Aguilar y Joaquín Clausell. Los juristas de la época encomiaron la tarea de la comisión: “obra maestra —dijeron— que honra a sus autores y al foro mexicano”.

Pasemos del derecho sustantivo al adjetivo, no menos importante para los ciudadanos comunes, que después de no haber leído el código penal, quedan a merced del código de procedimientos, que tampoco han leído. Pero la ignorancia de la ley no excusa de su cumplimiento. No me detendré en las leyes que aparecieron, ocasionalmente, a partir de 1824. Entre estas se halló la de jurados de 1869 —primera de su materia en México—, debida a Ignacio Mariscal. Así desembarcó el jurado en nuestro país, que suele importar modelos de catálogo. Trasplantado a México, el jurado tropezó continuamente con problemas que jamás logró superar, ni a través de numerosas reformas ni merced a constantes recomendaciones saneadoras. El comentario de los tratadistas fue generalmente crítico. “¡Cuántas injusticias irreparables, cuántos errores, cuántas contradicciones ofrecen las resoluciones del jurado popular!”, señaló Demetrio Sodi. Evidentemente, aquí no prendió la llama republicana y democrática que Alexis de Tocqueville observó en Estados Unidos. Hubo una segunda ley de jurados, del 24 de junio de 1881, que desembocó en el Código de 1894. Este, pese a todo, conservó el fracasado tribunal popular.

Abundaron las referencias del gobierno, en labios del propio presidente Díaz, a las escandalosas decisiones del jurado, “cuyos actos llegaron a ocasionar duros reproches y alarma en el público”, con la consecuente ira social. Había que responder a la exasperación con reformas legales y con otras medidas eficaces. Una de ellas fue la suspensión de garantías. Se rindió tributo a la ilusión de que el malestar se alivia con una medicina infalible: la supresión de derechos, no la justicia, individual y social. Con ánimo conciliador, aclaró don Porfirio que la suspensión se había aplicado con benevolencia y sin imponer la pena de muerte.

Continuemos. Era indispensable contar con un ordenamiento procesal que pusiera orden en el paisaje abigarrado. Para ello, se designó una comisión integrada por Manuel Dublán, Manuel Ortiz de Montellano, Luis Méndez, José Linares, Manuel Siliceo y Pablo Macedo. Cumplió su encomienda en 1872. Sería el cimiento para el Código que se expediría en la época de Díaz. En septiembre de 1878, el presidente anunció que el proyecto abarcaría tribunales correccionales, policía judicial, atribuciones del juez instructor, jurado y ministerio público. La comisión fue presidida por Ignacio Mariscal, a la sazón ministro de Justicia. El modelo llegó de Francia, como parecía natural en su tiempo y según la formación de los juristas que actuaban en la Secretaría de Justicia y en el foro mexicano.

Sigamos el hilo de esta historia. El malestar social —y profesional— causado por el jurado, generó piedras

en el camino del Código de 1880 e impulsó la revisión que determinaría la adopción de un nuevo código de procedimientos en 1894. En rigor, se trató —así lo dijo la exposición de motivos— de un proyecto “de adiciones, correcciones y reformas”. La última aportación de la etapa porfirista a la codificación procesal penal fue el Código Federal de Procedimientos Penales de 1908 —el primero de su materia a escala federal—, que acogió los lineamientos del distrital de 1894. Se buscaba uniformar o armonizar la preceptiva procesal penal, y por ello parecía razonable seguir las orientaciones del Distrito Federal.

Cuando se redactó la Constitución de 1917, la Revolución hizo su propio examen sobre el procedimiento penal del Porfiriato. Ya me referí al colapso de la Secretaría de Justicia, largo brazo del Ejecutivo en los delicados asuntos de la justicia. Agréguese el enérgico rechazo del enjuiciamiento penal y del papel que en este jugaron sus principales actores: el juez de instrucción, el ministerio público y el jurado.

En el arranque de la legislación revolucionaria, el jurado quedó reducido a una pequeña expresión, que sucumbiría en el curso del siglo xx. Por lo que hace al papel de los jueces penales, el Primer Jefe denunció: “La sociedad entera recuerda horrorizada los atentados cometidos por los jueces que, ansiosos de renombre, veían con verdadera fruición que llegase a sus manos un proceso que les permitiese desplegar un sistema completo de opresión [...] no respetando en sus inquisiciones las barreras mismas que terminantemente establecía la ley”.

En el cruce entre los siglos xix y xx hubo un cambio mayor en la ubicación constitucional del ministerio público. Figura en los haberes del Porfiriato. La Constitución del 57 —desarrollando conceptos que figuraron en la de 1824— estipuló que la Suprema Corte se compondría de once ministros propietarios, cuatro supernumerarios, un fiscal y un procurador general. En 1896, el ejecutivo federal envió a la Cámara de Diputados la iniciativa de reforma. Se pretendió —dijo la exposición de motivos— “dejar en la Corte de Justicia exclusivamente a los ministros encargados de decidir las cuestiones de su resorte y encomendar la custodia de los intereses de la Federación a una Magistratura especial, que bajo la dirección del Procurador General auxilie la administración de justicia, promueva la represión de los delitos federales, defienda los bienes de la Hacienda pública y exija la observancia de las leyes que determinan la competencia de los tribunales”.

En el Constituyente de 1916-1917, el ministerio público atrajo el interés de Carranza y de los diputados, que cifraron en él una enorme esperanza. Fue la “figura-promesa” de la Revolución, llamada a desfacer todos los entuertos de la justicia.

Asuntos mayores de la justicia penal han sido la pena de muerte y su principal relevo: la prisión. Estos temas cruzaron nuestra historia constitucional, y se desplegaron en el Porfiriato. La pena capital señoreó el catálogo de los castigos en la Colonia y en el primer siglo de la República independiente. Y en todas las horas de ese tiempo hubo reservas crecientes —que llegaron a ser dominantes— acerca de la legitimidad y la utilidad de la privación penal de la vida. Los ciudadanos más adelantados impugnaron la pena capital y reclamaron, para sustituirla, la implantación del sistema penitenciario.

Por este camino anduvieron diversos textos fundamentales, a partir del voto minoritario de 1842, suscrito por Mariano Otero. En esa etapa previa del gran progreso político, moral y jurídico, quedaron consagradas una aspiración y una restricción en lo que respecta a la pena capital. Aquella fue enunciada de esta manera: “Para la abolición de la pena de muerte, se establecerá a la mayor brevedad el régimen penitenciario”; y la restricción acotó los supuestos en que, por lo pronto —un pronto que se prolongó mucho tiempo—, sería admisible la pena capital. En el Constituyente de 1856-1857, foro de ilustrados ciudadanos, se produjo un debate memorable en el que intervinieron Prieto, Mata, Zarco, Vallarta, García Granados y Ramírez. ¿Retener o abolir? Se optó por retener, mientras llegaba el sistema penitenciario, que llegó lentamente, si acaso llegó.

Este era el marco constitucional cuando el señor Díaz asumió la presidencia de México. El Ejecutivo heredó la tarea que le impuso la Constitución del 57. En 1877, don Porfirio anunció la iniciativa para el establecimiento del régimen penitenciario, en el que concurrían “la promesa constante y las aspiraciones humanitarias del siglo”, y expuso el cumplimiento que se proponía dar a este mandato. Sus informes dan cuenta de los pasos adelante en la mejora de las cárceles y la construcción de nuevas penitenciarías, sobre todo la del Distrito Federal.

Al mismo asunto se refirió, en su corta vida presidencial, el general Manuel González. Motivó un elogio del Congreso y una profesión de fe, en labios del diputado Ignacio M. Altamirano. En vena de criminólogo, Altamirano sostuvo la necesidad de instituir un régimen penitenciario, reclamado “por el carácter peculiar de los delincuentes de nuestro país, que son más bien lanzados al crimen por falta de hábitos de trabajo y de educación, que por necesidad de subsistencia y que nutridos de tradiciones erróneas de un orgullo bravío desprecian la muerte por afrentosa que sea”.

Otra formulación de fe —y además de esperanza— hubo años más tarde, cuando Díaz reiteró el empeño en concluir las obras de la Penitenciaría del Distrito Federal. El diputado Luis Pérez Verdía saludó esa posibilidad



Porfirio Díaz

como “uno de los más benéficos resultados del empeño constante del Ejecutivo por regenerar las clases desmoralizadas de la sociedad reivindicando al delincuente por el trabajo y el arrepentimiento del yugo ominoso del crimen y del vicio. El régimen penitenciario ha sido uno de los más bellos ideales de nuestros ilustres constituyentes”. Las esperanzas se cifraban, pues, en las prisiones.

La administración emprendió la construcción o el remozamiento de algunas instalaciones carcelarias. Denunció sus malas condiciones y ofreció mejoras. Además de las obras penitenciarias impulsadas en Tepic, San Luis y Puebla —que son ejemplos—, se aludió a la infernal Cárcel de Belem y a la construcción de instituciones para infractores menores de edad, en Coyoacán y en Tlalpan.

El “gobierno penitenciarista” se hizo representar en los congresos internacionales penitenciarios de Londres, Estocolmo y Roma, incluso a través de expertos foráneos, como el profesor E. C. Wynes. También acreditó, ya en la etapa de Díaz, delegados mexicanos: así, Gabino Barreda y Juan Sánchez Azcona.

Mientras se animaba el debate y menudeaban las propuestas, avanzaron algunas obras materiales. Las de Puebla fueron relevantes. La festiva inauguración fue encabezada por el presidente Díaz en 1891, el 2 de abril: fecha significativa para el antiguo general del liberalismo. Díaz saludó tanto la conclusión de la obra como la

supresión de la pena de muerte en Puebla. La pena capital ya no sería necesaria, puesto que la entidad contaría con un sistema penitenciario. Pero el presidente no actuó con el mismo escrúpulo abolicionista tras la inauguración de la Penitenciaría del Distrito Federal, años después de la poblana. Había que conservar el cadalso en la manga, por si acaso.

Sigo la narración, pero no me detendré en la referencia a las numerosas propuestas aportadas para construir la Penitenciaría del Distrito Federal. Fue particularmente apreciable el trabajo de los hermanos Antonio y Carlos A. de Medina y Ormaechea, que aconsejaron constituir una Compañía Constructora de Penitenciarías y proporcionaron, junto con el proyecto de estatuto, una extensa relación de posibles accionistas, entre los que figuraban personajes como Protasio Tagle, Luis Méndez, Rafael Dondé, Manuel Dublán, José Ives Limantour, José María del Castillo Velasco, Pablo Macedo, Isidro A. Montiel y Duarte y otros benefactores.

Manuel González pretendió localizar la penitenciaría en el viejo convento de Tepotzotlán, que la federación había cedido al Estado de México para establecer un reclusorio. No se estableció y el convento se salvó de tan duro destino. Acudió al rescate el potrero de San Lázaro. Con anuencia de la Secretaría de Gobernación, el Gobierno del Distrito Federal designó a la comisión que formularía el proyecto. Esta inició su trabajo en 1882

y la edificación comenzó en 1885, dirigida, en diversas etapas, por los ingenieros Antonio Torres Torija, Miguel Quintana y Antonio M. Anza. El Ejecutivo dio cuenta de los avances de la obra, “proponiéndose no abandonarlos en ningún momento hasta que se vea realizada esa trascendental mejora”.

La inauguración de la Penitenciaría —cuyos promotores y artífices no imaginaron el nombre con que el pueblo la bautizaría: “Palacio Negro”— se hizo el 29 de septiembre de 1900, coronación de constantes promesas y lentos progresos. Concurrió el dictador y fueron oradores Rafael Rebollar, gobernador del Distrito Federal, quien explicó la adopción del modelo penitenciario de Crofton, y Miguel Macedo, presidente del primer órgano de gobierno del penal.

Este suceso, dijo el laborioso don Miguel, “marcará una etapa en la historia de las instituciones penales de nuestro país: aquí por vez primera va a implantarse un régimen completo, orientado hacia la corrección moral y que abarque todas las fases de la vida del hombre a quien la justicia ha declarado delincuente”. Y añadió, dirigiéndose al dictador: “debéis sentir la íntima y durable satisfacción de haber fundado lo que no fue concedido a vuestros antecesores”.

La Penitenciaría operó con acierto por algún tiempo. Hasta ganó la opinión favorable de Turner: “es una institución moderna, construida decentemente y con servicio de agua y drenaje. Los presos son pocos y están relativamente bien alimentados. Los visitantes son siempre bien recibidos en la Penitenciaría, puesto que esta fue hecha sobre todo para exhibirse”.

En el catálogo de aportaciones de Díaz cuenta igualmente el establecimiento de la pena de relegación, originalmente sugerida, bajo el nombre de transportación y con modalidades diferentes de las que aprobó el Congreso, por la comisión de reformas al Código Penal encabezada por Macedo. También figura en ese catálogo el acondicionamiento de las Islas Marías, un archipiélago con historia azarosa. Por decreto del presidente, las islas se destinaron al establecimiento de una colonia penitenciaria a partir de 1905. La colonia —dijo don Porfirio— servirá de “complemento al sistema represivo de nuestra legislación”. Y vaya que sirvió.

Terminemos. Díaz inició su largo mandato con promesas y programas de justicia penal. No en balde había dicho Otero que la ley penal es la verdadera prueba de las instituciones políticas. Y navegó con más promesas y programas de ese género: varias suspensiones de garantías, un edificio penitenciario que fue modelo para su tiempo, dos códigos de procedimientos penales, un proyecto de reformas al código penal que no llegó a su puerto de arribo y el fiel acompañamiento de la ley fuga, San Juan de Ulúa, Valle Nacional y las Islas Marías. En cierto modo tuvo razón Macedo cuando aseguró a Díaz, diez años antes del colapso, “la íntima y durable satisfacción de haber fundado lo que no fue concedido a vuestros antecesores”.

Protegidos por la herramienta penal, instrumento persuasivo y pacificador, otros programas avanzaron en orden y en paz. Así ocurrió, por lo menos, con la diligente concentración de la tierra y la romántica sirena de los ferrocarriles. El sistema penal velaba la buena marcha de esos progresos, entre varios que caracterizaron el prolongado desempeño del Supremo Gobierno. Hasta que la ola elevada en la periferia cundió en el centro y allanó la Ciudad de México, el último baluarte del Porfiriato.

La muchedumbre que en septiembre de 1910 aclamaba a Díaz tomó la calle en mayo de 1911. Ya no gritaba “viva”, sino “muera”. Los antiguos partidarios, celebrantes del Centenario, se transfiguraron en soldados de la Revolución y enfilaron hacia el Congreso, el Jockey Club, el Palacio Nacional, la casa presidencial en la calle de Cadena. Hubo descargas de fusilería. Algunos muertos. Algunos heridos. Pero el sistema penal había perdido su fuerza. Por primera vez en treinta años, el pueblo asumió el poder. Ya llegaría, para encabezarlo con la debida formalidad, don Francisco León de la Barra, conspicuo porfirista. **U**



Penal de San Juan de Ulúa, Veracruz

Brian Nissen

La obscenidad sin culpa

Margo Glantz

Ha sido un artista multifacético, inquieto y heterodoxo a lo largo de las exitosas décadas de su trayectoria en las artes visuales. Hablamos de Brian Nissen, un espíritu dotado de gran creatividad y un don irrecusable para la amalgama de discursos de distinta fuente, como lo demuestra su permanente interés por el discurso literario. Margo Glantz desmenuza la obra más reciente del artista.

1

Admiro los dibujos de Brian Nissen reunidos en un volumen con el sugerente y adecuado nombre de *Farándula*.

Dibujos encontrados milagrosamente en un clóset.

Me acuerdo de inmediato de casos extraordinarios que nos ofrece la literatura de objetos reencontrados al azar, como el “Manuscrito hallado en una botella” de Edgar Allan Poe que viaja con su imaginación, mientras permanece anclado a su verdadera botella, la del alcohol, en Nueva Inglaterra, o el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* del noble polaco Jan Potocki, escasamente conocido hasta mediados del siglo pasado y por tanto casi inédito. Este conde polaco, nacido en 1761, fue uno de los fundadores de la arqueología eslava, viajero infatigable como Brian, defensor de la libertad de prensa en Polonia, etnólogo y practicante casi a escondidas de un género muy en boga en los albores del Romanticismo, el cuento de terror y de aparecidos. Probablemente en 1805 se publican casi a hurtadillas y en francés

cien ejemplares de su hoy famoso libro que reaparece hacia 1814 en París y desde entonces se pierde en bibliotecas y archivos familiares, surgiendo de repente a la luz pública en breves y mutilados plagios de autores conocidos y románticos como los franceses Charles Nodier y Jacques Cazotte o el estadounidense Washington Irving. Roger Caillois rescata hacia 1950 la versión francesa, y hace muy poco su versión completa fue traducida por César Aira para la editorial Pre-textos.

Un libro de relatos dentro de otros relatos como cajas chinas.

Pienso asimismo en el *Adolfo* de Benjamin Constant, quien para disfrazar por partida doble un relato probablemente autobiográfico sin nombre de autor pretende haber encontrado el manuscrito de su libro en un albergue abandonado en un remoto lugar de Francia.

Y me acuerdo también de Marguerite Duras, quien encontró los manuscritos de su libro *La douleur* en una vieja maleta también sepultada en un clóset de su casa de campo. Pero descarto este último recuerdo; el

libro de Marguerite Duras es, como su nombre lo indica, un libro de recuerdos dolorosos, nada menos que los de los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial y el regreso de su esposo Robert Antelme casi moribundo; el de Brian, obvio, es todo lo contrario, una verdadera farándula, como las que le gusta reconstruir a Montse Pecanins en sus divertidas e ingeniosas cajas.

Las cajas, siempre hay cajas en la vida de Brian y Montse, pues ¿no nos dice Brian en su prólogo, después de un ejercicio de memoria lo que una exposición retrospectiva en el Palacio de Bellas Artes le trajo?:

Un día empeñado en la búsqueda, encontré en mi estudio unas seis cajas con dibujos de los sesenta y setenta enterradas bajo un montón de carpetas viejas, cartones y objetos escacharrados. No me acordaba de ellos en absoluto, entre tantas mudanzas de país a país, tantos cambios de estudio a estudio, y tantos años corridos, su existencia estaba borrada de mi mente. Y bien puede ser que no los tenía presentes porque mi obra en pintura y escultura, que había desarrollado desde entonces, después tomaría rumbos distintos...

Pero Brian se equivoca, su obra tomó en cierta medida rumbos distintos, pero siempre mantuvo de manera obsesiva la representación de objetos que proliferan y se elevan gozosos por todos los rincones del cuadro y sobresalen después, puntiagudos y certeros, de las esculturas pintadas cuyos colores brillantes no consiguen ocultar esa gozosa profusión; objetos que intentan precipitarse en el vacío o suben disparados hacia el cielo como cohetes en celebraciones de fiestas patrias.

Siempre me llamaba la atención además, cuando visitaba a Brian y a Montse en su amplio departamento de Saint Mark's Place en Nueva York, la entrada del edificio donde se ostentaban enormes cucharas y tenedores de madera, seguramente adquiridos en los mercados mexicanos, para perpetuar esa decoración típicamente nisseniana, semejante a la que hoy aparece en los dibujos reproducidos en este libro publicado en coedición de editorial RM y Conaculta, y a la de los cuadros que adornan los muros de su casa en Payton Place.

Sí, no cabe duda, la mirada que de Brian se descubre en estos dibujos es su habitual mirada sobre los humanos, los animales y las cosas, ¿no lo asegura así su viejo amigo, inglés por añadidura, Michael Wood, cuando repitiendo una frase suya que pretende que esos dibu-



Brian Nissen, *Diagnóstico*

jos fueron realizados con “el ojo con que yo veía el mundo en esa época”, los considera en realidad “en gran parte el ojo con el que Brian sigue viendo el mundo”?

2

Hojeo el libro bellamente impreso, leo los títulos de los dibujos y también leo los títulos de los textos dedicados a él por distintos autores, cuyos encabezados son de Brian Nissen, dibujos y textos sobre el campo de México (quizá los primeros en haberse dibujado), de los periplos (en general y de las nacionalidades en particular; ¿acaso los pies y los ojos tienen su propia nacionalidad?, pregunta Michael Wood), del ocio, de la urbe, de los festines, de los cachondeos, sobre todo de los cachondeos —es un libro cachondo, y esto se comprueba con sólo leer los ensayos que los dibujos han engendrado, ensayos libidinosos como los de Alma Guillermoprieto, Jorge F. Hernández y las poesías de Sheridan o las de Alberto Ruy Sánchez, o la de los machos que describe Álvaro Enrígue o los desaguisados inspirados en los dibujos que relata Valeria Luiselli—, los textos sobre los consultorios, los tocadores, los amoríos y finalmente los textos y dibujos del *striptease*, aunque todo el libro sea un muestrario fabuloso de esta operación desvestidora, de una sabrosa obscenidad.

3

Y aquí me permito hacer una comparación: los dibujos de Francisco Toledo suelen ser obscenos, pero su obscenidad es agresiva, inquieta, incómoda, siempre maravillosa; la de Brian lo es también, maravillosa, pero nos tranquiliza, nos permite ser obscenos con naturalidad, sin culpa, con regocijo.

4

¿Humor inglés? ¿Humor mexicano? ¿Qué tipo de humor? ¿El que proviene de William Hogarth o el que proviene de José Guadalupe Posada y sus catrinas o el de los múltiples moneros que este país nos ha dado? ¿O es simplemente un humor especial, el humor de Brian?

Yo encuentro en sus dibujos muchos resabios del humor inglés, y también esa relación tan especial con los animales, pues como William Hogarth, su antecesor evidente —y como Joe Ackerley, y de algún modo el propio Brian en sus dibujos del campo—, inmortalizó a su perrita Trump en un famoso autorretrato. Recordemos lo que nos dice Brian en “La perra vida”, uno de sus dos textos tan perfectamente escritos en español:

La relación entre los seres humanos y los animales siempre ha sido tanto cercana como compleja. Desde el respeto que sentían las primeras tribus cazadoras por ellos, y la veneración a sus poderes, hasta la afición sentimental por exhibir perros perfumados, acicalados y premiados por sus atributos estéticos humanos, los animales —sean salvajes, domesticados o mascotas—, han sido nuestros compañeros de vida. Las mascotas, como los perros y los gatos, comparten nuestro diario existir, sobre todo en el entorno urbano contemporáneo, el cual nos permite —de alguna manera— mantenernos en contacto con el espíritu animal [y finaliza con esta nota humorística]: aunque dudo que quienes tienen tortugas pequeñas para hacerles compañía, gocen de esa relación.

Y sí, nada más hojear los dibujos incluidos en esta sección y leer con atención los títulos que Brian les ha dado basta para entender doblemente la ironía implícita en ellos. El campo, el rancho, la cerca, la choza, lugares típicos del campo mexicano, aparecen habitados por animales diversos, vigilados siempre por perros, y luego, representados en tonos grises, ocre y negros, según su raza y sus atributos: van desfilando ante nosotros los perdigueros, los perros de presa, los depredadores, las mascotas, los perros salvajes.

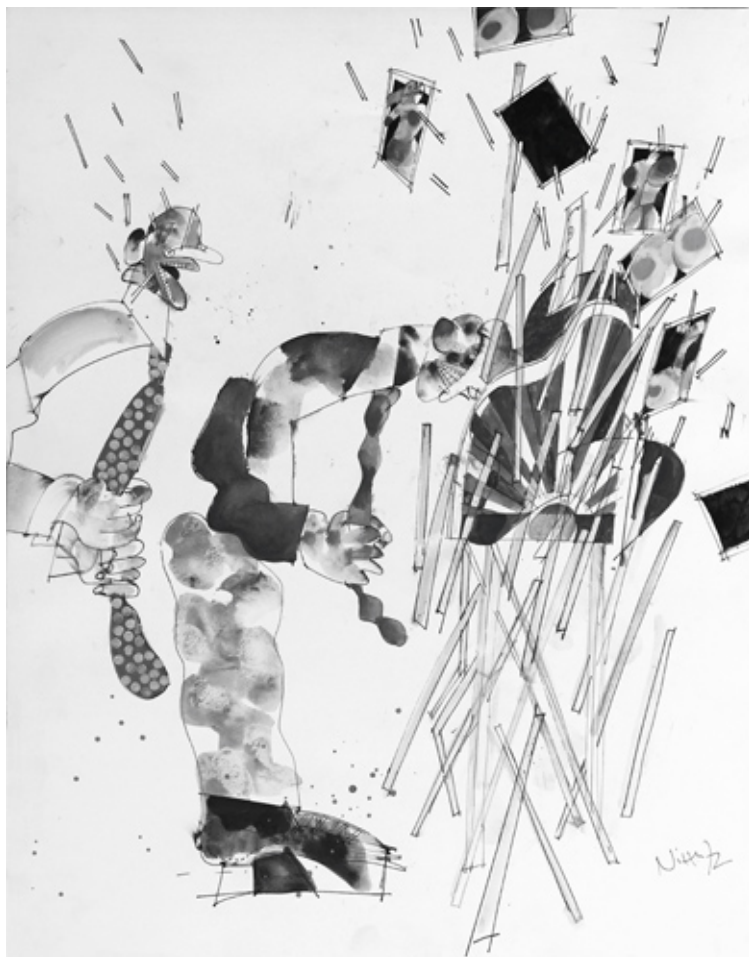
5

Me detengo otra vez e intercalo el texto del epígrafe de este capitulito, es de Winston Churchill, descendiente de aquel Lord Churchill que tanto admiró a Jonathan Swift, de quien hablaré en breve: “Tengo afecto a los cerdos. Los perros nos aprecian. Los gatos nos desprecian. Los cerdos nos tratan como iguales”.

6

Michael Wood piensa que

sería un error pensar en esas figuras y situaciones como grotescas. Son cómicas y se entretienen con formas humanas. Pero viven nuestras vidas y su aspecto caricatural es una advertencia, una invitación a no tomarnos demasiado en serio. Deberíamos en cambio ver el mundo que nos rodea tan claramente como podamos y atender especialmente a sus deformaciones, que muy a menudo son lo que tiene de más interesante. Nissen escribe de su afición por Hogarth, Posada y otros artistas. Su obra no se parece a la de ellos —no se parece a la obra de nadie, menos la del propio Nissen— pero sí ha dado una nueva vida a un espíritu antiguo, a la vez inglés y mexicano,



Brian Nissen, *Peepshow*

ofreciéndonos una visión en espejo cuya profusión nos podría asustar si no tuviéramos el refugio de la risa.

De acuerdo, pero no totalmente. Yo sí creo que Brian se parece a Hogarth, obviamente no en el trazado de sus dibujos, sino en su espíritu satírico, en la aguda captación de las flaquezas de los seres humanos, de sus absurdas ambiciones, de su caricaturesca manera de comportarse, de su grotesca forma de estar en el mundo. En Hogarth, hijo de su tiempo, hay el prurito de denunciar los vicios y la pretensión puritana de que con sus pinturas y grabados puede corregirlos. Brian los observa, los retrata, se ríe de ellos y con ellos: ¿una comedia humana? No, porque las comedias humanas se pintan para sacar de ellas una moraleja o para llegar al cielo conducidos por Virgilio. No hay espíritu didáctico ni moralista en Brian; no lo hay, pienso, no lo hay definitivamente. Sus caricaturas satirizan, pero no pretenden cambiar nada; muestran, realzan el aspecto ridículo de las cosas, los animales y los hombres, pero con regocijo, sin ninguna amargura, nos revelan una festiva concepción del mundo, y aunque el mundo pueda o pudiera ser —o es— repulsivo y trágico, ese aspecto no es tocado por Brian y, cuando lo hace, el mundo y sus problemas se aligeran: ¡Viva la vida! Con Brian Nissen, me divierto, compruebo la intensidad de su mirada. Me encanta el trazo eminentemente desenfadado de sus dibujos.

Ya lo dije antes, en Nissen priva el espíritu jocoso, no hay el deseo —religioso o didáctico— de corregir nada, sólo el retrato divertido, caricaturesco de los comportamientos y las apariencias.

7

Por eso también me recuerda a Jonathan Swift, quien, como dice Wikipedia, fue un escritor político y satírico inglés-irlandés, considerado uno de los maestros de la prosa en inglés y de los más apasionados satirizadores de la locura y la arrogancia humanas.

Inscribo, a guisa de ejemplo, un fragmento de uno de sus textos más conocidos: *Una humilde propuesta*.

Me ha asegurado un americano muy entendido que conozco en Londres, que un tierno niño sano y bien criado constituye al año de edad el alimento más delicioso, nutritivo y saludable, ya sea estofado, asado, al horno o hervido; y no dudo que servirá igualmente en un fricasé o un ragout. [...] Creo que todas las partes estarán de acuerdo en que tan prodigiosa cantidad de niños en los brazos de sus madres y a menudo de sus padres, o a sus espaldas, o pisándoles los talones, supone un motivo importante de queja adicional en el deplorable estado en el que se encuentra el reino actualmente; y, por lo tanto, cualquiera que pueda concebir un método justo, fácil y barato para que estos niños se conviertan en miembros sanos y útiles para la comunidad merecería que el pueblo erigiera una estatua en su honor como protector de la nación.

Pero lejos de mi intención está limitarme a considerar tan sólo a los hijos de los mendigos declarados; se trata de algo de mayor envergadura que afectará a todas las criaturas de una cierta edad que hayan nacido en una familia que, efectivamente, apenas pueda mantenerlos, siendo ese el motivo por el que se ven obligados a suplicar nuestra caridad por las calles.

Pero, aunque se parezca a Swift y se inserte en esa tradición, porque nunca está de más recordarlo, todos pertenecemos a una tradición y la de Brian es una tradición inglesa tanto pictórica como literaria y política, una tradición aderezada y trufada de lo mexicano, por los largos años que ha vivido en este país, yo veo en él una cercanía con Jorge Ibargüengoitia. Pero sobre todo con Tito Monterroso, quien escribe fábulas pero nunca pretende, como lo pretendieron sus antecesores en ese género —Esopo, La Fontaine o Samaniego—, corregir los vicios de su tiempo y menos, mucho menos, los de la sociedad mexicana. **U**

Brian Nissen, *Farándula. Dibujos 1966-1974*, RM/Conaculta, México, 2014, 192 pp.

Fragmento de novela

Las personas de mi ciudad

Andrea Ali

La mirada de un viajero atento a los pormenores nimios de los sitios que recorre —Dinamarca, Chiapas— es el eje de los breves fragmentos que aquí presentamos de la novela Las personas de mi ciudad, del autor y traductor italiano residente en México Andrea Ali, de próxima aparición en la Colección Ultramar de la Dirección de Publicaciones de nuestra máxima Casa de Estudios.

18

Lunes. Volvemos a trabajar. Me voy acostumbrando al horario: despertar a las cuatro de la mañana ya no se me hace pesado. El cielo es de un azul deslavado y parece haberse olvidado de las nubes. El sol es débil hasta media mañana, luego calienta el motor de mi cuerpo y dejo que la tibieza me lleve hacia placenteros recuerdos de otros veranos. En la tarde siempre busco a Mathilde. A veces nos acompañan Francesco y Gitte, otras veces vamos solos. Damos largos paseos por los campos, a pie o en bicicleta, y otras veces caminamos en la playa. En ocasiones también pasamos tardes enteras jugando ajedrez o, si llegan los demás, formamos equipos para jugar fútbol o voleibol. Me siento completamente bien. No me pregunto nunca cuánto durará. Hablamos de todo, pero sobre todo le pregunto a Mathilde muchas cosas sobre Dinamarca y los daneses. Descubro que ellos comen pizza con piña, que allá llueve al menos siete meses al año, pero que la bicicleta se usa siempre, sin importar si hay sol, lluvia, nieve, hielo o temporales; descubro que en Dinamarca los peatones tienen preferencia sobre las bicis y las bicis sobre los coches, pero si los

peatones no respetan las señales de la calle son multados de la misma manera que lo son los conductores de los coches; que cuando los hombres entran a un bar, le tocan el trasero a las mujeres para saludarlas; que se bebe la cerveza a litros; que no saludan a sus vecinos cuando se los topan en la calle; que si quedas atrás de alguien que entra por una puerta antes que tú, lo más probable es que no te detenga la puerta, y que en Dinamarca se come la carne de cerdo con azúcar, sal y manzanas.

No permanecemos nunca en la tienda porque afuera los sentidos se dilatan. Los paisajes verdes del entorno pedalean con el viento, las voces se confunden en el aire fragante de las fresas y de la salinidad; las miradas vivaces se pierden en las puestas de sol arlequinadas y el tiempo infinito tiene la forma circular de la luna y del sol.

Estoy en la tienda y espero a que llegue el sueño. Esta noche hemos comprado kilos de pasta y de *wurstel*, y hemos pasado una noche realmente excepcional en la cocina del señor Lund: la música se desbordaba por las ventanas abiertas, y los gritos de júbilo y de fiesta espantaron al viento que fue a esconderse quién sabe dónde. La tienda está inmóvil y duerme en silencio como los

árboles que rodean el campamento. Enciendo un cigarrillo y pienso que fumar en la tienda es un placer único. El humo sale por la toma de aire colocada sobre el techo del iglú. Tomo el atlas de carreteras y con la linterna comienzo a analizar las carreteras que atraviesan Dinamarca y los nombres de las ciudades. Con el dedo índice sigo la carretera sobre la costa Este que atraviesa toda la península de Jutlandia y llega hasta el extremo norte. Ahí la tierra penetra en el mar por un trazo, y en el punto más septentrional hay un sitio que se llama Skagen. En mi ciudad hay un local que se llama así. Cuando termine la temporada de fresas podría hacer un viaje por Dinamarca, llegar a Skagen y regresar al sur por la costa occidental. De pronto se siente el fragor de un trueno y rápidamente la lluvia me sorprende cayendo como ráfaga sobre la tienda. Me siento protegido. La cubierta impermeable que compré en Copenhague es un escudo insuperable que protege también de la mente. La lluvia se incrementa y el estrépito del agua sobre la cubierta es ensordecedor. Vuelvo a cerrar el atlas y apago la luz. Cierro los ojos, me concentro en el olor a hierba mojada que irrumpe en la tienda y me invade las fosas nasales. Mientras me adormezco lentamente en un duermevela reparador, escucho los estridentes alborotos de

dos jóvenes que gritan corriendo bajo la lluvia. Luego siento que alguien se acerca velozmente a mi tienda con pasos afelpados. Se abre el techo plegable, luego el mosquitero. Mathilde. Acudillada sobre sus talones me mira sin expresión. No entiendo si duermo o si estoy en el campo de fresas. Apoyada sobre los talones, da un paso hacia mí, entra y se sienta, luego se recuesta a mi lado.

Tiene el cabello húmedo y la piel fresca de la primavera.

19

Abro los ojos. Es tarde. Serán por lo menos las seis. Siento las gotas de lluvia caer imperceptiblemente sobre la cubierta. Una araña ha hecho su tela sobre el techo de la tienda. El aire es cortante y vivaz. Enciendo la hornilla y espero que el calor restaurador se expanda. Observo a Mathilde adormilada, con el rostro endulzado por el sueño. Luego me visto. Quisiera despertarla, pero le aparto el cabello de la cara y le digo: “Te espero en el campo de fresas”. Asiente a medio despertar y gira sobre su costado, cubriéndose de girasoles. Apago la hornilla y salgo a la hierba mojada. En el campamento el agua



ha formado pozas de agua estancada. Llego al campo. Sólo están ahí la mitad de los recolectores. La mayor parte se quedaron en la tienda. Veo a Christian inclinado sobre las plantitas, moviéndose velozmente como desquiciado con la cajita de las fresas en el antebrazo. Busco un lugar tranquilo. El trabajo me hace entrar en calor de inmediato. La llovizna refresca y tonifica la felicidad. El perfume de las fresas cubre los miles de pensamientos que se agolpan en mi mente. De cuclillas espero a que Mathilde me alcance en este juego sin fin. Pienso en Leo, Gigi y Paolo que se quedaron en Italia. Luego en mis padres a quienes no llamo desde que partí. Me siento culpable y me prometo hacerlo apenas termine, al mediodía. En la entrada de la cocina hay un teléfono. Luego pienso en el día que partí; en aquella mañana espléndida, en el sol anaranjado. Pienso en las montañas que abandoné súbitamente.

Entrego la última cajita de fresas. Paso por la cocina y llamo a mi madre. Está muy agitada y dice que no debo esperar tanto para llamarlos cuando estoy de viaje, que yo no sé lo que significa estar en casa y esperar una llamada, y que mi padre está furioso. En mi estómago se expande una sensación alegre. Soporto el regaño de buena manera, adopto una actitud condescendiente e intento tranquilizarla. Le prometo que los llamaré más a menudo, luego le digo que no se deben preocupar, que este lugar es muy tranquilo, que no hay ningún peligro. En fin, le cuento del viaje, del vochito que no ha dado problemas, que hice una parada en Alemania, que prácticamente tardé tres días para llegar. Luego me explico contándole del campo de fresas, del señor Lund, de los amigos que estoy haciendo y de las fiestas que llenan los días. Me pregunta si hay otros italianos y cuándo pienso regresar. Me despido y me dirijo hacia la tienda. Abro el techo plegable y el mosquitero. Mathilde no está. Me recuesto sobre la colchoneta y pienso que debe haber ido a ducharse. Espero un poco. Su lugar ya está frío, intento buscar su olor. Me adormezco con los recuerdos de la noche anterior. Sueño que estoy con Mathilde en el campo de fresas. Que estamos sólo nosotros. Recogemos las fresas, conversamos alegremente y luego, desde el fondo de la calle, se ve llegar un coche. Mathilde se voltea, acerca el dedo índice a la boca para decirme que no haga ruido: “Mira, ese es el coche de mi mamá. Es mi mamá, se llama Helle y vino a recogerme”. Avanzamos a gatas bajo las plantas de fresa. Riendo nos quedamos escondidos para no dejarnos ver. La mamá de Mathilde estaciona el auto y desciende. Tendrá cuarenta años. Viste un traje sastre azul. Debajo del saco trae una blusa blanca. Tiene el cabello rubio, alaciado y hasta el cuello; el fleco le cubre la frente. De la callecita lateral llega a grandes pasos el señor Lund. Le da la mano con una sonrisa. La señora Helle habla animadamente. Gesticula con las manos. Él hace gestos de negación.

La señora Helle pide explicaciones. El señor Lund está apenado. Le indica el lugar donde Mathilde y Gitte montaron la tienda y que ahora está vacío. La señora Helle se agita, ahora parece furiosa, pide explicaciones. El señor Lund está visiblemente más apenado. Se disculpa una y otra vez. Luego la señora Helle se voltea y sube a su coche, llama por teléfono. Enciende el motor, hace maniobras y retoma la calle por donde llegó. Mathilde me ve indiferente, sonríe, etérea. Luego toma una fresa, la acerca a su boca y la muerde. Sonríe. Luego me despierto. Durante unos segundos quedo desconcertado por mi sueño. Observo el techo verde de la tienda. Reflexiono un momento. Luego me levanto de un brinco y salgo. Volteo. Su tienda amarilla debajo del gran arce florido ya no está.

10

Para ir a Chiapas desde la Ciudad de México el autobús hace trece horas. Compré el boleto de ida en cuanto terminé la última clase del curso en el Instituto Pasolini. Viajar en autobús es relativamente cómodo y barato. Llevo conmigo una guía turística de México que marca los lugares más económicos para dormir. Le dije a Mariana que saldría de viaje. Se escuchaba muy contenta. Entiendo que si hago cosas que me hacen feliz, ella se pone feliz o por lo menos eso es lo que me quiere transmitir: afecto. Pero si destapo la superficie y miro más profundamente, me doy cuenta de que, aunque se muestre obstinada e inflexible con respecto a sus prioridades a seguir para su futuro profesional, sufre un monstruoso sentimiento de culpa. Por lo tanto, saber que estoy bien y que me siento feliz la libera de un peso que la agobia mucho más de lo que está dispuesta a admitirse a sí misma y a los demás. Esta es la razón por la cual, no obstante su teórica y exhibida felicidad por mí, no logro sentir su afecto: no se trata de una felicidad gratuita, no es libre, es una alegría en sí misma, una especie de alivio producto de la perspectiva de liberarse finalmente del costal que se llama culpa y que debe pesar tremendamente en su conciencia. No puedo más que sentir lástima por su felicidad.

Salgo a las nueve de la noche. El autobús foráneo no es de la familia de los microbuses de la Ciudad de México. Tiene cómodos asientos reclinables, televisión, baño y servicio de cafetería a bordo, con café y té gratuitos para los pasajeros. Estoy sentado en el segundo lugar detrás del conductor y a mi lado se encuentra una señora de unos cincuenta años. Seguramente es chiapaneca, se parece a las señoras de las fotos que he visto en los periódicos italianos que por años han reportado las vicisitudes de los indígenas de Chiapas. Lleva consigo muchas bolsas de tela de colores que contienen bol-

sitas de plástico fuertemente anudadas. No sabría decir qué contienen, pero exhalan un fuerte olor a especias. Casi de inmediato me pregunta de dónde vengo. Le digo que soy italiano. Me dice que ella es de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas y que fue a la Ciudad de México a ver a su hija que estudia medicina en la UNAM. La UNAM es una universidad gratuita y para sus condiciones económicas esto representa una verdadera fortuna. Le digo que el viaje es muy largo. Está de acuerdo conmigo, trece horas de autobús son muchas, sobre todo a su edad. Hace este viaje una vez al mes para no estar lejos de su hija. Dice que la Ciudad de México no le gusta: demasiado caótica. En Tuxtla, en cambio, la vida no es tan frenética y los conductores respetan a los peatones. Pienso que en mi ciudad también respetan a los peatones. En Roma, sin embargo, los conductores son también un verdadero peligro. Debe de haber una lógica que une a las ciudades del mundo con base en sus dimensiones y cantidad de población. Me pregunta cuántas horas de autobús se necesitan para ir a Italia. Le confieso que no tengo la menor idea. Luego le digo que llegué en avión y que con escala y todo me tardé aproximadamente veinte horas. Parece bastante impresionada. Le pido consejos prácticos sobre Chiapas, sobre lo que hay que visitar. Me da breves indicaciones que escucho con atención, luego tomo mi guía turística y comienzo a leerla. La señora baja el respaldo, busca una posición cómoda y se voltea hacia un lado, luego cierra los ojos y se duerme de inmediato.

El día siguiente me despierto temprano. El cielo está azul y se aproxima el amanecer. El autobús se abre paso por la selva desfilando ágilmente entre las curvas. Subo el respaldo y me acomodo. La señora todavía está dormida. Escucho la música que desde el brazo del asiento se extiende hacia los audífonos y observo la naturaleza lujuriente. Unas aves negras y amarillas que no conozco alzan el vuelo de un árbol a otro. Consulto la guía turística. Tiene un capítulo que habla de la flora y fauna de Chiapas, y se detiene en algunas especies de serpientes, murciélagos e insectos. No debe de ser muy agradable pasar la noche en la selva.

Llegamos a Tuxtla. Me hospedo en un hotelito muy económico y austero, pero limpio. Hace mucho calor. Aquí todos tienen la piel oscura y los turistas se hacen evidentes de inmediato. Aquí todos tienen dientes blanquísimos que combinan perfectamente con las camisas y pantalones blancos de algodón que la mayoría usa. Las mujeres son muñequitas gentiles con manos y pies pequeños. Se camina en la calle con mucha tranquilidad, quizá sea una estrategia impuesta por el calor, a la cual la gente se ha acostumbrado. Los edificios son claros, las iglesias muy blancas y frescas. Doy vueltas por el centro, luego vuelvo a tomar el autobús, voy a Palenque y visito sus pirámides. En la tarde voy a San Cristóbal de Las Casas. Aquí el turismo europeo es imponente. Al

caminar por la calle se escucha a menudo hablar italiano y francés. Los autóctonos hablan las lenguas indígenas, que en México son conocidas como dialectos. El español es común, pero lo hablan sobre todo las personas que trabajan con turistas. Hacia el sureste, bajando en dirección a la frontera con Guatemala se ubica la Selva Lacandona. Ahí es donde se concentró el movimiento zapatista que brindó a los mayas cierta autonomía regional. Pido informes al chofer de una combi para turistas. Me explica que algunas zonas de la Selva Lacandona son inaccesibles a los turistas y que de cualquier modo, los lugareños no ven a los turistas de buen modo. Me parece entender su punto de vista, no se trata de un encuentro de culturas, más que nada parece una muestra de animales de circo. Miren, miren cómo vive esta gente. Compren, compren recuerdos artesanales que cuestan una miseria. El turista occidental no quiere acercarse para conocer y enriquecerse con el contacto de lo diferente, sólo quiere encontrar lugares exóticos para tener algo sorprendente que contar cuando regrese a su país. Lo mejor que puedo hacer por ellos es irme sin molestar. Tomo el autobús que se dirige hacia la costa. Después de cinco horas llego a Tonalá. El pasaje del autobús desciende ahí. Faltan todavía unos cuarenta kilómetros para la playa. Se recorren en un taxi colectivo. Subo al taxi junto con otros tres turistas. Estoy sentado en el asiento posterior justo atrás del chofer. La piel de su cuello está curtida por el sol, es oscura y rugosa como el tronco de un árbol. Lleva puesto un sombrero de paja. La luz cegadora es transparente. La humedad sofocante entra por los vidrios abiertos. El tapete verde tropical se extiende alrededor. La carretera es recta y apunta como una flecha hacia la costa. El aire empieza a oler a salinidad. Después de una curva se ve una explanada verde como si hubiese sido robada al bosque. Un grupo de personas se encuentra alrededor de una parrilla con carbón ardiendo. El taxista disminuye la velocidad, abandona la carretera y toma una calle de terracería, sigue unos cincuenta metros y se estaciona en el pasto. Todo el aire está impregnado del olor vigoroso de la carne a las brasas. Nos pregunta si queremos comer. Asombrados, ninguno contesta. Baja y se dirige hacia el banquete que exhala un aroma delicioso. Esperamos en el vehículo como cuatro imbéciles. Luego uno de nosotros se baja para extender las piernas. Yo también bajo y fumo un cigarrillo. Me parece que la vida no tiene que ser frenética. El chofer del taxi come una cierta cantidad de tacos. Luego de unos veinte minutos regresa y nos invita a subir. El lugar se llama Puerto Arista. Camino afuera del pueblo. Es un sitio solitario. El mar es azul, la playa está casi desierta. Me siento bajo la sombra de una palapa. Me quedo en Puerto Arista por algunos días en completa soledad. Si pienso que apenas hace algunos meses salí de viaje para alcanzar a Mariana y que ahora me en-



cuentro aquí en un rincón de Chiapas completamente solo, me parece absurdo lo que he hecho. Pienso otra vez en el sitio maya de Palenque, en los objetos y en las máscaras aztecas que vi en el Museo de Antropología de México, en las personas que he conocido aquí y que he visto en las calles de Chiapas, en sus rasgos, en el color suave y acogedor de su piel, en sus rostros amplios y generosos en los cuales se alargan ojos negrísimos, narices pequeñas y bien hechas, bocas que antes de hablar siempre se abren con una sonrisa, voces calmadas y medidas. Personas que saben hablar, escuchar, sentir: personas educadas. Leí que en la antigüedad la nobleza maya se preocupaba por ceñir la cabeza de los niños para aplanarles la frente y darle una forma alargada hacia arriba. Los nobles lo consideraban, además de una marca de pertenencia a una clase social, símbolo de belleza y deseo. La belleza.

Intento pensar en los europeos, en las personas de mi ciudad. ¿Qué es para ellos la belleza? Para ellos que salen todos los días con trajes elegantes; hombres que exhiben cuerpos perfectos y mujeres que llevan maquillaje pesado, con narices, senos y nalgas artificiales, siempre listos para alzar la voz y defender una verdad. Personas que no saben escuchar, que viven en un mundo en el cual tiene la razón el que grita más fuerte; un mundo basado en la lógica que no admite contradicciones, cuando es evidente que la vida está llena de contradicciones. Una socie-

dad que explica el porqué de todo, que usa la lógica para justificar los derechos humanos y luego ha extendido esta importante conquista social a la vida cotidiana, uniformando, estandarizando, aplanando y ahogando todo: la belleza, la libertad, la independencia, el trabajo, la riqueza, la individualidad, el placer de estar juntos. Hay un porqué para todo y todo debe tener un porqué, bajo pena de invalidez. Sin un porqué nada interesa, no merece atención, curiosidad, participación, compromiso. Una sociedad con garantías, claro, pero privada de misterio, magia, sin calor humano. Una sociedad basada en la lógica del proyecto; construir, día a día, pensando en el futuro, en cuando llegue la vejez, en la pensión, en los servicios y en las comodidades que podremos o no tener; organizada de un modo que impide vivir al día, bajo pena de exclusión. Una sociedad que excluye a quien no se integra. Pero si vivir toda la vida al día, sin proyectos, lleva a la incapacidad de construir, haber desaprendido a vivir al día, lleva al tedio, a la soledad, al individualismo exasperado: todo para mí, para construirme el día, la semana, el año, la vida, los amigos, las vacaciones, el trabajo, la casa, la pensión. Siento aquel mundo como un lugar lleno de porqués y privado de libertad, y este mundo, en cambio, que descubrí casi por casualidad, privado de porqués y lleno de libertad. Este mundo me parece más humano.

Traducción de Andrea Muriel **u**

Vida en rosa

David Martín del Campo

Silvestre Quijano, apodado El Diablo, fue una joven promesa de la poesía mexicana. Se dedicó por azar a la crítica de cine y también fue un hábil guionista de telenovelas, además de un asiduo conocedor de la vida nocturna de la capital. A punto de cumplir 65 años, con humor recapitula en un cuarto de hotel sus pérdidas: el amor, la escritura, la vida.

Este es mi último escrito. Llamémosle así, *escrito*, pudiendo haberlo referido como “testimonio” o “apunte biográfico”. Prefiero el impersonal *escrito* porque escribir, después de todo, ha significado mi vida entera.

Tú lo sabes.

Mi fuerte siempre fueron los diálogos. Más de una vez, en plena madrugada, me despertaron para acudir a una (llamémosle) emergencia dramática. La grabación de la telenovela iniciaría a las ocho de la mañana y la escena “X” nomás no les salía. “Llamen al Diablo, él lo resuelve todo”. Y claro, ahí estaba yo levantando el auricular telefónico.

—¿Maestro Quijano?; lo necesitamos.

Eso es algo importante en la vida. Que alguien te necesite (o al menos lo manifieste). Que tu trabajo tenga algún efecto social como los eslogans que preparé cuando la campaña del Frente Democrático Nacional.

—Me parece magnífico que me necesiten, pero, ¿quién habla?

—Estamos en el Estudio B, maestro. Soy Eloísa Cobos, ¿recuerdas? El guion de Malacara nomás no funciona. Ya estuvimos haciendo la lectura en voz alta pero como que no cuaja. Don Gastón se asomó al ensayo y nos lo hizo ver. Fue él quien lo ordenó: “Llámenle al Diablo”. Por eso nos estamos comunicando con usted, y disculpe la hora.

—Pues qué hora es, perdone.

—Según mi reloj, las tres y quince. Los guiones deberán estar impresos a las siete.

—¿Es la historia esa de los padres divorciados que intentan una reconciliación en Acapulco?

—La misma.

—¿Podrían enviar un auto por mí? Estaré listo en veinte minutos. Y tengan preparada la cafetera.

La literatura es eso. Personajes, escenarios, diálogos. Como la vida, aunque cabría la precisión: personajes apasionados, diálogos que develan y esconden, el discurrir de conciencia que nos acompaña desde que tenemos uso de razón. Tú lo sabes: hablamos y hablamos creyendo que esa cháchara evitará tu llegada, o aplazará el encuentro, o no sé. Bla, bla, bla. La plática inane como un escudo contra el destino. “Adarga antigua”.

Aquella vez el auto arribó con cierto retraso. El chofer era nuevo, había confundido el Hotel Universo con el mío, que es el Cosmos, y que distan tres cuerdas. Claro, aquel es un Hotel decente, de cuatro estrellas, donde se hospedan los gringos que quieren visitar el Centro histórico de la ciudad (incluido el ballet de Amalia Hernández los domingos en el foro del Palacio de Bellas Artes). Servibar, *roof-garden*, una piscina azulísima en la terraza. El mío, en cambio, es un hotelito de putas; o variemos el diminutivo: “un hotel de putitas”. Así suena más dulce. Mujeres por cierto con la dignidad del tiempo.

El hotel tiene un piano-bar que da servicio hasta las cuatro de la mañana. El pianista es don Eusebio, un jarocho que se está quedando ciego. A ratos, en mis largas horas de insomnio, alcanzo a escucharlo en sordina, como si el edificio fuera una caja de resonancia. Las mujeres que frecuentan el bar, casi todas, tienen más de cincuenta años. No son ningunas primerizas ni se dejan embaucar

(ya no) por los embelesos aguardentosos de los parroquianos. Supongo. Cobran cuatrocientos pesos “la vez” y ocupan, principalmente, el primer piso del hotel.

Yo habito en el tercero. El cuarto 303, famoso por la entrevista que aquí me hizo Federico Campbell para el Canal Once de televisión. Los célebres quince minutos de laureles a los que aludió Andy Warhol, aquel marica que deslumbró al mundo con latas de sopa y retratos de Mao que fueron, dijeron, arte con comillas.

Yo no tengo televisión. Ni servibar. Ni mujer fija. Ni madre (murió el año pasado, y de ella, si Usted me lo permite, hablaremos más adelante). Sí tengo unas tablas con algo así como mil libros, dos pares de zapatos, 21 camisas blancas y la pensión del Seguro Social que me da para vivir al día. No tengo hijos (creo), no tengo amigos (estoy seguro), no tengo sida (me analicé el año antepasado).

Parece un contrasentido, ¿verdad? Escribir guiones para la televisión y no tener un aparato receptor. A veces, claro está, la miro con curiosidad en el bar que, por cierto, se llama Estelaris. Sobre todo si me entero de que pasan una película de Jane Fonda; o si juega el Necaxa, que está a punto de desplomarse a la segunda división. En ocasiones, también, me encuentro ahí con Filo. Y si estamos de vena, nos permitimos una “vez”.

Si me lo concede Usted, hablaré de Filomena más adelante. ¿No hay por ahí un sicoanalista? Alguien que tome nota de lo siguiente: “En su último escrito el poeta Silvestre Quijano difirió conscientemente los bosquejos de su madre (Petrona Hernández) y de su acompañante favorita, Filomena Meraz, de oficio *pública*”.

¿Lo hay o no lo hay?

¿Qué haré luego con este cuaderno? ¿Lo hallarán al pie de la cabecera, yo con la última botella (vacía, quiero suponer) de Don Pedro en la mano? Ojalá tenga los ojos cerrados. Sería funesto... ¡Ja, ja ja!... *funesto* que me hallaran con los párpados abiertos, los ojos resecos y mirando la cortina púrpura de mi cuarto, el 303. Esa es una de las modificaciones que me permitieron hacer en la habitación: cambiar las cortinas, dobles, que impiden el ingreso de los rayos de sol hasta las diez de la mañana, hora en que inicia la tortura del nuevo día. Antes no, porque nos ampara la sombra del Frontón México.

Soy un ser noctívago, por si no lo he dejado en claro, y disfruto mucho de los rumores nocturnos. En ocasiones me siento al escritorio (mi segunda concesión hotelera) y trato de escribir un poema. Un poema con pluma estilográfica. O un recuerdo. O una semblanza (que deberíamos llamar “retratos”). O me pongo a leer alguna revista atrasada en el sofá. Si no, me echo entre las sábanas revueltas con la novelita en turno hasta terminarla. No lo comenten pero, ah, cómo disfruto de las novelas policiacas. La eficacia de sus diálogos (¿no se los decía?), la precisión de los detalles, la presteza de las transiciones.

El maestro del género es Raymond Chandler, y no Dashiell Hammett, como prefieren los críticos de la Gauche Divine. Disculpe Usted.

Entonces, ¿puedo?... Intentemos pues la narración de este capítulo final de mi vida:

“El poeta Quijano estaba sumido en su cama. Hacía dos días y dos noches que no se la tendía Begonia, la mucama. Desde trece años atrás que habitaba en un cuarto del Hotel Cosmos, bastante amplio, donde se había ido enjutando en cuerpo y alma. No se había consumido del todo, pero ya no pesaba los setenta kilos con los que contrató esa habitación. No era un poeta de primer orden, aunque su mejor libro, *País umbrío*, había alcanzado una segunda edición por el poema ‘Dame una mano’ que incluía. Cuando la empleada del aseo halló su cuerpo inánime pensó, en un primer momento, que estaba dormido, alcoholizado, sufriendo las consecuencias de la cruda. Pero estaba equivocada”.

¿No suena mal, verdad?

Antes me gustaba leer poesía; sobre todo releerla. Entender que hay autores insuperables que estuvieron

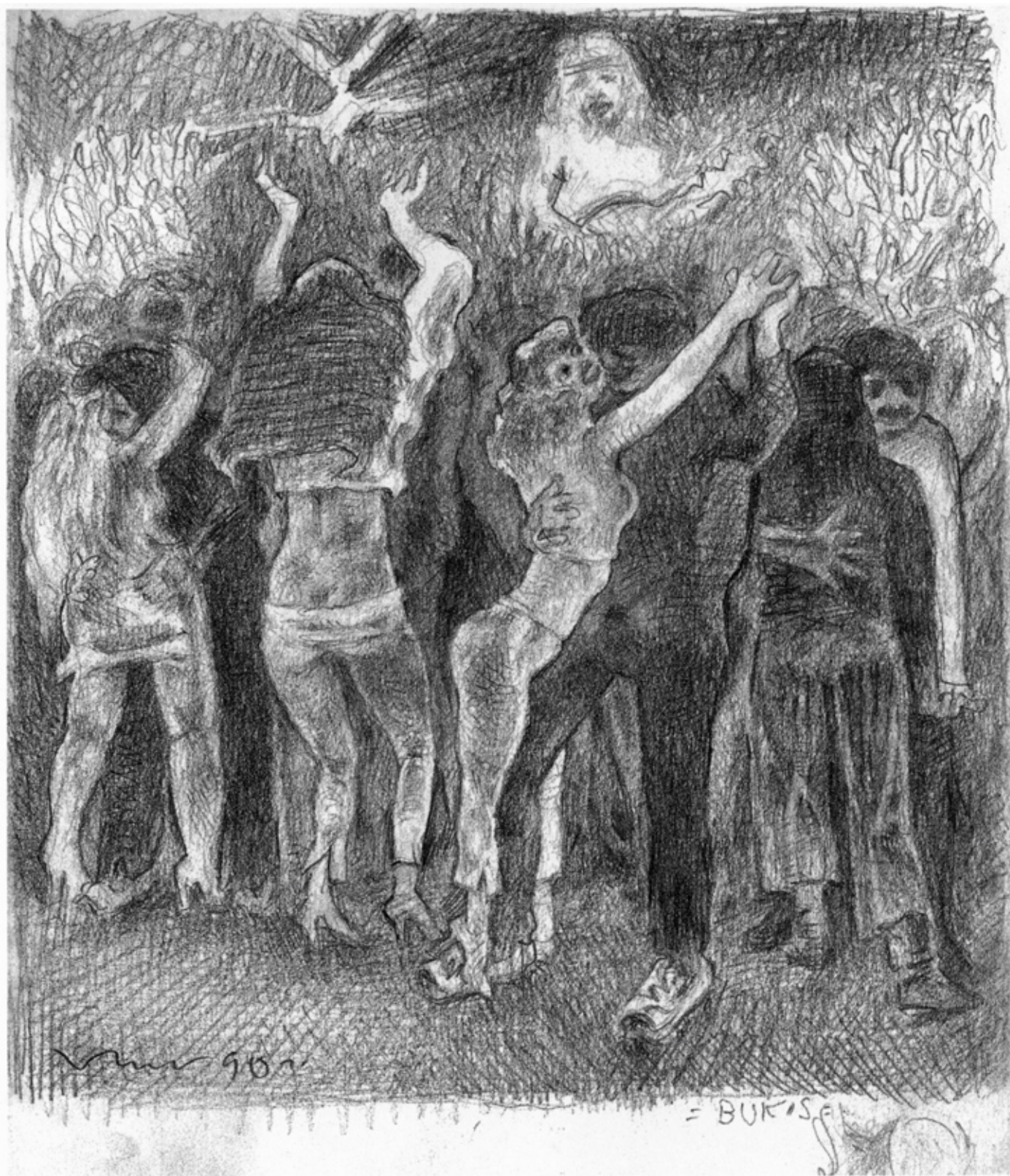


Del libro *Vlady, abrir los ojos para soñar*, 1997

entre nosotros como ángeles de redención. Y no lo digo mal. ¿Hay algo superior en nuestro medio que Antonio Machado (“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero”), que López Velarde (“Patria: tu superficie es el maíz”), que Neruda (a pesar de Neruda), que Pellicer (tan sentimental), que Sabines (“¿Qué putas puedo hacer, Tarumba, si no soy santo, ni héroe, ni bandido, ni adorador del arte, ni boticario, ni rebelde?”), que Gorostiza (con “su” poema), que García Lorca (“Verde que te quie-

ro verde, verde viento, verdes ramas”), y que Octavio Paz (“amar es combatir, si dos se besan el mundo cambia”) ? Luego intenté leer a los poetas de las nuevas generaciones y, la verdad, me desencanté.

Nací en 1934, hoy es el 27 de noviembre de 1999, tengo 64 años y mañana es (y no será) mi cumpleaños. Ya no podré cantar con Paul McCartney, *when I get older, losing my hair, many years from now*. Así que no me vengan con esos “poemas” concretos y posmodernos llenos de mal gusto y asonancias: Clavé tu clave, Fionna, que



me clavé en esa noche de pornofrescura desabotonándose, como tu blusa.

¡Uf!

Cómo hiede el caño, a veces, cuando el estiaje. Sello la coladera de la ducha con *masking tape*, el lavabo, y me largo a la calle con una novela de Graham Greene bajo el brazo. El Sanborns cierra a la 1:30, el Vips está abierto las 24 horas aunque sus clientes noctívagos, por lo general, son repelentes. Borrachos de mal vino gruñendo a la mesera, miserables que repostan la taza de café para librarse de la lluvia, oficinistas curándose la borrachera, mariconcitos despechados, gente como yo un tanto ácrata, anónima, taciturna, con dinero para pagarse una cerveza pero no un Chivas-Regal; la verdad.

Un ruido arriba en el 403. A veces llegan los gemidos del estro; mujeres en el paroxismo del coito y que me despiertan algunos recuerdos. Debo hablar, también, de Esmeralda (¿eh, señor sicoanalista?), pero más tarde. Además que ni se llamaba así. Un ruido como de mueble empujado, lo que invita a elucubrar varias posibilidades: 1. el huésped ha chocado con el tocador en su camino al baño, ¿por qué no se le ocurrió encender la luz?; 2. se trata de un pleito, ¿conyugal, extraconyugal?, porque sólo así el tipo ha podido demostrar la rabia que guarda; 3. alguien mareado, borracho, que buscó un apoyo súbito; o 4. el fantasma chocarrero que habita en el hotel (y que he visto un par de veces). Lo mismo que tú.

Por fortuna mi habitación no da al frente del hotel, donde la avenida Colón se llena desde temprano de ruidos vehiculares. Motores que aceleran, bocinazos impacientes, el silbato de un policía que intenta desatar los atascos. Mi cuarto, que es el 303, tiene una vista poco pintoresca. La retaguardia del Frontón México, un estacionamiento de tres niveles, el Cine Madrid que dejaron a media demolición, el edificio de Pensiones de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, que fue suprimida en 1971 y que utilizan como bodega de archivos muertos. Hay también, en el jardincillo de alguna casona añeja, una jacaranda que intenta erguirse en ese mar de concreto. A veces, en abril, me ofrece su floración color malva. Siempre he querido hacerme de unos catalejos, pero sería demasiado. ¿A mis años, qué puedo ya fisgonear?

Muy bien, ya es “más tarde”: Esmeralda Veytia compartió conmigo buena parte de su vida. Sus mejores años, y los míos, desde luego. Nos conocimos en la redacción del suplemento cultural de *Novedades* cuando yo era la “promesa de la poesía mexicana” y ella una muchachita con hambre de mundo. Entonces publicaba con su verdadero nombre, María Guadalupe, y por sugerencia mía fue que decidió cambiárselo. Íbamos andando por la Avenida Madero y al pasar frente al escaparate de la joyería La Princesa le dije dos cosas. Primero, que sus ojos

y esas piedras preciosas eran lo mismo. “Esmeralda Veytia, has nacido hoy para los lectores”. Y como las joyas colombianas estaban en oferta, le dije:

—Entremos; te voy a regalar un anillo.

Había estudiado periodismo en la escuela Septién García, tenía una hermana gemela (María del Carmen) y sus padres eran profesores en una secundaria federal. No era preciosa, como las joyas, pero vestía con elegancia (la elegancia que permitían los almacenes de Sears Roebuck) y se peinaba con esmero. Había entrevistado ya a las escritoras del momento... Rosario Castellanos, Amparo Dávila, Inés Arredondo, Elena Poniatowska, desde luego, y la fragosa María Luisa Mendoza. Le sugerí que juntara una docena de sus trabajos y que luego, con mi ayuda, podría publicarlos como libro. Con ese pretexto estrechamos una amistad que derivó en romance, claro, luego de las noches en que la ayudé a librar el manuscrito de ripios y lugares comunes. Así fue como nació el volumen aquel, *Fuera de la cocina*, con el que cobró alguna fama.

Fuimos de las primeras parejas en cohabitar sin estar casados, aunque el verbo adecuado sería “amancebarse”. Alquilábamos un apartamento en la colonia Nápoles, cerca del Parque Hundido, que era de hecho nuestro jardín. Fueron tres años de ensueño, y no exagero, hasta que se nos atravesó el novelista de infausta memoria. Digamos que “se me atravesó”. Para entonces yo era uno de los guionistas de base en Televisa y varias de las telenovelas en boga salieron de mi teclado. ¿Recuerdas? *María en el sendero*, *La noche que no existió*. Claro, en un coctel de la Editorial Diana se me ocurrió presentarle a TZD (mejor conocido como DDT), el infausto, quien acababa de ganar precisamente el Premio Internacional de Novela de esa casa editorial. Ahora me arrepiento.

Suspiro y lo digo ya sin resquemor: creo que son felices, tienen dos hijos, viven en Prado Norte y tienen una cabañita en Valle de Bravo. Esmeralda Veytia es autora, ya, de media docena de novelas y varios libros de relatos. Tres de sus obras han sido llevadas al cine y ha sido traducida, ya se sabe, “a varios idiomas”, como rezan las solapas de sus libros. Yo habito en el Hotel Cosmos y poseo 932 libros (los conté ayer). Una noche de furia, hace bastantes años, quemé todo lo de ella. Sus fotos y pañuelos y tarjetas postales. Todo. Ahora me arrepiento.

Otro ruido, ahora exterior. Alguien que grita en la calle. Me asomo; debe ser un valiente. Mi barrio no es precisamente como Grenoble: todas las noches ocurren asaltos y a cada rato se disparan las alarmas de los autos. En lo que va del año han ocurrido un par de asesinatos (al menos registrados por la prensa), uno precisamente a las puertas del Estelaris. De modo que resistirse a un asalto es algo admirable... Asomo, busco la Avenida Colón, que es posible mirar al sesgo, y el grito retorna. Me desilusiono. Es simplemente un borracho blasfe-



mando a todo pulmón. No repetiré aquí los ultrajes que arroja a la noche, aunque mueven a risa. ¿Qué tiene que ver la Virgen de Guadalupe con la “sociedad de corruptos” que menciona? Lo ignoro.

En eso sí es magnánimo el barrio. Tengo contabilizados 22 bares, cantinas y cabaretes alrededor del hotel; sitios en los que he pasado, por cierto, muy buenos momentos. Hay que mencionarlo: normalmente almuerzo en La Flor de Sevilla, donde ofrecen cuatro platos de botana pagando un par de tragos. La especialidad son las albóndigas al chipotle, aunque los chamorros en tomate no desmerecen. Nunca me he hecho un análisis de sangre... Bueno, sí, el del sida fue obligatorio en la empresa televisiva cuando se desató la sicosis por la pandemia. Quiero suponer que mis niveles de glucosa estarán en cien, los de colesterol en doscientos y los de triglicéridos en trescientos. De algo voy a morir o, como decía el poeta Meza, “pues de parto no será”.

Y tú, Imperfecto, ¿es que no piensas morir algún día? ¿No te aburres de joder al prójimo? Soberbio, odioso, fanfarrón de fanfarrones.

Nombraré otros bares que frecuento, o frecuentaba cuando me asistía la vida. El Bar Cienfuegos, que visitábamos los colaboradores del *Novedades*, y que era recorrido por el lánguido Chispirote. Ah, El Chispirote y su aparatito de dar toques. Aquella ocasión, que fue la última, estábamos en la mesa del dominó el de la pluma, el poeta Meza, Carlos Torres que sabía todo de la ópera mundial, y el gordo Valdovinos que escribía de cine. Habíamos cobrado nuestra colaboración y compartíamos una botella de brandy. Jugábamos una segunda partida y estábamos eufóricos. En eso llegó El Chispirote, que era enclenque y caminaba medio torcido. Solicitaba a media voz... “toques, toques, toques para los valentones”. Cobraba diez pesos por descarga, más las propinas, de modo que en días de quincena era su agosto. Carlos Torres fue el que lo solicitó, a ver, una ronda. Y el mustio Chispirote nos entregó los cátodos de su dínamo y todos nos dimos la mano. Parecíamos párvulos escapados de pinta. Claro, párvulos borrachos. Torres empuñó el ánodo (así se dice) y se cogió de la mano de Valdovinos, Valdovinos de mi izquierda, mi derecha del poeta Meza, y este del otro cátodo. El ñango comenzó a manipular la manivela y todos experimentamos el golpe de corriente que espeluznaba. Fue cuando Valdovinos gritó amenazante: “¡A que ni saben... a que ni saben!”. Y no, no sabíamos, aunque estaba más que feliz porque había comenzado a reseñar las películas de la Muestra Internacional que pasaban en el Cine Roble. Entonces hizo una mueca exagerada, me apretó la mano, El Chispirote seguía aumentando el voltaje, todos gritábamos divertidos y acalambrados, qué hermosa amistad compartiendo tragos y electricidad, y entonces percibo que Valdovinos se trata de soltar, zafarse del juego, ay, no seas maricón; pero no dice nada y comienza a boquear exagerando, provocándonos la carcajada, y el mustio hombrecito de los toques acelerando la corriente de su máquina, cuando de repente el gordo se desploma inánime, porque aquello no era ya juego. Le había dado un síncope y al caer tiró la mesa con las fichas y los jaiboles. Un escándalo. Valdovinos que no respiraba, Torres que gritaba como histérica (en femenino), “¡un doctor, un doctor!”, el poeta Meza murmurando “no es posible, no es posible”. Cuando la ambulancia de los paramédicos arribó era ya demasiado tarde. El Chispirote se había esfumado una vez que le entregué un billete de cien y nunca más regresamos al Cienfuegos. Se salió. Yo recogí el cartapacios de Rogelio que, en el revuelo, terminó en mi casa. Esa noche, luego del breve velorio, revisé el contenido de la carpeta. Un pase para todas las funciones de la Muestra de Cine, dos volantes exigiendo la legalización del Partido Comunista (uy, qué miedo), y la última reseña de su vida. Era de la película *Andrei Rublev*, del genial Tarkovsky, que narraba la vida del legendario pintor ruso del siglo xv y

terminaba con la frase: “La vida de Rublev fue una redención entre las sombras agónicas del medievo; la mirada de un santo”. No la he olvidado. Por cierto que al gordo tardaron buen rato en cerrarle los ojos. Se negaban a creer que ya no vería más. Quedó con los párpados entornados, como si nos espiara, el muy socarrón.

¿No sabías ese cuento?

Del bar Soria no hay mucho que decir. Sólo que ahí me encontraba con Filo y debía ser generoso considerando su ausencia en el bar del Hotel Cosmos. Hubo un día que me llenó de ternura porque, como toda mujer, guardaba un penique de virtud. Fue la tarde en que descubrí que había aterrizado su cepillo de dientes en mi lavabo. No comenté nada, pero al volver a la cama ella se me adelantó: “Ni te hagas ilusiones, Silvéster. Es por el doctor. Ya sólo me quedan tres muelas”. Bueno, nadie es perfecto.

El cabaret Joujou, que la gente nombraba “El Ju-jú”, fue durante algún tiempo el favorito de los jefazos de la policía. ¿Recuerdas al nefando Arturo Durazo, que arrojaba los cadáveres de sus enemigos al emisor central del desagüe citadino? Pues ahí te lo encontrabas a menudo, de modo que era el sitio más seguro de la ciudad. O el más peligroso. Lo lindo del sitio era su atmósfera pretensiosa, como de París en los años treinta: las butacas tapizadas con terciopelo, a veces algún disco de Édith Piaf, y los muros con vistas de la Torre Eiffel. O sea París en la colonia Juárez, sin París.

El cabaret Blúmun (así, “Blúmun”), la cantina Los Pericos, El Rivadesella, o el bar Diamante Negro. En fin, sitios que son parte de mi vida. Algo así como una casa propia ambulante; rincones donde he reído hasta las lágrimas y he llorado de celos, he dormido siestas al amparo de los meseros y me he embriagado hasta la plétora. (No me pidan que describa esas madrugadas a ras-tras y con las manos apelmazadas).

¿Qué te decía?

Ah, sí. El pase que me heredó el gordo Valdovinos tuvo buen uso. Al día siguiente de su funeral ya estaba yo en la función de moda y tres horas después don Remigio, el jefe de redacción, tenía en las manos mi reseña cinematográfica. Así fue como me hice crítico de cine durante muy buenos años. Firmaba como “Lúcifus”; no sé si me habrás leído. Por cierto, ¿has ido alguna vez al cine? Es el mejor oficio del mundo, como bien lo presumía el colega Emilio García Riera: “Te pagan por ir a la función y luego contar la película”.

Un día me encontré a Esmeralda en el Cine Roble. Es decir, una tarde. Para variar iba solo, y ella con su hija Clara; una linda adolescente que se aburría ante esa charla desangelada. “Leí tu reseña de la película de Bergman”. “¿Fanny y Alexander?”. “Sí; pero no entendí, ¿te gustó o no te gustó?”. “Claro que me encantó, pero un crítico es un energúmeno forzado. No sé si lo sepas”, y la her-

mosa niña soltó un bostezo. “Todavía traemos el *jet-lag*, discúlpalos, Silvestre. Ayer regresamos de Barcelona donde fue la presentación de *La terraza de Satán*. ¿No la has leído?”. “No, todavía no”, y tampoco quise preguntar de qué trata. Yo soy el Diablo (todos lo saben) y el apartamento que habitábamos tenía una terraza extraordinaria: vista al Parque Hundido, abajo, y a lo lejos los monolitos plomizos del Xitle y el Ajusco. Tardes de cigarros, jaiboles y *dolce far niente*. “Esmeralda, te quise como a nadie”, estuve a punto de decirle, pero cómo. Son frases para callar. *Jet-lag*.

La anterior ocasión en que nos vimos fue en el velorio de mi madre. ¿Qué, no sabías que los poetas malditos también tenemos madre? Estábamos ahí, más sorprendidos que consternados, los tres hermanos. Yo conversaba con el poeta Meza cuando este arqueó las cejas para sugerir una presencia. Era Esmeralda, con TzD, de gris y negro. Un abrazo que pareció sincero y el susurro de ella al oído, “ahora sólo te quedo yo”.

Ah, qué diera por una noche con ella, Esmeralda Veytia durmiendo entre mis brazos. No digo reconci-



liarnos; nada de eso. Afirmando simplemente que daría mi alma por una noche con ella. Como lo oyes. ¿El Diablo entregándole su alma a Satanás?

Petrona. Un mareo, una jaqueca que derivó en migraña, un taxi para acudir a la clínica del Seguro Social. La trasladó mi hermana Marta y a la hora del registro, ante el módulo de recepción, ahí mismo fue el desvanecimiento. Ya no despertó. En cinco horas fue el diagnóstico letal. Ay, madre mía, Petrona Hernández, veme aquí ahora con las nueve botellas que compré esta tarde en los abarrotes de doña Tere. “Qué fiestecita va a tener, don Silvestre”, comentó al preparar la caja con los materiales de mi ejecución.

Tú ni opines.

Nunca valoraste mi vocación poética, madre. Una tarde osaste interrumpir mi efusión ante el escritorio. “Silver, hay una fiesta en el 201; porque a ti, además de los versos, te gustan las muchachas, ¿verdad?”. Qué manera de plantearlo. Y sí, claro que me gustan... o me gustaban. Ya no sé. Ay, madre; si vieras a Filomena desnuda te daba una segunda embolia. Yo sé que es una mujer, o lo fue, pero que ha sido transformada (es el verbo) por la celulitis y el abandono. Claro, como si yo fuera el apolíneo san Sebastián. Ay, Petrona, madre mía; nunca perdonaste que *País umbrío* estuviera dedicado a ti. “¿Qué necesidad hay de escribir con groserías, Silver? Yo creí que los poetas componían sus versos con materiales como las rosas, la luna y las miradas iluminadas por el arrebol”.

¡No te rías, hijodeputa! ¡Serás muy Satán pero de mi madre no te burlas! Y juro que eso dijo, “iluminadas por el arrebol”.

La que tampoco me lo perdonó fue Esmeralda. Mi único libro famosillo que reeditó el INBA para homenajear mis venerables 65 (que no cumpliré). Ese poema donde digo

En el mar del sueño despertamos
Tus ojos ya no me pertenecen
Estás en otra parte
La sal en mis labios pero no tú
Reposas en mis brazos,
tu falda escurriendo
Y la resaca, réproba, huye como todo forajido
No te amo más que antes. Ni menos.
Por Dios, no lo preguntes.
Una estrellita de mar asoma entre tus cabellos
Ella sabe la respuesta, igual que todas
Al atardecer, cuando la brisa, y los azules
del horizonte pierden su nombre y son lo mismo
Despierto contigo, cada mañana, incluso
cuando la ola. La ola; viene la ola.

El dialogador, también me llamaban. “Dos sirvientas en la cocina, cuatro minutos”, “tres adolescentes fu-

mando en el baño”, “el marido sale de la ducha y la encuentra llorando en la cama; seis minutos”. Y la solución, como siempre, Silvestre Quijano que no conoce París, Nueva York ni Roma. Estuve una vez, sí, en Ciudad de Guatemala. Tres días en el Festival de Poesía Mesoamericana, cuyo invitado de honor fue Ernesto Cardenal. Yo leí mi poema “Dame una mano”, y me aplaudieron. Había catorce personas en el auditorio.

—¿Sabías que antes escribía de cine, militaba con los comunistas, y que publicó unos poemas? Fue el primer galán de la novelista Veytia.

—¿De Esmeralda Veytia?

—Como lo oyes.

—¿Pues qué le vio?

El piano de Eusebio toca *La vida en rosa*. Logro identificar la melodía que obsequia tres pisos abajo y llega como un murmullo de los ángeles. Que deben existir.

Deben existir como mis 21 camisas blancas un tanto percutidas; menos la última, que me puse antes de sentarme a escribir estas líneas. Estoy ante mi mesa que la prensa llamará, pasado mañana: “su escritorio maldito”. El escritorio del Diablo. Eusebio interpreta la canción inmortal de Édith Piaf cuando está por despedir la noche. Luego entonces deben de ser las cuatro de la madrugada.

Es la hora en que un taxi lleva al pianista nocturno hasta su casa en el barrio de San Cosme, donde duerme hasta el mediodía. Almuerza cereal y leche sin lactosa, come ligeramente a las seis de la tarde y arriba al bar a las nueve para contagiar un poco de alegría a los mustios parroquianos del Estelaris. Es un buen hombre, Eusebio, que enviudó hace cuatro años. Lo ha podido soportar en su media ceguera.

Yo no. Por eso descorcho la primera botella de brandy, porque supongo que cada hora destaparé la siguiente, y mi agua mineral será el agua del lavabo que, ciertamente, a veces sale ferruginosa. Total.

Así que Satán de La Madrugada, no te confundas. ¡Ja!... no te venderé mi alma. ¡Nunca, Diablo Demonio! Estás equivocado.

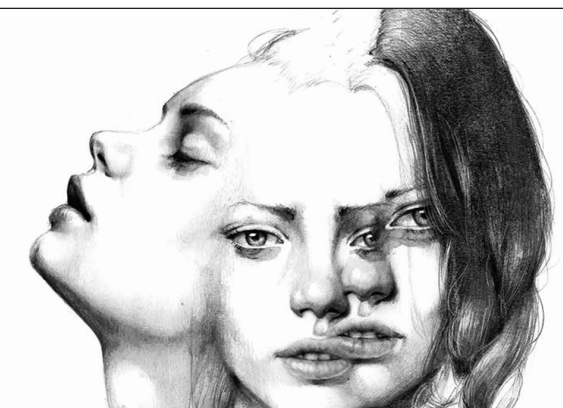
Bebo, pues, en ausencia de mi pastel de cumpleaños. Un vaso de brandy con agua de la llave. La sed siempre es la misma. Y el segundo, de una buena vez.

Ah, mi querido Eusebio que llegas al punto final cuando la Piaf farfullaba (era su estilo) y no me pidas que te lo traduzca; *Des nuits d'amour à plus finir. Un grand bonheur qui prend sa place. Des ennuis, des chagrins s'effacent. Heureux, heureux à en mourir...*

Ah, la vida en rosa en el Hotel Cosmos. Gracias, Eusebio, por esta linda despedida. Silvestre Quijano ya no dará un golpe más.

Y tú, ¿qué esperas? Anda, llévame... ¡No te la vendo, imbécil! Te la estoy regalando. **u**

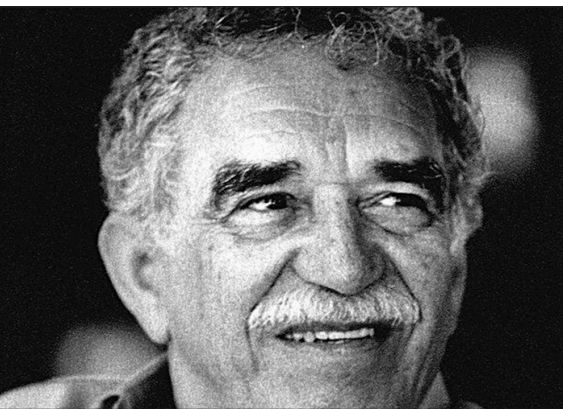
Reseñas y notas



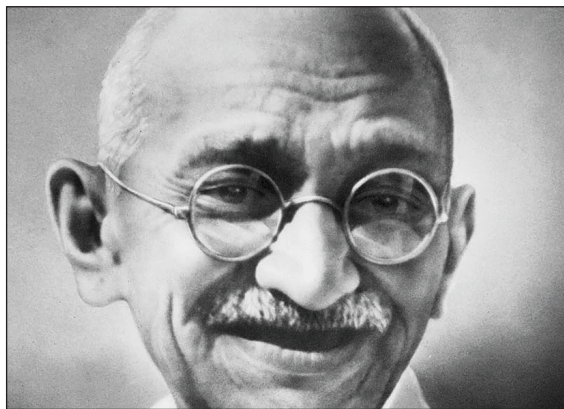
Toni Morrison



Luz Aurora Pimentel



Gabriel García Márquez



Mahatma Gandhi



Santa Teresa de Jesús

Luz Aurora Pimentel

A cincuenta años luz

Aline Pettersson

*Tú no le debes seda al gusano, ni a las bestias la piel,
ni a las ovejas la lana, ni al gato de algalia el perfume.*

SHAKESPEARE, *El rey Lear*,
traducción de Luz Aurora Pimentel

Un muy famoso gobernante nos presentó a ella y a mí hace muchas décadas precisamente en esta misma facultad. Pero el rey enloquecía mientras Luz Aurora irradiaba gran ánimo vital y conocimiento shakespeariano. Bueno, eso me pareció entonces, porque después entendí que su sabiduría abarca un buen número de autores, de lenguas, de miradas. Y de su profundidad, junto con su larga amistad, yo me he beneficiado. Para esta celebración, vestida, calzada y perfumada (me parece que con Dior no fijado con lo que secreta el gato de algalia), tendría ella que decirle a Lear que no le debe más que a su entrega amorosa a la literatura, a sus obsesiones teóricas, a sus análisis con escalpelo y lente estereoscópica que supongo debe de haber mandado fabricar, hace muchos años en un pedido único y seguramente carísimo, a Zeiss.

Un buen día, Luz Aurora empacó sus bártulos y se fue a Harvard; y, al cabo de un doctorado, volvió gorda y entusiasmada. Me invitó a su seminario sobre Proust y acepté de inmediato, puesto que desde que cayó en mis manos *En busca del tiempo perdido*, por ahí de los años sesenta, me fascinó tal como lo sigue haciendo hasta la fecha. Ya no fue el salón grande perfectamente lleno de estudiantes, sino uno pequeño para los fanáticos de Marcel. Pero hete ahí que aquel estado de ánimo que yo esperaba y que ofrecen las epifanías proustianas según Luz Aurora —“Y de pronto el éxtasis, la posibilidad de animación, de verdadera *irradiación* del recuerdo, del des-

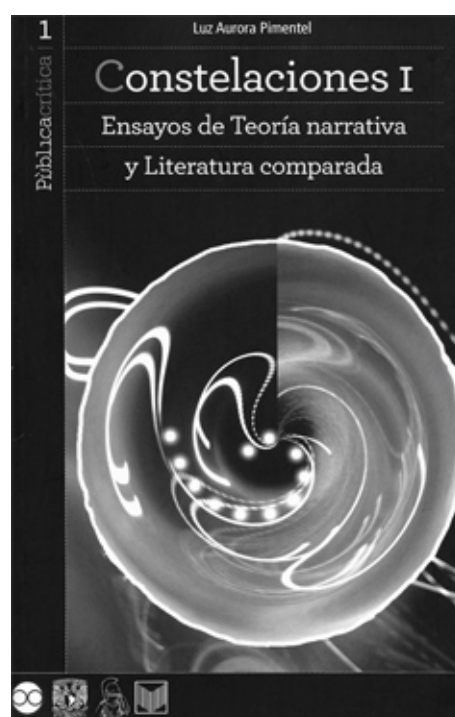
pliegue interminable del relato: es la experiencia de la magdalena, portentosa taza de té de donde surge todo Combray y, tal vez, una parte considerable de la obra”— cambió para encontrarme con el nuevo lenguaje críptico de la doctora, apoyado en las teorías de Gérard Genette, y que hizo que yo me hundiera en un laberinto insondable. No puedo menos que recordar que, *off the record* frente a una taza de café, podíamos hablar como antes de Proust o Virginia Woolf o Thomas Mann, cuya *Muerte de Virgilio* ilustra uno de los capítulos de *Constelaciones I* y es un *leitmotiv* en uno de los capítulos de mi novela *Las muertes de Natalia Bauer*.

Con el tiempo, bajó de magnitud su infatuación con el léxico que acabó ella bautizando como “mamemas”. Claro que hoy en día aparecen, bajo el aliento de su admirable bagaje teórico, pero ya no lo hacen abrumadoramente. Yo he tenido la

fortuna de que Luz Aurora haya dedicado su atención y cuidado a mi obra. Y, de nuevo, su mirada aguda descubre subtemas semánticos, retóricos: “Si bien la metáfora del tejido alcanza en *La noche de las hormigas* su elaboración estética más acabada, esa imagen está presente en toda su obra en distintos niveles y manifestaciones: estructural, temática y metafórica, entre otras”.

En efecto, confieso que no sólo lo empleo como metáfora sino que me gusta tejer y bordar porque me aligeran el alma. Ahora, pienso que, en el caso de Luz Aurora, además de la mirada estereoscópica, la metáfora pimenteliana por excelencia es, no el telar o el tapiz, sino la plegadera. Ese cuchillito de madera que alisa y pliega y acomoda los papeles de una manera exacta y consecuente con necesidades específicas. Así, las figuras, oraciones, palabras se pliegan y despliegan sobre el papel (ahora la pantalla) para ofrecer más posibilidades del “placer del texto”, llamado así por su admirado Roland Barthes. “Todo pliegue es creación, dicen los maestros del origami”, anota ella en otro momento. Y bien recuerdo tanto su lectura cuanto su evocación del pasaje donde Proust escribe: “Y como ese entretenimiento de los japoneses que meten en un cacharro de porcelana pedacitos de papel, al parecer, informes, que cuando se mojan empiezan a estirarse, a tomar forma, a colorearse y distinguirse, convirtiéndose en flores, en casas, en personajes consistentes y cognoscibles...”.

Aunque para Luz Aurora no es el agua directamente lo que informa el papel, sino la plegadera multiplicando y afinando los sentidos escriturales. Es el papel, imprescindible compañía durante décadas de su tarea de docencia, lectura, escritura, el ele-





Luz Aurora Pimentel

mento que la condujo y conduce a su entrañable metáfora sobre los dobleces. “Así el origami se complica y la conciencia en sus infinitos pliegues crea otro espacio...”, y bien sabemos que, entre sus muchos objetos de estudio, el espacio es algo sobre lo que ella ha elaborado extensamente. Es natural, porque no importa cuál sea su interés, Luz Aurora va a abordarlo, no como un cómodo y tristemente obsoleto transatlántico de pasajeros, sino como un submarino de exploración. Porque, entre sus variadas características académicas y virtudes humanas, no me parece que cuente con la de una cómoda superficialidad. No se dedica a contemplar la espuma de los mares, sino los intrincados arrecifes de coral, cuyos brazos se extienden y se plisan.

Siempre me ha sorprendido, como estoy segura que a todos quienes hayan asistido a sus clases, seminarios o conferencias, esta capacidad suya para relacionar los tropos a lo largo de la obra del autor o autora de quien se ocupe. Es una suerte de milagro porque se leen cuidadosamente las páginas en la soledad de cada quien, pero al abordarlas ella, de pronto, como en una noche de luciérnagas, aparecen chispas de luz no percibidas antes por uno. Y eso me lleva a mencionar que Luz Aurora coqueteó, en su adolescencia, con la idea de estudiar medicina. Y, como fue también mi caso, he reflexionado años sobre ello;

me parece que, teóricamente hablando, hay muchos puntos de contacto entre una profesión y la otra. Se precisa de una mirada igual de cuidadosa en un examen clínico, apoyado en la percepción sensorial completa del médico, como en una disección tejido por tejido de la urdimbre textual. Y luego, una capacidad grande para relacionar síntomas hasta el diagnóstico certero del cuerpo. Y luego, una capacidad grande para relacionar tropos hasta la comprensión cercana del *corpus*. Si Luz Aurora hubiera optado, en vez de por el cuchillo de madera por el filo metálico del bisturí, estoy segura de que el resultado sería igual de brillante.

De esto hace ya muchos años; me pidió asistir a mi taller de creación literaria. Gulp, me dije, el desbalance será bárbaro con los demás asistentes. Y claro que ni la cabeza del taller —ergo yo— ni nadie del grupo sabía ni la centésima parte de teoría que ella. Además de que se hizo querer mucho por todos, dejó *un no sé qué que quedó balbuciendo* porque no pudo ser asimilado por el grupo, acotaciones sobre “las frases parentéticas o las expresiones concomitantes con la perspectiva figural”. Durante mucho tiempo hemos recordado con enorme nostalgia su presencia brillante y gentil y su discurso teórico, digamos que muy teórico. En aquel entonces, de hallarle alguien una rima interior, se la señala-

ría de inmediato con el orgullo de haber podido encontrarle un punto débil a la docta tallerista.

Luz Aurora elaboró ahí un espléndido volumen de cuentos, llenos de imaginación, de gracia, y hay alguno en el que ella, a partir de un sencillo ejercicio de clase, desarrolló el relato con una intertextualidad shakespeariana tan bien incorporada que se entretrejía con la anécdota muy suave y sabiamente.

Tomo de un capítulo que escribe sobre *Mrs Dalloway* de Virginia Woolf: “es un intento por capturar la experiencia del tiempo [...], se representan las múltiples capas del tiempo vivido —verdaderas ‘capas geológicas’ de la conciencia”. Esos fueron los cuentos que leyó en el taller y estoy segura de que si un día se anima a publicarlos serán más que bien recibidos, porque, no en balde, su extenso y bien digerido caudal de “mamemas” la llevó a narrar con extrema soltura y magnífica pluma.

¡Muchas felicidades, doctora Pimentel!, que tu sabiduría se irradie desde la temprana aurora a por lo menos cincuenta años luz, en este 2015 que la astronomía ha llamado Año de la Luz, es decir, tu año. **U**

Texto leído en el Homenaje a Luz Aurora Pimentel por sus cincuenta años de docencia, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 18 de febrero de 2015.

Tintero

Vicisitudes de un historiador novato

Álvaro Matute



Los recién egresados de una carrera se sienten poseedores absolutos de las palancas con las que pretenden mover al mundo. “No tengo especialidad, pero sí la metodología que me permite acceder a cualquier tema”, decían algunos compañeros. Otros sólo lo pensábamos. Ya investigador del instituto que ha cobijado toda mi vida profesional y después de haber entregado mi primer libro, el director, Miguel León-Portilla, me llamó para ver si aceptaba hacer una historia de la Procuraduría de Justicia del Distrito y (entonces todavía) Territorios Federales. No tenía la menor idea de eso, pero él necesitaba dar una respuesta a Sergio García Ramírez, titular de esa dependencia. Después de pensarlo un poco —creo que demasiado poco— acepté. El buen amigo Alfredo López Austin, entonces secretario del instituto, me proveyó de un manual de derecho procesal y penal, que me introdujo en esos, para mí, laberínticos asuntos. ¿Quién me manda?, pensaba, cuando ya era tarde para arrepentirme.

Me entrevisté con el doctor García Ramírez, ahora Sergio, buen amigo, quien me expresó la necesidad de esclarecer cuándo se formalizó en México la noción de *ministerio público*, quiénes habían sido procuradores del Distrito, qué sedes había ocupado la institución y cómo había funcionado. Algunas cosas eran fáciles, otras definitivamente estaban en un dialecto olvidado. Con no pocas dificultades elaboré la nómina de titulares y averigüé dónde había funcionado, antes del edificio que posteriormente sucumbió en el terremoto de 1985, pese a su sólida apariencia. También resultó más o menos posible rastrear la legislación relativa. Gracias al licenciado don Javier Piña y Palacios, con quien

tuve muchas conversaciones, me pude adentrar en la consulta de las *Memorias* de la extinta Secretaría de Justicia y, después, incursionar en archivos. Pasé muchas mañanas en el General de la Nación, todavía en la planta baja del Patio de Honor de Palacio Nacional. En varias ocasiones me tocó la llegada de Luis Echeverría, lo cual cortaba la circulación y los presentes nos colocábamos detrás de los soldados, mientras le rendían los honores respectivos. En el AGN pasaba jornadas blancas, esto es, sin que apareciera en los documentos de la Secretaría de Justicia nada que iluminara mi investigación. Un empleado del que guardo buen recuerdo, el señor Huerta (nunca supe su nombre), me dotó de una navaja y de una bola de ixtle, ya que nadie había visto los expedientes antes que yo, y me pedía que los volviera a amarrar con el mecate proporcionado. La Procuraduría misma no tenía mala biblioteca, que me sirvió, pero su archivo era inexistente. Muchos documentos pasaban al Tribunal Superior, pero era muy complicado verlos y, además, no eran administrativos sino judiciales, lo que rebasaba mis propósitos. (Más bien los de Sergio, porque los míos eran solamente acabar el trabajo). Por razones que van más allá de mis alcances, había documen-

tos en Gobernación, en La Ciudadela. Decepción: invitaciones a comidas, felicitaciones y más basurita por el estilo.

Por fin, intenté la historia oral. Gracias al doctor García Ramírez me abrieron la puerta tres ex procuradores. Me impresionó mucho don Raúl Castellano, del sexenio cardenista; me cayó muy bien Francisco Argüelles, del alemanista, y le cobré estimación a Octavio Véjar Vázquez, que ocupó la oficina antes de que el general Ávila Camacho lo enviara a Educación. De la Procuraduría me contó algún chisme sabroso. Le clausuró un burdel nada menos que a su predecesor. Después me habló de la SEP, de la fundación del Seminario de Cultura Mexicana y del Colegio Nacional. Fue una tarde grata en la colonia Cuauhtémoc. Tanto él como los otros dos, lo primero que me dijeron fue: “No prenda la grabadora”. Así que mi práctica como historiador oral fue un fracaso, aunque algo saqué.

Total, me limité a entregar una serie de documentos: leyes del ministerio público y otras relativas, así como la nómina de procuradores. Con los Territorios Federales me fue mejor, porque de ellos sí encontré documentación. El compromiso con Sergio García Ramírez no fue cumplido, ya que cuando terminé él había migrado a otro cargo. Un colaborador suyo, que permaneció cuando Pedro Zorrilla Martínez era procurador, recibió el trabajo, que seguramente descansó en un archivero. También hice una ponencia metodológica presentada en un congreso internacional. El corolario es que aprendí mucho. Visité archivos, manejé todo tipo de fuentes e intenté la historia oral. Como práctica valió la pena, en el sentido en que José Gaos analiza la frase *valer la pena*. **u**

Callejón del Gato

Teresa: la toma de la palabra

José Ramón Enríquez

No es algo fácil, inclusive hoy, que una mujer tome la palabra fuera de su casa y en medio de cualquier asamblea, pero era incomparablemente más difícil en la España del siglo XVI. Y era casi imposible si esa mujer venía de una familia con sangre impura, es decir, descendía de una familia judía por más que sus padres ya fueran conversos. Y peor aun, si era nieta de un “marrano” que debió llevar el sambenito en Toledo por haberle encontrado relapso la Santa Inquisición y por tal causa cambiar de domicilio con toda su familia a la ciudad de Ávila para huir de la memoria de una mancha indeleble. Y resulta milagroso si esa mujer sin certificado de limpieza de sangre escogió la vida religiosa como estado civil y lo hizo para no volverse esclava de un marido elegido por conveniencias económicas sino para vivir con un Señor que le permitía crecer en el amor, gracias al silencio y al rompimiento con un mundo que acorrala al más débil. Sí, lo repito, para cualquier mujer de prácticamente todas las épocas y todas las geografías, tomar la palabra en una sociedad de hombres resulta no sólo un ejercicio heroico sino un testimonio de fe. Y así se lo escribe ella misma al Amado elegido por ella y por Él elegida en un párrafo de *Camino de perfección* que le censuraron los inquisidores en múltiples ediciones: “No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas [...] No lo creo yo de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez y no como los jueces del mundo que, como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujeres que no tengan por sospechosa...”.

Y, a pesar de todos y de todo, Teresa de Jesús tomó la palabra y no la ha dejado hasta nuestros días.



Diego Velázquez, *Retrato de Santa Teresa de Jesús*

Con la Inquisición pisándole los pies prácticamente todavía, su voz se escucha mientras ella demuestra un milagroso equilibrio entre la ortodoxia dogmática y la heterodoxia que se enfrenta a la tajante orden de san Pablo en su *Carta a los Corintios*: “que las mujeres callen en las Iglesias”. Por obediencia a esta orden se negó Pío XI a declararla Doctora de la Iglesia, en 1923: “Obstat sexus”, su sexo lo impide. También por eso, tras declararla finalmente Doctora, a la luz del Vaticano II y ya en 1970, el siempre hamletiano Paulo VI tuvo que conformar su decisión con la doctrina paulina, diferenciando entre el magisterio carismático (profético) y el magisterio jerárquico: “¿Acaso se quebranta ahora el precepto apostólico? Podemos responder con claridad: no. Realmente no se trata de un título que comporte funciones jerárquicas de magisterio”.

Ni el Vaticano II ni los avances culturales pueden contra la losa sexista de san Pablo. Sin embargo, en la sociedad oscurantista del siglo XVI, ya el Amado había hablado con Teresa al respecto y ella así lo había escrito en una de sus *Relaciones y mercedes*: “Diles que no se sigan por sólo una parte de la Escritura, que miren

otras, y que si podrán por ventura atarme las manos”.

Teresa de Jesús no inventaba para engañar a los varones, tampoco deliraba ni hablaba sola. Realmente oía una voz, la Voz. Fue eso lo que entusiasmó a una de sus biógrafas más inteligentes y propositivas, la investigadora marxista recientemente fallecida Rosa Rossi: “Indagar sobre Teresa significaba indagar sobre alguien que llegó a tener una extraordinaria experiencia de la escritura como escritura dictada”.

Teresa no deseaba tomar la palabra tan sólo para expresar intimidades propias sino para expresar a esa misma Palabra que le hablaba. Coincidió con *De los nombres de Cristo* de fray Luis de León para quien era la poesía “una comunicación del aliento celestial y divino”. Y en eso también rompía moldes inquisitoriales, porque no sólo le estaba vedado el uso sino también, y sobre todo, la escucha de la Palabra. Para la mujer “y los idiotas sin letras que es lo mismo”, como escribiera el inquisidor Melchor Cano, sólo aves marías a repetir sin sentido una tras otra mientras hacían labores propias de su sexo o las que su idiotéz aconsejara “que es lo mismo”.

Teresa defendió la oración mental para la mujer y, en su *Libro de la vida*, citó a uno de los confesores que mejor la llegaron a entender y más influyeron en ella: “Hay muchas más [mujeres] que hombres a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara (y también lo he visto yo)”.

Teresa de Jesús desemboca a los espejos de mi Callejón del Gato no sólo para festejar 500 años de su nacimiento antes de finalizar el año jubiloso sino para dejar algún eco desde la cátedra que ganara contra todo. **U**

Gandhi y la sexualidad

Ignacio Solares

No sólo la Iglesia católica, también el hinduismo tiene una actitud ambivalente hacia lo sexual. Por una parte, el culto del *lingam*, las esculturas eróticas de los templos, el *Kama Sutra* y las hierbas afrodisíacas. Por otro, *brahmacharya*, la abstinencia sexual, la ansiedad que provoca la pérdida del semen y sus efectos de debilitamiento, acompañado de un resentimiento inconsciente contra la mujer, que es su causa.

El ejemplo más claro de esa actitud negativa ante el sexo es un héroe hindú, nada menos que Gandhi. El estudio de Arthur Koestler al respecto es revelador. Nos dice: “La actitud negativa de Gandhi hacia el sexo nos recuerda la de Tolstói, en la que se inspiraba en parte; pero la de Gandhi era más violenta y confusa”. ¿Podría haber una actitud más negativa hacia el sexo que la de Tolstói? (Tolstói tenía dos fobias: el sexo y la poesía, casi nada).

Una explicación de sus orígenes podría ser el episodio, relatado en su autobiografía, de la muerte de su padre mientras él hacía el amor con su esposa. En esa época Gandhi tenía 16 años (se había casado a los catorce) y había pasado la tarde, como de costumbre, atendiendo a su padre enfermo. Su tío lo relevó unos minutos y Gandhi fue a su recámara a encontrarse con su esposa, con la que se encontraba haciendo el amor cuando el tío dio fuertes golpes en la puerta. El padre de Gandhi había muerto.

“Corrí al cuarto de mi padre. Me di cuenta de que si la pasión animal no me hubiera cegado, me habría ahorrado la tortura de estar separado de mi padre en los últimos momentos. Habría muerto en mis brazos. Esta vergüenza de mi deseo carnal fue una mancha que nunca he sido capaz de borrar ni de olvidar”.

Los efectos de esta actitud sobre sus hijos están bien documentados por Koestler. Se negó a enviarlos a la escuela porque deseaba moldearlos a su propia imagen y, puesto que él había renunciado al sexo, esperaba lo mismo de ellos.

Cuando Harilal, su hijo mayor, quiso casarse a los dieciocho años, Gandhi le negó el permiso. Sin embargo, Harilal lo desobedeció, por lo que Gandhi “renegó de él”. Pero doce años después, en 1918, la esposa de Harilal murió de influenza, y él decidió volverse a casar puesto que tenía niños pequeños a los que una mujer debía atender. Una vez más, Gandhi se opuso. Y ahora sí, incomprensiblemente, Harilal le hizo caso, al mismo tiempo que empezaba a neurotizarse y a alcoholizarse, además de volverse aficionado a las prostitutas. El resentimiento hacia su padre se tradujo en una carta que publicó con el seudónimo de Abdullah. Gandhi le contestó, lo que equivalía a denunciar en público a su propio hijo:

“En efecto, soy el padre de Harilal M. Gandhi. Es mi hijo mayor, tiene más de treinta años y es padre de cuatro hijos. Hace quince años descubrimos que sus ideas y las mías eran diferentes... Era y es aún muy ambicioso. Quiere hacerse rico fácilmente... Los hombres pueden ser buenos, pero sus hijos no lo son necesariamente”.

Padre e hijo no volvieron a verse.

La actitud de Gandhi con su segundo hijo, Manilal, no fue mejor que con el primero. A los veinte años, Manilal cometió el (para su padre) imperdonable pecado de perder la virginidad con la mujer que era su novia. Ella no quedó embarazada, pero comentó el incidente a sus padres, quienes a su vez se lo dijeron a Gandhi. Este hizo una escena en público, poniendo

do en ridículo a su hijo, ayunó en penitencia y decretó que nunca permitiría que Manilal contrajera matrimonio. Incluso, logró convencer a la pobre muchacha culpable de que se afeitara el pelo, algo que en aquel entonces (y ahora mismo, claro) era uno de los mayores castigos que se podría infligir a una mujer. Tuvieron que pasar quince años para que Manilal desobedeciera a su padre y contrajera matrimonio... con otra mujer.

La verdad es que la actitud de Gandhi hacia sus hijos era abiertamente cruel y podría tener como causa algo que él mismo confesó en su autobiografía: “Fui esclavo de la pasión al concebir a Harilal”.

O:

“Tuve una vida imperdonablemente carnal durante la infancia de Harilal”. Koestler nos dice:

“Sin duda, Gandhi estaba expiando sus propios pecados en sus hijos. Mediante sus esfuerzos por evitar que se casaran, intentaba privarlos de su virilidad, convencido de que tenía ese derecho puesto que él había renunciado a su propia sexualidad”.

Invariablemente, Gandhi se refería al acto amoroso como “la pasión animal” y al papel desempeñado por la mujer como el de una “víctima” u “objeto”. Respecto al deseo sexual de las mujeres, aconsejaba: “Que transfieran su amor a toda la humanidad, que olviden que alguna vez fueron o pueden ser objeto del deseo de un hombre”. Frase terrible que nos recuerda otra en sentido opuesto a la de Albert Camus: “Conozco algo peor que el odio: el amor abstracto”.

El acto sexual sólo era permitido con fines de procreación y, mientras menos veces, mejor; realizado por placer equivalía a un total regreso al “estado animal”.

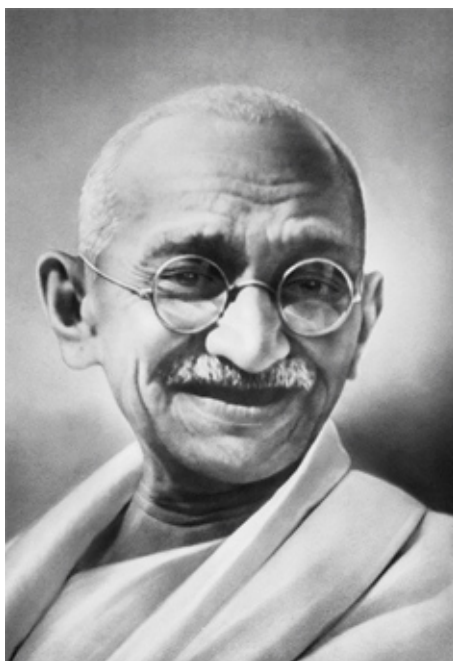
Si una familia quería tener tres hijos, por ejemplo, lo ideal era que tuviera *sólo tres relaciones sexuales* en su vida. Gandhi rechazaba sin condiciones el control de la natalidad, incluso dentro de los límites permitidos por la Iglesia católica, lo que ya es decir. ¿Cómo sería una plática al respecto entre Gandhi y nuestros últimos Papas? ¿Será, como decía el propio Camus, que el odio hacia el placer es reflejo de un odio hacia la humanidad y de un ateísmo en potencia? ¿Y entonces la santidad de nuestros más prestigiados santos?

El propio Gandhi cuenta la importancia (negativa) que daba a las relaciones sexuales entre sus familiares y amigos en un pasaje que incluye en su autobiografía. Estando lejos de su *ashram* se enteró de que dos de sus discípulos predilectos han cometido el pecado imperdonable de amarse carnalmente. Su reacción habla por sí sola:

“En una ocasión, cuando estaba en Johannesburgo, recibí la noticia de la caída moral de dos miembros del *ashram*. Las noticias sobre un fracaso o revés en la lucha (política) no me impresionaban, pero esa noticia me cayó como un rayo. El mismo día tomé un tren para Fénix. El señor Kallenbach insistió en acompañarme. Se había dado cuenta del estado en que me hallaba. En la ruta vi claramente cuál era mi deber. Sentía que el guardián o maestro era responsable, hasta cierto punto, del error de su discípulo... También me pareció que los culpables sólo se darían cuenta de mi pena y de la profundidad de su falta si yo hacía penitencia. Así que me impuse un ayuno de siete días e hice voto de tomar sólo una comida durante un período de cuatro meses y medio. El señor Kallenbach intentó disuadirme, pero en vano. Finalmente, aceptó lo apropiado de la penitencia e insistió en unirse a mí... Mi penitencia mortificó a todo el mundo, pero aclaró la atmósfera. Todos se dieron cuenta de lo terrible que es ser pecador”.

La abstinencia sexual puede procurar beneficios espirituales a las comunidades de monjes o monjas que están segregadas del sexo opuesto y cuidadosamente protegidas de la tentación. Pero Gandhi se había buscado una ruta muy especial y

ardua hacia el *brahmacharya*; se sentía obligado a exponerse a la tentación a fin de comprobar los progresos del control sobre sí mismo. Consideraba que esas pruebas (que continuaron hasta el final, cuando ya casi tenía ochenta años) eran una aventura de pionero, otro “experimento con la verdad” (como tituló su autobiografía). Los experimentos comenzaron con su propia esposa tras haber hecho el voto, y continuaron con otras mujeres más jóvenes. En una carta dirigida a Bose, justificando estas prácticas, Gandhi decía:



Mahatma Gandhi

“Me sorprende que usted suponga que mi experimento supone la inferioridad de la mujer, como sucedería si yo la mirara con deseo, con o sin su consentimiento. Siempre he creído en la igualdad perfecta del hombre y la mujer. Mi esposa era ‘inferior’ cuando era el instrumento de mi deseo. Dejé de serlo cuando se acostó desnuda junto a mí como una hermana. Si ella y yo no nos agitamos lujuriosamente en nuestras mentes y cuerpos, el contacto nos eleva a ambos.

“¿Debe haber diferencia si no es mi esposa, como ella lo fue, sino alguna otra hermana? Espero que no me atribuya deseos lujuriosos hacia las mujeres o muchachas que han estado desnudas conmigo como Manu”.

La Manu mencionada en la carta era la nieta de un primo, Kasturbai. Había per-

dido a su madre cuando era niña y Kasturbai se había ocupado de ella. A la muerte de Kasturbai, Gandhi se hizo cargo de la chica. “He sido un padre para muchas personas, pero para ti soy una madre”, le escribió. Por extraño que parezca, esperaba que ella lo viese literalmente como una madre, hasta el punto de que Manu escribió un libro titulado: *Bapu, mi madre*. Esta “chica en flor de dieciocho años”, como la llamaba Gandhi, afirmaba estar libre de todo deseo sexual.

Aparentemente, Manu no sentía ninguna vergüenza de acostarse desnuda junto a él. Agradecía a Gandhi sus servicios cuidándole durante sus enfermedades y ayunos. En su diario apuntaba, entre dos mensajes políticos, los efectos del enema que le había aplicado y algunos detalles: “Mientras se bañaba, Bapu me decía palabras con gran cariño y también me acarició la espalda”.

Para Gandhi, sin embargo, ese fue un experimento crucial. Si tenía éxito, “demostraría que su búsqueda de la verdad había tenido éxito. Su sinceridad impresionaría a los musulmanes, sus oponentes de la Liga Musulmana, e incluso a Jinnah, quien dudaba de su sinceridad”.

Gandhi creía, sinceramente, ser un instrumento de Dios, quien “me guía para que reaccione ante las situaciones que se producen”. Pero el instrumento debe ser puro, estar libre de deseos carnales y para alcanzar esa libertad tenía que pasar por sus experimentos en *brahmacharya*. Eso “le ponía en contacto con el infinito”.

También escribió a Acharya Kripalani, presidente del Congreso, lo siguiente: “Esta es una carta muy personal, pero no privada. Manu Gandhi, mi nieta... comparte el lecho conmigo, los dos desnudos y sin una sombra de deseo sexual. He reflexionado profundamente sobre esta cuestión. Todo el mundo puede renegar de mí, pero yo no abandonaré lo que creo que es la verdad para mí y se sabrá tarde o temprano. Ya con anterioridad me he arriesgado a la perdición. Sea pues esta la realidad si es que ha de serlo”. Y pide a Acharya que la transmita y discuta la cuestión con otros políticos... en plenas negociaciones por la independencia. **U**

Aguas aéreas

García Márquez y la poesía

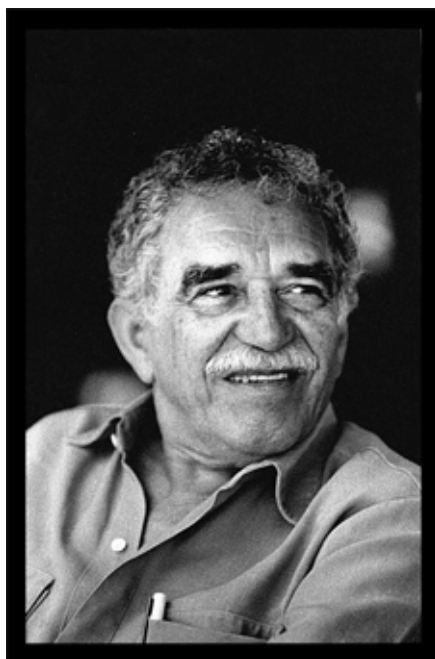
David Huerta

García Márquez le dijo, hace muchos años, a su paisano, el poeta y crítico Juan Gustavo Cobo Borda, lo siguiente:

La verdad es que si no hubiera sido por “Piedra y Cielo”, no estoy muy seguro de haberme convertido en escritor. Gracias a esta herejía pude dejar atrás una retórica acartonada, tan típicamente colombiana... Creo que la importancia histórica de “Piedra y Cielo” es muy grande y no suficientemente reconocida... Allí no sólo aprendí un sistema de metaforizar, sino lo que es más decisivo, un entusiasmo y una novelería por la poesía que añoro cada día más y que me produce una inmensa nostalgia.

Es una verdad, me parece, interesantísima. Puede formularse también de una manera sinóptica: la vocación literaria de este individuo admirable de Aracataca se debe a su contacto con la poesía. Lector asiduo de versos de toda laya; admirador de un puñado de figuras poéticas (Garcilaso de la Vega, Lope de Vega, Rubén Darío, entre muchos otros); discípulo en Cundinamarca del poeta piedracielista Carlos Martín, quien lo animó a publicar por vez primera; amigo personal de Pablo Neruda y lector cuidadoso de Octavio Paz, Gabriel García Márquez y sus escrituras no pueden entenderse cabalmente, en las estribaciones estilísticas de su obra y en su actitud general ante el lenguaje, si no se toma en cuenta su visión de la poesía.

Los piedracielistas... ¿Quién se acuerda de ellos? Y sin embargo ahí están, en la historia y en la memoria de la literatura colombiana, y en las raíces de los libros más famosos del país. La declaración de García Márquez es impresionante: le da crédito al piedracielismo, como hemos di-



Gabriel García Márquez

cho, por su vocación literaria. En los *Textos costños*, sin embargo, no faltan páginas en las cuales arremete contra todos ellos y los juzga con severidad. Algunos nombres de piedracielistas: desde luego, y a la cabeza del grupo o movimiento, Eduardo Carranza; Jorge Rojas; Aurelio Arturo; el ya mencionado Carlos Martín, maestro de García Márquez en Zipaquirá, según las noticias de Juan Gustavo Cobo Borda.

Del origen del piedracielismo colombiano —y sobre todo de su nombre— es muy fácil dar noticia. En 1919, Juan Ramón Jiménez publicó el libro *Piedra y cielo*. Sus admiradores en Bogotá y en Cundinamarca lo leyeron con avidez; adoptaron la frase para echar a andar un movimiento poético. La herencia simbolista les pareció a esos jóvenes sudamericanos digna de tomarse en cuenta y más todavía: de aclimatarse al español latinoamericano, colombiano, bogotano, sobre todo para desuncirse del carro del modernismo, conducido cansinamente por Guillermo Valencia. Unos cuantos años más tarde, la aparición de Pablo Neruda en los años veinte y treinta dividiría el campo poético en lengua española en dos ban-

dos definidos: los juanramonianos y los nerudófilos. Allí, en esa división, nace una cantidad enorme de mitos, de tomas de posición, de actitudes combativas.

El piedracielismo fue una rebelión contra el pasado más o menos reciente de la poesía colombiana, y específicamente contra Valencia, figura autoritaria y digna de todo rechazo, según esos jóvenes. No sé, no estoy seguro de si García Márquez pensaba en Valencia cuando habló con Cobo Borda de “dejar atrás una retórica acartonada, tan típicamente colombiana”. Lo cierto es esto: la rebelión antimodernista de Piedra y Cielo se explica por la cercanía, en el tiempo, de sus integrantes y la generación de Valencia. García Márquez pertenece, claro, a una generación posterior, y quienes sirven como mediadores (mediadores críticos) entre él y Valencia fueron los piedracielistas.

Para García Márquez el piedracielismo es “una herejía”: porción grande y necesaria de salud rebelde en un ambiente acartonado, adocenado, estéril. Un sistema de metaforizar, la adquisición de una “novelería por la poesía”: eso le dio el piedracielismo al futuro novelista. Le dio un lenguaje, dicho de otro modo: el lenguaje de la poesía.

Pero hay aquí mucho más. Algo fundamental: los inicios literarios del fabulista de Aracataca: inicios en verso. Más adelante transcribo algunos de esos versos: heptasílabos y endecasílabos rimados en un romancillo y en un soneto, respectivamente.

En 2007 se celebraron los 40 años de la publicación de *Cien años de soledad* y la Real Academia de la Lengua decidió marcar esa celebración con una edición popular de la novela; unos cuantos ensayos

acompañaban la edición a modo de apéndices informativos o críticos. El ensayo más interesante de los publicados en esa edición, para mí, es el de Cobo Borda, titulado significativamente “El patio de atrás”; lo mismo podría llamarse “Los fundamentos”, “Los principios”, o cualquier otra frase evocadora de los primeros años del escritor colombiano más famoso de la historia.

En 1945, a los 17 años, García Márquez es capaz de componer sonetos bien escandidos y bien acentuados. Los firma con el pseudónimo de Javier Garcés; quienes saben del estilo piedracielista, o de los estilos de esa escuela, como Cobo Borda, afirman el aire cómplice con ese movimiento de los versos de “Javier Garcés”, conservados por su maestro Carlos Martín y por sus condiscípulos. He aquí el principio de uno de esos sonetos:

Si alguien llama a tu puerta, amiga mía,
y algo en tu sangre late y no reposa
y en su tallo de agua, temblorosa,
la fuente es una líquida armonía...

Las estrofas siguientes —el segundo cuarteto y los tercetos— penden, por así decirlo, de la anáfora del “si” condicional: si llaman, le dice el poeta a esa mujer... “abre, que es el amor, amiga mía”. La carga de cierto romanticismo estereotipado es indisimulable; pero el soneto está bien hecho.

Algo semejante ocurre con los heptasílabos de 1947: “Elegía a Marisela – Geografía celeste”. He aquí los primeros versos del romancillo:

No ha muerto. Ha iniciado
un viaje atardecido,
de azul en azul claro
—de cielo en cielo— ha ido
por la senda del sueño
con su arcángel de lino.

Ese “arcángel de lino” ya es una promesa, una prefiguración, de las visiones poéticas de los cuentos y las novelas futuros del joven poeta. Cobo Borda anota con acierto: “Si Borges ya viejo todavía bromeaba con el fantasma ultraísta que lo habitaba, también García Márquez lleva consigo un fantasma piedracielista”.

En la página 199 de las memorias de García Márquez (en la primera edición), *Vivir para contarla*, este recuerda a un poeta muy popular, ahora enteramente olvidado, llamado José Manuel Marroquín. Cuenta el memorialista haber estado alguna vez “obnubilado por completo por un disparate genial” de ese poeta bogotano, “que enloquecía al auditorio desde la primera estrofa”: “Ahora que los ladros perran, / ahora que los cantos gallan, ahora que albandando la toca / las altas suenas campanan”, verdadero juguete prodigioso del ingenio. La cita continúa algunos versos más, como para permitirle al lector acostumbrarse al mecanismo verbal de la pieza de Marroquín.

El poema de Marroquín se titula “Serenata” y cuenta con cierto pormenor, en octosílabos romanceados con una rima en *-a*, precisamente la serenata de un individuo llamado Calixto a su novia Carmen, pareja a la cual no cuesta imaginar muy joven. Aquí abajo reproduzco versos del mismo poema, no citados en las memorias del novelista de Aracataca:

Tú en tanto duerma tranquilos
en tu rega camalada
ingratándote así burla
de las amas del que te ansia.
¡Oh, ventánate a tu asoma!
¡Persiane un poco la abra
y suspire los recibos
que esta pobra exhale alma!

Una parte de la obra narrativa de García Márquez está dedicada a la poesía, a los poetas, a los poemas, acompañantes suyos de toda la vida.

En *El otoño del patriarca*, Rubén Darío hace una aparición formidable. El dictador asiste con desgano al Teatro Nacional a escuchar las declamaciones de un poeta llamado Félix Rubén García Sarmiento, “que había de hacerse famoso con el nombre de Rubén Darío”. Los poemas leídos en voz alta por el autor toman por asalto al patriarca: nadie le ha hecho experimentar algo semejante. Se siente, ante el poeta y sus poderes, “disminuido y solo”. Para sus adentros, exclama: “carajo, cómo es posible que este indio pueda escribir una cosa tan bella con la misma mano con la que

se limpia el culo”. La “cosa bella” es el poema “Marcha triunfal”, portento de la versificación acentual; el novelista glosa algunos versos, engastados libre y juguetonamente en el flujo irresistible de la prosa de esa novela torrencial, la entrega inmediatamente posterior a la novela *Cien años de soledad*. Cuando muchos escépticos o descreídos no acababan de sentenciar “está liquidado”, “no volverá a escribir nada parecido [a *Cien años...*]”, el escritor colombiano dio a conocer *El otoño del patriarca*, con ese bello homenaje al patriarca-libertador Darío, nicaragüense.

Pablo Neruda es protagonista notorio de uno de los *cuentos peregrinos*: el titulado “Me alquilo para soñar”. Lope de Vega aparece citado como hombre de sabiduría en *Vivir para contarla*, aun cuando la memoria creadora y recreadora de García Márquez le hace decir algunas cosas imposibles de hallar en la obra del pródigo madrileño. Pero la aparición más deslumbrante de la poesía, los poetas y los poemas ocurre en la novela *Del amor y otros demonios*, homenaje cartagenero al poeta toledano Garcilaso de la Vega. Desde el homenaje de Juan Goytisolo a Góngora en la novela *Reivindicación del conde don Julián*, ningún otro novelista le había dedicado páginas tan bellas y emocionantes a la poesía de nuestra lengua.

Los personajes de *Del amor y otros demonios* (1994) se llaman Sierva María de Todos los Ángeles y Cayetano Alcino del Espíritu Santo Delaura y Escudero. Son una poseída por el demonio y un exorcista —pareja improbable de una tragedia romántica, pero he aquí la temeridad de un escritor de raza. En el nombre del galán, “Alcino” recuerda una serie de poemas lopescos: los célebres *sonetos de los mansos*. Pero el tiro va por otro lado: en la página 107 de mi edición (reimpresión de 1994), la historia toma un rumbo imprevisto; Cayetano está convencido “de que su padre era descendiente directo de Garcilaso de la Vega”. Esa noticia está más o menos a la mitad del relato. La novela se transforma entonces en un largo testimonio de admiración por el príncipe de los poetas castellanos; sin dejar de ser, a la vez, una extrañísima historia de amor. **U**

Tras la línea Insomnio, el límite

Sergio González Rodríguez

Siempre me ha parecido que el insomnio es una pugna con fantasmas. Algo visceral y mental, algo en el reverso de mí mismo, algo ni líquido ni sólido, sustancia de pronto visible, de pronto invisible. Un vértigo inmóvil. Una probada del limbo, ese universo entre los vivos y los muertos al que me asomo si el sueño abandona mi teatro de operaciones del deseo y lo ocupan los fantasmas temibles: las preocupaciones y temores irracionales, el antiguo miedo abismal a la noche, las culpas impías.

El insomnio, a mi parecer, ofrece lo contrario de la lucidez y la maravilla, deposita en mi cuerpo por minutos u horas una dosis de la soledad de los moribundos. Admiro a las personas, como Elizabeth Hardwick, que supo reemplazar el sueño con la vigilia nocturna, y escribió un libro donde su mente se ocupa de llenar, con la memoria de lo acontecido días tras día, esos espacios en blanco que abre la escritura desesperada. Lo tituló *Noches insomnes*.

En ese libro dispendioso de convergencias sensibles y exacto como una metáfora unívoca, Hardwick refiere una noche de octubre en el Nueva York de 1973, después de una tarde cálida y plena de smog. En un salón para ciegos del vecindario comienza a escucharse una alarma antirrobo: “sonaba incansable como si mil ambulancias estuvieran cruzando la ciudad a la velocidad del rayo, tronando, silbando, alertando de su misión salvadora. La alarma sonó sin piedad durante una hora. Empezaba a imaginarme a los ciegos, su carne pálida, blanda y azulada, temblando en los pasillos. Mil bastones blancos golpeando, y presos del pánico, perros guardianes gruñendo bajo sus arneses”.

Mi registro del insomnio evoca, por fortuna, algo más digno que el desamparo



de los ciegos aquellos, pero igual de atroz: la desazón amorosa. Noches atrás, soñaba con mi estancia en una casa ajena, o alquilada, o un cuarto de hotel. Muy cansado, llegaba a dormir después de algún viaje. Me metía en la cama, las sábanas y las cobijas hasta el cuello, y soñaba. Venía a mí una adolescente que amé. Ella se presentó tan hermosa y joven como si el tiempo no hubiera transcurrido. Me evadía, y yo moría de deseo por ella. Me dejó en medio de una promesa de vernos pronto. Desperté.

El sueño fue tan vívido que pensé en la vieja conseja: ha muerto ella y vino a despedirse. Mi sueño se interrumpió. Durante un par de horas me revolví en la cama para recuperar el reposo. Cayó una tormenta de ideas inconexas, temores gratuitos, reproches tardíos, recuerdos perdidos que asolaron mi insomnio súbito. Pensé en seres queridos muertos, en la hermosa perrita Noche que supo de la calidez de un techo amoroso (que fui incapaz de darle: sólo fui testigo de ello) después de años de vivir en la intemperie y, un mediodía, tuvo que ser sacrificada para evitar que sufriera más.

Y vi rostros, conjeturas, recurrencias absurdas que, apenas comenzaba a dormir yo, exigían las razones, o las atendiera, o las desgarrara mientras otra ocurrencia vicaria ocupaba su lugar. El cansancio me venció al fin y pude dormir. Y me observé de nuevo en el alojamiento del inicio de la noche: arriba de mí, otro yo dormía en la misma cama inserta en el techo del cuarto donde, abajo, atestiguaba yo la escena. O yo veía dormir a alguien (¿el vecino de arriba?) o era la proyección de un desdoblamiento de mí mismo; o yo era, abajo, el sueño de alguien más, que estaba arriba.

El mayor delito del hombre es haber nacido. La frase parece provenir de un raptó de insomnio, que Pedro Calderón de la Barca supo incluir en *La vida es sueño*. Podría decirse que el insomnio es un paréntesis en el flujo onírico que realza la culpa subyacente a la propia existencia, y que el sueño sabe adormecer también. La vida que incurre en dicho paréntesis, en su atracción ciega, evoca el devenir de los criminales o los abyectos, los erráticos y los toxicómanos.

En el filme *Insomnia* de Christopher Nolan, un detective astuto debe dilucidar un asesinato junto con un compañero, al cual mata por accidente mientras indaga al criminal, quien resultará su contraparte indeseable. La luz solar de aquel confín en Alaska, el nudo de culpas que lo abaten, deja al detective en una zona de alto riesgo donde las pesadillas encarnan en un continuo insomnio.

La obsesión de aquel cineasta con la dimensión onírica y la memoria alcanza una frontera interesante con esa película, que alude a la figura del detective insomne, en una línea narrativa que ha visto, ya



sea en la literatura o en la pantalla, al detective beodo, al detective loco, al detective racional, al detective visceral, al detective vidente, al detective criminal, al detective nigromante, al detective travesti, al detective traumatado, al detective hogareño, al detective moribundo, al detective psiquiatra, al detective lisiado, al detective drogado, al detective matón, al detective abogado, al detective salvaje, etcétera.

El acierto de Nolan en *Insomnia* consiste en convencer al espectador de que, a pesar de toda adversidad, el castigo se cumple. Así como en el ámbito judicial la sentencia implica el fin trascendental de la Ley, en lo policial la detención o muerte del transgresor accede al único acto de fe que vale la pena realizar. Por eso, el detective en sus múltiples figuras suele dormir poco o mal muchas veces.

Los insomnios desatan sueños complicados y dimensiones interpuestas. Antes de pensar que los niños que habitan en el limbo me torturaban con su prefiguración de pensamientos nonatos que los persiguen por los siglos de los siglos, he recordado una música específica que, a mi juicio, presenta cierto parecido con el insomnio, el cual referiré. Una música apasionada, enloquecida, de cauces imprevisibles, lo bastante fiel a sí misma como para reiterarse en forma distinta cada vez, bajo el ritmo de una resonancia sin sosiego y, a la vez, fatigante hasta semejar el aviso de un oleaje que amaina. Una exhalación descendente, una lucidez enceguecida poco a poco que, de pronto, se reanima y crece, intensifica y vuelve a extinguirse, casi siempre, de súbito, por lo que deja un aire de remanso y embriaguez caída.

Franz Schubert, a los 17 años, supo consignar en un lied, “Margarita y la rueca”, el desasosiego de Margarita, enamorada de Fausto, que inspiró la obra de Goethe. Escrito en 1814, ese lied habla de la inanidad de la vida en ausencia del ser amado, de los sentidos que deliran incoherencias, de caminatas errabundas y nostalgia ante la ventana. En la música, las vueltas y círculos estructuran la pieza musical que entrecruza la voz y el piano. Un torbellino en busca de calma. El mito de Penélope se halla en el trasfondo goethiano que retoma Schubert: Penélope teje de día y desteje de noche para ganar tiempo y aguardar el regreso de su esposo ausente. Su insomnio de mujer fiel le permite esperar los veinte años que tardará en volver el ser amado.

La magistral interpretación de Kiri Te Kanawa del lied sólo tiene parangón cuando Khatia Buniatishvili, en plenitud de su feminidad creativa, la melena sobre el rostro hermoso y abstraído, acomete la pieza de Schubert al piano, las manos gráciles y firmes al mismo tiempo, su vuelo que intriga y cobija: al escucharla, quiero pensar que el desvelo de las mujeres proviene del amor. Por eso, las madres velan a sus hijos, a sus enfermos, como nadie puede hacerlo. La mujer que vela trasciende el dolor, intercambia alivio por su insomnio. La pérdida del sueño es una de las grandes adversidades del ser humano.

La privación del sueño se ha usado para experimentos clínicos hasta perfeccionar métodos de tortura psicológica y neurológica, ya sea para sondear los límites de la razón, para consumir interrogatorios contra la voluntad de la persona, intro-

ducir ideas en el subconsciente con el fin de manipular conductas o por simple acto cruel. Cualquiera sabe que si alguien deja de dormir durante un día, su organismo se altera, pierde sentido de la realidad, su conciencia se fragmenta, alucina y escucha voces extrañas, como si padeciera de esquizofrenia. La tercera parte de la población mundial padece de insomnio, y la mitad de ella lo ha padecido alguna vez. Esta fuga de los sueños cobra un estatuto simbólico muy significativo en estos tiempos de enormes, aceleradas, inciertas transformaciones planetarias.

En *Noches blancas*, Fiodor Dostoievsky empleó el tiempo especial de las noches blancas de San Petersburgo, en el umbral entre mayo y junio en el que aparece el sol de medianoche y la oscuridad se niega, para narrar la historia de un desencuentro amoroso entre dos jóvenes. El relato tiene la intensidad casi monomaniaca del propio narrador, si bien se alterna un elemento dialogal para hallar equilibrio dramático.

Se podría leer esa novela breve como el registro de un insomnio específico que debe encarar el despertar del deseo, la inquietud, la esperanza y, por último, la decepción; la peor de ellas: saber que el ser amado corresponde, pero le resulta imposible abandonar su destino con otra persona. Dostoievsky introduce el efecto redentor del perdón y la gratitud: sólo un momento de dicha, ¿acaso eso es poco para toda una vida humana? Desde tal punto de vista, a todo insomnio le sigue un reposo, los fantasmas voraces se extinguen entre la resignación y la sabiduría. La moneda de oro en la mano del mendigo de los sueños. **U**

A veces prosa

Antes

Adolfo Castañón

ANTES I

No sé llevar bien las cuentas. Algo falla. No sé, por ejemplo, cuántos son 43... o cuántos eran dos mil. Antes éramos tan ricos que los muertos se contaban por miles... Se me hace difícil sumar el # de los que el periódico da por muertos cada día #... No sé cuántos ejemplares imprime el periódico #. No sé cuántos periódicos hay en México. Todos parecen decir el mismo #. No sé tampoco ni quisiera saberlo quién los paga. A veces pienso que son el mismo periódico. Que todos los días les cambian la fecha, pero que es el mismo con las mismas faltas de ortografía, con la misma rota o amanerada sintaxis. Que son los mismos muertos, las mismas muertas. (Éramos tan felices cuando las usábamos como título de novela). No lo sé, no lo creo. Antes el agua no costaba ni había guerras por el oro azul. El pan no sabía a trapo. No había gusanos en la basura. Las casas no se de-

rrumbaban a la primera lluvia. Las calles no se inundaban a la primera granizada. La lluvia no era ácida. No había necesidad de hacer planes de desastre para el país o la familia o la humanidad. Los hijos no tenían que irse a otros países. Sólo había desastres, pero no nos preguntábamos quién estaba ganando con ellos. Poco importa el color o la forma de los ojos de ese quién... Me imagino que a él o a ellos sí les salen las cuentas...

ANTES II

Me hace falta México, el México de antes (¿no será una redundancia?, ¿no es la maldición de México que siempre es el de antes?) cuando veía sin vértigo las corridas de toros y comía con arrojo tacos de cabeza en tendajones improbables e insomnes, el de los charcos en que caía la Piedra de Sol sin ensuciarse. Me hacen falta

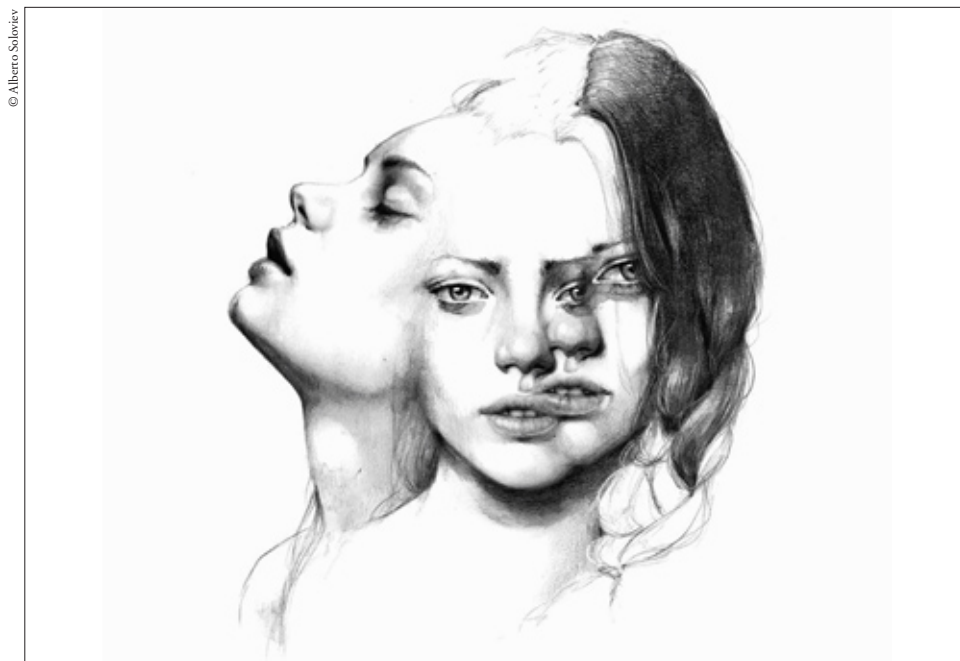
las tardes jugando al trompo a la orilla del camino. Extraño la bendita mosca de tu escritura novia y al travieso mosquito que no sabía a dengue. Lloro por el polvo perdido y por las fiestas incendiadas por chorros de bengala mientras en la esquina se desangraba el aguamiel; todos lloran por los desaparecidos, pocos se acuerdan de los que no desaparecieron y siguen ahí dando y tomando clases bajo la lluvia cruda y el calcinado sol entre la basura y la desesperación. Me hace falta el antes.

ANTES III

La abuela me contaba que las indias pregonaban: “Chichicuilotitos vivos...” recién traídos del lago, para cocinarlos enlodados. A mi padre le tocaron los gritos alargados de “Botella, fierro viejo que vendan...”. Por nuestras calles, en cambio, resuena el mismo anuncio pelado por una voz gritona que ha sido grabada: “Se compran refrigeradores...”, para que los choferes sordos y tartamudos no tengan que desgañitarse o la misma ininteligible grabación vendedora de tamales (esas voces fabricadas también se pueden comprar en un mercado). Me alegra, aunque no compre nada, el silbato del vendedor que pasa con su vaporera ambulante como un dios en el destierro vendiendo camotes y plátanos. Aunque no tenga nada que tirar, la campana que trae el carro de la basura me suena a viático y reverencia. ¿Qué recordarán los nietos cuando ya todo esté pavimentado?

*Yo me quedo callado:
¿de quién podría hablar?*

OCTAVIO PAZ, “Intermitencias del oeste (2)
(Canción mexicana)”,
Ladera este (1968) **U**



© Alberto Soloviev

La epopeya de la clausura

Conrad: los últimos momentos

Christopher Domínguez Michael

Antes de emprender la travesía a la que invita Sexto Piso al publicar la voluminosa *Narrativa breve completa* (2015), de Joseph Conrad, quiero recordar el par de libros que Jessie Conrad escribió sobre su marido, el gran novelista anglopolaco. Hoy causan rubor por ser una muestra de amor conyugal ciego y de una devoción inquebrantables, incluso pensando en la medida de lo que eran, a finales del siglo XIX, las relaciones entre los hombres y las mujeres. En *Joseph Conrad as I knew him* (1926) y *Joseph Conrad and His Circle* (1935), Jessie, una mujer de escasa instrucción casada con Conrad desde 1894, retrata al novelista como un excéntrico malhumorado que dominaba a su familia como a la última de las tripulaciones que le tocó guiar. El candor de Jessie, quien en 1903 sufrió un accidente que la dejó parcialmente inválida, nos narra la estricta obediencia debida a su esposo, el autor de *Lord Jim* (1900), *Nostramo* (1904), *El agente secreto* (1907), entre otras grandes novelas.

Conrad nació el 3 de diciembre de 1857, en Berdichev, en la antigua Polonia y murió en Canterbury, Inglaterra, el 3 de agosto de 1924. A continuación ofrezco al lector fragmentos de la crónica que del fallecimiento de Conrad dejó Jessie, su enfermera y dactilógrafa, ella misma gravemente enferma. Dice en la vieja traducción argentina (*Conrad, El hombre y su círculo*, Nova, 1945) de J. de Arosa que en el 150 aniversario del nacimiento de Conrad reproduce en el desaparecido suplemento “El Ángel” de *Reforma*:

“En la víspera del día en que me interné otra vez en la clínica, donde pasé siete u ocho meses, mi esposo fue a Londres para almorzar con el embajador de Polonia. Dejó órdenes para que el metálico de su estrecha cama —la que había cambiado por

la suya con la enfermera— fuese arreglado durante su ausencia, esa que debió durar un solo día. En vez de cumplir lo ordenado por él, pedí a una mueblería de Canterbury que enviase una cama de dos plazas. Quedé muy satisfecha creyendo que había asegurado una mayor comodidad a mi esposo. Pero sus nervios estaban al rojo vivo y cualquier cosa le servía para hacer una escena. A pesar de mi larga experiencia respecto a sus rarezas, confieso que aquel día no esperaba la tempestad que estalló sobre mi pobre cabeza. Se puso rabioso cuando vio la nueva cama que —decía— semejava un catafalco. En vano traté de conformarlo, diciéndole que si le desagradaba el nuevo lecho podía cambiarse por otro al día siguiente. Por primera vez, se fue a acostar sin darme un beso. Aunque parezca tonto, yo pasé la noche llorando.

“Después de la intervención que sufrí, permanecí acostada con el pensamiento puesto en mi hogar. Mi marido estaba otra vez con un ataque de gota, pero, según supe más tarde, no se trataba de una de sus crisis corrientes... Cuando se encontró un poco aliviado fue a verme dos o tres veces. Sus visitas fueron cortas. Llegaba siempre agotado por el viaje en auto y por las emociones. Estaba enojado porque mi mejoría era muy lenta y su estado de nerviosidad era más intenso que nunca. Casi no hablaba; se sentaba en el sillón y dormitaba. Repetidamente me decía:

—“Deseo que vengas enseguida para casa, Jess.

“Escribió al hospital dando las más detalladas instrucciones para mi traslado a casa, y él quería estar presente para el caso. ¡Qué vuelta a casa! Era la segunda vez que me llevaba en ambulancia, pero en esta tomaron más precauciones. Faltaban doce días para el trágico 3 de agosto de 1924.

Aunque tuve que permanecer quieta, estaba al lado de Conrad. Pude pasarle a máquina lo último que había escrito y que quedó sin concluir: *Legends*”.

Ambos enfermos pasaron juntos varios días. Pese a estar en el límite de sus fuerzas, Jessie atendía a un Conrad que empeoraba:

“No sabíamos lo que debíamos hacer para aliviar la opresión que aquejaba al enfermo. Por consejo de Curle nos decidimos a llamar a otro médico, que vino enseguida y pasó una hora con el paciente. Su opinión fue la misma que la del médico de cabecera. Indicó simplemente que, cuando estuviese bien, mi esposo debería arreglarse la dentadura.

”Joseph Conrad y yo pasamos la noche en vela. A las seis de la mañana el mismo Conrad hizo llamar a Boris para pedirle que fuese a llamar a un enfermero. Más tarde me dijo a través de la puerta cerrada:

—“Oye, Jess, estoy mejor ahora. Todo esto es para hacerte andar.

”Yo murmuré un ferviente ¡gracias a Dios!, y le respondí a mi vez con el mismo tono alegre. Después de eso le oí alabar los buenos cuidados que le había proporcionado su ayuda de cámara, a quien rogó que se sentase en una butaca cerca del fuego, y luego, que se retirara a descansar. Pasaron algunos minutos. Yo escuchaba el familiar palmeteo de sus manos contra los brazos de su butaca. Después vino un ruido confuso y ahogado. Corrieron a su habitación, a la llamada de mi timbre, y se le encontró apoyado sobre las manos y las rodillas, caído de la butaca, muerto. Yo había oído sus últimas palabras, pero la suerte cruel no me permitió mover para acercarme a él. Mis muletas estaban apoyadas contra la pared en el otro extremo de mi habitación, fuera de mi alcance”. **U**

Zonas de alteridad

Byung-Chul Han:

Filosofía para la edad del caos

Mauricio Molina

La aparición del filósofo alemán de origen coreano Byung-Chul Han es uno de los acontecimientos más relevantes de la escena filosófica del siglo XXI. A través de libros como *La sociedad del cansancio*, *El enjambre*, *La agonía del Eros*, *Psicopolítica* o *La sociedad de la transparencia*, para sólo nombrar unos cuantos, Byung-Chul Han ha desarrollado un diagnóstico de la sociedad contemporánea a través de dos vertientes fundamentales: la extinción de las negatividades hegelianas (la excepción del eros, el secreto del individuo, la contemplación de la belleza) y la pasteurización de la sociedad a través de la dictadura del capitalismo. Byung-Chul Han elabora su análisis a partir de la paulatina desaparición de las sociedades disciplinarias descritas por Michel Foucault (*Vigilar y castigar*) frente al surgimiento del panóptico de la Red y la transparencia que nos ofrecen las redes sociales. Frente a la negatividad del erotismo aparece la positividad higiénica de la pornografía; frente a la explotación empresarial surge la figura del individuo que es al mismo tiempo su propio patrón y su propio empleado (este es uno de los grandes hallazgos del filósofo). La positividad de los libros de autoayuda (¡tú puedes!) contribuye a este estado de cosas. El *poder hacer* sustituye al poder en sí, la mera intención se sobrepone a la voluntad.

Discípulo de Heidegger y continuador de Adorno, Horkheimer y Benjamin, Han ha desarrollado puntos de vista inusualmente precisos para la filosofía alemana. Su prosa, compuesta de frases breves, de una sencillez deslumbrante, nos recuerda que se trata de un autor extraterritorial (en el sentido que da George Steiner a esta palabra) que ha hecho de una lengua extranjera su territorio. En una de las raras

entrevistas que ha concedido, Han —un ingeniero metalúrgico coreano convertido en teólogo alemán— cuenta que él quería ser escritor antes que filósofo, pero que lentamente, con la pausada lectura de Hegel, Kant y Heidegger, fue encontrando su vocación filosófica. Como Nabokov o Beckett —este con el francés y aquel con el inglés—, Byung-Chul Han convirtió el alemán, una lengua muy refractaria, en un territorio rico en reflexión y nos lleva a pensar en aquella máxima heideggeriana: “el lenguaje es la casa del ser”. Esta migración de un ingeniero coreano a la filosofía alemana constituye un relato digno de reflexión: al abandonar su lengua materna, Han comienza a pensar como filósofo alemán, es decir, con el bagaje de Kant, Fichte, Hegel, etcétera, en la mejor tradición del pensamiento alemán.

Tampoco está muy alejado del pensamiento y la imaginación francesas. En *La sociedad de la transparencia*, por ejemplo, echa mano de los conceptos que Roland Barthes utilizara en *Camera lucida*, su libro sobre la fotografía, para adaptarlos al análisis de lo social. Barthes distingue el *Studium*: la foto de paisaje, de turista, la imagen al pasar, del *Punctum*, la zona privilegiada de la fotografía artística, el punto único que sustrae la imagen completa hacia sí, una suerte de vórtice. Para Han vivimos en una sociedad carente de *Punctum*, sin momentos privilegiados (lo que Deleuze en sus estudios sobre cine llamara “momentos cualquiera”), en una suerte de superficie continua. Un espacio tiempo que es puro paisaje y no tiene nada privilegiado se convierte en un universo transparente, homogéneo.

La agonía del Eros es una suerte de apostilla a las reflexiones en torno al erotismo

de Bataille y la teoría de la seducción de Baudrillard. Han elude en este libro la coartada psicoanalítica, como los autores mencionados, y reflexiona en torno al erotismo y sus connotaciones sociales oponiéndolo a la perversión higiénica del porno, con sus cuerpos que se revelan y vuelven ectoplasmas transparentes. Esa transparencia, nos dice, sustrae toda negatividad, necesaria para el erotismo. Citando de nuevo a Barthes en *El placer del texto*: “¿El lugar más erótico de un cuerpo no está acaso allí donde la vestimenta se abre? En la perversión (que es el régimen del placer textual) no hay ‘zonas erógenas’ (expresión por otra parte bastante inoportuna); es la intermitencia la que es erótica: la de la piel que centellea entre dos piezas (el pantalón y el jersey), entre dos bordes (la camisa entreabierta, el guante y la manga); es ese centelleo el que seduce, o mejor: la puesta en escena de una aparición-desaparición”.

Byung-Chul Han reivindica el Eros como amor y lo relaciona con el sacrificio, estableciendo una línea genealógica directa con el Colegio de Sociología francés (Dumézil, Bataille, Leiris). La reflexión en torno al filme *Melancolía*, de Lars von Trier, supone para el filósofo coreano una representación, con todos sus ecos wagnerianos, del erotismo como amor. Antes que la obscenidad de lo visto, la opacidad de lo sentido. *La agonía del Eros* no es sólo una reflexión sobre el deseo, el cuerpo, sino una meditación mucho más extensa sobre el amor al otro, desde un punto de vista político: la alteridad como objeto no sólo de deseo sino de compasión y solidaridad.

Si los libros de autoayuda sirven a Han para establecer una crítica del voluntarismo irracional, lo mismo sucede con sus ácidos comentarios a libros como *Cincuenta som-*

bras de Grey. Byung-Chul Han responde, para los primeros, con un principio de sometimiento al orden establecido, y con el libro de didáctica sexual de moda, con una reflexión sobre el erotismo que involucra el sacrificio, las vísceras, la suciedad, la cercanía de la muerte. Frente a Grey, Sade, por supuesto. Como en la gastronomía, la sexualidad no es higiénica, es intrínsecamente sucia. No hay placer que no involucre vida, y la vida no es pasteurizada.

De la mano de Blanchot, de Jean Baudrillard y de Lévinas, Han comenta, dialoga y polemiza con mayor y menor fortuna con Gilles Lipovetsky, Giorgio Agamben, Peter Sloterdijk, Zygmunt Bauman, Slavoj Žižek y otros pensadores contemporáneos para elaborar una tomografía del mundo contemporáneo: un ultrasonido que nos ayuda a explorar el trasfondo de la Matrix que habitamos. La velocidad, estudiada por Virilio en la *Estética de la desaparición*, es para Han uno de los mecanismos de sometimiento más poderosos del capitalismo neoliberal. Al decir de Giorgio Agamben en su reciente ensayo de raigambre foucaultiana *¿Qué es un dispositivo?*, vivimos en “el cuerpo social más dócil y cobarde que haya dado la historia de la humanidad”.

En esta vena entran libros como *Psicopolítica* y *El enjambre*, que ahondan en el tema de la dominación del capital y que contienen profusos diálogos con el marxismo, con Bentham, con *La fábula de las abejas* de Tocqueville. La socialización obli-

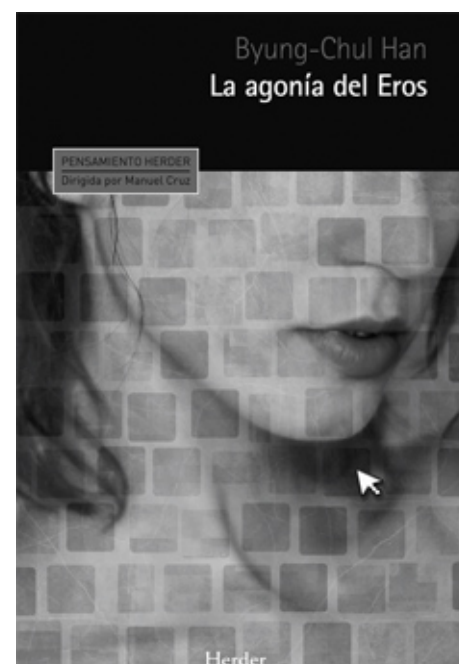
gatoria, a través de los celulares, las redes sociales, los dispositivos, no hace sino aumentar nuestra codependencia.

Si la velocidad y los dispositivos dominan el cansancio de nuestra era, es preciso, dice Han en *El aroma del tiempo*, uno de sus libros más sugerentes, detenerse, sumergirse en dos posibilidades sustantivas: la contemplación, el arte y la ausencia. Ya Walter Benjamin había elaborado una teoría de la “percepción distraída”, siguiendo a Georg Simmel, en la que se privilegia la errancia sobre la atención, que sería un mecanismo enajenante (como el obrero de Chaplin, sujeto a una constante atención frente al peligro de una máquina devorante). Han utiliza en su libro sobre la contemplación la filosofía de Bergson y la *durée* de la prosa de Marcel Proust. Si bien el planteamiento no es nuevo, sí lo es el enfoque que le otorga al enlazarlo con Heidegger y Deleuze. *El aroma del tiempo*, desde su título poético y sugerente, alude a ciertos elementos intangibles, casi metafísicos, que recuerdan tanto al último Heidegger como a cierto budismo (el filósofo tiene un libro titulado *Filosofía del budismo zen*, donde entabla un puente entre el pensamiento oriental y Occidente). No es necesario destacar el origen coreano del filósofo alemán para recordar los diálogos que la filosofía alemana ha entablado con las filosofías orientales desde los tiempos de Schopenhauer. Esta búsqueda de la contemplación, de interrupción de la

velocidad, se encuentra en el centro de la obra de Han. *El aroma del tiempo* es sin duda su libro más personal y acaso el más ambicioso por sus alcances filosóficos y poéticos. Se trata de una reflexión sobre lo narrativo, la temporalidad y el llamado “fin de la historia” (Fukuyama). El fin de la narración, de la historia, no es necesariamente el ocaso, sino en sus propias palabras: “el final de la narración, el final de la historia, no tiene por qué traer consigo un vacío temporal. Al contrario, da lugar a la posibilidad de una vida que no necesita la teología ni la teleología, y que, a pesar de ello, tiene su propio aroma. Pero requiere una revitalización”. A lo largo del libro, Han explora el tema de lo que él llama la *disincronía*, un tiempo dislocado, que da tumbos o que gira sobre sí mismo. Se trata de un profuso diálogo y apostilla a *Ser y tiempo* de Martin Heidegger.

Cabe mencionar que esta nota no es más que un sobrevuelo. Lejos está la intención de elaborar una exégesis o un exhaustivo desglose teórico (dejo esa tarea a los profesionales de la filosofía: Byung-Chul Han ha tenido una escasa recepción en nuestro país que raya en lo alarman- te), sino se trata ante todo de un llamado a la lectura de un pensador imprescindible para comprender los matices del mundo contemporáneo. **U**

Todos los libros de Byung-Chul Han en nuestra lengua fueron traducidos y publicados por la editorial Herder.



Escuchar, leer, soñar

Pablo Espinosa

Leer un libro, escuchar un disco, son actos equivalentes a soñar.

No todos leemos de igual manera, es decir: nadie percibe en su imaginario las mismas imágenes que otro lector, así como ninguno de nosotros percibe los sonidos de la música de manera idéntica a como lo hacen los demás.

No hay entonces sueños comunes.

La misma palabra suena a “único, increíble, fantástico, fuera de serie, insólito, imposible”: sueño.

Sueño *ergo* soy.

Cuando leemos, escuchamos música o soñamos, somos poderosos.

Propongo un ejercicio de poder. Compartiré aquí adelante algunas ligas con recomendaciones musicales, al mismo tiempo que propondré historias oníricas, para escuchar mientras soñamos, leer mientras dormimos, ser mientras duramos, porque la realidad es lo único que existe. Aquí y ahora:

Nombre de la obra: *Variaciones Goldberg*. Autor: Johann Sebastian Bach. Intérprete: Glenn Gould. Link para escuchar el audio mientras se lee el texto: <https://goo.gl/O29RWI>

Aeropuerto Tempelhof. Berlín. Entre la multitud amodorrada que baja del avión después de un vuelo de toda la noche, destaca una hermosa cabellera, marco rizado de una sonrisa que me hace dar saltos de alegría.

Ella llega justo a tiempo para el concierto que esta noche ofrece Glenn Gould con las *Variaciones Goldberg*.

—Fue una odisea —me cuenta—. Una hora y media luego de despegar en México,

nos regresaron porque uno de los motores estaba averiado. Me dieron una habitación en el hotel de enfrente y por la mañana un asiento en primera clase. En el transbordo, en el aeropuerto Charles de Gaulle de París, corrí y corrí para no perder el siguiente avión. Un guardia negro, elegantísimo y amable, me dijo en español: “Con calma, con calma”. Heme aquí.

La Sala Philharmonie luce radiante esta noche. Aparece el joven Glenn Gould. Se quita sus guantes de estambre ajado. Se sienta en su sillita que rechina. Aria inicial. El paraíso.

—Un momento —dice ella—. ¿No estábamos en Berlín? Esto es un estudio de grabación. Ah, mira, ahí viene Glenn, sin zapatos, sonriente. Ya se sentó en su sillita que cruje. Ya está canturreando lo que toca en el piano.

Glenn canturrea lo que toca en el teclado. Su melena peinada hacia atrás parece un nido de aves. Colibríes salen volando con la música. De pronto detiene la música y el escenario cambia, siempre en blanco y negro todo.

Esto de soñar en blanco y negro tiene un encanto único. Es como activar una cámara fotográfica Leica de 35 milímetros cada vez que respiramos.

Glenn está en su estudio. Estamos en su estudio. Su rendimiento en la *Variación 29* no le satisface. No encuentra el camino. Se pone de pie, camina hacia la ventana, observa los colibríes que liban. Se queda quieto y de repente ¡zas!, ¡eureka! Golpea su palma izquierda con el puño derecho, regresa corriendo al teclado y ¡ya está! *Variación 29* terminada. Él se queda inmóvil, como en una imagen de cine congelada, ojos cerrados, en éxtasis.

El colibrí que estaba en el patio sobrevuela nuestras cabezas. Volvieron los colores. El verde intenso esmeralda de su pecho brilla mientras de su largo pico ruedan bolitas líquidas rojísimas: su alimento.

Ahora me sobrevuela en la cara. El zumbido de su vuelo me despierta. El colibrí se posa sobre mi codo izquierdo, ya que mis manos están entrecruzadas en mi nuca y el ángulo de mi codo le resulta muy cómodo.

Suena el reloj despertador y el mecanismo echa a andar un reproductor de discos compactos.

Suena el aria inicial de las *Variaciones Goldberg* de Johann Sebastian Bach. Glenn Gould hace rechinar su sillita y canturrea lo que toca en el teclado. Eso es lo que se escucha en la bocina del despertador electrónico, una vez que ha concluido una noche de dulces sueños. Glenn Gould toma velocidad, las notas se suceden en estrépito. Un cántico.

El pitido leve del colibrí le hace contrapunto.

Brilla el sol. Es un nuevo día. ¡Feliz día a todos! Grito.

Nombre de la obra: *Wonderful Tonight*. Autor: Eric Clapton. Intérprete: Eric Clapton; vocalista: Katie Kissoon. Link para escuchar la música mientras se lee el texto: <https://goo.gl/S2WKs>

En casa. Anochece. En la intimidad, ella elige atuendo. Saldremos a cenar con amigos. Nosotros que no acostumbramos cenar.

Collares exquisitos. Elige uno. La sencillez es el signo de su belleza. Cuando pasa el cepillo por su larga, rizada cabellera, co-

mo ahora, la piel se me eriza. Hermosa. Es bellísima. Y sonrío. Me sonrío.

Suena *Wonderful Tonight*, de Eric Clapton, suavemente en los altavoces.

Y entonces ella me pregunta:

—¿Cómo me veo?

Respondo:

—Estás bellísima, mi amor.

El tema principal de *Wonderful Tonight* suena como un relámpago en la guitarra de Eric Clapton. Como un cometa, deja notas escanciadas en su camino: van cayendo, lentas, fosforescentes, plateadas y doradas y multicolores. Lentas, amorosas. Amorosamente lentas. Chabelita, nuestra gatita, las ve bajar y juega con ellas con sus dos manitas levantadas. Feliz.

Salimos. Cuando llegamos al restaurante todos voltean a verla. Esta hermosa mujer que camina junto a mí.

Y entonces ella me pregunta:

—¿Te sientes bien?

Le contesto:

—Me siento maravillosamente bien, porque veo la luz del amor en tu mirada y la maravilla de todo y la magia y todo el amor, porque te amo tanto y tanto.

Sonríe. Esplende.

Es hora de retornar a casa. De pronto siento un malestar físico. Le doy las llaves del auto. Ella maneja. Me lleva a casa. Me mete a la cama. Me arropa. El malestar crece. Hospital. Exceso de estrés. Acoso laboral. Neumonía. El sistema inmune estaba tan débil que pudo haber sido cualquier otra cosa. Pero fue neumonía, sorpresiva, insospechada. Días y noches de hospital. Ella me cuida todo el tiempo. Me dan de alta en el hospital. A iniciar la recuperación. Me lleva a casa. Llena el refrigerador de manjares que cocina para mí. Me cuida. Tantos cuidados. Tanto amor. La observo, experimento las más bellas de las emociones.

En los altavoces, Katie Kissoon vocaliza esas emociones positivas. Levanta notas agudas pero suaves, muy suavemente, como polen esparcido sobre flores. Conjunta en una sola, suave voz, las de Ligeia, Leucosia y Parténope, las sirenas que cantaron para Ulises y Butés, pero ahora se han convertido en seres de bien, seres que hacen bien con su cantar. Canta Katie Kissoon y las flores abren sus pétalos, los marineros

encuentran su rumbo, los enfermos recorren la salud. El mundo es vasto y bello.

Suena ahora, enternecida, la guitarra de Eric Clapton. Suena su obra maestra: *Wonderful Tonight*. Estamos en casa. Anochece. Buena salud. Nos disponemos a dormir. Mientras ella apaga la luz le digo:

—Mi amor, estás hermosa. Eres bellísima. Wonderful tonight and everynight.

Salud, prosperidad, amor. La vida bella. Los sueños convertidos en realidad, en la vida cotidiana. Aquí y ahora.

Nombre de la obra: *My Heart's In The Highlands*. Autor: Arvo Pärt. Intérpretes: Else Torp y Christopher Bowers. Link para escuchar el audio: <https://goo.gl/viYrOR>

Mi corazón se enaltece. La voz de la soprano danesa Else Torp se eleva hasta las montañas, recortadas sobre una luz brillante en el amanecer. Su canto flota sobre una alfombra mullida: las notas tintinnabuli que escancia el organista inglés Christopher Bowers. Paz interior.

El poema de Robert Burns, el poeta escocés romántico por excelencia, desprende sus versos como pétalos: “mi corazón está en las montañas / mi corazón no está aquí / mi corazón está en las montañas / en busca del ciervo / tras las huellas del corzo / doquiera voy, siempre mi corazón yace en las montañas”.

La mente va tras la voz hasta las montañas. Un hombre camina, su sombra recortada sobre una luz brillante en el amanecer, sobre el borde de las montañas, como en una proyección de teatro de sombras.

Ojos bien cerrados, posición de flor de loto, observo: el hombre que camina sobre las montañas se convierte en luz brillante. Las notas tintinnabuli, muy pocas notas, tres apenas, flotan como copos de nieve suavemente. Danzan lentamente con los versos: “adiós a las montañas cubiertas sus coronas por la nieve / adiós a los verdes valles allá abajo / adiós a los bosques y a las fieras maderas que se mecen / adiós a los torrentes y a las caudalosas aguas”.

Ojos bien cerrados, posición de flor de loto. Un hombre vuela por encima de los valles, las montañas, los bosques y las fie-

ras maderas que se mecen por encima de torrentes y caudalosas aguas. La mente es poderosa. El manual de Da Vinci para el vuelo es más sencillo de lo que parece: simplemente cerrar los ojos y dejar que la música de Arvo Pärt haga lo propio.

Mi corazón está en las montañas, en todas y cada una de las pocas, tres notas que suenan y se repiten y en sus intersticios corren aguas caudalosas, vuelan aves junto a seres humanos que están sentados, simplemente escuchando.

Mi corazón está en las alturas, mi corazón siempre está aquí. Doquiera yo voy.

Como en una ensoñación.

Nombre de la obra: *Gran Partita*, tercer movimiento, adagio. Autor: Wolfgang Amadeus Mozart. Intérpretes: sir Neville Marriner dirige a la orquesta Academy In The Fields. Liga para escuchar la música: <https://goo.gl/iprN41>

El niño está dormido. El libro cayó sobre su pecho suavemente, sin despertarlo. *Las mil y una noches*, alcanzamos a leer sobre la portada.

“La verdad no está en uno sino en muchos sueños”. Esa fue la frase que leyó en el libro y trasladó al niño al sueño. Sonríe, dormido.

Tiene en sus manos un clarinete, sopla y cuando el director le indica, sube el rostro hacia el cielo para elevar una nota sostenida sobre una cantinela lenta, apacible, de ensueño.

Sonríe. Cambia de posición su cuerpo suavemente.

Ahora camina sobre las calles umbrosas, curvas empedradas, de la vieja ciudad. Está en Praga. El traqueteo de las ruedas de una carreta lo hace voltear: sus amigos cortinas adentro traen un alborozo que contagia.

Se apea. Encuentra acomodo entre instrumentos musicales, faldas, flores y libros. Como en el pasaje de *Madame Bovary* donde ella y Léon cumplen el amor dentro de una carreta que deambula sin rumbo por la ciudad, ellos hacen la música.

De repente el sueño cambia, atributo laberíntico, a la escena de *Amadeus*, el filme de Miloš Forman, donde Antonio Sa-

lieri comparte el éxtasis que le produjo leer la partitura de Mozart, justo en el adagio de la *Gran Partita*: “fagotes, compases sencillos —dice Salieri, en éxtasis, viendo de frente a la cámara— y entonces, de repente, un oboe, una nota muy sencilla ahí pendida, vuela, hasta que el clarinete toma el tema con mucha sutileza. ¡Qué deleite! Una música jamás antes oída. Es como escuchar la voz de Dios”.

El niño sonríe. Cuando cambia suavemente de posición uno de los varios libros que están sobre su cama cae al piso. Sor Juana, alcanzamos a leer en la portada.

“El sueño todo, en fin, lo poseía; / todo, en fin, el silencio lo ocupaba”. Esa frase también lo indujo al sueño, la música de Mozart naciendo de las bocinas.

A sus once años, el niño recitaba: “así, pues, de profundo / sueño dulce los miembros ocupados, / quedaron los sentidos / del que ejercicio tienen ordinario”. Antes de dormir ponía en el tocadiscos a sonar a Mozart y llevaba a la cama una pila de libros que leía al azar. Material de los sueños.

Mientras sueña, el niño empuña un clarinete. Con él vuela y a lo lejos, a lo bajo, ve elevarse a una niña que empuña un oboe, ese oboe que hace llorar de deleite a Antonio Salieri en *Amadeus*.

Amadeus, qué bonito nombre.

Así se llama el niño.

Nombre de la obra: *Cantus Arxticus*. Autor: Einojuhani Rautavaara. Intérprete: Filarmónica de Rotterdam. Liga para escuchar esta música: <https://goo.gl/lfqv15>

Llovizna. Afuera cae la llovizna. Manso el reflejo de las gotas escurriendo en el cristal de la ventana y forma espejo sobre las líneas del libro en las manos del muchacho, que se ha quedado dormido con el canto de aves del Ártico que incluyó en su sinfonía el compositor finlandés Einojuhani Rautavaara.

Cayó en profundo sueño y el libro quedó inclinado sobre su corazón. *Plaidoyer pour le bonheur. En defensa de la felicidad*. Alcanzamos a leer en la portada.

La cámara se aleja lentamente y enfoca las sandalias, sube por el manto rojo



y amarillo. Se detiene en la sonrisa. Es Matthieu Ricard.

“Con este libro cambiaste mi vida para bien”, le dice el joven al hombre rapado. Los dos sonríen.

—Vine de visita —dice Matthieu—. Quise venir a contarte una historia mientras duermes. Es acerca de un rey de la antigua Persia. Cuando asumió el poder le pidió a su amigo le escribiera la historia de los hombres y del mundo, porque quería extraer de ahí enseñanzas para conducirse correctamente desde su trono.

—El escriba —continuó su relato Matthieu— consultó a los historiadores más célebres, a los estudiosos más eruditos y a los sabios más respetados. Al cabo de cinco años, se presentó muy orgulloso en palacio:

“—Señor —dijo—, aquí tienes 36 volúmenes en los que se relata la historia del mundo, desde la creación hasta tu advenimiento.

“—¡Treinta y seis volúmenes! —exclamó el rey—. ¿Cómo voy a tener tiempo de leerlos? Tengo muchas cosas que hacer para administrar mi reino y ocuparme de las doscientas reinas de mi palacio. Por favor, amigo, resume la historia.

“—Dos años después —continuó sonriendo su relato el monje budista—, el amigo regresó con diez volúmenes. Pero el rey estaba en guerra con el monarca vecino y tuvo que ir a buscarlo a la cima de una montaña, en el desierto, desde donde dirigía la batalla.

“El monarca dijo ahora que no tenía tiempo para leer diez volúmenes, pues estaba en guerra y le pidió abreviar más la historia.

“Cuando el escriba regresó con un solo volumen y la visión correcta de lo esencial, el rey estaba ocupado, ahora legislando. Pidió entonces la décima parte de páginas y prometió leerlas.

“Dos años después, cuando el amigo regresó con sesenta páginas, encontró al rey en cama, agonizando.

“—¿Y bien? —murmuró el rey, entre la vida y la muerte—. ¿Cuál es la historia de los hombres?

“Su amigo lo miró largamente y, en vista de que el soberano iba a expirar, le dijo: “—Sufren, señor”.

Mientras la música seguía sonando, Matthieu explicó el significado de esa expresión: el sufrimiento no es lo que muchos pensarán al escuchar esta palabra. No tiene que ver con lo que se da por entendido: no se sufre porque el novio o la novia te dejó, o porque te duele la muela, o porque pasó la mosca. El sufrimiento, dijo el monje sonriendo, existe en la mente, en las actitudes negativas, los sentimientos de odio, envidia, violencia. Quien odia sufre. Quien infringe violencia contra otro, sufre. El sufrimiento existe, como existen las causas del sufrimiento y el cese del sufrimiento gracias a la existencia de un camino, que consiste en una manera ética de vivir, en un aprendizaje continuo.

“Cuando te firmé mi libro y puse una dedicatoria, me dijiste que tu vida había cambiado luego de leerlo. Lo que te respondo es que tus palabras me permiten ubicarme nuevamente en el inicio del camino”.

En ese momento el muchacho despertó. Junto al canto de las aves en la sinfonía de Rautavaara, escuchaba el eco de las palabras de Matthieu Ricard.

¡Un monje budista, el considerado por los científicos como “el hombre más feliz del mundo”, un maestro, un sabio, me dice que las palabras de un aprendiz le ayudan a ponerse en el inicio del camino!, ¡vaya lección!

Volvió a poner entonces el libro frente a sus ojos.

Cuando terminó la lectura, volvió a cerrar los ojos, pero ahora no para soñar, sino para asentarse en actitud meditativa.

Volvió a ponerse en el inicio del camino. **u**

La espuma de los días

Gestos: ¿“lágrimas en la lluvia”?

José de la Colina

Cuando filmaba *Tierra de faraones*, su único filme “histórico”, a Howard Hawks se le planteó el problema de cómo harían los actores los gestos cotidianos de los antiguos egipcios, o al menos los de un faraón. Y es que si hubo millones y millones de personas completamente anónimas y transitorias, sin calidad de personajes, cuyos gestos pasaron por los siglos como aun más leves “lágrimas en la lluvia”, tampoco sabemos de la gestualidad de los personajes de la Historia antes de ser inventado el cine. ¿Cómo se movían, cómo miraban, cómo andaban, cómo miraban Sócrates o Cleopatra o Jesucristo o Alejandro o Cortés o Cuauhtémoc o el doctor Johnson o Napoleón...?

No conozco tratados o historias de la gestualidad humana, pero recuerdo a escritores que han querido captar y fijar los grandes o pequeños gestos de seres reales o imaginarios. En el desorden en que llegan a mi memoria, van algunos ejemplos:

Garcilaso, en un soneto lee un gesto de la amada como signo de una caligrafía y dice: “Escrito está en mi alma vuestro gesto / y cuanto escribir de vos deseo, / vos sola los escribisteis, yo lo leo / tan solo, que aun de vos me guardo en esto”.

Lichtenberg registró sesenta y dos maneras de apoyar la cabeza en la mano y describe un gesto del célebre actor Garrick, que en 1775 representaba a Hamlet en un teatro de Londres: “Solemnemente mira de lado hacia el suelo y luego retira del mentón la mano derecha (pero, si recuerdo bien el brazo derecho continúa apoyado en el izquierdo) y pronuncia las palabras *To be or not to be* en voz muy baja, pero, gracias al admirativo silencio del público, es oído por todos”.

Manuel Machado destaca el gesto (¿o pose?) espiritual, ¿o sólo elegante?, de un

hidalgo anónimo pero glorificado por el pincel del Greco: “En un gesto piadoso y noble, y grave, / la mano abierta sobre el pecho pone, / como una disciplina, el caballero”.



Winston Churchill

En un ensayo de *Cornucopia de México*, José Moreno Villa describe y dibuja, contrastándolos, diferentes gestos cotidianos de españoles y mexicanos: el gesto para indicar estaturas según se trate de hombre, animal o cosa, el de sugerir dinero o una cantidad de tiempo (el “tantito” y el “orita”), etcétera, y dice sobre un ademán de cortesía: “Cuando el español quiere agradecer algo, pronuncia las gracias acompañándolas con un asentimiento de la cabeza. En cambio, el mexicano que agradece un cigarrillo, por ejemplo, no tiene más que levantar la mano abierta, darle un giro de un cuarto de círculo y afirmar esta postura”.

Y... ¿se me permite ofrecer dos recuerdos míos?

En una tarde de 1972, en que, en Santander, España, sentado en una banca del

malecón, contemplaba yo la bahía, un viejo, al verme encender un cigarrillo, se acercó a preguntarme si yo era hijo de Jenaro de la Colina. Asombrado, le pregunté cómo había atinado, y se explicó diciendo que además del parecido que me encontraba con mi padre, se acordaba de que cuando estaban los dos en el frente republicano, durante la Guerra Civil, Jenaro solía hacer con la cera del cerillo una boquilla a los cigarrillos. (Qué problema escribir esto con esas rimas antiprosísticas: *illa, illo, illos*).

Y, anteriormente, en el verano de 1963, en La Habana, en un gran restaurante de mariscos que poco después sería la heladería Coppelía, los argentinos Mario Trejo (poeta y *globetrotter*), Laura Yusén (bailarina y poeta) y mi esposa María y yo, comemos “ruedas de atún” (un raro lujo entonces en Cuba, donde, si algo se podía masticar, casi no se podía comer y mucho menos paladear). Al establecimiento recién inaugurado llegan los comandantes Ernesto Guevara y Raúl y Fidel Castro. Rodeados de miradas y respetuosos cuchicheos, se sientan en una mesa cercana a nosotros y comen y discuten acerca de la dudosa “calidad revolucionaria” de una película checa o de la partida de beisbol que habrán jugado en Alamar. Cuando Guevara, desdeñando la servilleta de papel, se limpia los labios con la manga del uniforme (gesto tal vez adquirido durante la guerrilla en Sierra Maestra), Laura, bella y fina bonaerense bien educada, a quien acaso sorprende y avergüenza ese ordinario gesto en un afamado compatriota, le dice a Trejo:

—¡Pero... mirá a Guevara, qué modales!

—Y, bueno, Laurita, perdóná —susurra Mario—, pero has de saber que un revolucionario lo es en todo, hasta en el modo de comer los alimentos terrestres. **U**

Toni Morrison, letras con alma

Edgar Esquivel



Toni Morrison (Lorain, Ohio, 1931) despliega en *Sula* la historia de una amistad, la de Nel Wright y Sula Peace, *tan intensa como repentina*. Desde pequeñas se conocen, se unen a partir de sus diferencias y las carencias afectivas que el azar de la vida les ha asignado como un tributo primigenio; y de la misma forma en que van tejendo a cuatro manos fragilidades y promesas, sus acciones terminarán por evidenciar, una sobre otra, despojos y ambiciones. La aventura es propia de Sula, y el recato de Nel; sin embargo, por mucho que se hubieran necesitado, o que los sueños inherentes a la edad de la ilusión fraguaran una afinidad cómplice y competitiva, tan dramática como perversa, prevalece entre ellas el oscuro deseo, ese que da rienda suelta al espíritu de la afrenta y el resentimiento en los lugares donde se asienta la pobreza y la marginación. Huele a envidias inocentes, a traición y celo, pero no parece haber muchas alternativas en ese limitado mundo, o quizás, en realidad, es algo más profundo: la miseria —material, espiritual— no es exclusiva de un color de piel, al igual que la misericordia no surge por consigna, por tanto, la convivencia cruda, cotidiana, de dos pequeñas —dos mujeres— que no tienen nada que ocultar, porque nada poseen, da lugar a una convivencia que perturbará los extremos sutiles del alma.

Esa amistad tiene un paisaje, un tiempo y otros cuerpos, un final subyugante y una raíz —cada una *encontró en la mirada de la otra la intimidad que estaba buscando*—, la punta de una madeja convulsa y entrañable. Los personajes de Morrison reivindican su presente y realidad, no hay vanas pretensiones ni ejercicios místicos que busquen infructuosamente la reden-

ción promiscua con el afán de que alguna deidad se apiade, por oficio, de sus lamentos. De pronto, como la relación intempestiva de Sula y Nel, sentimos cercanas a esas creaturas a través de las cuales la autora de *Beloved* y *Ojos azules* recrea momentos álgidos de lo que pudo ocurrir en cualquier comunidad afroamericana de Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX, pueblos históricamente sometidos y segregados, que no abjuraban de matices propios, de luces y sombras —*las gentes de las casas del valle a veces podían escuchar cantos, a veces algún banjo*.

Todo pasa en la comunidad negra de Medallion.

—¿Ves esas colinas? Esas son tierras del fondo, ricas y fértiles.

—Pero están en lo alto de las colinas —protestó el esclavo.

—En lo alto para nosotros —dijo el amo— pero, para Dios, que las contempla desde arriba, ése es el fondo. Por eso las llamamos así. El fondo del cielo, las mejores tierras que existen.

En el “Fondo”, un poblado de Ohio, los comportamientos de sus habitantes no se producían en blanco y negro. La historia de Eva, la abuela de Sula, bien podría pertenecer a alguna especie de arquetipo, sobre todo cuando su hijo menor, Plum, ha vuelto a casa después de la guerra. Eva no tiene una pierna y vive en un primer

piso todo el tiempo; a su manera deja pasar las aprehensiones, quizás es feliz, pues no ha tenido que cargar con el exceso de las pasiones; es una mujer sabia, pero no se empeña en serlo. Pero el pequeño Plumb nunca más fue el mismo a su regreso, algo faltaba o sobraba, y aunque su sonrisa era más dulce, se comportaba extraño, no comía, no trabajaba y a veces robaba, se encerraba en su habitación por horas, oyendo música; para sus hermanas comenzaba a ser un dilema y en una ocasión descubrieron la cuchara doblada, ennegrecida de tanto calentarse. Una noche, Eva decidió bajar de su piso —nunca lo hacía— para ver a su hijo. Plumb estaba completamente evadido, tendido en su cama, ella se acomodó junto a él y lo abrazó, como cuando era pequeño, *habló con voz amorrosa y divertida, se rió por lo bajo, como si acabara de oír un chiste, Eva lo abrazó más fuerte y empezó a mecerlo*, mientras lo sostenía ella recordaba momentos de cuando era pequeño, cómo se reían juntos. Instantes después de que Eva abandona la habitación de Plumb, esta ha quedado cerrada con llave, y en un imprevisto instante de fulgor, arde en llamas. ¿La madre prendió fuego a su hijo? No es, por supuesto, una escena de purificación. A Toni Morrison le gusta quitar las tiritas para que se vean las cicatrices de la sociedad, la realidad, de igual modo dice que no hay que tener miedo de mirar al pasado porque sólo así se sabe quiénes somos. Sus historias, como en *Sula*, no sólo apelan a la memoria, sino al hecho de que el sinónimo de verdad es cotidianidad, un olvido pausado y sordo.

Bonito llanto —largo y sonoro— pero sin fondo y sin superficie, sólo círculos y círculos de dolor. **U**

Breve invención de Benjamín Barajas

Heridas con flechas envenenadas

Guillermo Vega Zaragoza

La obra literaria de Benjamín Barajas (Villa Madero, Michoacán, 1965) es amplia, breve y discreta. Parece que estoy diciendo un sinsentido, pero no lo es. Permitan explicarme. Es amplia porque consta ya de 14 libros —sin contar las antologías y colecciones de otros autores que ha preparado y editado—, cantidad que habla de una constancia y una madurez que se concentran en esta antología personal titulada *Breve invención*. ¿Cómo puede ser breve una obra con tal cantidad de libros? Lo es porque tanto en la poesía como en la prosa, Barajas ha apostado por la concisión, lo sucinto, lo preciso. La gran mayoría de sus poemas no superan los diez o doce versos, a lo mucho; ha acuñado el género del microensayo y se desenvuelve con especial acierto y soltura en el campo del aforismo. Finalmente, su obra es discreta en diversas acepciones de la palabra. Por un lado, es una obra plena de agudeza, ingenio y oportunidad, pero también —como él mismo lo reconoce— es distinta, moderada, sin exceso, por lo que ha preferido no intentar ni ha tenido la oportunidad de “infiltrarse en esas sectas” que manejan los talleres literarios, las publicaciones y las editoriales.

Como bien lo señala la maestra Dolores Castro en la presentación del libro, esta antología “nos muestra un andar, un camino, una vida acompañada por la poesía”; en este andar, Benjamín Barajas “se va elevando a medida que vive y expresa lo vivido en libros luminosos contruidos con breves, profundas, a la vez, transparentes imágenes que corresponden a su verdad, a su forma de ver e interpretar el mundo”.

Presentada en la compilación de manera cronológica, la obra de Barajas está dividida claramente, en una primera eta-

pa, por la poesía, y la más reciente por la prosa. A su vez, la fase poética puede partirse en dos vertientes. Desde su primera incursión, *Divagando en la voz* (1987) hasta el cuarto libro, *Luz de la memoria* (1998), el poeta —como si fuera el primer hombre sobre la Tierra— se dedica a nombrar y renombrar el mundo, que es un mundo diminuto, no sólo por la forma poética adoptada —versos breves con un especial cuidado en la composición y la música del poema— sino por los temas, sujetos y objetos de su atención: la naturaleza enerrada en el jardín, sus habitantes (insectos: arañas, moscas, mariposas, abejas; aves: palomas, gaviotas, águilas); el tiempo de la infancia, el contraste de la luz y la sombra y, sobre todo, el silencio.

El jardín abierto
a la preda de la abeja,
el deleite innominado
del color sobre la tierra.
Volar sincero en la hermandad
de los insectos. Bodegas que
propagan —sobre el viento—
su hambre satisfecha.

Jardín abierto a la mirada,
colores que reviven la belleza que allí
[aguarda,
sosegada.

Afirma Gaston Bachelard que “la poesía es una metafísica instantánea”, que “en un breve poema debe dar una visión del universo y el secreto de un alma, un ser y unos objetos, todo al mismo tiempo”. Y sentencia: la poesía “sólo puede ser más que la vida inmovilizando la vida, viviendo en el lugar de los hechos la dialéctica de las dichas y las penas”. En *La intuición*

del instante (1932), el filósofo francés señala que el tiempo de la poesía es vertical, mientras que el de la prosa es horizontal: “El fin es la *verticalidad*, la profundidad o la altura; es el instante estabilizado en que, ordenándose, las simultaneidades demuestran que el instante poético tiene perspectiva metafísica”. Benjamín Barajas encontró con sus primeros poemas que la brevedad es el camino directo a esa altura y a esa profundidad poética. Pero también nos muestra que, al mirar y admirar las cosas pequeñas del mundo, los paisajes y las imágenes de la naturaleza —evidente impronta de su origen campirano—, en sus poemas está contenida la complejidad del universo.

De nuevo Bachelard: “El instante poético es entonces necesariamente complejo: conmueve, prueba —invita, consuela—, es sorprendente y familiar. En esencia, el instante poético es una relación armónica de dos opuestos... Mas para el encanto, para el éxtasis, es preciso que las antítesis se contraigan en ambivalencia. Entonces surge el instante poético... conciencia de una ambivalencia”.

Vivimos en un tiempo extranjero
sin ganas de mirar
lo que hay detrás.
Los ojos encuentran su acomodo
sobre un cuerpo
que paciente
ve la mar.

Las barcas pasan
La espuma como el polvo
se libera
Y entonces
las gaviotas vuelan.

La segunda etapa de la obra poética de Benjamín Barajas abarca cinco libros,

desde *La gracia inmóvil* (2002) hasta *Ríos vigentes* (2010), donde se introducen los temas eróticos, amorosos, el cuerpo, el deseo, la ausencia del ser amado; sin embargo, el poeta no renuncia a los temas del periodo anterior sino que los integra y profundiza. De nuevo parece lo diminuto en el ámbito de la carne y de la sangre, pero ahora con la observación más amplia del mundo, que incluye al otro, a los otros.

Vivo de la sombra
del humo cansado y de las rosas.
Vivo de tu voz, de la sonrisa de tus
[labios
y del pan de una palabra que se va
[multiplicando
en cada boca.
Me alimenta la sospecha
la fría posibilidad del *sí* o el *no* de tu
[justicia austera,
me muevo en el peligro
como gestual gacela
que sabe presentir la proximidad del
[tigre
y así lo espera.

Arribamos entonces a la segunda vertiente de la obra literaria de Benjamín Barajas, donde predomina la prosa breve. Abarca en esta antología apenas tres libros: *Microensayos* (2004), *Pasión encerrada* (2007) y *Breves autopsias* (2013), a

la que habría que agregar el más reciente, *Jardín minado*, editado este año por Cuadrivio. Esta división bifronte de la obra de nuestro autor es reflejo, sin duda, del talante contradictorio de su personalidad literaria: por un lado, la poesía delicada, reflexiva, musical, y por el otro, el carácter corrosivo, implacable, contundente, sarcástico, a veces hasta con cierta rabia, de los aforismos y los breves ensayos: “Mi escritura es breve porque tengo breves momentos de corazonadas, de atisbos de realidad”, le confía el autor a Alejandro García en la reveladora entrevista que se incluye al final del volumen.

Nunca mejor titulado un libro como *Microensayos*, donde al igual que en *Pasión encerrada*, Barajas elude lo superfluo, la palabrería grandilocuente, y en un pequeño párrafo, con la contundencia de una bola de metal con la que se derrumban los viejos edificios, logra derribar lo que a otros chupatintas, soberbios y petulantes, les lleva páginas, tratados y volúmenes de jerigonza rebuscada.

Extraigo esta maravilla de concisión, que ya la quisiera George Steiner para pasear un domingo:

Dostoievski es el autor de un continente subterráneo, de un sistema espiritual donde la vida fluye por sótanos oscuros. La vasta parábola arquitectónica de Dante se

disuelve en las alturas de la luz amorosa cuando termina el sueño. El viaje prodigioso de Goethe (o de Fausto) se pierde en laberintos mitológicos; mientras que Shakespeare escenifica el prodigio del crimen en línea intemporal..., pero sólo en Dostoievski el drama crece hacia abajo, hacia las catacumbas del ser.

Esta agudeza la ha decantado al máximo en los aforismos que conforman *Breves autopsias*, libro que obtuvo el Premio Internacional Torno In Sintesi Aforismo 2014. Barajas sabe que la realidad siempre ha sido fragmentaria, ya que no podemos captarla en su totalidad. Necesitamos fragmentarla para hacerla soportable. Por ello el discurso extenso se ha convertido en una ilusión. La atención no se fija más que en pedazos. El discurso se ha vuelto, hoy más que nunca, fragmentario. El filósofo y científico alemán Georg Christoph Lichtenberg, el tatarabuelo del Twitter, dijo en el siglo XVIII: “¡Ah, si pudiera abrir canales en mi cabeza para fomentar el comercio entre mis provisiones de pensamiento! Pero yacen ahí, por centenas, sin beneficio recíproco”.

Vivimos en la *fragmentósfera*. Lo de hoy es la brevedad, ya no hay tiempo para leer algo más grande que lo que puede aparecer en el espacio de una pantalla de computadora. Apenas una ojeada y a lo siguiente. El ciberespacio es el lugar natural para lo breve, lo sentencioso, lo contundente. Es el lugar para la máxima, el aforismo, la greguería, el poemínimo, la minificción, los cuentuitos. En ese universo lo mismo conviven garbanzos de a libra junto con verdaderas inmundicias.

Sin embargo, Benjamín Barajas es repelente a la ocurrencia. Sabe que un buen aforismo debe ser como un colibrí, debe quedársenos revoloteando, dando vueltas en la cabeza por días y días. Sus aforismos son dardos que dan en el blanco, agujas que se clavan en el corazón o, de plano, balas que explotan y le vuelan los sesos al lector. Él lo sabe, por eso escribió: “La brevedad en literatura es una herida con flecha envenenada”. **U**

Benjamín Barajas, *Breve invención*, UNAM, México, 2015, 207 pp.

